FERGUS W. HUME

El misterio de un coche

TRADUCIDO DEL INGLÉS
EXPRESAMENTE
PARA "EL NUEVO TIEMPO"

1905 — Bogotá

El misterio de un coche

CAPITULO I

Lo que "El Argos" dijo

La siguiente relación apareció en *El Argos* del sábado, 28 de Julio de 18....

«La verdad, se ha dicho, es más extraña que la ficción, y ciertamente, el extraordinario asesinato que tuvo lugar en Melbourne el jueves por la noche, ó más bien, el viernes por la mañana, avanza mucho para la verificación de este dicho. Un crimen se ha cometido por un asesino desconocido, á corta distancia de las principales calles de esta gran ciudad, y está rodeado de un impenetrable misterio. En verdad, de la naturaleza del crimen mismo, del lugar en donde fue cometido, y el hecho de haber escapado el asesino sin dejar la menor huella, hace pensar que

el caso hubiera sido tomado de una de las novelas de Gaboriau, y que su famoso detective Lecocq fuera el único capaz de descubrirlo. Las circunstancias del caso son sencillamente las siguientes:

«El 27 de Julio, faltando veinte minutos para las dos de la mañana, un coche de alquiler se detuvo en la estación de policía de Grey Street, St. Kilda, y el cochero dió el sorprendente aviso de que su coche contenía el cuerpo de un hombre que él creía había sido asesinado; conducido á presencia del Inspector el cochero, quien dijo llamarse Malcom Royston, hizo la siguiente extraña relación:

«A la una de la mañana él conducía su coche bajando por la calle de Collins East, cuando al pasar frente al monumento de Burke y Wills, fué llamado por un caballero que estaba en la esquina de la iglesia escocesa; inmediatamente se dirigió allí y vió que el individuo que lo había llamado estaba sosteniendo á otro (el ahora difunto), quien parecía estar muy embriagado; ambos estaban en traje de visita, pero el ya difunto no tenía sobretodo, mientras que el otro sí llevaba uno corto, de color claro desvanecido, desabotonado; cuando Royston se acercó, el caballero de sobretodo claro le dijo:

—Mire, cochero, aquí está este individuo horriblemente borracho, usted haría bien en llevarlo á su casa.

Royston le preguntó si el borracho era su amigo, pero el otro lo negó diciendo que acababa de alzarlo de la acera de la calle y que nunca lo había visto; en este momento, el ahora difunto, alzó la cara hacia la luz de la lámpara, debajo de la cual estaban ambos, y el otro pareció reconocerlo, pues retrocedió un paso y dejó que el borracho cayera sobre el pavimento, y exclamando «¡usted!?» dió una vuelta sobre sus talones y caminó rápidamente hacia abajo de Russell Street, en dirección a Bourke Street.

«Royston lo siguió con la vista, maravillado de su extraña conducta, cuando el borracho, quien con esfuerzo se había puesto de pie, y agarrado al poste de la lámpara, bamboleándose á uno y otro lado, dijo con ronca voz:

—Quiero ir á casa, St. Kilda.

Entonces trató de entrar al coche, pero estaba demasiado borracho para hacerlo, y acabó por sentarse de nue-

vo en el pavimento; viendo esto Royston, bajó del pescante y levantándole, le ayudó á entrar al coche con gran dificultad; el individuo se echó de espaldas en el coche, y parecía que se acomodaba para dormir; así, después de cerrar la puerta, y cuando Royston volvía á ocupar su puesto en el pescante, vió al caballero de sobretodo claro junto á él; Royston le dijo:

—¡Oh! usted ha vuelto!

Y el otro contestó:

—Sí, he variado de pensamiento y lo llevaré á su casa.

Apenas dijo esto, abrió la puerta del coche, entró y dijo al cochero que siguiera para abajo en dirección St. Kilda. Royston contento al ver que el amigo del borracho había vuelto para cuidarlo, siguió en la dirección que se le había indicado, pero al acercarse á la iglesia de la Escuela de la Gramática inglesa, en el camino de St. Kilda, el caballero del sobretodo claro lo llamó para que parara; así lo hizo, y el individuo salió del coche, cerrando la puerta tras sí.

—El no me permite que lo acompañe á su casa, dijo; yo regreso á pie á la ciudad, y usted puede conducirlo á St. Kilda.

—¿Qué calle, señor? preguntó Royston.

—Grey Street, yo creo, dijo el otro, pero mi amigo se lo dirá á usted cuando llegue á la Unión.

—¿Pero no está muy trastornado, señor? dijo Royston con vacilación.

—¡Oh, nó! Yo creo que el podrá decir á usted dónde vive. Me parece que es en Grey Street, ó Ackland Street, pero no sé en cuál de las dos calles.

Y abrió entonces la puerta del coche, y mirando hacia dentro, dijo:

—Buenas noches, viejo.

El otro aparentemente no contestó, pero el caballero de sobretodo claro, encogiendo los hombros, murmuró:

—Bruto, estúpido.

Y cerró la puerta de nuevo, dió á Royston medio soberano, encendió un cigarrillo, y después de algunas ob-

servaciones acerca de la belleza de la noche, se alejó precipitadamente en dirección á Melbourne.

Royston siguió hacia la Unión, y deteniéndose allí de acuerdo con sus instrucciones, preguntó á su cliente varias veces á dónde debía conducirlo; no recibiendo respuesta, y pensando que el hombre estaría demasiado borracho para contestar, bajó de su asiento, abrió la puerta del coche, y encontró al difunto de espaldas en el rincón de atrás del coche y con un pañuelo al rededor de la boca; extendió el brazo con intención de levantarlo, pensando estuviera dormido, cuando al tocarlo, el individuo cayó hacia adelante, y al examinarlo encontró con horror que estaba completamente muerto. Alarmado con lo que había sucedido, y sospechando del caballero de sobretodo claro, se dirigió á la estacion de Policía de St. Kilda, y allí hizo la relación que antecede.

El cuerpo del difunto fue sacado del coche y llevado á la estación, y se mandó por un médico inmediatamente, quien á su llegada encontró que la vida estaba extinguida, y descubrió que el pañuelo que estaba atado ligeramente sobre la boca estaba saturado de cloroformo, y no vaciló en afirmar que por el modo como estaba atado el pañuelo y la presencia del cloroformo, se había cometido un asesinato, y que por todas las apariencias el hombre había muerto tranquilamente y sin esfuerzo alguno.

El difunto es un hombre delgado, de mediana altura, color moreno, y está vestido en traje de visita, lo que hará difícil la identificación, pues este traje no tiene ninguna señal distintiva que lo haga notable.

No se encontraron ni papeles ni cartas sobre el difunto para poder por ello descubrir su nombre, y la ropa no estaba marcada; sin embargo, el pañuelo que estaba atado al rededor de su boca, era de seda blanca, y tenía en una de sus esquinas, las letras O. W., en seda roja. El asesino, naturalmente, podía haber usado su propio pañuelo para cometer el crimen, de suerte que si las iniciales eran las de su propio nombre, podían servir para su detención.

Hoy se practicará una investigación sobre el cuerpo del difunto, de donde, sin duda, alguna evidencia puede sacarse que sirva para aclarar el misterio.»

En la edición del lunes por la mañana, del *Argus*, el siguiente artículo apareció con referencia al asunto:

«Se ha obtenido la siguiente evidencia adicional que puede arrojar alguna luz en el misterioso asesinato en un coche de alquiler, del cual dimos una completa descripción en nuestro número del sábado. 'Otro conductor de coche de alquiler llamó á la oficina de policía, y dió un dato que será valioso para los detectives en la busca del asesino; él dice que subía del camino de St. Kilda, el viernes por la mañana á la una y media, cuando fué llamado por un caballero con sobretodo claro, quien entró al coche y le dijo que lo condujera á Porowlett Street, en el Este de Melbourne; así lo hizo, y después de pagarle, el individuo descendió en la esquina de Wellington Parade y Porowlett Street, y subió lentamente dicha calle, en tanto que el coche regresaba á la ciudad.' Aquí termina el dato, pero no puede haber duda en la mente de nuestros lectores con respecto á la identidad del hombre del sobretodo claro que salió del coche de Reyston en el camino de St. Kilda, con el que entró en el otro coche y se desmontó en Porowlet Street. No debió haber lucha, pues el cochero Reyston la hubiera oído, la suposición es, por lo tanto, que el difunto estaba demasiado ebrio para hacer resistencia, y el otro, aprovechando esta oportunidad, colocó el pañuelo saturado de cloroformo sobre la boca de su víctima, y ésta, después de unos pocos esfuerzos ineficaces, cayó en un estado de estupor debido á tal inhalación.

El hombre del sobretodo claro, juzgando por su conducta antes de entrar al coche, parece que conociera al difunto, y las circunstancias de alejarse al reconocerlo, y su vuelta, muestran que su actitud hacia él no era del todo amistosa.

La dificultad está en saber el punto de partida para comenzar la persecución del autor, de lo que parece ser un asesinato premeditado, pues el muerto era desconocido y su presunto asesino se ha escapado. Pero es imposible que el cuerpo pueda permanecer largo tiempo sin ser identificado por alguien, y aunque Melbourne es una

gran ciudad, no es ni París ni Londres donde un hombre puede desaparecer entre la multitud y jamás volverse á saber de él.

La primera cosa que debe hacerse es establecer la indentidad del muerto, y entonces, sin duda, se puede obtener un dato que conduzca á la detención del hombre del sobretodo claro, quien aparece haber sido el perpetrador del crimen.

Es de la mayor importancia que el misterio en que el crimen está envuelto, se aclare, no sólo en el interés de la justicia, sino en el del público, habiendo tenido lugar en un vehículo público y en una calle pública.

Pensar que el autor de tal delito está libre hasta ahora, paseando en medio de nosotros y talvez preparándose para cometer otro, es suficiente para conmover los nervios más templados.

De acuerdo con James Payne, el bien conocido novelista, la realidad algunas veces tiene la costumbre de introducirse en el dominio de la ficción, y, raro en demasía, este caso es una prueba de su dicho.

En uno de los cuentos de Du Boisgobey, titulado *El misterio de un ómnibus* un asesinato muy semejante á esta tragedia tiene lugar en un ómnibus, pero nosotros nos oponemos á que aquel autor hubiera llevado su audacia hasta escribir acerca de un crimen cometido en un lugar tan poco á propósito como un coche de alquiler.

Esta es una magnífica ocasión para llegar á ser notables algunos de nuestros detectives, y estamos seguros que ellos harán todo lo posible para descubrir el autor de este cobarde y audaz asesinato.»

CAPITULO II

Declaraciones en la investigación

En el reconocimiento que se hizo en el cuerpo encontrado en el coche, se hallaron los siguientes objetos que se colocaron sobre la mesa:

1.° Dos libras esterlinas, diez chelines en oro y plata;

2.° El pañuelo de seda blanco, saturado con cloroformo, que se encontró atado sobre la boca del difunto, marcado con las letras O. W., en seda roja;

3.° Una cigarrillera de cuero de Rusia con cigarrillos; y

4.° Un guante de cabritilla, de la mano izquierda, bastante manchado y con puntadas negras en el dorso.

Samuel Gorby, de la oficina de detectives, estaba presente á fin de ver si los testigos decían algo que diera luz en la causa ó con respecto al autor del crimen.

El primer testigo llamado fue Malcom Royston en cuyo coche se había cometido el crimen. El repitió la historia que ya había aparecido en *El Argos* y los siguientes hechos le fueron averiguados por el funcionario de instrucción:

P. ¿Puede usted dar una descripción del caballero del sobretodo claro, que estaba teniendo al individuo que fue asesinado, cuando usted llegó con su coche?

R. Yo no lo observé minuciosamente porque mi atención fue distraida por el otro individuo; y además el caballero del sobretodo claro estaba en la sombra.

P. Descríbalo conforme usted lo vio.

R. Me parece que era rubio porque pude ver su bigote, más bien alto, vestido en traje de visita y con el sobretodo claro. No pude ver su rostro porque llevaba un sombrero de fieltro flojo, que le cubría los ojos.

P. ¿El sombrero permitía verlo?

R. Sí. El ala estaba vuelta hacia abajo pero sólo pude verle la boca y el bigote.

P. ¿Qué dijo él cuando usted le preguntó si conocía al individuo que fue asesinado?

R. Dijo que nó; que él acababa de alzarlo.

P. ¿Después él demostró reconocerlo?

R. Sí. Cuando el individuo miró hacia arriba y él dijo: ¡usted! y lo dejó caer, alejándose hacia Bourke Street.

P. ¿Miraba él hacia atrás?

R. Yo no ví.

P. ¿Cuánto tiempo estuvo usted mirándolo?

R. Más ó menos un minuto.

P. ¿Cuándo volvió usted á verlo?

R. Después de que metí al ebrio en el coche, di una vuelta y lo encontré cerca de mí.

P. ¿Y qué dijo él?

R. Yo dije: "Oh! usted vuelve!" y él contestó, "Sí; he cambiado de pensamiento y lo llevaré á su casa," y entonces entró en el coche y me dijo que los llevara á St. Kilda.

P. ¿Habló entonces como si conociera al difunto?

R. Sí. Yo pienso que no lo reconoció sino cuando el otro miró hacia arriba y que talvez habiendo tenido una desavenencia con él se alejó, pero pensó que era mejor volver.

P. ¿Usted lo vio cuando regresaba?

R. Nó. Lo vi al volverme, cerca de mí.

P. ¿Cuándo salió él del coche?

R. Justamente cuando yo cruzaba por la esquina de la Escuela de Gramática, sobre el camino de St. Kelda.

P. ¿Usted oyó algún ruido de combate ó de lucha dentro del coche, durante la travesía?

R. Nó. El camino estaba bastante malo y el ruido de las ruedas sobre las piedras me hubiera impedido oír cualquier cosa.

P. Cuando el caballero del sobretodo claro salió del coche, ¿parecía agitado?

R. Nó. Estaba perfectamente calmado.

P. ¿Cómo puede usted decir eso?

R. Porque la luna había salido y yo podía ver con claridad.

P. ¿Usted vio su rostro entonces?

R. Nó. Su sombrero se lo ocultaba y vi lo mismo que cuando entró al coche en Collins Street.

P. ¿Estaban sus vestidos despedazados ó desarreglados?

R. Nó. La única diferencia que noté fue el sobretodo abotonado.

P. ¿Lo tenía abierto cuando llegó?

R. Nó; pero sí lo llevaba *así*, cuando estaba sosteniendo al ebrio.

P. ¿Entonces se lo abotonó antes de volver y entrar al coche?

R. Sí. Así lo supongo.

P. ¿Qué dijo cuando salió del coche en el camino de St. Kilda?

R. Dijo que el individuo que iba en el coche no le permitía que lo acompañara á su casa y que por eso regresaba á Melbourne.

P. ¿Y usted le preguntó á dónde debía conducir al otro?

R. Sí. Y dijo que el ebrio vivía en Grey ó en Ackland Street, St. Kilda, y que él me *derfa* la dirección en la Unión.

P. ¿No pensó usted que estaba demasiado embriagado para dársela?

R. Sí; pero su amigo dijo que el sueño y el movimiento del coche durante el tiempo que se empleaba para llegar á la Unión lo repondrían un poco.

P. El caballero del sobretodo claro ¿no sabía aparentemente donde vivía el individuo asesinado?

R. Nó. Dijo que era en Ackland ó en Grey Street.

P. ¿No le parece á usted particular eso?

R. Nó. Yo pensé que podían ser amigos de Club.

P. ¿Cuánto tiempo habló con usted el individuo del sobretodo claro?

R. Cinco minutos poco más ó menos.

P. ¿Y durante ese tiempo no oyó usted ruido en el coche?

R. Nó. Pensé que el cliente iba dormido.

P. ¿Y después que el hombre del sobretodo claro dijo al otro buenas noches, qué hizo?

R. Encendió un cigarrillo, puso en mis manos medio soberano y caminó aprisa hacia Melbourne.

P. ¿Usted observó si el caballero del sobretodo claro tenía su pañuelo?

R. ¡Oh! *sí*, porque limpió con él el polvo de sus botas. En el camino había mucho polvo.

P. ¿Usted observó algo peculiar en su persona?

R. Bien nó, excepto que llevaba un anillo de diamante.

P. ¿Qué hay de peculiar en eso?

R. Que lo llevaba en el dedo índice de la mano derecha; cosa que yo no había visto antes.

P. ¿Cuándo vió usted el anillo?

R. Cuando estuvo encendiendo el cigarrillo.

P. ¿Cuántas veces llamó usted al sujeto que iba en el coche, cuando llegaron á la Unión?

R. Tres ó cuatro veces; entonces bajé y lo encontré muerto.

P. ¿En qué posición se encontraba?

R. Estaba recostado en el rincón más retirado del coche, poco más ó menos en la misma posición en que lo dejé cuando lo subí al carruaje; la cabeza estaba descolgada á un lado y tenía un pañuelo sobre la boca. Cuando yo lo toqué cayó en el otro rincón del coche y entonces fue cuando descubrí que estaba muerto. Inmediatamente me dirigí á la estación de policía de St. Kilda y di el aviso.

Concluida la declaración de Royston, durante la cual Gorby había estado tomando notas continuamente, fue llamado Robert Chinston, quien depuso:

—Soy un médico práctico debidamente calificado, con residencia al Este de Collins Street. Yo hice un examen *post mortem* del cuerpo del difunto, el viernes.

P. ¿Lo hizo usted pocas horas después de la muerte?

R. Sí; viendo por la posición del pañuelo y por la presencia del cloroformo que él había muerto por efectos de esa sustancia, y sabiendo cuán pronto se evapora ese veneno, hice el examen inmediatamente.

—Funcionario: Cotinúe usted su relación.

—Doctor Chinston: Externamente el cuerpo tenía aspecto de salud y de estar bien nutrido; no había señales de violencia. Las manchas aparentes de la parte pos-

terior de las piernas y del tronco, eran debidas á una congestión *post mortem*. Internamente el cerebro estaba hidrémico y había una considerable congestión, notable especialmente en los vasos superficiales. No había enfermedad cerebral. Los pulmones estaban sanos, pero ligeramente congestionados. Al abrir el tórax, había un pequeño olor espirituoso, apenas discernible. El estómago contenía poco más ó menos un litro de alimento completamente digerido. El corazón estaba blando. El costado derecho contenía una considerable cantidad de sangre negra fluida. Había tendencia á una degeneración grasosa de ese órgano. Soy de opinión que el sujeto murió por inhalación de mucho vapor de cloroformo ó methylena.

P. ¿Usted dice que había tendencia á degeneración grasosa del corazón? ¿Tiene algo que hacer ésta en la muerte del sujeto?

R. No por sí sola; pero el cloroformo administrado cuando el corazón está en tal estado, acelera el resultado fatal. Al mismo tiempo debo decir que los signos de envenenamiento por el cloroformo, en la autopsia en su mayor parte son negativos.

Se dió permiso al doctor Chinston para retirarse, y se llamó á Clement Rankin, otro cochero, quien dijo: Yo soy cochero, vivo en Callingwood y casualmente conduzco un coche. Recuerdo que el jueves último, á la una y media de la mañana regresaba de St. Kilda, y á poca distancia de Grammar School, me llamó un caballero con sobretodo claro, estaba fumando cigarrillo, y me dijo que lo llevara á Poulett Street al Este de Melbourne; así lo hice, y él se desmontó en la esquina de Wellington Parade y Poulett Street. Me pagó medio soberano y subió por Poulett Street; yo regresé á la ciudad.

P. ¿Qué hora era cuando él se detuvo en Poulett Street?

R. Las dos en punto.

P. ¿Cómo lo supo usted?

R. Porque la noche estaba tranquila, y oí el reloj del correo dar las dos.

P. ¿Usted notó algo peculiar en el hombre del sobretodo claro?

R. Nó; me pareció lo mismo que cualquier otro, creí que fuera algún vagamundo de la ciudad, á quien había cogido la madrugada. Llevaba el sombrero hundido hasta los ojos y no pude verle el rostro.

P. ¿Usted observó si llevaba un anillo?

R. Sí; cuando estiró la mano para darme el medio soberano, vi que tenía un anillo de diamante en el índice de la mano derecha.

P. ¿El no dijo porqué estaba en el camino de St. Kilda á esa hora?

R. No dijo.

Se le ordenó á Clement Rankin que saliera, y el funcionario de instrucción resumió los hechos en una manifestación al Jurado que duró una hora. No había duda, observó, de que la muerte del individuo había resultado no de causas naturales, sino de los efectos del veneno.

Hasta entonces, sólo una ligera prueba se había obtenido respecto á las circunstancias del caso, porque la única persona que podía ser acusada de haber cometido el crimen, era el desconocido, que entró al coche con el ebrio, el viernes por la mañana en la esquina de Scotch Church cerca del monumento de Burke y Wills. Queda probado que el individuo asesinado cuando entró al coche, según todas las apariencias, gozaba de buena salud, aunque en estado de intoxicación, y el hecho de haberlo encontrado el cochero Royston, después de haber dejado el coche el hombre del sobretodo claro, con un pañuelo saturado de cloroformo, atado sobre la boca, demuestra que había muerto por inhalación de tal sustancia, deliberadamente administrada. Aunque es circunstancial apenas la evidencia obtenida en el caso, no obstante, prueba que se ha cometido un crimen; por lo tanto el Jurado debe dictar un veredicto de acuerdo con esa conclusión.

El Jurado se retiró á las cuatro de la tarde, y un cuarto de hora después, regresaron los jurados con el siguiente veredicto: Que el hombre cuyo nombre se ignora murió el 27 de Julio, por efecto del cloroformo administrado con felonía por un desconocido; y afirman bajo juramento que el tal individuo desconocido cometió el asesinato con felonía, voluntaria y maliciosamente.

CAPITULO III

Cien libras esterlinas de recompensa

V. R.

Asesinato

—*£ 100 de recompensa.*—Considerando que el viernes 27 de Julio se encontró el cuerpo de un sujeto de nombre desconocido en un coche, y considerando que en la investigación practicada en St. Kilda el 30 del mismo mes, el Jurado dictó un veredicto de asesinato voluntario contra un individuo desconocido, se avisa que el Gobierno pagará una recompensa de £ 100, por el informe que conduzca al descubrimiento del asesino, quien se presume sea un hombre que entró al coche con el individuo asesinado, en la esquina de Collins y Rusell Streets, en la mañana del 27 de Julio. El muerto es de mediana estatura, moreno, cabellos negros, tiene un lunar en la sien izquierda, está recientemente afeitado, y en traje de visita.

CAPITULO IV

Mr. Gorby hace una salida

"Bien," decía Mr. Gorby, dirigiéndose á su misma persona reflejada en el espejo; "yo he descubierto muchas cosas en los últimos veinte años, pero creo sin equivocarme que este es un enigma."

Mr. Gorby estaba afeitándose, y tenía por costumbre conversar consigo mismo en el espejo; siendo detective y hombre de extremada discreción, nunca hablaba de sus negocios por fuera, ni tenía confidente alguno. Cuando deseaba hablar lo que pensaba, lo hacía con su imagen en el espejo; procedimiento seguro, y que además, le servía para aliviar su mente hablando y guardando el secre-

to al mismo tiempo. El barbero de Midas, cuando descubrió lo que había bajo la real corona de su señor, corroído, agitado é impulsado por su secreto, ¡se dirigió una mañana á la orilla del río, y apenas murmurando dijo: "El rey Midas tiene orejas de burro." De igual manera Mr. Gorby, á veces sentía necesidad de convertir en palabras sus pensamientos secretos, é importándole poco ó nada charlar al aire libre, hacía del espejo el confidente de sus ideas, y le agradaba ver su alegre y rubicundo rostro haciéndole cortesías como si fuera un mandarín. Si ese insigficante espejito, en el cual se miraba Mr. Gorby todas las mañanas hablara, ¡cuántas revelaciones hiciera de la moralidad y secretos de Melbourne! Por fortuna para mucha gente, no vivimos en el país de las hadas, y por muy simpático que fuera para Mr. Gorby, su espejo nada revelaba. Esa mañana el detective estaba más animado que de costumbre, en su conversación con el espejo, y á veces su fisonomía tomaba una expresión enigmática. El asesinato del coche le había sido encomendado, y pensaba por dónde debía principiar para aclarar el misterio, y decía, deteniendo preocupado su navaja: "Cualquier cosa que tenga un final, debe de tener un principio, y sin la posesión de éste, ¿cómo puede llegarse á aquél?"

Como el espejo no contestara la pregunta, Mr. Gorby se cubrió la cara de espuma de jabón y mecánicamente continuó afeitándose; pues sus pensamientos no se apartaban del caso en cuestión, y prosiguió de esta manera:

—Aquí hay un hombre—digamos un caballero—que se emborracha, y por lo tanto no sabe lo que hace. Otro caballero que está en la calle, llega y pide un coche para él; primero dice que no le conoce, y luégo demuestra claramente que sí. Se aleja con desagrado, cambia de pensamiento, regresa y se mete en el coche después de decir al cochero que lo conduzca á St. Kilda. Después refina al borracho con cloroformo, sale del coche, se mete en otro, y saliendo de éste, en Poulett Sreet, desaparece. Este es el enigma que tengo que resolver, y dudo mucho que la Esfinge tuviera alguna vez uno más difícil. Tres cosas hay que descubrir: primero, quién es el muerto; segundo, porqué lo mataron; y tercero, quién lo hizo. Conociendo

la primera, las otras dos no son difíciles de descubrir, porque sabiendo la vida de un hombre, es fácil averiguar a quién le interesaba que desapareciese. El hombre que asesinó á aquel sujeto debió tener un fuerte motivo para hacerlo, y yo debo descubrir ese motivo. ¿Amor? Nó, no fue eso; los enamorados no van tan lejos en la vida real; en mi larga experiencia, nunca lo he visto; en novelas y dramas, sí. ¿El robo? Nó; se le encontró bastante dinero en el bolsillo. ¿Venganza? Veamos; esto sí puede ser. La venganza lleva á mucha gente más lejos de donde intenta ir. No hubo violencia, pues sus vestidos no estaban desgarrados; debió ser cogido de sorpresa y sin saber lo que el otro proyectaba. Entre paréntesis: estoy pensando que no examiné la ropa suficientemente; algo puede haber en ella que me dé la clave; de todos modos vale la pena de examinarla de nuevo. Así, comenzaré por el vestido.

Mr. Gorby después de vestirse y de tomar su almuerzo, se dirigió de prisa á la estación de Policía y pidió los vestidos del hombre muerto; cuando los hubo recibido, se retiró solo á un rincón de la pieza y comenzó el examen. No encontrando nada notable en el sobretodo fuera de ser una pieza bien trabajada, lo arrojó á un lado con un gesto de desagrado, y cogió el chaleco; aquí sí encontró algo que le interesó vivamente: un bolsillo en la parte interna del lado izquierdo.

—Ahora, ¿para qué demonios es esto? dijo Mr. Gorby rascándose la cabeza; no se usan chalecos con bolsillos en la parte interna, me parece, y (continuó el detective con gran sorpresa:) esto no es obra de sastre; lo hizo él mismo, y por cierto, pésimamente hecha. Lo hizo él mismo para que nadie supiera que existía, y para guardar algo valioso, tan valioso que lo llevaba consigo hasta cuando se ponía su traje de visita. ¡Ah! aquí hay una desgarradura en la parte más cercana del lado externo del chaleco; algo se sacó del bolsillo bruscamente. Ahora principio á ver. El muerto poseía algo que el otro hombre necesitaba y sabía que siempre llevaba consigo. Lo vé ebrio,

se mete en el coche con él, y trata de adquirir lo que necesitaba tener. El otro resiste y aquél lo mata valiéndose del cloroformo que llevaba; y temeroso de que el coche se parara y lo descubrieran, saca con rapidez del bolsillo aquello que necesita; al hacerlo desgarra el chaleco y se escapa. Esto es muy claro; pero ¿qué era lo que necesitaba? ¿Una caja con joyas? Nó! un objeto voluminoso no podía llevarlo en la parte interna del chaleco; debía ser algo delgado y que fácilmente reposara en el bolsillo—un papel—algún papel valioso que el asesino necesitaba, y por el cual mató al otro.

—Está muy bien, dijo Mr. Gorby arrojando el chaleco y levantándose. He encontrado el número segundo antes del número primero. La primera cuestión es: ¿Quién es el hombre asesinado? Que es extranjero en Melbourne, es claro, pues si no fuera, alguien lo hubiera reconocido por la descripción que se hizo en el aviso de recompensa. ¿Tendría parientes aquí? Nó; si los tuviera, habrían hecho investigaciones por él. Pero hay algo seguro; á menos que durmiera al aire libre, debía tener casa en donde residir. No debía vivir en hotel, pues el propietario de cualquiera de ellos en Melbourne, lo hubiera reconocido por la descripción; con mayor *razón* estando todo el lugar alarmado con el asesinato. Más bien en un alojamiento privado, y con una casera que *no* leyera los periódicos, ni conversara con las vecinas, pues de otro modo ya hubiera tenido noticia del suceso. Por otra, parte, si él vivía, como yo pienso en alojamiento privado, al desaparecer súbitamente, su propietaria no hubiera permanecido tranquila. Si, sin embargo, como yo presumo, el individuo es extranjero, la propietaria no sabía dónde averiguar, y por lo tanto, vistas las circunstancias, la cosa más natural para ella sería poner avisos. Así yo echaré un vistazo en los periódicos.

Mr. Gorby tomó diferentes periódicos y buscó cuidadosamente en las columnas en donde generalmente están los avisos para amigos que se han ausentado sin decirlo, y para gentes que pueden oír algo ventajoso para ellos.

—Fue asesinado, dijo Mr. Gorby, un viernes entre la una y las dos de la mañana; así, podía estar ausente hasta el lunes sin excitar sospecha; sin embargo, el lunes ya la

señora de la casa comienza á sentirse intranquila, y el martes pone el aviso. Por lo tanto, dijo Mr. Gorby corriendo su carnoso dedo hacia abajo de la columna, miércoles es el día.

Nada encontró en los papeles del miércoles ni en los del jueves, pero en uno del viernes, exactamense una semana después del asesinato, Mr. Gorby dió de repente con el siguiente aviso:

«Si Mr. Oliver Whyte no vuelve á Possum Villa, Grey Street, St. Kilda, antes del fin de la semana, sus cuartos serán arrendados.—*Rabina Hableton.*»

—Oliver Whyte, repitió lentamente Mr. Gorby, y las iniciales del pañuelo que quedó probado pertenecían al muerto, eran O. W., de suerte que su nombre es Oliver Whyte ¿no es así? Ahora, dudo mucho que Rubina Hableton sepa algo del asunto. De cualquier modo, dijo Mr. Gorby poniéndose el sombrero, como soy muy apasionado por las brisas del mar, iré á Possum Villa, Grey Street, St. Kilda.

CAPITULO V

Mrs. Hableton se descubre

Mrs. Hableton era una señora que tenía una pena que cualquiera que se relacionara con ella, pronto la descubría. Beauscoffled, en una de sus novelas dice que cuanto más interesante es un individuo es cuando habla de sí mismo; y al juzgar á Mrs. Hableton por esta afirmación, era en extremo fascinadora, como que nunca, por ningún motivo, hablaba de otro asunto. Nada era para ella la amenaza de una invasión rusa, mientras tuviera su dolor especial. Desprendida de éste, hubiera tenido tiempo para atender á los pequeños detalles que afectaban la Colonia.

La enfermedad de que Mrs. Hableton se quejaba, era falta de dinero, pero no era de ninguna manera un mal común, pues al observarle esto, Mrs. Hableton replicaba coléricamente que ella lo sabía, pero que alguna gente no es lo mismo que otra gente, siendo el significado de esta

mística observación, sencillamente esta: ella había venido á la Colonia en sus tempranos días, cuando no era tan difícil como ahora hacer dinero, pero debido á un mal marido, no había podido hacerlo. El finado Mr. Hableton—porque hacía bastante tiempo había partido de esta vida—era adicto al uso inmoderado del vaso rebosante, y en aquel tiempo en que podía haber ganado dinero, se le encontraba generalmente en una taberna, gastando las ganancias de su mujer, con sus amigos.

El constante beber y el cálido clima de Victoria, pronto se lo llevaron, y cuando Mrs. Hableton lo vió seguro bajo tierra en el cementerio de Melbourne, regresó á su casa á inspeccionar su posesión y ver cómo podía mejorarla. Recogió un poco de dinero del naufragio de su fortuna, y estando barata la tierra, compró una pequeña sección de St. Kilda, y edificó allí una casa. Se sostuvo recibiendo costuras, sirviendo como enfermera, y trabajando en todo lo que le dejara alguna utilidad. Así, con esta multiplicidad de ocupaciones, lo pasaba muy bien y hasta colocó una pequeña suma en el Banco; pero vivía llena de amargura contra la humanidad y hablaba frecuentemente de ella.

—Yo debía estar en mi carruaje y él en el parlamento, decía amargamente, si él no hubiera sido semejante bruto, pero nadie puede hacer de una bestia un hombre, á pesar de lo que dicen los discípulos de Darwin.

Y en verdad era un caso grave, porque justamente en el tiempo en que ella debiera estar descansando y recogiendo la recompensa de su industria, tenía que trabajar por su pan de cada día, sin haber ella cometido ninguna falta.

Tengamos por seguro que si Adán se encolerizó con Eva por haber comido la manzana, y ser la causa de que los expulsaran del delicioso jardín, sus descendientes se han vengado ampliamente en las hijas de Eva, por su pecado.

Mrs. Hableton es sido el tipo de muchas mujeres que trabajando duramente y prosperando se casan con hombres que son una maldición tanto para ellas como para sus familias.

Poco sorprende que Mrs. Hableton hubiera condensado todo su conocimiento del género masculino en este amargo aforismo:

«Los hombres son brutos.»

Esto lo creía ella primeramente y ¿quién puede decir que no tuviera buenas razones para creerlo?

«Ellos son brutos; se casan con una mujer y la hacen una bestia de carga, y se sientan en la casa á engullir cerveza, y llámanse los señores de la creación.»

Possum Villa era una casa sin pretensiosa apariencia, con una ventana de arco y una estrecha veranda al frente. Estaba rodeada de un pequeño jardín y en él unas pocas flores esparcidas que eran la delicia de Mrs. Hableton. Cuando ella no estaba ocupada en otra cosa, se ataba un pañuelo viejo al rededor de la cabeza, y salía al jardín donde aporcaba y rociaba sus matas hasta que ellas abandonaban todo intento de crecer, desesperadas de no verse solas. Estaba entregada á su favorita ocupación poco más ó menos una semana después de la desaparición de su inquilino, y pensaba sorprendida á dónde se habería ido.

—En alguna casa pública acostado borracho (dijo arrancando una yerba con cólera), gastando su renta, llenándose de cerveza. ¡Ah! los hombres son brutos. Al infierno con ellos.

Justamente cuando ella dijo esto, una sombra atravesó el jardín, y al alzar á mirar vio á un hombre recostado sobre la verja, contemplándola.

—Fuéra de aquí, dijo al intruso, disgustada, levantándose y sacudiendo la herramienta que tenía en la mano.

—Hoy no necesito manzanas y nada me importa por barato que las venda.

Mr. Hableton evidentemente obraba dominada por la ilusión de que el hombre era un vendedor ambulante, pero no viéndole carro de mano, cambió de pensamiento.

—¿Usted está levantando, dijo, un plano de la casa para robarla, no?

—Usted no lo necesita porque aquí no hay nada que robar. Las cucharas de plata que pertenecían á la madre de mi padre, se fueron garganta abajo de mi marido hace

tiempos, y no he tenido dinero para comprar otras. Yo soy una solitaria libre, como dicen los brutos como usted, y le agradecería que dejara la reja que compré con mi propio dinero ganado con trabajo, y salga de aquí.

Mr. Hableton se detuvo por falta de aliento, sacudiendo su herramienta y angustiado como un pescado fuéra del agua.

—Mi querida señora, dijo el hombre de la reja con dulzura, es usted.....

—Nó, yo no soy, replicó Mrs. Hableton con furia, yo no soy ni miembro del parlamento, ni maestra de escuela para contestar sus preguntas. Soy una mujer que paga sus contribuciones ó impuestos, que no murmura, ni lee sus mugrosos periódicos, ni le importan nada los rusos; por tanto, afuera.

—No lee los periódicos, repitió el hombre en tono de satisfacción. Ahí con razón.

Mrs. Hableton miró sospechosamente al hombre que había hecho tan peculiar observación.

Era un hombre corpulento, de una cara alegre de color subido, bien afeitado, ojos grises de mirar penetrante que mantenía titilando como dos estrellas. Estaba bien vestido, con un flux de paño delgado y llevaba un chaleco muy almidonado con una maciza cadena de oro extendida al través de éste. Tan pronto como él dió á Mrs. Hableton la impresión de ser un acomodado comerciante, ella mentalmente se preguntaba qué querría.

—¿Qué necesita usted? le preguntó ella con brusquedad.

—¿El señor Oliver Whyte vive aquí? preguntó él.

—Sí vive y no vive; respondió Mrs. Hableton pigramáticamente. Yo no lo he visto hace más de una semana; así supongo que habrá continuado en la bebida como todos ellos, pero ya he puesto algo en el periódico, y lo levantaré un poco y le haré saber que yo no soy una alfombra para caminar sobre ella. Si usted es su amigo, puede decirle de mi parte que es un bruto, que era lo que yo esperaba de él siendo del género masculino.

El forastero aguardó tranquilamente mientras pasa-

ba el chubasco, y habiéndose detenido Mrs. Hableton por falta de aliento, dijo con calma:

—¿Puedo hablar con usted un momento?

—¿Quién lo detiene? dijo Mrs. Hableton con insolencia. Hable usted, no porque yo espere la verdad de un hombre; pero hable usted.

—Bien, en verdad, dijo el otro, mirando al cielo azul sin nubes, y limpiándose la cara con un magnífico pañuelo de seda colorada; hace bastante calor, usted sabe y....

Mrs. Hableton no le dió tiempo de concluir, y yendo á la puerta, la abrió dándole un golpe.

—Use usted de sus piernas y entre, dijo ella, y haciéndolo así el forastero, lo condujo hacia la casa, y lo llevó á un pequeño y aseado cuarto de recibo que estaba atestado de antimacasares, carpetas de lana y flores de lana. También había sobre la chimenea una fila de huevos de avestruz, una espada colgada del muro, y una línea de pequeños libros de repugnante aspecto, colocados en fila tan igual, en un estante de apariencia tan desagradable, que no invitaban á la lectura, estando probablemente sólo de adorno. El amoblado era de cerda, y todo tan duro y brillante, que, cuando el forastero se sentó en la resbaladiza silla de brazos que Mrs. Hableton le indicó, pensó que la habían acuñado con piedras, tan dura y fría era la silla. La señora se sentó en otra semejante, y quitándose el pañuelo de la cabeza, lo dobló cuidadosamente, lo colocó en su regazo, y miró con fijeza á su inesperado visitante.

—Bien: ahora, dijo ella abriendo la boca con tal rapidez que parecía movida por cuerdas como un títere, ¿quién es usted? ¿qué es usted y qué necesita?

El forastero puso su pañuelo rojo dentro del sombrero, colocó éste sobre la mesa, y deliberadamente respondió:

—Mi nombre es Gorby. Soy un detective. Necesito á Mr. Oliver Whyte.

—No está aquí, dijo Mrs. Hableton, pensando que había tenido alguna aventura ó iba á ser arrestado.

—Ya lo sé, respondió Mr. Gorby.

—¿Entonces donde está?

—Está muerto, respondió Mr. Gorby bruscamente, y esperó el efecto de sus palabras.

Mrs. Hableton se puso completamente lívida, y movió su silla hacia atrás.

—Nó, gritó, él nunca lo mataría; ¿lo hizo?

—Que nunca lo mataría, ¿quién? dijo Mr. Gorby con sequedad.

Mrs. Hableton sabía indudablemente más de lo que quería decir, porque reponiéndose con un violento esfuerzo, respondió evasivamente:

—El nunca se mataría.

Mr. Gorby la dirigió una penetrante mirada, y ella se la devolvió con insolencia.

—Astuta, se dijo para sí el detective; ella sabe más de lo que quiere decir, pero yo se lo sacaré.

Se detuvo un momento, y continuó con suavidad:

—¡Oh! nó, él no ha cometido suicidio; ¿qué le hace á usted pensar eso?

Mrs. Hableton no respondió, y levantándose de su asiento, se dirigió á un duro y lustroso aparador de donde sacó una botella de brandy y un pequeño vaso. Llenando á medias el vaso, lo apuró y regresó á su asiento.

—Yo no uso mucho esta bebida, dijo viendo que el detective la miraba con curiosidad, pero usted me ha dado tal susto, que he tenido que tomar para calmar mis nervios. ¿Qué quiere usted que yo haga?

—Decirme todo lo que sepa, dijo Mr. Gorby sin quitarle la vista de la cara, la que tomó un tinte aún más pálido.

—¿Dónde fué muerto Mr. Whyte?

—Fué asesinado en un coche en el camino de St. Kilda.

—¡Ah! exhaló un suspiro y cerró los labios con firmeza.

Mr. Gorby nada dijo, pues comprendió que ella deliberaba entre sí debía ó nó hablar, y como hombre experto, guardó silencio, pues una palabra suya podía sellar los labios de Mrs. Hableton, y obtuvo su recompensa más pronto de lo que esperaba.

—Mr. Gorby, dijo ella por fin; yo he tenido que luchar duro toda mi vida, debido á un mal marido que era un bruto y un borracho; así, Dios lo sabe, nada me induce á pensar bien del lote masculino de la humanidad, pero, asesinato (temblo ligeramente), yo nunca pensé en eso, aunque el cuarto estaba abrigado.

—¿En relación con quien?

—Con Mr. Whyte, porsupuesto, respondió ella con precipitud.

—¿Y quién más?

—Yo no sé.

—Entonces, ¿no hay algún otro?

—Yo no sé, no estoy segura.

El detective estaba sorprendido.

—¿Qué quiere decir usted? preguntó.

—Yo le diré á usted todo lo que sé, dijo Mrs. Hableton, y si él es inocente, que Dios lo proteja.

—Sí; ¿Quién es inocente?

—Yo le diré á usted todo desde el principio, y usted mismo puede juzgar. Mr. Gorby asintió, y ella comenzó:

—Hace apenas dos meses que resolví recibir pensionistas, pues los pequeños negocios son muy duros y coser es perjudicial para mis ojos; así, siendo viuda y habiendo sido tratada muy mal por un bruto que ya está muerto, y para quien siempre fui buena esposa, pensé que recibir pensionistas sería de algún alivio para mí; puse un aviso en el periódico, y Mr. Oliver Whyte tomó los cuartos hace dos meses.

—¿Y cómo era él?

—No muy alto, moreno, sin bigote ni patillas, y un cumplido caballero.

—¿Tenía algo particular en su persona?

Mrs. Hableton pensó un momento.

—Sí tenía un lunar sobre la sien izquierda, pero lo ocultaba con el cabello y muy pocos lo verían.

—El mismo, se dijo Gorby; estoy en la buena pista.

—Mr. Whyte dijo que acababa de llegar de Inglaterra.

—Razón por la cual no ha habido amigos que reconozcan el cadáver.

—Tomó los cuartos por seis meses, pagó una semana anticipada y continuó pagando con regularidad, como un hombre respetable; aunque yo no creo en ellos, decía que tenía muchos amigos, y salía todas las noches.

—¿Quiénes eran sus amigos?

—No puedo decirlo porque él era muy reservado, y cuando salía, nunca supe á donde iba, lo cual sucede siempre con *ellos*, que dicen van á trabajar, y se meten en las tabernas. Mr. Whyte me dijo que se iba á casar con una heredera.

—¡Ah! exclamó Mr. Gorby con viveza.

—Según lo que vi, no tenía sino un amigo, un tal Mr. Moreland, quien venía aquí con él, y siempre estaban juntos como hermanos.

—¿Cómo es ese Mr. Moreland?

—Bastante buen mozo, dijo Mrs. Hableton con amargura, pero sus hábitos no eran tan buenos como su rostro —hermoso es lo que hace hermoso— según yo creo.

—Tengo mis dudas de que él sepa algo acerca de este asunto, dijo para sí Mr. Gorby, y preguntó en alta voz: ¿Donde se puede encontrar á Mr. Moreland?

—No sé, no puedo decir, replicó la señora; él acostumbraba venir aquí regularmente, pero hace más de una semana que no lo veo.

—Muy extraño, pensó Gorby moviendo la cabeza; me agradaría ver al tal Mr. Moreland. Yo supongo que hay probabilidades de que venga de nuevo, observó en voz alta.

—Siendo el hábito una segunda naturaleza, supongo que vendrá, contestó la mujer; á cualquiera hora puede venir, con mayor razón habiendo venido antes de anoche.

—¡Ah! entonces volveré esta tarde contando con el azar, para verlo, replicó el detective. Las coincidencias acontecen en la vida real lo mismo que en las novelas, y el caballero en cuestión puede volver en el tiempo preciso. Ahora, ¿qué más hay acerca de Mr. Whyte?

—Hace dos ó tres semanas, no recuerdo con exactitud,

un caballero vino á ver á Mr. Whyte; éra muy alto y llevaba un sobretodo claro.

—¡Ah! ¿un sobretodo de mañana?

—Nó; estaba en traje de visita, y encima llevaba un sobretodo claro, y un sombrero fino.

—El mismo hombre, dijo el detective en imperceptible voz; continúe.

—Entró al cuarto de Mr. Whyte y cerró la puerta. No sé cuánto tiempo estuvieron hablando, pero yo estaba en este mismo cuarto y oía sus coléricas voces y sus juramentos que es el estilo que usan los hombres, los brutos. Subí al pasaje para decirles que no hicieran tánto ruido, cuando la puerta del cuarto de Mr. Whyte se abre, y el caballero de sobretodo claro sale golpeando la puerta con violencia; Mr. Whyte vino á la puerta de su cuarto, y dijo gritando: «Ella es mía, usted no puede hacer nada.» El otro se volvió y poniendo la mano en la puerta, dijo: «Yo puedo matarlo á usted, y si usted se casa con ella, lo haré hasta en plena calle.»

—¡Ah! dijo Mr. Gorby con una larga inspiración; ¿y después?

—Después golpeó la puerta, la cual desde entonces no cierra bien, y yo no tengo dinero para componerla, y Mr. Whyte volvía á su cuarto riéndose.

—¿Le hizo él alguna observación á usted?

—Nó, excepto que había sido importunado por un lunático

—¿Cómo se llamaba el tal sujeto?

—No puedo decirselo porque Mr. Whyte nunca me lo dijo. Era alto y tenía bigote rubio, y estaba vestido como ya le he dicho.

Mr. Gorby estaba satisfecho.

—Ese es el hombre (dijo para sí), que entró al coche y asesinó á Whyte. ¡No hay duda! Whyte y él eran rivales por la heredera.

—¿Qué piensa usted de esto? dijo Mrs. Hableton con curiosidad.

—Yo pienso, dijo Mr. Gorby lentamente y mirándola con fijeza, que hay una mujer en el fondo de este crimen,

CAPITULO VI

Mr. Gorby hace más descubrimientos

Cuando Mr. Gorby dejó á Possum Villa, no dudaba quién había cometido el asesinato. El caballero del sobretodo claro había amenazado á Mr. Whyte con matarlo hasta en plena calle—estas últimas palabras son especialmente significativas—y no había duda que él había cumplido su amenaza.

La comisión del crimen era simplemente el cumplimiento de las palabras proferidas en un momento de cólera. Lo que el detective tenía que hacer ahora, era descubrir quién era el caballero de sobretodo claro, saber dónde vivía, y adquiridos estos datos, precisar sus actos en la noche del crimen.

Mrs. Hableton lo había descrito, pero ignoraba su nombre, y su vaga descripción podía aplicarse á docenas de jóvenes en Melbourne.

Había sólo una persona, quien, en la opinión de Mr. Gorby, pudiera decir el nombre del caballero del sobretodo claro, y éste era Moreland, el íntimo amigo del muerto.

Aparecía por la descripción de la señora, que habían sido tan amigos, que era muy probable que Whyte hubiera referido á Moreland todo lo concerniente á su colérico visitante. Además del conocimiento de Moreland, de la vida y costumbres de su difunto amigo, podía deducirse á quién aprovechaba la muerte de Whyte, y quién era la heredera, de quién éste se jactaba iba á ser esposo.

Lo que sorprendía al detective, era que Moreland ignorase la trágica muerte de su amigo, viendo que los periódicos estaban llenos de relaciones del asesinato, y que en la noticia de la recompensa se hacía una excelente descripción de la apariencia personal del muerto. El único camino que Gorby encontraba para explicar el extraordinario silencio de Moreland, era que hubiera estado

ausente de la ciudad, y no hubiera leído los periódicos, ni oído hablar del asesinato. Si este era el caso, podía suceder que estuviera ausente por tiempo indefinido, ó regresara después de unos pocos días. De todos modos valía la pena volver por la tarde á St. Kilda, pues por casualidad podía haber vuelto Moreland, é iría á visitar á su amigo. Así, después de su té, Mr. Gorby se puso el sombrero y se dirigió á Possum Villa, sin dejar de reconocer que lo que buscaba era una muy flaca posibilidad.

Mrs. Hableton le abrió la puerta y le condujo en silencio, no á su propio cuarto de recibo, sino á un departamento lujosamente amoblado, que al momento comprendió Gorby era el perteneciente á Mr. Whyte. Examinó perspicazmente todo el cuarto, y la idea del carácter del muerto quedó formada en su mente con clara precisión.

—Disipado y pródigo, se dijo. Hombre que puede haber tenido amigos y enemigos posibles en una clase sombría de la sociedad.

Lo que condujo á Mr. Gorby á esta creencia, era la evidencia que daba lo que lo rodeaba, acerca del modo de vivir de Whyte.

El cuarto estaba bien amueblado, los muebles estaban tapizados con terciopelo rojo obscuro, las cortinas de las ventanas y la alfombra eran del mismo sombrío color.

—Yo hice esto con propiedad, observó Mrs. Hableton con una sonrisa de satisfacción en su áspera cara. Cuando usted quiera que los jóvenes se acomoden, los cuartos deben estar bien amueblados, y Mr. Whyte pagaba bien, aun cuando era exigente con respecto á alimentos, los cuales siendo yo apenas mediana cocinera, no le podía hacer golosinas francesas que dañan el estómago.

Los globos de las lámparas de gas eran de un pálido color rosado, y habiendo Mrs. Hableton encendido el gas, esperando la llegada de Mr. Gorby, había en todo el cuarto un suave tinte rosado, semejante al primer rayo de luz de la temprana aurora.

Mr. Gorby metió las manos en sus amplios bolsillos, y caminó placentero al rededor del cuarto, examinando cada cosa con curiosidad.

Los muros estaban cubiertos con cuadros de célebres caballos y famosos jockeys. Alternando con éstos había fotografías de notabilidades de teatro, la mayor parte actrices de Londres: Nellie Fanen, Kate Waughan y otras burlescas estrellas, quienes eran evidentemente objetos de adoración del finado Mr. Whyte. Sobre la chimenea había fragmentos de pipas sobre los cuales había dos floretes cruzados, y debajo de éstos unos cuantos marcos de peluche de todos colores con lindos rostros sonrientes, siendo de notarse que todas las fotografías eran de mujeres, sin verse una sola cara masculina, ni en los muros ni en los cuadros de peluche.

—Amigo de las mujeres por lo que veo, dijo Gorby inclinando la cabeza ante la chimenea.

—Una colección de divertidas, dijo Mrs. Hableton apretando los labios con cólera. Me siento avergonzada como nunca cuando les quito el polvo. No creo en muchachas que se mandan retratar casi desnudas como si salieran de la cama, pero á Mr. Whyte parece que le agradaban.

—A muchos jóvenes les agradan, contestó Mr. Gorby con sequedad, acercándose al estante de los libros.

—Brutos, dijo la señora de la casa. Yo los ahogaría en el Yan; lo haría cuando se sientan á llamarse ellos mismos ldueños de la creación! como si las mujeres hubieran sido hechas nada más que para ganar dinero y vérselo beber, como hizo mi marido, al cual nunca le parecía tener suficiente cerveza adentro; yo pobre y sola mujer, sin familia, por lo que doy gracias á Dios; pues los hijos hubieran seguido la costumbre de su padre, en su hábito de beber.

Mr. Gorby no atendió esta diatriba contra los hombres, sino se detuvo mirando la librería de Mr. Whyte, que consistía en su mayor parte de novelas francesas y periódicos de diversiones.

—Zola, dijo Mr. Gorby, sacando un libro delgado, amarillo, bastante usado. He oído hablar de él. Si sus novelas son tan malas como su reputación, poco me interesa leerlas.

En este momento sonó un golpe duro y apremiante. Al oirlo Mrs. Hableton se puso precipitadamente de pie.

—Debe ser Mr. Moreland, dijo, y el detective colocó á Zolá, rápidamente en el estante. Nunca tengo visitas de noche siendo una viuda sola; si es él lo traeré aquí.

Salió, y en el acto Gorby, que estaba escuchando intencionalmente, oyó la voz de un hombre que preguntaba si Mr. Whyte estaba en la casa. No señor, no está aquí, respondió la señora, pero en su cuarto está un caballero que lo busca. ¿No quiere usted entrar, señor?

—Por un rato sí, repuso el visitante, é inmediatamente después Mrs. Hableton apareció introduciendo al más íntimo amigo del finado Oliver Whyte.

Era un hombre alto, delgado, de color blanco y rosado, pelo rubio ensortijado y un bigote caído de color de paja; Era todo un distinguido y aristocrático individuo. Estaba vestido con un flux de paño rayado, cortado á la moda y tenía un aire frío é insustancial en toda su persona.

—¿Dónde está Mr. Whyte esta noche? preguntó sentándose en una silla y sin preocuparse por la presencia del detective, á quien miró como una pieza del mobiliario.

—¿No lo ha visto usted últimamente? preguntó el detective con rapidez.

Al oír la pregunta, Mr. Moreland lo miró con insolencia por unos pocos momentos, como si estuviera considerando si contestaba ó nó. Al fin, aparentemente decidió que lo hacía, y quitándose un guante, se recostó en el espaldar de la silla.

—Nó; no lo he visto, dijo bostezando. He estado en el campo unos pocos días y he regresado esta tarde; así, no lo he visto hace más de una semana. ¿Porqué pregunta usted?

El detective no respondió, pero colocándose frente al joven lo miró con insistencia.

—Yo espero, dijo Moreland con abandono, que usted me reconocerá, amigo mío; pero yo no sabía que Whyte hubiera marchado á un asilo de locos durante mi ausencia; ¿quién es usted?

Mr. Gorby se adelantó, y de pie debajo de la luz de gas, dijo con calma: mi nombre es Gorby, señor; y soy un detective.

—Ah! en verdad, dijo Moreland, mirándolo con frialdad de arriba á abajo. ¿Qué ha estado haciendo Whyte? ¿Escapándose con la mujer de alguno, eh? yo sé que él tiene pequeñas debilidades de esa clase.

Gorby sacudió la cabeza.

—¿Sabe usted dónde puede encontrarse á Mr. Whyte? preguntó con precaución.

Moreland se rió.

—Nó; mi amigo, dijo con ligereza. Presumo que está en alguna parte cerca de aquí, porque este es su barrio. ¿Qué ha estado haciendo él? Nada que pueda sorprenderme le aseguro á usted, siempre ha sido un errático individuo, y....

—El pagaba puntualmente, interrumpió Mrs. Hableton apretando los labios.

—Una envidiable reputación, contestó el otro con burla. Reputación que temo mucho nunca gozaré. ¿Pero porqué todas estas preguntas á cerca de Whyte? ¿Qué le ha sucedido?

—Ha muerto, dijo Gorby. Toda la superficialidad de Moreland se desvaneció al oir esto y saltó de su silla.

—Muerto! repitió mecánicamente. ¿Qué quiere usted decir con esto?

—Quiero decir que Mr. Oliver Whyte fue asesinado en un coche.

Moreland lo miró con asombro y se pasó la mano por la frente.

—Excúseme usted, mi cabeza es un remolino, dijo y se sentó de nuevo. ¡Whyte asesinado! El estaba muy bien cuando yo lo dejé hace cerca de dos semanas.

—¿No ha visto usted los periódicos? preguntó Groby.

—No los he visto durante las dos últimas semanas, replicó Moreland. He estado en el campo y fue al regresar á la ciudad esta noche cuando oí algo acerca de un asesinato, pues mi casera me dio una embrollada relación de él, pero nunca, ni por un momento me imaginé que Whyte hubiera sido la víctima, y vine aquí á verlo como he

hamos convenido cuando partí. ¡Pobre amigo! ¡Pobre amigo! ¡Pobre amigo! Muy abatido ocultó su rostro entre sus manos.

Mr. Gorby se conmovió por su evidente dolor, y aún Mrs. Hableton permitió que una pequeña lágrima bajara por su endurecida mejilla, como un tributo de pesar y simpatía.

En el acto Moreland levantó la cabeza y habló á Gorby de una manera precipitada.

—Dígame todo lo que sepa acerca de esto, dijo apoyando su mejilla en la mano. Todo lo que usted sepa.

Colocó los codos sobre la mesa, y ocultó de nuevo su rostro entre las manos, mientras que el detective se sentó y relató todo lo que sabía del asesinato de Whyte. Cuando terminó, Moreland levantó la cabeza y le miró tristemente.

—Si yo hubiera estado en la ciudad, dijo, esto no habría sucedido porque yo siempre estaba con Whyte.

—¿Lo conocía usted muy bien señor? dijo el detective con afabilidad.

—Nosotros éramos como hermanos, replicó Moreland con pesar. Salimos de Inglaterra en el mismo buque y yo acostumbraba visitarlo aquí constantemente.

Mrs. Hableton inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Es verdad, dijo Mr. Moreland después de pensar un momento: yo creo que estuve con él la noche que fue asesinado.

Mrs. Hableton dió un ligero grito y se cubrió la cara con el delantal, pero el detective permaneció impasible, aunque la última frase de Morelad lo había alarmado considerablemente.

—¿Qué es eso? dijo Mr. Moreland volviéndose hacia Mrs. Hableton. No se asuste usted; yo no lo maté, nó, yo lo encontré el jueves pasado hizo una semana, y el viernes á las seis y media de la mañana salí para el campo.

—¿Y á qué hora encontró usted á Whyte el jueves por la noche? preguntó Gorby.

—Permítame usted, dijo Moreland cruzando la pierna y mirando pensativo el cielo razo: fue más ó menos á las nueve y media. Yo estaba en el Hotel Oriente, en Bouke Street, tomámos un trago ambos, y seguimos calle arriba á otro Hotel en Russell Street, en donde tomámos otro; en fin, dijo Moreland con frialdad: tomámos muchos otros tragos.

—Brutos, murmuró Mrs. Habbleton

—Sí, dijo Gorby con calma, continue usted.

—Es muy duro confesarlo, dijo Moreland, mirando á uno y otro con plácida sonrisa, pero en un caso como este, conozco que es mi deber dejar á un lado todo escrúpulo social; ambos nos emborrachámos.

—Ah! Whyte, como sabemos, sí estaba ebrio cuando entró al coche, y usted....

—Yo no estaba tan mal como Whyte, respondió el otro; yo conservaba mis sentidos. Yo creo que él salió del hotel pocos minutos antes de la una de la mañana del viernes.

—¿Y usted qué hizo?

—Yo permanecí en el hotel. El dejó su sobretodo, yo lo recogí y salí poco después á entregárselo, pero como estaba demasiado ebrio, no vi en qué dirección había seguido, y me recargué en la puerta del Hotel de Bourke Street con el sobretodo en la mano. Entonces alguien llegó, y arrebatándome el sobretodo, corrió con él; lo último que recuerdo fue que grité: ¡Detengan al ladrón! Yo debí caer, pues en la mañana siguiente me encontré en mi cama vestido y con toda la ropa cubierta de lodo. Me levanté y salí para el campo por el tren de las seis y media, de suerte que no supe nada del asunto hasta esta noche, que he regresado á Melbourne.

—¿Y no tuvo usted la idea de que alguien vigilaba á Whyte esa noche?

—Nó, no la tuve, respondió Moreland con franqueza; él estaba muy alegre, aunque algo molesto, al principio.

—¿Y cuál era la causa de estar molesto?

Moreland se levantó, trajo el album de Whyte, lo colocó en la mesa y lo abrió en silencio. El contenido del album era muy semejante á los adornos de los muros del

cuarto: fotografías de actrices, y bailarinas; pero Mr. Moreland pasó las hojas casi hasta el fin, se detuvo en una hermosa fotografía, y pasando el album á Mr. Gorby, dijo:

—Esta fué la causa. Era el retrato de una encantadora muchacha, vestida de blanco, con sombrero marino sobre sus dorados cabellos, y con una raqueta de lawn tennis en la mano. Estaba medio inclinada hacia adelante, sonriendo con dulzura, y detrás de ella había un macizo de plantas tropicales. Mrs. Hableton dio un grito de sorpresa al ver el retrato, y dijo:

—Oh! si es Miss Frettlby. ¿Cómo la conocía él?

—El conocía á su padre, cartas de introducción y demás, dijo Mr. Moreland, con suavidad.

—Ah! en verdad, dijo Mr. Gorby lentamente. De suerte que Mr. Whyte conocía á Mark Frettlby el millonario; ¿pero cómo obtuvo una fotografía de la hija?

—Ella se la dió, dijo Moreland. El hecho es que Whyte estaba muy enamorado de Miss Frettlby; y ella..

—Estaba enamorada de otro, interrumpió Mr. Gorby.

—Exacto! Ella amaba á Mr. Brian Fetzgerald, con quien estaba comprometida, estaba loco por ella, y él y Whyte se disputaban á la señorita con encono.

—Bien, dijo Mr. Gorby. ¿Y usted conoce á ese Mr. Fetzgerald?

—Oh nó! contestó Moreland. Los amigos de Whyte no son los míos; él era un joven rico, con muy buenas introducciones, y yo soy solo un pobre diablo fuéra de la sociedad, que trata de abrirse un camino en el mundo.

—¿Pero usted sí conoce su apariencia personal, no? observó Mr. Gorby.

—Oh! sí, dijo Mr. Moreland, eso sí puedo decir. Mr. Fitzgerald es bastante parecido á mí, lo que yo estimo como cumplimiento, pues dicen que él es muy buen mozo. Es alto, rubio, y en su conversación es muy fastidioso, y en fin, es lo que pudiera llamarse un *necio inflado*; pero usted debe haberlo visto, continuó dirigiéndose á Mrs. Hableton; él estuvo aquí hace tres ó cuatro semanas; Whyte me lo dijo.

—Oh! ¿entonces era Mr. Fitzgerald? dijo Mrs. Hableton sorprendida. Sí, se parecía mucho á usted, y la

muchacha por quien disputaban debía de ser Miss Frettlby.

—Exacto, dijo Mr. Moreland, levantándose. Bien; yo me voy. Aquí está mi dirección, y entregó una tarjeta á Mr. Gorby. Me alegraría si pudiera serle útil en este asunto, porque como Whyte era mi más querido amigo, yo haré todo lo posible por ayudarle á usted á descubrir el asesino.

—No creo que esto sea muy difícil, dijo Mr. Gorby, con calma.

—Oh! ¿tiene usted sospechas? dijo Moreland, mirándolo.

—Sí tengo.

—Entonces, ¿quién piensa usted que asesinó á Whyte?

Mr Gorby se detuvo un momento y dijo con circunspección: Yo tengo una idea pero no estoy cierto, cuando lo esté, hablaré.

—Usted piensa que Fitzgerald mató á mi amigo, dijo Moreland; lo veo en su cara.

Mr. Gorby se sonrió. Talvez, dijo con ambigüedad. Espere hasta que yo esté cierto.

CAPITULO VII

Un rey de lana

La antigua historia griega de Midas, quien convertía en oro todo lo que tocaba, encierra más verdad de lo que muchos se suponen. La superstición de la edad media, cambió al sér humano que poseía tal poder, en la piedra filosofal tras de la cual corrieron muchos alquimistas en las edades obscuras; pero nosotros, los del siglo XIX, hemos devuelto el milagro de convertir todo en oro con el tacto, á su antiguo primitivo poseedor. Nosotros, sin embargo, no adscribimos el milagro ni al dios griego, ni á la superstición medioeval, sino que sencillamente lo llamamos

fortuna, y el que es afortunado es un hombre feliz, ó á lo menos debería de serlo. Los seudosabios que lean esto, naturalmente repetirán el decaído proverbio que dice: "Riqueza no trae felicidad;" pero fortuna significa más que riqueza, significa felicidad en todo lo que el afortunado intenta. Si emprende una especulación, le resulta bien; si se casa, su mujer tendrá todo lo que él desea; si aspira á una posición social ó política, la obtiene con facilidad, riqueza mundana, felicidad doméstica, buena posición política ó social, todo pertenece al hombre que tiene fortuna.

Mark Frettlby era uno de esos individuos afortunados, y su dicha era proverbial en toda Australia. Si había alguna especulación en que Mark Frettlby entrara, muchos le seguían, seguros de que resultaría bien, y en muchas ocasiones, mejor de lo que esperaban. El había venido en los primitivos días de la colonia con poco dinero, relativamente, pero su gran perseverancia, y la fortuna, nunca ausente, pronto cambiaron sus cientos en miles, y á la edad de cincuenta y cinco años, él mismo no sabía la extensión de su caudal. Tenía grandes establecimientos diseminados en toda la colonia de Victoria, que le producían espléndida renta; una encantadora casa de campo, en donde, en ciertas estaciones del año, daba hospitalidad á sus amigos, como el lord de una mansión inglesa y una magnífica casa en la ciudad, situada en St. Kilda, que no era indigna de ocupar un puesto en Park Lane.

En su hogar no era menos feliz: tenía una encantadora esposa, quien era una de las más populares y conocidas señoras de Melbourne, y una hija igualmente encantadora, quien siendo á la vez bella y rica, naturalmente atraía multitud de pretendientes. Pero Madge Frettlby era caprichosa y rechazó muchas propuestas; siendo una joven independiente en absoluto, y con ideas propias, como no había encontrado alguien á quien pudiera amar, se decidió á permanecer soltera, y continuó con su madre haciendo los honores en la mansión de St. Kilda. Pero, el príncipe encantado siempre llega, aunque haya de

esperarse cien años, como en la "Belleza Dormida," y en nuestro caso, se presentó en el tiempo preciso.

Ah! Y qué delicioso príncipe era! Alto, hermoso y rubio; había venido de Irlanda y respondía al nombre de Brian Fitzgerald. El había dejado atrás en el viejo país, un castillo arruinado y unos pocos acres de tierra esteril, habitada por inquilinos descontentos, que rehusaban pagar la renta y hablaban negruras de la Liga de la tierra y de otras cosas agradables. En estas circunstancias, sin renta y sin prospecto de hacer algo en el futuro, Brian había dejado el castillo de sus antepasados á las ratas y á la familia de Bencho, y vino á Australia á hacer fortuna. Trajo cartas de introducción para Mark Frettlby, y habiendo simpatizado con él aquel caballero, le ayudó con todos los medios que tenía en su poder. Por consejo de Frettlby, compró un establecimiento, y con sorpresa vio que se estaba haciendo rico en unos pocos años. Los Fitzgerald siempre se han distinguido más por gastar que por ahorrar, y su último representante vio con admiración que el dinero esta vez, entraba y no salía como anteriormente. Comenzó á hacer castillos en el aire, concernientes al otro castillo en Irlanda con sus estériles acres, y descontentos inquilinos. En su mente vio el viejo lugar levantándose de sus ruinas con su pristino esplendor; vio sus estériles tierras cultivadas y sus arrendatarios felices y contentos. Aunque algo dudoso en lo referente á este último punto, con la audaz confianza de los veintiocho años, determinó ejecutar hasta lo imposible. Habiendo edificado y adornado su castillo en el aire, pensó en darle una castellana, y en esas circunstancias, la presencia material ocupó el lugar de la visión.

Por este tiempo se enamoró de Miss Frettlby, y habiendo decidido en su mente que ella, y no otra, era la digna de agraciar los visionarios salones de su restaurado castillo, espió una oportunidad y se lo declaró. Ella, como toda mujer, coqueteó con él por algún tiempo, pero al fin, incapaz de resistir la impetuosidad de su amante irlandés, le confesó, en baja voz, que ella no podía vivir sin él. En consecuencia, siendo los amantes de natural constante, y acostumbrados á observar las formas tradicionales

esperarse cien años, como en la "Belleza Dormida," y en
nuestro caso, se presentó en el tiempo preciso.

Ah! Y qué delicioso príncipe era! Alto, hermoso y ru-
bio; había venido de Irlanda y respondía al nombre de
Brian Fitzgerald. El había dejado atrás en el viejo país,
un castillo arruinado y unos pocos acres de tierra esteril,
habitada por inquilinos descontentos, que rehusaban pa-
gar la renta y hablaban regruras de la Liga de la tierra
y de otras cosas agradables. En estas circunstancias, sin
renta y sin prospecto de hacer algo en el futuro, Brian
había dejado el castillo de sus antepasados á las ratas y
á la familia de Benchu, y vino á Australia á hacer fortu-
na. Trajo cartas de introducción para Mark Frettlby, y
habiendo simpatizado con él aquel caballero, le ayudó con
todos los medios que tenía en su poder. Por consejo de
Frettlby, compró un establecimiento, y con sorpresa vio
que se estaba haciendo rico en unos pocos años. Los Fitz-
gerald siempre se han distinguido más por gastar que
por ahorrar, y su último representante vio con admira-
ción que el dinero esta vez, entraba y no salía como an-
teriormente. Comenzó á hacer castillos en el aire, con-
cernientes al otro castillo en Irlanda con sus estériles
acres, y descontentos inquilinos. En su mente vio el viejo
lugar levantándose de sus ruinas con su pristino esplen-
dor; vio sus estériles tierras cultivadas y sus arrendata-
rios felices y contentos. Aunque algo dudoso en lo referen-
te á este último punto, con la audaz confianza de los vein-
tiocho años, determinó ejecutar hasta lo imposible. Ha-
biendo edificado y adornado su castillo en el aire, pensó
en darle una castellana, y en esas circunstancias, la pre-
sencia material ocupó el lugar de la visión.

Por este tiempo se enamoró de Miss Frettlby, y ha-
biendo decidido en su mente que ella, y no otra, era la dig-
na de agraciar los visionarios salones de su restaurado
castillo, espió una oportunidad y se le declaró. Ella, como
toda mujer, coqueteó con él por algún tiempo, pero al fin,
incapaz de resistir la impetuosidad de su amante irlan-
dés, le confesó, en baja voz, que ella no podía vivir sin él.
En consecuencia, siendo los amantes de natural constan-
te, y acostumbrados á observar las formas tradicionales

mente, como era su costumbre, y pronto Whyte se vió como en su casa en la mansión de St. Kilda.

A Brian le disgustó el recién venido desde que lo vió por primera vez, porque Mr. Fitzgerald era discípulo de Labatre, y se preciaba de su habilidad para conocer los distintos caracteres.

Su opinión sobre Whyte no era lisonjera para este caballero, porque á despecho de su bella cara y suaves maneras, tanto Brian como Madge sentían por él la misma repulsión que si fuera una culebra. Mr. Whyte, sin embargo afectaba no caer en la cuenta de la frialdad con que Madge lo recibía, y comenzó á hacerle marcadas atenciones que disgustaban mucho á Brian. Al fin Whyte le propuso matrimonio, y no obstante la pronta negativa de Madge, le habló al padre sobre el asunto.

Con gran sorpresa para la hija, aquel caballero consintió en que Whyte siguiera cortejándola, y le dijo á ella que deseaba que reconsiderara favorablemente la propuesta. No obstante todo lo que Madge pudo decir, él rehusó alterar su decisión, y Whyte, sintiéndose seguro, comenzó á tratar á Brian con tal insolencia, que era altamente depresiva para la naturaleza orgullosa de Fitzgerald. Este buscó á Whyte en su apartamento, y después de una violenta querella con él, salió prometiendo matar á Whyte si se casaba con Madge Frettlby.

Fitzgerald aquella misma noche tuvo una entrevista con Mr. Frettlby, le confesó que amaba á Madge y que su amor era correspondido. Madge agregó sus súplicas á las de Brian, y Mr. Frettlby se encontró incapacitado para sostenerse contra esas fuerzas combinadas, y dió su consentimiento para el compromiso.

Whyte estuvo ausente en el campo los pocos días que siguieron á su tempestuosa entrevista con Brian, y sólo á su vuelta supo que Madge estaba comprometida con su rival. Habló con Mr. Frettlby sobre el asunto, y habiendo sabido de sus propios labios que era cierto, abandonó la casa y juró no volver nunca á ella. El no sabía cuán proféticas eran sus palabras, pues esa misma noche encontró la muerte en el coche.

Whyte no turbó más la vida de los dos amantes, y ellos alegres de verse libres de él, no sospecharon por un momento que el cuerpo del hombre desconocido, encontrado en el coche de Royston, fuera el de Oliver Whyte.

Cerca de dos semanas después de la desaparición de Whyte, Mr. Frettlby daba una comida en celebración del cumpleaños de su hija.

Era una tarde deliciosa, y las anchas ventanas francesas que daban sobre la baranda, estaban abiertas dejando que una suave brisa soplara del Océano con un fresco olor salado.

Afuera había una especie de biombo de plantas tropicales, y por entre sus ramajes, los convidados sentados á la mesa, podían ver las aguas de la bahía, brillando como plata á la pálida luz de la luna. Brian estaba sentado al frente de Madge, y cada momento cogía un rayo de luz de su hermoso rostro, al través de un gran cent. de plata lleno de flores y frutas, que estaba en medio de la mesa.

Mark Frettlby ocupaba la cabecera de la mesa—estaba alegre, pues ya la dureza de sus facciones se había relejado y bebía más vino del usual. La sopa ya se había levantado, cuando entró alguien y presentando sus excusas ocupó su puesto. El alguien en este caso era Mr. Félix Rolleston, uno de los jóvenes más conocidos de Melbourne; tenía renta propia, escribía para los periódicos, se le veía en toda casa que tuviera alguna pretensión de estar á la moda en Melborne; cuando quiera que un escándalo ocurría, era seguro que Félix Rolleston era el primero en saberlo, y podía decir más acerca de él que cualquier otro; sabía todo lo que pasaba en su país y fuera de él; sus conocimientos, si no eran muy profundos, eran extensos, y su conversación era picante é ingeniosa.

Calton, uno de los principales abogados de la ciudad, dijo:

—Rolleston hace recordar lo que Beaconsfield dice de uno de sus caracteres en *Lotario*. «No era una Creso intelectual, pero sus bolsillos siempre estaban llenos de chelines.»

Había mucha verdad en la observación de Colton, pues Félix siempre distribuía sus chelines sin economizarlos.

La conversación había estado poco animada en la mesa de Frettlby; así, al llegar Félix, todos se alegraron porque comprendían que en adelante estarían divertidos.

—Estoy muy apenado, sabe usted, dijo Félix cuando se sentó cerca de Madge, pero un individuo como yo, debe ser muy económico de su tiempo para tantos compromisos.

—Muchos compromisos voluntarios querrá usted decir, repuso Madge con una sonrisa de incredulidad. Confiese ahora que usted ha estado haciendo una serie de visitas.

—Bien, sí, asintió Mr. Rolleston; ese es el inconveniente de tener un gran círculo de relaciones. Le dan á usted té flojo, pan delgado, y mantequilla en vez de....

—Usted más bien querría un B y S y algunos riñones picantes, concluyó Brian.

Se rieron todos con esto, pero Mr. Rolleston no hizo caso de la interrupción.

—La única ventaja del té de cinco de la tarde, prosiguió, es que reúne la gente y se sabe lo que sucede.

—¡Ah! sí, Rolleston, dijo Mr. Frettlby, quien estaba mirándolo y sonriéndose; ¿qué noticias tiene usted?

—Buenas noticias, malas noticias, y tales noticias como ustedes nunca han oído, dijo Rolleston con gravedad. Sí, tengo un lote de noticias; ¿no han oído ustedes?

Como ninguno sabía qué era, no podían decir si habían ó nó oído, y Rolleston se puso feliz al descubrir que podía producir una sensación.

—Bien, saben ustedes, dijo poniéndose sus antrojos, ¿que se ha descubierto el nombre del individuo que fue asesinado en el coche?

—Nó; gritaron todos con ansiedad.

—Sí, continuó Rolleston, y aun hay más: todos ustedes lo conocen.

—Nó; ¿no será Whyte? dijo Brian horrorizado!

—¡Caramba! ¿cómo sabe usted? dijo Rolleston fasti-

dido al oír que se le había anticipado. Acabó de oírlo en la estación de St. Kilda.

—¡Oh! Bastante fácil dijo Brian con confusión. Yo veía á Whyte constantemente, y como en las dos últimas semanas no lo he visto, pensé que pudiera ser él.

—¿Cómo descubrieron quién era? preguntó Mr. Frettby jugando descuidado con su copa de vino.

—¡Oh! uno de esos detectives, usted sabe, respondió Félix. Ellos lo saben todo.

—Siento mucho oírlo. Dijo Mr. Frettby, refiriéndose al hecho de haber sido Whyte asesinado. El me trajo una carta de introducción, y me parecía muy inteligente y emprendedor.

—Un vagamundo, murmuró Félix, y Brian que le oyó, inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Durante el resto de la comida, nada se habló relativo al asesinato ni tampoco del misterio en que estaba envuelto. Cuando las señoras se retiraron, algo charlaron acerca del asunto, en la sala, pero pronto cambiaron el tema por otros más agradables. Los caballeros, cuando las sirvientas quitaron el mantel, llenaron sus vasos y continuaron la discusión con vigor. Sólo Brian no tomó parte en la conversación; estaba preocupado, miraba su vino que no había probado, y parecía absorto en un profundo estudio.

—Aquello que no puedo comprender, dijo Rosellon quien se entretenía partiendo nueces, es porqué no han descubierto quién era él anteriormente.

—Eso es muy fácil de contestar, dijo Frettby llenando su vaso; era relativamente poco conocido aquí; hacía poco había venido de Inglaterra, y creo que esta era la única casa que visitaba.

—Oiga usted, Rolleston, dijo Colton, quien estaba sentado cerca; si usted encontrara un hombre muerto en un coche, en traje de visita—que de diez hombres, nueve tienen el hábito de usar por la noche sin tarjetas en su bolsillo, sin marca en su ropa interior—yo creo, que á usted le sería muy difícil decir quién es. Yo pienso que esto da un gran crédito á la Policía por la rapidez con que lo ha descubierto,

—Recuerdo el caso Leavenworth, y todo ese enredo, dijo Félix, cuyo acopio de lectura era muy escaso. Horriblemente excitante; lo mismo que un gergelífico chino. Hombre, yo no querría ser detective.

—Si usted fuera detective, dijo Mr. Frettlby, sonriéndose alegremente, los criminales estarían completamente seguros.

—¡Oh! yo no sé nada de eso, respondió Rolleston con sagacidad. Algunos individuos son como ciertas plantas; espuma por encima, pero algo muy bueno en el fondo.

—Qué símil tan intencionado, dijo Colton probando su vino; temo mucho que la policía tenga una tarea más difícil para descubrir al hombre que cometió el asesinato; en mi opinión, es un diablo muy inteligente.

—¿Entonces usted cree que no será descubierto? preguntó Brian, saliendo de su distracción.

—No voy tan lejos así, agregó Colton, pero no ha dejado huella tras sí, y hasta el Indio Rojo, en quien está tan desarrollado el instinto de seguir un rastro, necesita siempre alguna señal para descubrir á sus enemigos. Créanlo ustedes, prosiguió Colton acalorándose; el hombre que asesinó á Whyte, no es un criminal vulgar; el lugar que escogió para cometer el crimen era completamente seguro.

—¿Piensa usted así? dijo Rolleston; yo más bien creo que un coche en una calle pública, fuera completamente inseguro.

—Cabalmente eso mismo es lo que lo hace más seguro, replicó Colton epigramáticamente. Si usted lee la relación de De Quincey, de los asesinatos de Marr en Londres, usted verá que mientras más público el lugar, menos riesgo hay de captura. No había nada en el caballero del sobretodo claro que excitara las sospechas de Royston; entró al coche con Whyte, no se oyó ruido ni nada que llamara la atención, y luego sale. Naturalmente Royston siguió hasta St. Kilda, y no supo que Whyte estuviera muerto, hasta que miró dentro del coche y lo tocó. Con respecto al hombre de sobretodo claro, él no vive en Poulett Street—nó—ni en East Melbourne tampoco.

—¿Porqué nó? preguntó Frettlby.

—Porque él no hubiera sido tan tonto de dejar una huella en su misma puerta; hizo lo que la zorra: volvió sobre su rastro. Mi opinión es, ó que siguió derecho pasando East Melbourne á Fitzroy, ó que regresó á través de los jardines de Fitzroy á la ciudad. No había nadie á esa hora de la mañana, y podía ir á su apartamento ó á su hotel, ó á cualquier parte, con impunidad. Naturalmente, esta es mi teoría, que puede ser errónea; pero por el conocimiento que mi profesión me ha dado de la naturaleza humana, creo que mi idea es correcta.

Todos convinieron con Mr. Colton; pues es lo más natural que así procediera el individuo para evitar la captura.

—Le diré á usted, dijo Félix á Brian cuando se dirigían á la sala: si el hombre que cometió el crimen se descubre, él debe conseguir á Colton para que lo defienda.

CAPITULO VIII

Brian pasea á pie y en carruaje

Cuando los caballeros entraron á la sala, una señorita estaba tocando una de esas detestables piezas de música, que se llaman, «Morseau de Salón,» para las cuales se escoge un aire insignificante, y se tejen sobre él variaciones y más variaciones, hasta que viene á ser una completa agonía distinguir el tono entre ese completo redoble de vibraciones y semi-vibraciones. El aire en esta ocasión era: «Sobre el muro del jardín,» con variaciones del señor Thumpanini y la señorita que lo tocaba era discípula de ese célebre músico italiano.

Cuando los caballeros entraron, el aire estaba en la parte correspondiente á los bajos, y ejecutado con gran fuerza oprimiendo el pedal izquierdo, y con una continua sucesión de notas altas, que intentaban con todo su agudo poder ahogar el tono.

—Vaya, esto es sobre el muro del jardín en una tempestad de granizo, dijo Félix acercándose al piano.

Pues había visto que la ejecutante era Dora Featherweight, una heredera á quien el cortejaba con la esperanza de inducirla á tomar el nombre de Rolleston, junto con el actual poseedor del mismo.

Así, cuando la bella Dora hubo paralizado su auditorio, con un ruidoso registro final, como si el caballero del muro del jardín hubiera caído sobre la armazón de cidrios de la pepinera, Félix estuvo ardoroso en sus manifestaciones de deleite.

—¡Qué ejecución! sabe usted, Miss Featherweight, dijo sentándose en una silla, y maravillado mentalmente de que algunas de las cuerdas del piano no se hubieran reventado con la última tempestad; usted pone todo su corazón en la música, y todos sus músculos también, añadió mentalmente.

—No es más que práctica, contestó Miss Featherweight con un modesto sonrojo; yo estudio cuatro horas todos los días.

—Qué tiempo tan agradable debe pasar la familia. Pero guardó la observación para sí, y arreglándose los lentes, apenas dijo:

—Feliz piano.

Miss Featherweight, no hallando respuesta á esto, bajó los ojos y se sonrojó, mientras Félix los alzó y suspiró.

Brian y Madge estaban en un rincón del cuarto, conversando juntos de la muerte de Whyte.

—Nunca me agradó, dijo ella, pero es horrible pensar que hubiera muerto de semejante manera.

—Yo no sé, dijo con tristeza Brian, pero por todo lo que oigo, juzgo que la muerte por el cloroformo es muy cómoda.

—La muerte nunca puede ser cómoda, replicó Madge, especialmente para un joven tan lleno de salud y tan espiritual como era Mr. Whyte.

—Yo creo que usted siente que haya muerto, dijo Brian con celos.

—¿No lo siente usted? dijo Madge sorprendida.

—«De mortuis nil nisi bonum,» citó Fitzgerald, pero como yo lo detestaba cuando vivía, usted no puede esperar que yo lo sienta muerto.

Madge no contestó, pero rápidamente lo miró, y por primera vez la sorprendió su aspecto de enfermedad.

—¿Qué tiene usted, mi querido? le preguntó poniéndole la mano sobre el brazo; usted no parece bien.

—Nada, nada, respondió precipitadamente, pero venga, dijo levantándose; vamos afuera, pues veo que su padre ha invitado á cantar á aquella muchacha que tiene la voz como pito de locomotora.

La muchacha de tal voz era Julia Featherweight, hermana de la enamorada de Rolleston, y Madge ahogó una carcajada al salir al colgadizo con Brian.

—Que mal hecho decir eso, dijo cuando estuvieron fuera; ella ha sido enseñada por los mejores maestros.

—¡Cuánto los compadezco, dijo Brian algo molesto, á tiempo que Julia principiaba,

«*Meet me once again*,» con tan aguda voz que parecía iba á romper los oídos.

—Yo más bien oiría á nuestro antepasado el «Banshee,» y con respecto á encontrarla otra vez me parece una cita más que suficiente.

Madge no contestó; reclinada ligeramente en la alta reja del colgadizo, contemplaba la hermosa noche de luna. Pasaba bastante gente á lo largo de la «Explanada,» y algunos se detenían á oír las chillonas notas de Julia que suavizadas por la distancia, quizá sonarían agradables.

Un hombre, particularmente, debía de ser muy apasionado por la música; pues con persistencia miraba por sobre la reja hacia la casa.

Madge y Brian hablaban de muchas cosas, pero cada vez que Madge miraba en esa dirección, veía al hombre observando la casa.

—¿Qué hace aquel hombre allí, Brian? le preguntó.

¿Que hombre? preguntó Brian sobresaltado. ¡Oh! él! continuó con indiferencia, á tiempo que el hombre se alejaba de la puerta principal, cruzaba el camino y se dirigía á la senda de los pedestres: él está entusiasmado con la música; supongo eso es todo.

Madge no dijo nada, pero no dejó de pensar que en eso había algo más que la música.

Terminada la canción de Julia, Madge insinuó que entraran.

—¿Porqué? preguntó Brian, quien estaba sentado en una cómoda silla, fumando un cigarrillo. Aquí está muy agradable.

—Yo tengo que atender á la gente, contestó levantándose. Usted quédese y concluya su cigarrillo, y con una alegre sonrisa, se lanzó á la casa como una sombra.

Brian, sentado, fumaba contemplando entretanto la luz de la luna. Sí; el hombre indudablemente vigilaba la casa, pues se sentó en una de las bancas, y mantuvo fijos los ojos en las ventanas brillantemente iluminadas.

Brian tiró su cigarrillo y tuvo un ligero estremecimiento.

—¿Pudo alguien haberme visto? murmuró levantándose intranquilo. ¡Bah! Naturalmente nó, y el cochero jamás podrá reconocerme. Maldito Whyte, ojalá nunca lo hubiera visto.

Arrojó una mirada á la obscura figura del asiento, y entonces con un ligero temblor entró al caluroso y bien iluminado cuarto.

No se sentía traquilo, y se hubiera sentido menos al haber sabido que el hombre sentado en el banco era uno de los más inteligentes detectives de Melbourne.

Mr. Gorby había estado observando la mansión de Frettlby toda la tarde, y estaba fastidiándose. Moreland no sabía dónde vivía Fitzgerald, y como el detective necesitaba saberlo, determinó observar los movimientos de Brian y seguirlo á su casa.

—Si él es el enamorado de esa bella muchacha, lo esperaré hasta que deje la casa, se dijo Mr. Gorby cuando por primera vez se sentó en la explanada. No estará mucho tiempo aquí, y cuando salga lo seguiré hasta saber dónde vive.

Cuando Brian salió en dirección á la casa de Mark Frettlby, esa tarde temprano todavía, llevaba traje de visita, sobretodo claro y sombrero flojo.

—Bien, estoy asombrado, dijo Mr. Gorby cuando vió aparecer á Mr. Fitzgerald; si él no es un loco no sé que sea: salir con los mismos vestidos que llevaba cuando despachó á Whyte, y pensar que no será reconocido. Melbourne no es ni París ni Londres para que se atreva á ser tan descuidado, y cuando yo le ponga la mano se sorprenderá bastante. ¡Ah! bien, prosiguió encendiendo su pipa y tomando un asiento en la explanada, supongo que tendré que esperarlo aquí hasta que salga.

La paciencia de Mr. Gorby fué severamente probada porque pasaban las horas y nadie aparecía. Fumó varias pipas y observó la gente que se paseaba, bajo la luz plateada de la luna. Un grupo de muchachas pasó, cogidas unas de otras por la cintura, y balanceándose á uno y otro lado. Después vinieron caminando lentamente un joven y una mujer, evidentemente amantes, pues se sentaron cerca de Gorby y lo miraron con dureza como indicándole que debía irse; pero el detective no hizo caso de sus miradas suplicantes, y mantuvo su vista fijamente en la gran casa del frente; así, la pareja tuvo que retirarse aunque de mal talante. Entonces vió que Madge y Brian salieron al colgadizo y oyó la chillona voz de Miss Featherweight que sonaba en la quietud de la noche como algo misterioso y sobrenatural. Vió cuando entró Madge y después á Brian que se volvió y la miró durante un momento.

—¡Ah! se dijo Gorby encendiendo de nuevo su pipa; su conciencia lo está mortificando; espérese hasta que esté en la cárcel.

En seguida los invitados salieron de la casa, y desaparecieron uno á uno después de muchos besos y apretones de manos; parecían negros fantasmas á la luz de la luna. Poco tiempo después, Brian bajó á la senda con Frettlby á su lado, y Madge cogida del brazo de su padre. Frettlby abrió la puerta y alargó la mano.

—Buenas noches, Fitzgerald, dijo en tono cordial. Vuelva pronto.

—Buenas noches, querido Brian, dijo Madge besándolo. No olvide mañana.

Entonces padre é hija cerraron la puerta y volvieron á la casa.

—Ah! pensó Mr. Gorby, si ustedes supieran lo que yo sé, no serían tan bondadosos con él.

Brian siguió su camino á lo largo de la explanada; cruzándola, pasó cerca de Gorby, y continuó hasta que estuvo al frente del hotel de la explanada. Entonces colocó sus brazos en la reja, y quitándose el sombrero gozó de la belleza y calma de la hora.

—¡Qué hombre tan buen mozo! murmuró Mr. Gorby con pesar. Apenas puedo creerlo, pero las pruebas son demasiado claras. Tan bella noche, sin que una ráfaga de viento se moviera, pues la brisa se había calmado y Brian podía ver las blancas olas rompiéndose sobre las arenas amarillas, el largo y estrecho muelle introduciéndose como un hilo negro en una sábana de brillante plata, y lejos, á la distancia, la larga línea de las luces de Williamstown, como una iluminación de hadas; sobre toda esta admirable escena de tierra y agua, estaba el cielo tal como lo amó Doré.

Grandes y pesadas masas de nubes llenas de agua amontonadas, una en la cima de la otra, como las rocas que apilaron los Titanes para alcanzar al Olimpo. Entonces aconteció una ruptura en el blanco telar, y un punto de cielo azul oscuro, pudo verse salpicado de brillantes estrellas, y la serena luna navegando en el centro y derramando su fría luz en la fantástica región de las nubes, á sus plantas, y dando á cada una de ellas un vestido de plata.

Brian contempló por varios minutos ese cielo, dominio de las hadas, admirando la maravillosa belleza de las despedazadas masas de luz y sombra, y todo esto para aumentar el fastidio de Mr. Gorby que no tenía ojos para lo pintoresco. Al fin, con un suspiro, Mr. Fritzgerald apartó su vista de la contemplación de tánta hermosura, y encendiendo un cigarrillo dirigió sus pasos hacia el muelle.

—¿Será esto suicidio? se dijo Mr. Gorby cuando vió el esbelto bulto negro caminando lentamente á una gran distancia adelante de él. No será si puedo evitarlo. Encendió

su pipa y caminó de prisa hacia el muelle, aparentemente sin objeto. Encontró á Brian recostado sobre el parapeto, al fin del muelle, y mirando las brillantes aguas debajo, que se mantenían subiendo y cayendo con ritmo adormecedor, que suavizaba y encantaba el oído. ¡Pobre muchacha! ¡Pobre muchacha! oyó el detective que decía cuando se acercó. Si ella lo supiera todo, si ella....

En este momento oyó los pasos que se aproximaban y se volvió rápidamente.

El detective vio á la luz de la luna que su rostro estaba horriblemente pálido, y su frente arrugada con cólera.

—¿Qué demonios necesita usted? gritó cuando Gorby se detuvo. ¿Qué intenta usted siguiéndome hasta este lugar?

—Me vio observando la casa, dijo para sí Gorby y después, en alta voz: Yo no lo estoy siguiendo á usted señor; supongo que el muelle no es una propiedad privada; he venido hasta aquí solamente por respirar el aire fresco.

Fritzgerald no respondió pero se volvió rápidamente sobre sus talones y caminó precipitadamente muelle arriba, dejando á Gorby mirándolo.

Está asustado, pensó el detective caminando con tranquilidad y teniendo bien á la vista la negra silueta de Brian. Tendré que vigilarlo muy bien, ó si no se nos escapa de Victoria.

Brian caminó ligero hacia la Estación de St. Kilda, porque al ver su reloj cayó en la cuenta de que apenas tenía tiempo para coger el último tren. Llegó unos minutos antes de que saliera y se metió en el carro de fumar, en el lugar más cercano á la plataforma, encendió un cigarrillo y reclinándose en su asiento, observó los últimos que venían. Justamente cuando sonó el último campanazo vio á un hombre corriendo que parecía no podía alcanzar el tren. Era el mismo individuo que lo había estado vigilando toda la tarde, y Brian se convenció que lo estaba siguiendo. Sin embargo se consoló con el pensamiento de que este pertinaz perseguidor perdería el tren, y estando él en el último carro, dominando la plataforma, espe-

raba ver á su amigo de la explanada quedarse chasqueado. No parecía por ningún lado; así, Brian se acomodó en su asiento maldiciendo su mala fortuna por no haberse desprendido de ese hombre que lo tenía bajo tan extricta vigilancia.

—Maldito hombre, murmuró con serenidad. Yo creo que me seguirá hasta East Melbourne y descubrirá dónde vivo, pero no lo hará, porque procuraré evitarlo.

No había en el carro sino él y se sintió aliviado con esto, porque se encontraba en aquel estado en que los hombres necesitan hablar consigo mismos.

—Asesinado en un coche, dijo encendiendo otro cigarrillo y arrojando una nube de humo; una novela en la vida real que derrota á Miss Braddon completamente. Lo único que hay de cierto es que él nunca volverá á interponerse entre Madge y yo. Pobre Madge! dijo con un suspiro impaciente. Si ella lo supiera todo no habría ninguna probabilidad de nuestro matrimonio, pero ella nunca puede descubrirlo, y yo supongo que ningún otro lo hará. Aquí un repentino pensamiento lo hirió, y levantándose de su asiento se dirigió al otro extremo del carro y se arrojó entre los cojines como si desease escaparse de sí mismo.

—¿Qué pruebas tiene aquel hombre para sospechar de mí? dijo en voz alta. Nadie sabe que yo estuve con Whyte aquella noche, y la policía no puede, con alguna posibilidad levantar una evidencia para probar que yo estuve. Bald continuó abotonándose con impaciencia su sobretodo. Me asusto de mi sombra como un niño; el individuo del muelle era sólo alguien que había salido á respirar el aire fresco, como dijo él mismo. Estoy completamente salvo.

Al mismo tiempo no se sentía tranquilo, y cuando el tren llegó á la estación de Melbourne, bajó temblando y mirando al rededor, como si sintiera la proximidad de las manos del detective sobre sus hombros. Nada vió, sin embargo, semejante al hombre que había encontrado en St. Kilda, y con un suspiro de alivio dejó la estación. Mr. Gorby no obstante, estaba observando, y le siguió á una conveniente distancia, á lo largo de la plataforma. Brian

siguió lentamente por Flinders Street, aparentemente muy preocupado; cuando llegó á Russell Street, cruzó y no se detuvo, hasta que llegó cerca al monumento de Burke y Wells, en el mismo lugar en donde el coche se había detenido la noche del asesinato de Whyte.

—Ah! se dijo el detective, que estaba en la sombra en el lado opuesto de la calle. ¿Va usted á ver el sitio, no? yo no lo haría si fuera usted, es muy peligroso. Fitzgerald estuvo unos pocos momentos en la esquina, y luégo subió por Collins Street. Cuando llegó al puesto de carruajes en frente al club de Melbourne, sospechando que lo seguían, tomó un coche y siguió en dirección de Spring Street. Gorby quedó perplejo con este rápido movimiento, pero sin dilación tomó otro coche y dijo al cochero que siguiera al primero hasta donde parara.

—Dos pueden jugar al mismo juego, dijo acomodándose en el asiento, pero yo le ganaré, por más vivo que sea; y sí es vivo en verdad, continuó admirado y observando el lujoso coche, pues escoger un lugar tan conveniente como este, para un asesinato, sin ser molestado, y con bastante tiempo para escapar después de haberlo terminado.... Sin duda es agradable correr tras un joven de las prendas de usted, y no hacerlo tras de hombres que caen como el fruto maduro, y no tienen cerebro suficiente para poder mantener su crímen oculto.

Mientras el detective hacía este soliloquio, su coche, siguiendo al otro, había cruzado bajando por Spring Street, y era conducido rápidamente á lo largo de Wellington Parade, en dirección East Melbourne; cruzó hacia arriba por Powlett Street, lo que admiró á Mr. Gorby.

—No es tan vivo como yo pensé, se dijo. Muestra su nido á las claras, sin intentar ocultarlo.

El detective, sin embargo, no había contado con la huéspeda, pues el otro coche seguía corriendo por un interminable número de calles, como si Brian hubiera determinado no detenerse en toda la noche.

—¡Oiga usted, sir! dijo el cochero de Gorby por el agujero de encima del coche, ¿cuánto va á durar este juego al fin? Mi caballo está rendido, y sus benditas piernas ya no pueden sostenerlo.

—Siga! Siga usted! dijo el detective impaciente; yo le pagaré á usted bien.

Reanimado el cochero con esto, y á fuerza de suavidad y de un uso liberal del fuete de *seda*, logró poner su caballo á un buen paso. Estaban entonces en Fityroy, y ambos coches cruzaron de Gertrude Street á Nicholson Street, de aquí á Evelyn Street, y á lo largo de Spring Street, hasta que el coche de Brian se detuvo en la esquina de Collins Street, y Gorby lo vio apearse y despedir al cochero. El entonces siguió calle abajo, y desapareció en los jardines de la Tesorería.

—Maldito hombre, dijo cuando bajó y pagó al cochero, quien cobró no poco, pero no había tiempo para discutir, hemos descrito un círculo, y yo creo después de todo, que él vive en Poulett Street.

Entró á los jardines y vio á Brian á alguna distancia de él, caminando de prisa. La luna estaba brillante y fácilmente pudo distinguir á Fitzgerald por su sobretodo claro. Siguió á lo largo de la avenida de olmos, que estaban con su vestido de invierno, y la luz de la luna á través de sus ramas, formaba en el asfalto caprichosas figuras. A cada lado Gorby podía ver las misteriosas blancas formas de los dioses y diosas de la antigua Grecia: Venus vencedora con la manzana en la mano (que Gorby en su feliz ignorancia de la mitología pagana, tomó por Eva, ofreciendo á Adán el fruto prohibido); Diana con el lebrel á sus pies, y Baco y Ariadna (que el detective se imaginó eran los "Niños en el bosque.") El sabía que las estatuas tenían nombres curiosos, pero pensaba que eran apenas alegóricos.

Brian pasó el puente; debajo murmuraba tranquilamente el agua; siguió hacia arriba por el suave sendero amarillo hasta donde está la estatua de Hebe, con la copa en la mano, y que parece dotada de vida, queriendo salir del pedestal. Y cruzando el sendero á la derecha, salió de los jardines, por la extrema puerta, cerca de la cual, está la estatua del Fauno Danzante, quien tiene al frente el bosque de geranios escarlata, ardiendo como en un altar. Después siguió, á lo largo de Wellington Parade, cruzó sobre Poulett Street, y se detuvo en una casa, cerca de

Cairn's Memorial Church, aliviando con esto á Mr. Gorby que, siendo como Hamlet, "gordo y escaso de aliento," ya se encontraba casi exhausto. Gorby se mantuvo en la sombra, y vió á Fitzgerald dirigir una última mirada al rededor antes de entrar en la casa. Entonces, Mr. Gorby, como el capitán de ladrones en "Alí-Baba," tomó cuidadosa nota de la casa, fijó en su mente su localidad y apariencia y se prometió venir á ella á la siguiente mañana.

—Lo que haré, decía, cuando regresaba lentamente á Melbourne, es ver á la señora de la casa cuando él esté fuéra, y averiguarle á qué hora entró la noche del asesinato, y si esta hora coincide con la en que salió del coche de Royston, solicitaré una orden y lo arrestaré inmediatamente.

CAPITULO IX

Al fin está satisfecho Mr. Gorby

A despecho de su gran caminada y de su largo ejercicio en coche, Brian no durmió bien aquella noche. Se pasó toda ella despierto, dando vueltas y vueltas en la cama, mirando la oscuridad y pensando en Whyte.

Cerca de la aurora, cuando el primer albor de la mañana atravesó las cortinas venecianas, cayó en una especie de incómodo letargo, perseguido por horribles ensueños. Soñó que estaba en un coche cuando repentinamente apareció á su lado Whyte, cubierto con una mortaja blanca, gesticulando y reprochándole con una espantosa alegría. Entonces el coche pasó de una gran altura á un precipicio, y bajaba y bajaba, oyendo siempre la burlona risa, hasta que, dando un terrible grito, despertó siendo ya de día y con la frente cubierta de sudor. No pudiendo dormir más, se levantó, y exhalando un suspiro de cansancio, fue á su baño, sintiéndose desfallecido por la ansiedad y falta de sueño. El agua fría del baño lo reanimó,

pero no pudo menos de sorprenderse al ver en el espejo su descompuesto y envejecido rostro, y con grandes círculos negros al rededor de sus ojos.

—Una muy agradable vida voy á pasar si esto continúa, dijo con amargura. ¡Que Dios no hubiera impedido, que nunca hubiera yo visto á Whyte, ni hubiera nunca oído hablar de él!

Se vistió cuidadosamente, sin embargo, pues Brian era hombre que nunca descuidaba su arreglo personal, por molesto y abatido que estuviese. No obstante sus esfuerzos para desprenderse de su tristeza y aparecer alegre, la señora de la casa se sorprendió al ver á la luz de la mañana su hermoso rostro tan abatido y marchito.

La señora era una mujer pequeña y seca, con la cara amarilla, llena de arrugas, y tan áspera y vidriosa, que provocaba tenerla un año entero entre agua, para ver si se le suavizaba algún tanto. Donde quiera que se movía crujía, y quien estaba cerca de ella, esperaba ver sus delgados miembros desprenderse como las ramas de un árbol muerto.

Cuando hablada era con una voz tan dura y chillona como la del grillo, y vestida con una bata oscura de seda desteñida, y con su voz y su diminuta estatura, era la imagen fiel de aquel ruidoso insecto.

Entró al cuarto de Brian con el café y *El Argos*, y una expresión de desconsuelo se dibujó en su duro y pequeño rostro, cuando vio sus alteradas facciones.

—Mi querido señor, dijo con su chillona voz, cuando colocaba su carga sobre la mesa; ¿está usted enfermo?

—Falta de sueño, nada más, Mrs. Sampson, contestó él desdoblando *El Argos*.

—Eso es porque no tiene usted bastante sangre en la cabeza, dijo Mrs. Sampson con sabiduría.

Pues ella te[...] sus propias ideas con respecto á la salud;

—Si usted no tiene sangre, no tendrá sueño tampoco.

Brian la miró cuando dijo esto, porque era tan manifiesta en ella la falta de sangre en sus venas, que él se sorprendía si ella hubiera dormido alguna vez en su vida.

—Ahí tiene usted el hermano de mi padre, que es naturalmente mi tío, continuó Mrs. Sampson cuando servía una taza de café á Brian, tenía tan inmensa cantidad de sangre, que lo hacía dormir de seguido, hasta que le sacaban algunas botellas para despertarlo por la mañana.

Brian traía el periódico frente á su cara, la amistosa hoja, y se reía con la estupenda historia que Mrs. Sampson refería.

—Su sangre corría como un río, continuó la señora aligerando el acopio de su imaginación, y el doctor quedó mudo de espanto al ver el Niagara que salía de él, pero yo no tengo tanta sangre así.

Fitzgerald ahogó una carcajada y se maravilló de que Mrs. Sampson no estuviera temerosa de que la trataran del mismo modo que á Ananías y Sapphira. Sin embargo no dijo nada, y apenas le insinuó que si salía del cuarto, él procedería á tomar su desayuno.

—Si usted necesita alguna cosa, Mr. Fitzgerald, dijo ell , usted conoce el camino de la campana tan bien, como yo el de lacocina.

Y con un chillido final salió del cuarto.

Tan pronto como la puerta se cerró, Brian dejó el periódico y se rió á despecho de lo abatido que estaba. Tenía ese extraordinario, vivaz temperamento irlandés, con el cual el hombre puede dejar á un lado todo lo que le moleste, y gozar ampliamente del presente. Su casera con sus cuentos como los de las «Mil y una noches,» era una fuente de gran diversión para él, y se sentía muy complacido por el giro que había tomado el humor de Mrs. Sampson aquella mañana.

Después de corto tiempo, sin embargo, su risa cesó y todos sus cuidados volvieron en multitud sobre él. Tomó su café, pero no los alimentos que tenía al frente, y leyó *El Argus* para ver la última relación acerca del caso de asesinato. Lo que leyó lo puso más pálido de como estaba, y pudo oír los fuertes latidos de su corazón.

—Han hallado un hilo, ¿es cierto? murmuró y se levantó á pasearse arriba ¡y abajo del cuarto, sin descanso.

Me sorprende cuál pueda ser ese hilo. Yo desvié anoche á ese hombre de mi huella; pero si él sospecha de mí, no tendrá ninguna dificultad en saber dónde vivo. ¡Bah! qué tonterías estoy hablando. Soy víctima de mi enfermiza imaginación. No hay nada que me relacione con el crimen, y no debo asustarme de mi misma sombra. Quisiera dejar la ciudad por algún tiempo, pero si sospechan de mí, esto aumentaría las sospechas. ¡Oh! Madge, mi amor, gritó apasionadamente; si usted supiera cuánto sufro, sí que me compadecería, pero usted nunca debe saber la verdad. ¡Nunca! ¡nunca!

Y hundiéndose en una silla, se cubrió el rostro con las manos.

Después de permanecer así unos pocos minutos ocupado con sus tristes pensamientos, se levantó y tocó la campana. Un débil grito anunció que Mrs. Sampson había oído, y pronto vino al cuarto, más parecida á un grillo que nunca. Brian había entrado á su dormitorio, y desde allí le dijo:

—Voy á St. Kilda, Mrs. Sampson, y probablemente no volveré en todo el día.

—Eso le convendrá á usted mucho, respondió el grillo, porque usted no ha comido nada, y la brisa del mar es milagrosa para hacerle tomar sus alimentos. El hermano de mi madre era marinero, y tenía tan sorprendente estómago, que cuando comía quedaba la mesa como si una langosta hubiera pasado sobre ella.

—¿Una qué? preguntó Fitzgerald abotonándose los guantes.

—Una langosta, respondió la señora, sorprendida de su ignorancia, como lo he leído en la Santa Escritura, y como Juan el Bautista era muy apasionado por ellas; no que yo crea que son muy alimenticias, aunque con seguridad, como él tenía los dientes dulces, comía miel al comerlas.

—¡Oh! usted quiere decir langostas, dijo Brian ya comprendiendo.

—Sí; ¿y qué más? dijo Mrs. Sampson indignada; aunque no soy un sabio, sí hablo inglés, yo creo; un primo segundo de mi madre, obtuvo el primer premio en delo-

tre, pero murió muy joven de fiebre cerebral, por haber recargado mucho su cabeza con el diccionario.

—¡Pobre! dijo Brian mecánicamente; ¡Cuán desgraciado!

El no oía las observaciones de Mrs. Sampson, pues estaba pensando en un arreglo que había hecho con Madge, y el cual había olvidado hasta entonces.

—Mrs. Sampson, dijo Brian volviéndose de la puerta; voy á traer á Mr. Frettlby y á su hija á tomar una taza de té, esta tarde; así usted debe tenerlo listo.

—Usted no tiene sino que pedir, para tenerlo, dijo Mrs. Sampson con un agradable traquido de todas sus coyunturas. Haré el té, sí señor, y además algunos de mis particulares bizcochos, una especie rara que mi madre me enseñó á hacer, y á ella se los enseñó una señora á quien asistió en una escarlatina, y quien, siendo de débil constitución, murió poco después, pues tenía el hábito de contraer cualquier enfermedad que le sobreviniera.

Como á Brian no le importaba que hubiera relación entre la cocina y la fiebre escarlatina, se marchó, temiendo que Mrs. Sampson le relatara más horrores de la losa común, para lo cual ella tenía una disposición semejante á la de Poe. Y en verdad, en un período de su vida, siendo nodriza ella, había asustado á uno de sus clientes hasta producirle convulsiones durante la noche, narrándole la historia de todos los cadáveres que ella había amortajado. Habiéndose descubierto la tendencia á contar, que tenía Mrs. Sampson, referente siempre á cadáveres, dejó de tener pacientes á quienes cuidar, porque ellos, débiles como estaban, se resistían á escuchar tan grotescos horrores.

Tan pronto como Fitzgerald salió, subió á la ventana y lo observó cuando él caminaba lentamente calle abajo. Un alto y hermoso hombre, de quien cualquiera mujer podía enorgullecerse.

—Qué cosa tan horrible es pensar que él algún día vendrá á ser un cadáver, dijo para sí, aunque naturalmente siendo notabilidad, en su propio lugar tendrá una bóveda bonita y aseada, la cual sería mucho más confortable que una estrecha tumba, aun cuando tuviera un mo-

numento cubierto de violetas. Veamos quién es usted, impertinencia, dijo cuando vio á un hombre corpulento, vestido con un flux de paño delgado, atravesar el camino y tocar la campana; tira de la cuerda como si fuera el mango de una bomba.

Como el caballero que estaba en la puerta, quien no era otro que Mr. Gorby, no la oyó, naturalmente no replicó, así ella bajó las escaleras precipitadamente refunfuñando con cólera por el brusco tratamiento que había recibido su campana.

Mr. Gorby había visto salir á Brian y estimando buena esta oportunidad para proseguir sus investigaciones, no perdió tiempo en comenzarlas.

—Por poco me tumba usted la campana, dijo el colérico grillo, cuando le presentó su delgado cuerpo y arrugada cara, al detective.

—Lo siento mucho, contestó Gorby con suavidad, la próxima ocasión golpearé.

—Oh! nó, de ninguna manera dijo la señora moviendo la cabeza, yo no tengo golpeador, y con su mano puede desprender la pintura de la puerta, que la hizo hace seis meses el primo de mi cuñada, que es pintor, tiene tienda en Fitz Roy y un maravilloso ojo para los colores.

—¿Mr. Fitzgerald vive aquí? preguntó Gorby con calma.

—Sí, replicó Mrs. Sampson, pero ha salido y no volverá hasta la tarde, pero cualquier mensaje le será entregado puntualmente á su regreso.

—Me alegro que no esté, dijo Mr. Gorby. ¿Me permitirá usted que conversemos unos pocos momentos?

—¿Qué es eso? preguntó el grillo despertándosele su curiosidad.

—Le diré á usted cuando entremos, respondió Gorby.

El grillo le miró con sus ojitos penetrantes y no viendo nada sospechoso en él, lo condujo arriba con el acostumbrado traquido de sus coyunturas que le duró todo el ascenso. Esto sorprendió tanto á Mr. Gorby, que buscó en su mente una explicación del fenómeno. Le falta aceite en las coyunturas fué su conclusión, pero nunca había oído

yo una cosa semejante, parece que se dividiera en dos, es como de vidrio.

Mrs. Sampson introdujo á Gorby en la sala de Brian. Habiendo cerrado la puerta se sentó y se preparó á oir lo que él tenía que decirle.

—Espero que no sean cuentas, dijo ella. Mr. Fitzgerald tiene dinero en el Banco y es en todo respetable como un caballero, esté usted seguro, su cuenta será cubierta apenas la conozca, no habiéndola recordado, lo que le sucede á todo el mundo que no tiene tan buena memoria como mi tía por el lado de mi madre, habiéndose hecho famosa por sus fechas como una historia, sin hablar de sus tablas de multiplicación y de los números de las casas.

—No son cuentas, respondió Mr. Gorby, quien habiendo intentado en vano detener el torrente de palabras se había resuelto á esperar humildemente hasta que ella concluyera; sólo necesito saber algo acerca de las costumbres de Mr. Fitzgerald.

—¿Y para qué? preguntó Mrs. Sampson con un gruñido de indignación; es usted un noticiero, un pone artículos sobre individuos á quienes no les gusta verse en letras de molde, pues yo sé los hábitos que ustedes tienen; mi difunto esposo fué impresor en un papel que quebró por falta de dinero para pagar los sueldos y le quedaron debiendo la suma de una libra, siete chelines, seis peniques y medio, los cuales yo, siendo una viuda, debería tener, no porque espere verlo de este lado de la tumba. ¡Oh nó! y chilló con una exquisita sonrisa.

Mr. Gorby, viendo que á menos que tomara el toro por las astas, no sería capaz de conseguir lo que necesitaba; se desesperó y se consumió en *medias res*.

—Soy un agente de seguros de vida, le dijo rápidamente para impedir así cualquier interrupción del grillo; y Mr. Fitzgerald quiere asegurar su vida en nuestra compañía y antes de hacerlo yo necesito saber si se puede asegurar, si vive con sobriedad, si se acuesta y si se levanta temprano, y en fin, todo lo relacionado con él.

—Tendré mucho gusto en responder á todas las preguntas que puedan ser útiles para usted, replicó Mrs.

Sampson, sabiendo como sé lo bueno que es un seguro para una familia, si el jefe de ella fuese arrebatado dejando á una viuda, porque yo sé que Mr. Fitzgerald va á casarse pronto, y espero que él será muy feliz, aunque con esto yo pierdo un inquilino que siempre ha pagado con regularidad y se ha manejado como un caballero.

—Así ¿es él un hombre arreglado? dijo Mr. Gorby siguiendo su camino con precaución.

—No es un vagamundo, contestó Mrs. Sampson, nunca lo he visto en las tabernas y siempre ha estado en actitud de abrir la puerta con su llave y de quitarse las botas antes de meterse en la cama, que es todo lo que una mujer puede esperar de un inquilino, teniendo ella que entenderse con el lavado.

—¿Y se retira temprano?

—Siempre antes de que el reloj dé las doce, contestó la señora, aunque para estar segura yo digo esto como una figura de retórica, pues ninguno de los relojes de la casa da la hora, excepto uno que se le reventó la cuerda y lo están componiendo.

—¿Entra siempre antes de las doce? preguntó Mr. Gorby, viéndose chasqueado con la astucia de la anterior respuesta.

Mrs. Sampson lo miró maliciosamente y una sonrisa se dibujó en su arrugado rostro.

—Los jóvenes no son los viejos, replicó con precaución, y no siendo los pecadores santos, no es natural que las llaves de calle las hubieran hecho para adorno y no para uso, y Mr. Fitzgerald siendo uno de los más bellos hombres de Melbourne, no había porqué esperar dejara enmohecer su llave, pero como tiene un buen carácter moral, la usa con moderación.

—Pero yo supongo que usted siempre está despierta cuando él viene tarde, dijo el detective, así puede usted decirme ¿á qué hora viene él á la casa?

—No como una regla general, asintió Mrs. Sampson, gustándome mucho la cama y teniendo el sueño pesado, pero yo lo he sentido llegar después de las doce; la última vez fue el jueves hizo una semana.

—Ah! Mr. Gorby exhaló un largo suspiro, porque

el jueves hizo una semana, fué la noche en que se cometió el asesinato.

—Como tenía dolor de cabeza, dijo Mrs. Sampson, por haber estado en el sol lavando todo el día, no apetecía mi cama aquella noche como generalmente me sucede, así bajé á la cocina, con intención de hacer una cataplasma de linaza para ponerme en la nuca, siendo esto muy bueno para quitar el dolor, como me lo dijo, siendo muchacha, un doctor en el hospital, quien ahora está ejerciendo en Geelong y tiene una numerosa familia, habiéndose casado joven; justamente cuando yo dejaba la cocina oí que Mr. Fitzgerald entraba y volviéndome miré el reloj, siendo esa mi costumbre cuando mi difunto esposo venía á la madrugada y yo estaba preparándole el desayuno.

—¿Y qué hora era? preguntó Mr. Gorby conteniendo la respiración.

—Faltaban cinco minutos para las dos, replicó Mrs. Sampson.

Mr. Gorby pensó un momento: Coche llamado á la una, salió para St. Kilda á la una y diez. Llegó á Grammar School, digamos, á la una y veinticinco. Fitzgerald habla cinco minutos con el cochero, lo que hace la media hora completa. Esperó diez minutos el otro coche para volverse, que hacen veinte minutos para las dos. Necesitó otros veinte minutos para llegar á East Melbourne y cinco minutos para caminar hasta aquí, lo que hace las dos y cinco en vez de cinco para las dos. Maldito!.... y preguntó en alta voz: ¿su reloj de la cocina estaba bien?

—Creo que sí, contestó Mrs. Sampson. Se atrasa algunas veces no habiéndolo limpiado hace algún tiempo, lo cual ejecuta mi sobrino que es relojero, pues yo siempre se lo llevo á él.

—Porsupuesto estaba atrasado esa noche, dijo Mr. Gorby victoriosamente. El debió entrar á las dos y cinco minutos; así, queda completo el asunto.

—¿Qué asunto queda completo? preguntó la señora con sequedad; ¿y cómo sabe que mi reloj estaba diez minutos atrasado?

—¡Oh! ¿estaba atrazado? ¿Estaba? preguntó Gorby con ansiedad.

—Yo no niego que no estaba, respondió Mrs. Sampson; en los relojes no se puede confiar siempre, lo mismo que en los hombres y en las mujeres; pero esto no será nada contra el aseguro, pues en lo general él entra antes de las doce.

—¡Oh! todo quedará bien, replicó el detective, deleitado por haber obtenido el informe que necesitaba. ¿Es este el cuarto de Fitzgerald?

—Sí, este es, contestó la señora, y lo amuebló él mismo; pues es aficionado al lujo, pero, confesando su gusto, no debo negar que yo le ayudé á escoger todo; y, además, tengo otro cuarto lo mismo para alquilar; algunos amigos de usted que estén buscando cuarto, serán muy bien tratados; mis referencias son altas, y mi cocina gustosa; y si....

Un campanazo en la puerta de la calle hizo salir á Mrs. Sampson, quien hablando precipitadamente á Gorby, bajó las escaleras crujiendo como siempre.

Quedando solo Mr. Gorby, se levantó y miró al rededor del cuarto; estaba amoblado con lujo, y los cuadros de los muros atestiguaban su buen gusto. Había un escritorio en uno de los extremos del cuarto, debajo de la ventana que estaba llena de papeles.

—No es buen sitio este para los papeles que sacó del bolsillo de Whyte, se dijo el detective volviendo algunas cartas, y como yo no sé cuáles son, ni ellas me lo pueden decir si las veo, más bien buscaré el guante que falta, y el frasco que contenía el cloroformo, aunque quizá ya los haya ocultado. No hay señal alguna aquí; así, echaré un vistazo al dormitorio.

Como no había tiempo que perder, pues Mrs. Sampson podía regresar de un momento á otro, entró rápidamente al dormitorio que comunicaba con la sala. Lo primero que le llamó la atención fue un retrato de Miss Frettlby, en un marco de peluche, que estaba sobre la mesa de tocador. Era igual al que ya había visto en el album de Whyte, y lo tomó riéndose.

—Usted es una linda muchacha, dijo apostrofando el retrato, pero usted ha dado su fotografía á dos jóvenes, ambos enamorados de usted, y ambos de temperamento

ardiente. El resultado ha sido que el uno está muerto; y el otro no le sobrevivirá mucho tiempo: tal es lo que usted ha hecho.

Colocó el retrato en su puesto, y mirando al rededor del cuarto, vio un sobretodo claro y un sombrero flojo, colgados detrás de la puerta.

—¡Ah! dijo el detective dirigiéndose á allí; aquí está el mismo sobretodo que usted llevaba cuando mató á aquel pobre hombre. Quién sabe lo que tenga en los bolsillos (y metió la mano en todos ellos).

Había en uno un programa de función de teatro, un par de guantes oscuros, pero en otro hizo Mr. Gorby un descubrimiento—nada menos que el del guante que faltaba—que era un guante blanco de la mano derecha, manchado, y con costuras negras en el dorso, y el detective se sonrió complacido al ponerlo en su bolsillo.

—No he perdido la mañana, se dijo; he descubierto que él vin[illegible] á una hora que corresponde con todos sus movimientos, después de la una de la mañana del jueves, y este es el guante que faltaba, que con seguridad pertenecía á Whyte; y si pudiese encontrar la botella del cloroformo, quedaría completamente satisfecho.

Pero la botella del cloroformo no pareció, á pesar de haberla buscado cuidadosamente; al fin, sintiendo que Mrs. Sampson subía las escaleras, desistió él de buscarla, y regresó á la sala.

—Lo derramaría, yo creo, dijo cuando ocupó su asiento anterior, pero no importa; yo creo que con lo que he descubierto puedo formar una cadena de pruebas, suficiente para convencerlo; además espero que cuando esté arrestado, él confesará todo, pues parece por todo lo que hace, que tiene un gran remordimiento.

La puerta se abrió, y Mrs. Sampson entró indignada.

—Uno de esos vendedores chinos, ella explicó, ha estado tratando de engañarme con sus zanahorias, como si yo no supiera lo que son zanahorias, y hablando de chelines en su jerigonza, como si no hubiera sido creado en un país en donde no saben qué cosa es un chelín. Pero nunca

puedo yo aguantar extranjeros, desde que un francés que me estaba enseñando su lengua, se robó una litera de mi madre, sin saberlo ella, pues la había puesto en el aparador para las visitas.

Mr. Gorby interrumpió estas reminiscencias domésticas de Mrs. Sampson, diciéndole que ya que ella le había dado todos los informes que él necesitaba, pedía permiso para retirarse.

—Y yo espero, dijo Mrs. Sampson cuando le abrió la puerta, que yo tendré el placer de verlo de nuevo, si algún asunto en beneficio de Mr. Fitzgerald lo requiere.

—¡Oh! yo la veré á usted de nuevo, dijo Gorby con chocarrería, y de cierto modo que no le gustará á usted; pues tendrá que presentarse como testigo, añadió mentalmente. Diga usted, Mrs. Sampson, continuó, ¿que Mr. Fitzgerald estaría aquí esta tarde?

—¡Oh! sí señor, él vendrá con su prometida, que es Miss Frettlby, quien tiene dinero sin fin, no más del que yo pudiera haber tenido, al haber nacido en una esfera más elevada.

—No diga usted á Mr. Fitzgerald que yo estuve aquí, dijo cerrando la puerta; yo probablemente volveré esta tarde y lo veré.

—Qué corpulento es, se dijo Mrs. Sampson cuando el detective se alejaba; lo mismo que mi difunto padre, que siempre estaba gordo, pues comía mucho y le gustaban sus vasitos; yo salí á la familia de mi madre, que eran delgados y tenían mucho orgullo en mantenerse así, como puede testificarlo el vinagre que bebían, no que yo lo uso mucho.

Ella cerró la puerta y subió á sacar los platos del almuerzo que había dejado en el cuarto de Brian, mientras Gorby seguía en coche, á buen paso, hacia la estación de policía á solicitar una orden para arrestar á Brian, acusado de asesinato voluntario.

CAPITULO X

En nombre do la roina

Era un caluroso día, uno de esos días sin nubes en que el sol deja caer á plomo sus quemantes rayos, y arroja en lo profundo las negras sombras. Por derecho era un día de Diciembre, pero el empleado encargado del tiempo, evidentemente se había equivocado, y lo colocó en pleno Agosto. La semana anterior, sin embargo, había estado un poco destemplada, y este delicioso y ardiente día había llegado como una sorpresa agradable y como un anuncio de verano. Era sábado por la mañana; toda la gente de moda de Melbourne estaba en el Block.

El Block de Collins Strett corresponde al Broadway de Nueva York, al Reyent Street y Rotten Row de Londres, y á los Boulevares de París.

Es en el Block donde la gente muestra sus nuevos vestidos, saluda á sus amigos, esquiva á sus enemigos y conversa superficialidades; lo mismo sucedía, sin duda, en la Vía Apia, la calle de moda de la Roma imperial, cuando Catulo conversaba naderías con Lesbia y Horacio, recibía congratulaciones de sus amigos, con motivo de un nuevo volumen de versos sociales. La historia se repite y cada ciudad está obligada por todas las leyes de la civili- zación, á tener una calle especial en donde puedan congregarse los adoradores de la moda.

Collins Street no es naturalmente una arteria tan grande como las que mencionámos arriba, pero la gente que sube y baja por sus anchos pavimentos está tan encantadoramente vestida y tan agradada como cualquiera de los peripatéticos de esas famosas ciudades.

Así como el sol hace brotar á su influjo hermosas flores, así el seductor atractivo del clima cálido había hecho salir todas las damas con lindos vestidos de innumerables colores, que hac'an que la larga calle pareciese un movible arco-iris.

Los carruajes corrían suavemente, las personas que en ellos iban sonreían y saludaban á sus amigos al reconocerlos en las aceras; los abogados, habiendo concluido sus enredos de la semana, se movían con abandono, con sus portafolios en las manos; los mercaderes, olvidando los buques que entraban y demás asuntos de su oficio, paseaban al lado de sus hermosas hijas, y los representantes de la fatuidad se pavoneaban con su acostumbrado aparato: sombreros redondos, cuellos altos y fluxes vistosos.

En lo general, era una escena muy agradable y animada, y hubiera deleitado el corazón de cualquiera que no fuera un dispéptico ó un enamorado; los dispépticos y los enamorados (se sobreentiende los chasqueados), están acostumbrados á ver el mundo á través de un prisma diferente.

Madge Frettlby estaba en la agradable ocupación, tan interesante para todo corazón femenino, de recorrer las tiendas.

Estuvo en muchas viendo lazos y cintas, mientras que el fiel Brian la esperaba afuera divirtiéndose en mirar el arroyo humano que fluía á lo largo del pavimento.

Si hay algo que los hombres eviten más que cualquier otra cosa, es recorrer los almacenes, con señoras, porque entonces los minutos se vuelven horas, y el cansado y pensativo marido se queda fuera fumando cigarrillo, mientras su bella mitad aburre al dependiente, haciéndose mostrar lo último que ha llegado, hasta que al fin aparece ella, seguida de un mozo que se inclina como Atlas bajo su pesada carga de cajas y paquetes.

A Brian le disgustaba, lo mismo que á casi todo el resto de su sexo, pero estando enamorado, naturalmente era un deber martirizarse, y no pudiendo evitarlo, pensaba en su elegante club, en donde habría podido leer y fumar, teniendo un vaso con algo frío en frente de él.

Después de que Madge hubo comprado una docena de artículos que no necesitaba, y de consultar á su modista sobre el importantísimo asunto de un nuevo traje, recordó que Brian estaba esperándola y se precipitó á la puerta.

—No me he dilatado mucho, ¿no? mi querido Brian, dijo ella tocándole ligeramente el brazo.

¡Oh! no, Madge respondió Brian mirando su reloj; sólo treinta minutos. Nada, considerando que se discutía un nuevo traje.

—Pensé que me había demorado más, dijo Madge, pero á pesar de eso estoy segura que usted se considera mártir.

—Nó, de ninguna manera, replicó Fitzgerald conduciéndola al carruaje; me he divertido muchísimo.

—Nó, dijo abriendo su sombrilla y riéndose mientras Brian se sentaba á su lado; esa es una de aquellas disculpas sociales que todos se consideran obligados á decir por un sentimiento de galantería. Creo que sí lo hice esperar, aunque después de todo sólo me estuve unos pocos minutos, continuó ella poniendo de manifiesto una verdadera idea femenina, con respecto al tiempo.

—¿Y el resto? dijo Brian mirándole su hermosa cara encantadoramente sonrosada bajo su sombrero blanco.

Madge desdeñó tomar nota de esta interrupción.

—James, gritó ella al cochero, llévenos á Melbourne Club. Papá debe estar allá, le dijo á Brian, y lo sacaremos para que tome el té esta tarde con nosotros.

—Pero es apenas la una, dijo Brian cuando vió el reloj de la ciudad. Mrs. Sampson no estará pronta.

—¡Oh! cualquier cosa estará bien, replicó Madge; una taza de té y un pedazo de pan con mantequilla no es difícil de preparar. No tengo deseo de tomar lunch, y papá come tan poco á medio día, y usted....

—Yo como mucho á toda hora, concluyó Brian riéndose.

Madge continuó charlando con su usual viveza, y Brian escuchándola con delicia.

—Es muy agradable, pensó, estar recostado en los suaves cojines de un carruaje, conversando alegremente con una muchacha.

Se sentía como debió sentirse Saúl cuando oyó el arpa de David, y Madge con su animada charla ahuyentó al espíritu maligno que había acompañado á Brian du-

rante las dos últimas semanas. De repente Madge hizo una observación cuando pasaban frente al Monumento de Burke y Wills, que lo sobresaltó.

—¿No es este el lugar en donde Mr. Whyte entró al coche? preguntó ella mirando á la próxima esquina de Scotch Chirch en donde un vagamundo de tendencias musicales, estaba tocando en una vieja y destemplada concertina, del modo más desapasible, la balada "antes de la batalla, Madre."

—Eso dicen los periódicos, contestó Brian con descuido y sin volver la cabeza.

—No adivino quién puede haber sido el caballero del sobretodo claro, dijo Madge.

—Parece que nadie lo conoce, contestó él de un modo evasivo.

—Ah! pero ya tienen un hilo, dijo ella. ¿Sabe usted, Brian, continuó, que estaba vestido lo mismo que usted, con un sobretodo claro y un sombrero flojo?

—Qué notable, dijo Fitzgerald, hablando en un tono ligeramente sarcástico y tan en calma como fue capaz. Estaba vestido del mismo modo que nueve de diez de los jóvenes de Melbourne.

Madge le miró sorprendida del tono en que hablaba, tan diferente de su acostumbrado modo de hacerlo, é iba á responderle cuando el carruaje se detuvo á la puerta del Melbourne Club. Brian, para evitar más observaciones acerca del asesinato, bajó rápidamente, subió las gradas, y entró al edificio. Encontró á Mr. Frettlby tomando con complacencia y leyendo *El Age*. Cuando Fitzgerald entró, dejo el periódico que tenía á la mano.

—Ah! Fitzgerald, ¿ha dejado usted la diversión de Collins Street, par los mayores de esta vida de Club?

—No, he venido, contestó Brian, á llevarlo á usted á tomar té esta tarde con Madge en mi casa.

—Iré, dijo Mr. Frettlby, ¿pero no es una anomalía tomar á la una y media, el té de la tarde?

—Nada importa el nombre, dijo Brian con distracción, cuando salieron del cuarto. ¿Qué ha hecho toda la mañana?

—He estado aquí, leyendo hace media hora, contestó el otro.

—Supongo, ¿algo del mercado de lana?

—Nó, el asesinato del coche.

—Oh! Maldito asunto, dijo Brian precipitadamente, pero viendo que su compañero le miraba sorprendido, se excusó. Pero, en verdad, continuó, estoy cansado hasta el extremo, con las preguntas que me hacen sobre Whyte, cuando yo no sé absolutamente nada.

—Muy bien, que usted no sepa nada, respondió Mr. Frettlby, cuando bajaban la escalera, él no era un envidiable compañero.

Brian estuvo á punto de decirle: "Y sin embargo, usted quería casar su hija con él," pero se contuvo, y llegaron al carruaje en silencio.

Cuando estuvieron acomodados en el carruaje, y continuaron en dirección á East Melbourne, Madge dijo: Bien papá, ¿qué ha hecho usted?

—Estar entretenido, contestó, hasta que usted y Brian vinieron á sacarme con este ardiente sol.

—Bien: Brian ha sido tan bueno, últimamente, dijo Madge, que he tenido que complacerlo viniendo á su casa, que yo sabía era lo más agradable para él.

—Ciertamente, dijo Brian, saliendo de su distracción, y con mayor razón teniendo que atender á personas tan encantadoras como usted.

Madge se sonrió é hizo un ligero gesto al oír esto.

—Si su té es igual á sus cumplimientos, dijo, papá nos perdonará haberlo sacado de su club.

—Papá lo perdonará todo, dijo Mr. Frettlby, cubriéndose los ojos con el sombrero, siempre que salga de este caluroso sol, yo no quiero hacer el papel de Shadrach, Meshach y Abednego, en el ardiente horno de Melbourne, en un día como éste.

—Papá es una víctima expiatoria, dijo Madge con picardía, cuando llegaron á la puerta de la casa de Mrs. Sampson.

—Nó, usted está equivocado, dijo Brian cuando se desmontó y la bajó del carruaje, yo soy el *host* ahora.

—Si hay algo que aborrezca yo más que todo, es el juego de palabras de doble sentido, y más cuando no es fino, observó Madge con calma.

Mrs. Sampson, se sorprendió con la temprana llegada de los invitados de su inquilino, y manifestó su contrariedad con agudos chillidos.

—Me han cogido de sorpresa, dijo excusándose, no se debe suponer que se puedan hacer milagros en asunto de cocina; el fuego se apagó, no habiéndolo tenido encendido con motivo del calor del día que era tánto como nunca, á pesar de que recuerdo que, siendo yo muy muchacha, hacía tal calor, que la hermana de mi tía tenía la costumbre de asar sus coyunturas en el sol.

Después de esta historieta salió refunfuñando, y sus visitantes se quedaron sin saber si las coyunturas de que hablaba eran las de un animal ó las de la hermana de su tía, ó las de ella misma, mientras ella bajaba las escaleras para ir á arreglar lo concerniente al té.

—Qué individuo tan original es su casera, Brian, dijo Madge desde la silla de brazos que ocupaba, creo que es un grillo escapado de los jardines de Fitzroy.

—Oh! nó, apenas es una mujer, dijo Mr. Frettlby con cinismo, usted puede verlo por la longitud de la lengua de Mrs. Sampson.

—Un error popular, papá, dijo Madge, yo conozco muchos hombres que hablan más que cualquier mujer.

—Ojalá no los encuentre nunca, dijo Mr. Frettlby, pero entonces opinaría como De Quincey en su ensayo, que el asesinato es una de las bellas artes.

Brian tembló ligeramente y miró con aprensión á Madge, pero se repuso al ver que ella no atendía lo que decía su padre, pues escuchaba distraída.

—Ahí está, dijo, cuando un golpecito á la puerta anunció la llegada de Mrs. Sampson con el té. Me sorprende, Brian, que á ust[illegible] le parezca que la casa está ardiendo, con ese extraño [illegible]ido de Mrs. Sampson; yo creo que necesita aceite!

—Sí, aceite de San Jacobo, dijo Brian riéndose, cuando ella entró y colocó su carga sobre la mesa.

—No tengo biscochos, dijo, por no habérseme advertido el tiempo de la llegada, aunque con frecuencia á mí nadie me coje de sorpresa, menos los dolores de cabeza que naturalmente son accidentales para cada persona; el panadero y el especiero nunca tienen lo que se necesita, excepto pan y mantequilla, y la insistencia para pedir el dinero, imaginándose que yo tengo el Banco en la casa, como en la cueva de "Aladino," lo que he leído en las "Mil y una noches," libro que me dieron de premio en mi juventud por mi aprovechamiento en inglés, considerándome entonces ilustrada é instruida.

Habiéndosele aceptado sus excusas por la falta de biscochos, salió del cuarto y Madge hizo el té. El servicio era un brillante trabajo chino que Brian había conseguido en sus viajes, y lo reservaba para ocasiones como la presente. Cuando Brian observaba á Madge moviendo sus ágiles manos entre las tazas y los platos, y viendo sus seductores movimientos, no podía menos de pensar cuán hermosa estaba, y medio sonriendo se decía: si ellos lo supieran todo, no creo que se sentaran á la mesa conmigo y con tanta despreocupación. Mr. Frettlby, también, mirando á su hija, recordó á su difunta esposa y suspiró.

—Bien, dijo Madge, pasándoles el té y sirviéndose ella un pedacito de pan con mantequilla: ustedes dos son deliciosos compañeros: papá, suspirando como un horno, y Brian mirándome con sus ojos tan azules como platos chinos. Ustedes debieran ser destinados á los funerales, como la "Melancolía."

—¿Porqué como la Melancolía? preguntó Brian, con pereza.

—Temo mucho, Mr. Fitzgerald, dijo la muchacha sonriendo con sus negros ojos, que usted no haya leído "El sueño de una noche de verano."

—Talvez nó, dijo Brian, el verano aquí es tan ardiente, que no se puede dormir, y en consecuencia no hay ensueños; créalo usted, si los cuatro amantes á quienes Puck trató tan mal hubieran vivido en Australia, no habrían podido dormir por los mosquitos.

—Qué tonterías están ustedes dos hablando, dijo Mr. Frettlby tomando su té, y con una alegre sonrisa.

Dulce es desipere in loco, dijo Brian, y aquel que no cumple con este refrán puede estar seguro de no avanzar mucho.

—No me agrada el latín, dijo Miss Frettlby, moviendo su preciosa cabeza.

—Estoy de acuerdo con la observación de Heine que, si los romanos hubieran tenido tiempo de aprenderlo, no hubieran tenido tiempo de conquistar el mundo.

—Que fué una tarea mucho más agradable, dijo Brian.

—Y más productiva, terminó Mr. Frettlby

Continuaron con esta conversación superficial, hasta que al fin Madge se levantó y dijo que debían irse. Brian propuso comer con ellos en St. Kilda y después ir juntos al teatro. Madge asintió, y apenas estaba poniéndose los guantes, cuando de pronto sintieron sonar la campana de la puerta de la calle, y oyeron en el momento á Mrs. Sampson hablando con mucha excitación.

—Ustedes no entrarán, les dijo; así, no lo intenten, porque siempre he oído decir que la casa de un inglés es un castillo, y su proceder una falta á la ley, lo mismo que ensuciar las alfombras que acaban de ponerse.

Alguno replicó.

—Entonces la puerta del cuarto de Brian se abrió con estrépito, y entró Gorby seguido de otro hombre. Fitzgerald se puso blanco como un papel, porque él comprendió instintivamente que venían á buscarlo; sin embargo, reponiéndose, preguntó con tono altivo qué razón había para semejante atropello. Mr. Gorby se dirigió directamente hacia donde Brian estaba y puso su mano sobre el hombro del joven:

—Brian Fitzgerald, dijo con clara voz; yo lo arresto á usted en nombre de la Reina.

¿Porqué? preguntó Brian con firmeza.

—Por el asesinato de Oliver Whyte.

Al oír esto Madge arrojó un grito.

—¡Eso no es cierto! dijo llena de espanto. ¡Dios mío, eso no es cierto!

Brian no contestó, pero horriblemente pálido extendió sus manos.

Gorby puso las esposas en sus puños, compungido pesar de su gozo por haber cogido su hombre.

Hecho esto, Fitzgerald se volvió hacia donde Madge estaba pálida y quieta como si se hubiese convertido en piedra.

—Madge, dijo él en voz baja: voy á la prisión, talvez á la muerte; pero yo le juro á usted, por todo lo que estimo más sagrado, que estoy inocente de ese asesinato.

—Mi querido Brian.

Ella dió un paso hacia él, pero su padre se le adelantó.

—Hágase usted atrás, dijo él con áspera voz; ya no hay nada más entre usted y ese hombre.

Ella se volvió con la cara cenicienta, pero con una orgullosa expresión en sus claros ojos.

—Usted está equivocado, contestó con un ligero desprecio en su voz. Ahora lo amo más que nunca.

Y antes de que su padre pudiera detenerla, rodeó con sus brazos el cuello de su amante, y con ardor le besó en la mejilla.

—Mi querido Brian, dijo ella inundado su rostro con lágrimas: á pesar de todo lo que el mundo diga, usted siempre será lo más querido para mí.

Brian la besó apasionadamente y salió. Madge cayó desmayada á los pies de su padre.

CAPITULO XI

Defensor para el preso

Brian Fitzgerald fue arrestado á las tres y pocos minutos, y á las cinco la noticia de que el perpetrador del ruidoso asesinato del coche había sido cogido, corría por todo Melbourne.

Había una gran demanda de los periódicos de la tarde, que hablaban del asunto, y se tiraron varias ediciones.

No se había cometido un crimen semejante en Melbourne, desde el caso «Greer» en la ópera, pero el misterio que rodeaba al actual, produjo mayor sensación; la ejecución del crimen en tan extraordinario lugar, como en un coche, había producido gran sorpresa; pero el descubrimiento de ser el asesino uno de los jóvenes más á la moda en Melbourne, sorprendió mucho más.

Siendo Brian Fitzgerald bien conocido en la sociedad como un rico colono y como el futuro marido de una de las más acaudaladas y bellas muchachas de Victoria, no hay porqué maravillarse que su arresto produjera sensación.

El Times que fue bastante afortunado para obtener los últimos informes acerca del arresto, se aprovechó de ellos y publicó un artículo encabezado con tipos llamativos más ó menos así:

Tragedia en un coche—Arresto del supuesto asesino—Notables revelaciones en High-life.

No hay necesidad de decir que algunos de los reporters había relacionado el hecho con libre exageración, y el público lo creía; pues todo lo que sale en los periódicos es para él una verdad evangélica.

Mr. Frettlby, el día siguiente del arresto de Brian, tuvo una larga conversacion con su hija, y deseaba que ella se retirara al establecimiento de Yabba Yallock, hasta que la excitación pública se hubiera calmado un tanto. Pero Madge rehusó terminantemente hacerlo.

—Yo no voy á separarme de él cuando más me necesita, dijo con resolución; todos están contra él sin saber todavía los hechos del caso. El dice que no es criminal, y yo le creo.

—Entonces que pruebe su inocencia, dijo su padre que se paseaba lentamente en el cuarto. Si él no entró al coche con Whyte, debió haber estado en alguna otra parte; así, él debe establecer su defensa, probando la coartada.

—El puede fácilmente hacer eso, dijo Madge iluminando su triste rostro un rayo de esperanza; estuvo aquí hasta las once el jueves en la noche.

Probablemente, replicó su padre con sequedad; ¿pero dónde estuvo á la una de la mañana el viernes?

—Además, Mr. Whyte salió mucho antes que Brian, continuó ella con rapidez. Usted debe recordar; eso fue cuando usted se disgustó con Mr. Whyte.

—Mi querida Madge, dijo Mr. Frettlby parándose en frente de ella con una mirada de desagrado; usted está errada. Whyte y yo nunca nos disgustámos; me preguntó si era cierto que Fitzgerald estaba comprometido con usted, y yo le contesté que sí. Eso fue todo y entonces él se marchó.

—Sí, y Brian no salió hasta dos horas después, dijo Madge triunfantemente. El no volvió á ver á Mr. Whyte en toda la noche.

—Eso dice él, replicó Mr. Frettlby.

—Yo le creo á Brian más que á cualquiera otro en el mundo, dijo su hija con calor, con las mejillas encendidas y con fuego en los ojos.

—¡Ah! ¿pero creerá lo mismo un jurado? preguntó su padre.

—Usted se ha puesto también contra él, contestó Madge con los ojos llenos de lágrimas; usted lo cree criminal.

—Yo ni niego ni confirmo su crimen, dijo Mr. Frettlby con frialdad. He hecho cuanto he podido para ayudarle; he comprometido á Colton para que lo defienda, y si la elocuencia y la habilidad pueden salvarlo, usted puede estar tranquila.

—Mi querido padre, dijo Madge abrazándolo: yo sé que usted no lo abandonará por interés mío.

—Mi querida hija, replicó su padre con voz temblorosa, y besándola: no hay nada en el mundo que yo no haga por interés suyo.

Entre tanto Brian estaba en su celda en la prisión de Melbourne, pensando tristemente en su situación. El no veía sino una esperanza de salvarse, pero no tenía intención de aprovecharla.

—Eso la mataría, eso la mataría, decía febrilmente paseándose y despertando el eco de sus pasos en las lozas de su prisión. Es mejor que el último de los Fitzgeralds perezca como un vulgar ladrón, que ella sepa la amarga verdad. Si yo comprometo un abogado para mi defensa, continuó, su primera pregunta será, en dónde estaba yo aquella noche, y si le digo, todo será descubierto, y entonces.. nó.. nó, yo no puedo hacerlo; eso la mataría, mi amor;

Y arrojándose en la cama, se cubrió el rostro con las manos.

—El ruido de la puerta de su prisión al abrirla, lo hizo levantar, y mirando, vio que era Colton que entraba.

Era un gran amigo de Fitzgerald, quien se conmovió profundamente por la bondad de Colton de venir á verlo.

Duncan Colton tenía un corazón bondadoso, y estaba interesado en ayudar á Brian, aunque había algo de egoísmo en su proceder.

Había recibido una carta de Mr. Frettlby, suplicándole que defendiera á Fitzgeral, en lo que convino sin dilación, pues preveía en este caso una oportunidad para que su nombre viniera á ser conocido en todas las colonias australianas.

Es verdad que era ya un célebre abogado, pero su reputación era apenas local, y él comprendió que el juicio de Fitzgerald, por asesinato, causaría una gran sensación en Australia y Nueva Irlanda; por lo tanto, determinó aprovecharse de él como un paso más hacia la fama, la riqueza y la posicion.

Así, este hombre alto, de mirada perspicaz, cuidadosamente afeitado y expresiva boca, entró en la celda y tendió su mano á Brian.

—Es usted muy bondadoso en venir á verme, dijo Fitzgerald; en un tiempo como este es cuando se aprecia la amistad.

—Sí, naturalmente, respondió el abogado fijando sus penetrantes ojos en el rostro extraviado de Brian como si quisiera leer sus más íntimos pensamientos. Vengo, en parte, por mi propia cuenta, y en parte, porque Mr. Frettlby me suplicó me encargara de su defensa.

—¿Mr. Frettlby? dijo Brian con intención; es muy bondadoso, y yo me imaginé que me creía criminal.

—No debe considerarse criminal ningún hombre, mientras no esté probado, contestó Colton evasivamente.

Brian notó cuán estudiada era la respuesta, y suspiró.

—¿Y Miss Frettlby? preguntó vacilando.

A esta pregunta si obtuvo una respuesta perentoria.

—Ella no lo cree criminal, y no presta oídos á una sola palabra contra usted.

—Dios la bendiga, dijo Brian con fervor; es una leal mujer. Supongo que se habla mucho de mí, ¿nó? agregó con amargura.

—No se habla de otra cosa, respondió Colton con calma; su arresto ha suspendido todo interés en teatros, apuestas de cricket y bailes, y usted ahora está discutido hasta lo íntimo en los salones y en los clubs.

Fitzgerald se estremeció. Era excesivamente orgulloso y había algo inexplicablemente molesto en esta desagradable publicidad.

—Pero todo es charla de desocupados, *nada más*, dijo Colton sentándose. Vamos al asunto; naturalmente usted me acepta por defensor.

—No hago bien al hacerlo, dijo Brian con tristeza. Ya tengo la cuerda al cuello.

—¡Tontería! replicó el abogado alegremente; nadie tiene la cuerda al cuello hasta que no está en el patíbulo; ahora no necesita usted decir una palabra más, continuó extendiendo la mano á tiempo de que Brian iba á hablar; voy á defenderlo á usted en esta cosa, quiera usted ó nó; yo no conozco de los hechos sino lo dicho por los periódicos, y como exageran tánto, no se puede confiar en ellos. De todos modos, yo creo que usted es inocente, él corazón me lo dice, usted debe salir libre de esta celda, aunque no fuera sino en beneficio de aquella noble muchacha que lo ama á usted.

Brian no respondió, pero alargó su mano, que él apretó cordialmente.

—Nó negaré, prosiguió Colton, que hay algo en mí, de curiosidad profesional; este caso es tan extraordinario,

que me creo incapaz de dejar pasar la oportunidad de hacer algo con él. ¡Poca importancia tienen para mí esos asesinatos estúpidos, hechos con el atizador de la chimenea, ó con cualquier otro instrumento vulgar; pero en éste hay bastante inteligencia, y por lo mismo despierta mucho interés. Cuando esté usted libre, juntos buscaremos al verdadero criminal, y el placer de hacerlo, estará en proporción de la excitación que produzca cuando lo descubramos.

—Estoy de acuerdo con usted en lo que dice, dijo Brian con calma, pero yo no tengo defensa que hacer.

—¿No tiene usted defensa? No creo que vaya usted á confesar que mató á Whyte.

—Nó, dijo Brian, con un sonrojo de cólera, pero hay ciertas circunstancias que me impiden defenderme.

—¡Qué necedad, dijo Calton con firmeza, como si hubiera circunstancias que pudieran impedir á un hombre salvar su propia vida! Pero no importa, me agradan esas objeciones, ellas hacen que la nuez sea más difícil de romper, pero más satisfactorio así sacar la almendra. Ahora usted tiene que contestarme ciertas preguntas.

—Yo no lo prometo.

—Bien, ya veremos, dijo el abogado alegremente sacando su cartera de apuntes, la que colocó encima de las rodillas. Primero: ¿dónde estaba usted el jueves que precedió al asesinato?

—No puedo decirlo.

—Oh! sí, usted puede, mi amigo; usted dejó á St. Kilda y vino por el tren de las once.

—El de las once y veinte, corrigió Brian.

Calton se sonrió satisfactoriamente, cuando vio que esto empezaba bien.

—Un pequito de diplomacia, es todo lo que se requiere, dijo mentalmente, y añadió en alta voz: ¿Y á dónde fue usted después?

—Encontré á Rolleston en el tren; y en un coche que tomamos en la estación de Flinders Street, fuimos al club.

—¿Qué club?

—El club de Melbourne.

—¿Sí?

—Rolleston se fue á su casa, y yo entré al club y jugué al naipe un rato.

—¿A qué hora salió usted del club?

—Faltando unos pocos minutos para la una de la mañana.

—Y entonces, supongo, que se iba usted para su casa.

—Nó, seguí calle abajo.

—Eso es bastante incierto, supongo que usted quiere decir Collins Street?

—Sí.

—¿Me imagino que usted iría á encontrarse con alguien?

—No digo eso.

—Probablemente nó; pero los jóvenes no andan de noche por las calles sin algun objeto.

—Me sentía intranquilo, y necesitaba caminar.

—En verdad! Es muy original que usted prefiriera para pase. el centro de la ciudad lleno de polvo, á los jardines de la Fitzroy, que están en la via de su casa. No puede ser eso; usted debia de tener alguna cita con alguien.

—Bien, sí.

—Pensé lo mismo. ¿Hombre ó mujer?

—No puedo decirlo.

—Entonces yo debo descubrirlo.

—Usted no puede.

—¿Verdad? ¿y porqué nó?

—Porque usted no sabe dónde buscarla.

—Ella! gritó Calton deleitado por el éxito de su astuta pregunta. Yo sabia que era una mujer.

Fitzgerald no respondió, y se sentó mordiéndose los labios con despecho.

—Vamos, ¿quién es la mujer?

No hubo respuesta.

—Oiga usted, Fitzgerald, yo sé que los jóvenes deben ser discretos, y naturalmente á usted no le agrada hablar de eso; pero en este caso, usted debe sacrificar su carácter por salvar su pescuezo, ¿cómo se llama la mujer?

—No puedo decirlo.
—Oh! ¿usted lo sabe entonces?
—Bien, sí.
—¿Y usted no quiere decírmelo?
—No!
Colton, sin embargo, había descubierto dos cosas que le satisfacían: primero, que Fitzgerald tenía una cita; y segundo, que era con una mujer. Y tomó otro camino.
—¿Cuándo vio usted la última vez á Whyte?
Brian respondio con gran repugnancia; lo vi ebrio cerca de Scotch-Church.
—Qué! ¿usted fue el individuo que llamó el coche?
—Sí, asintió Brian, vacilando ligeramente, yo fuí.
El pensamiento de que el joven que estaba frente de él, pudiera ser el criminal, atravesó como un relámpago el cerebro de Colton, y tuvo que confesar que todo aparecía negro contra él.
—¿Entonces lo que decían los periódicos era correcto?
—En parte.
—Ah! Colton suspiró con desahogo.
—Aquí hay, dijo, un rayo de esperanza.
—¿Usted no conoció á Whyte cuando lo encontró caído ebrio cerca de Scotch Church?
—No le conocí, y si le hubiera conocido, no lo habría levantado.
—Naturalmente, ¿usted le conoció después?
—Sí, y al hacerlo me alejé, dejándole, como lo dice el periódico.
—¿Porqué le dejó usted tan bruscamente?
Brian miró á su interlocutor con alguna sorpresa.
—Porque le detestaba, contestó.
—¿Porqué le detestaba usted?
No hubo respuesta.
—Era porque él amaba á Miss Frettlby, y según todas las apariencias, ¿se iba á casar con ella?
—Bien, sí.
—Y ahora, dijo Colton con intención, el punto principal de todo el asunto es este: ¿porqué entró usted al coche con él?

—Yo no entré al coche.
—El cochero declara que usted entró.
—Está equivocado el cochero; yo no regresé después de que reconocí á Whyte.
—Entonces ¿quién fue el hombre que entró al coche con Whyte?
—Yo no sé.
—¿No tiene usted idea?
—Ni la más mínima.
—¿Está usted seguro?
—Sí, perfectamente seguro.
—Parece que él estaba vestido exactamente como usted.
—Probablemente. Yo podría nombrar por lo menos una docena de conocidos míos, que usan sobretodo claro encima de su traje de visita, y llevan sombrero flojo.
—¿Sabe usted si Whyte tenía enemigos?
—Nó, no sé, sólo sé de él que vino hace poco de Inglaterra, con una carta de introducción para Mr. Frettlby, y que tuvo la impertinencia de proponer matrimonio á Madge.
—¿Dónde vivía Whyte?
—En St. Kilda, á la extremidad de Grey Street.
—¿Porqué lo sabía usted?
—Lo decían los periódicos, y.. y, dijo vacilando, yo fuí á su casa.
—¿Y para qué?
—Para ver si no insistía más en suplicar á Madge que se casara con él, y para informarle que estaba comprometida conmigo.
—¿Y qué le dijo él?
—Se rió de mí y me maldijo.
—¿Entonces se cruzaron entre ustedes palabras fuertes, evidentemente?
—Sí.
—¿Alguna persona oyó?
—La señora de la casa, me parece, pues yo la vi en el pasaje cuando dejó la casa.
—La autoridad la hará presentar como testigo.
—Probablemente, dijo Brian con indiferencia.

—¿Le dijo usted algo que pudiera acriminar á usted?
Fitzgerald volvió la cabeza.

—Sí, contestó en baja voz, yo hablaba lleno de cólera, y no supe entonces qué le dije.

—¿Usted le amenazó?

—Sí, le amenacé y le dije que lo mataría si persistía en el intento de casarse con Madge.

—Si la señora jura que oyó lo que usted dice, se puede constituir una gran prueba contra usted. Hasta donde alcanzo á ver, no hay más que una defensa para usted, y es muy fácil. Usted debe probar la coartada.

No contestó.

—¿Usted dice que no volvió ni entró al coche? dijo Colton mirándole fijamente á la cara.

—No, debió de ser otro que estaba vestido como yo.

—¿Usted no tiene idea quién pudiera ser?

—Nó, no tengo.

—Entonces, después que usted dejó á Whyte y siguió por Russell Street, ¿á dónde fue usted?

—No puedo decirlo á usted.

—¿Estaba usted ebrio?

—¡Nó! (con indignación).

—¿Entonces usted si recuerda?

—Sí.

—¿Y á dónde fue usted?

—No puedo decirlo.

—¿Rehusa usted decirlo?

—Sí, rehuso

—Piénselo usted con detención, talvez tenga usted que pagar un enorme precio por su insistencia en no decir.

—Si es necesario lo pagaré

—¿Y no me dirá usted dónde estuvo?

—Nó.

Colton principiaba á sentirse incómodo.

—No sea usted loco; no sacrifique su vida por un sentimiento de falsa modestia; compruebe usted la coartada.

No contestó.

—¿A qué hora llegó usted á su casa?

—Poco más ó menos á las dos de la mañana.
—¿Fue usted á pie?
—Sí, pasando por los jardines de Fitzroy
—¿Vio usted á alguien en el camino para su casa?
—No sé, no puse atención.
—¿Alguna persona le vio á usted?
—No, que yo sepa.
—Entonces, ¿usted no me dice dónde estuvo el viernes entre la una y las dos de la mañana?
—De ninguna manera.
Colton pensó un momento cómo emprendería su próximo ataque.
—¿Sabía usted que Whyte llevaba consigo valiosos papeles?
Fitzgeral vaciló y se puso pálido.
—No, no sabía, dijo con repugnancia.
El abogado dio un golpe maestro.
—Entonces, ¿porqué se los quitó usted?
—¡Qué! ¿lo tenía él consigo?
Colton vio la ventaja que había adquirido, y la aprovechó con rapidez.
—Sí, él lo tenía; ¿porqué lo tomó usted?
—Yo no lo tomé, ni aun sabía que lo tuviera.
—¿Quiere usted bondadosamente decirme, ese eloqué significa?
—Brian vio la trampa en que había caido,
—¡No! no lo diré, respondió con firmeza
—¿Era una joya?
—No.
—¿Era un papel importante?
—No lo sé.
—¡Ah! sí, era un papel, lo leo en su rostro; ¿y ese papel era importante para usted?
—¿Porqué pregunta usted?
Colton fijó sus penetrantes ojos grises en la cara de Brian.
—Porque el hombre para quien ese papel era de tánto valor, fue quien asesinó á Whyte, respondió lentamente.
Brian saltó, pálido como un cadáver.

—¡Dios mío, gritó extendiendo las manos; ¡es verdad! ¡es verdad!

Y cayó sobre las lozas como muerto.

Calton alarmado, llamó al carcelero, y entre los dos le llevaron á la cama y le rociaron la cara con agua fría. Brian volvió en sí, y se quejó débilmente, mientras Calton viendo que no estaba en estado de poder hablar, abandonó la prisión. Cuando estuvo afuera, se detuvo un momento y miró los tétricos y grises muros de la cárcel.

—Brian Fitzgerald, se dijo, no cometió el asesinato, pero sí sabe quién lo hizo.

CAPITULO XII

Ella era una noble mujer

La sociedad de Melbourne estaba profundamente agitada con el asesinato del coche; antes de que se hubiera descubierto el asesino se miraba como un asesinato vulgar y ella no reputaba el hecho sino como un asunto nuevo, sobre el cual conversar algunos días. Pero ahora el asunto asumía gigantescas proporciones, pues se había descubierto que el asesino era uno de los jóvenes más elegantes de Melbourne. Mrs. Grundy se hablaba muy alto de haber nutrido una víbora en su seno, la cual se había vuelto inesperadamente contra ella y la había mordido. En los salones de Toorak y en el club de Melbourne se hablaba del asunto por la mañana, á medio día y por la noche, y Mrs. Grundy declaraba positivamente que ella nunca había oído semejante cosa. Vea usted, un joven bien nacido,—los Fitzgerald una familia irlandesa,—con sangre real en sus venas, bien educado, encantadoras maneras, le aseguro á usted muy buen mozo y comprometido con una de las más ricas muchachas de Melbourne, bastante bonita, sin duda, pero el astuto perro quería su dinero. Y este joven que había sido halagado por las seño-

ras, reconocido como un buen compañero por los hombres y generalmente popular tanto en los salones como en los clubs, había cometido un asesinato vulgar, era esto chocante en verdad.

—¿Qué vendría á ser del mundo y para qué servían las prisiones y los asilos de locos, si á hombres del calibre del joven Fitzgerald no se metían á ellos para impedir que cometieran crímenes? Y entonces naturalmente todos se mantenían preguntando quién era Whyte, y porqué no se había oído hablar de él antes. Todos los que habían conocido á Whyte eran mortificados hasta lo sumo con preguntas acerca de él, y sufrían una especie de martirio social con el "¿quién era?" "¿cómo era?" "¿porqué lo mataron?" y todo el resto de tontas preguntas que la gente suele hacer. En donde quiera se hablaba con furor del asunto: en los salones á la moda, al té de las cinco de la tarde, en los clubs tomando brandy y soda y fumando cigarrillo; los obreros á la hora de su descanso tomando la pinta de medio día y sus mujeres en la atmósfera del patio sobre sus lavaderos. Los periódicos estaban llenos de artículos acerca del famoso asesinato, y algunos publicaban entrevistas del prisionero con sus principales repórters, quienes las habían compuesto, ayudados de los rumores que oían á su rededor y de su fértil imaginación. Aún más: un joven de tendencias literarias, le habían llamado tanto la atención las circunstancias dramáticas del asunto, que pensó en escribir un drama en cinco actos, con la sensacional escena del ahorcamiento de Fitzgerald, y tuvo hasta la idea de ofrecerlo á Williamson para que lo hiciera representar en el Teatro Real. Pero el astuto empresario rehusó adelantar la idea, observándole que el quinto acto aún no se había representado en la vida real y que él no veía cómo el autor pudiera terminarlo satisfactoriamente.

Con respecto á la culpabilidad del prisionero, todos tenían la seguridad de que él lo había cometido. El cochero Royston había jurado que Fitzgerald había entrado al coche con Whyte y que cuando Brian salió Whyte estaba muerto. No podía haber prueba más fuerte que esta y la opinión general era que el prisionero no podía defen-

derse, sino que se entregaría á merced de la corte. Hasta la iglesia fué víctima del contagio y sus ministros anglicanos, católicos romanos y presbiterianos, junto con las lumbreras inferiores, de menor cuantía, tomó el asesinato del coche como texto para predicar sermones sobre la corrupción del siglo, y señalar como la única arca posible en donde podían salvarse los hombres del invasor diluvio de la infidelidad y de la inmoralidad, la iglesia de cada uno.

Colton después de haber oído cinco ó seis ministros cada uno proclamando su iglesia como la nave segura para salvarse, dijo: "Parece que hay una flota completa de arcas!"

Con respecto á Mr. Félix Rolleston él tuvo un gran placer al conocer todas las circunstancias del caso, y el *dramatis* personal. Cuando alguna nueva evidencia aparecía, Rolleston era el primero en saberla y rodeaba á sus amigos relatándosela con adiciones propias que la hacían más picante y dramática. Pero cuando se le pedía su opinión acerca de la culpabilidad del acusado, sacudía la cabeza con sagacidad y decía que tanto él como su amigo Colton, á quien no conocía sino de saludo, no habían resuelto nada en la materia.

—¿No creen ustedes, observó Mr. Rolleston con sabiduría, que en todo esto hay más de lo que se ve?; Yo en medio de tánto embrollo y á pesar de haberme engañado los detectives, no pienso que Fitzgerald mató á Whyte y estoy bien seguro que no lo hizo.

Naturalmente, después de tal observación un coro principalmete femenino, exclama: ¿entonces quién lo mató?

—Ah! Félix replicó inclinando su cabeza á un lado como un gorrión meditabundo; los detectives no pueden descubrirlo, eso es lo difícil. Me provoca seguir yo mismo la pista, ¡por Júpiter!

—¿Entonces sabe usted algo de la profesión de detective? alguno preguntó.

—Oh! sí, dijo con cierto vaivén en la mano; bellísima vida la de un detective.

Mr. Rolleston, sin embargo, á despecho de sus aseveraciones, no tenía pruebas para creer que Fitzgerald fuera inocente, y en lo íntimo de su corazón lo creía culpable. El era uno de esos hombres que teniendo ó tierno corazón ó un natural obstinado, principalmente lo último, hacen punto de honor en presentarse como campeones de aquellos que se desavienen con la sociedad. Hay, sin duda, mucha gente que piensa que Nerón era un agradable joven y que sus crueldades eran sólo un exceso de su espíritu elevado, y quienes miran á Enrique VIII como un marido esclavizado por sus mujeres (y desgraciadamente tuvo seis.) Es esta clase de gente la que se deleita en simpatizar con los grandes criminales de la especie de Ned Kelly, y los consideran como encarnación del heroísmo, maltratados por una estrecha interpretación de la ley. Hay un proberbio al efecto que dice que el mundo pisotea al hombre que está *caído*; pero si medio mundo obra de tan brutal manera, el otro medio consuela al postrado con peniques. *Así*, refiriéndonos á nuestro caso particular, aun cuando el peso de la opinión pública se inclinaba en contra de la inocencia de Fitzgerald, no dejaba éste de tener sus amigos y simpatizadores que lo sostenían y declaraban que había sido erróneamente acusado.

La opinión de estos bondadosos individuos llegaba á oídos de Madge, y ella se consolaba con esto.

Otra gente lo creía inocente, y Madge estaba fielmente convencida de que éstos sí estaban en lo cierto. Si todo Melbourne unánimemente hubiera condenado á Brian, aun así hubiera creído en su inocencia, pues son tan singularmente ilógicas las mujeres, que el mundo entero puede estar contra un hombre, y la mujer que lo ama se presenta audazmente como su defensor.

No importa cuán bajo, cuán vil el hombre puede ser, la mujer que le ama lo eleva al rango de los semi-dioses, y rehusa ver el pie de barro de su ídolo; cuando todos lo abandonan, ella se le adhiere; cuando todos le desprecian, ella le sonríe; y cuando muere, reverencia su memoria como la de un santo ó la de un mártir.

Los jóvenes del día son apasionados por postrar á la mujer, y piensan que es prueba de viritidad escarnecerlas por sus faltas; pero Dios ayuda al hombre en tiempo de desgracia dándole una mujer que le acompañe con palabras cariñosas y dulces sonrisas, y le sostenga en la batalla de la vida.

Así, Madge Frettlby, verdadera mujer como era, había clavado su bandera en el mástil y resistía rendirla, cualesquiera que fuesen los argumentos que le presentaban en contra de su creencia. Brian era inocente, y su inocencia se probaría porque ella tenía un sentimiento instintivo de que él se salvaría á la última hora. ¿Cómo? No lo sabía, pero estaba cierta de que sucedería así.

Madge hubiera ido á la prisión, pero su padre le prohibió terminantemente que lo hiciera, y se valía de Colton para todas las noticias referentes á Brian y para enviarle cualquier mensaje.

Colton estaba muy contrariado con el persistente rechazo de Brian á establecer su defensa probando una coartada, y como estaba seguro que el joven podía hacerlo, tenía ansiedad por descubrir la razón de éste para oponerse.

—Si es por consideración á una mujer, dijo á Brian, á mí no me importa quién sea; eso es quijotesco hasta el absurdo. El instinto de la conservación es la primera ley de la naturaleza; si mi pezcueso estuviera en peligro, yo no ahorraría ni hombre, ni mujer ni niño, para salvarlo.

—Me atrevo á decirle, respondió Brian, que si usted tuviera mis razones, pensaría de otro modo.

En su mente el abogado tenía una teoría que suficientemente bastaba para explicar la repugnancia de Brian á referir sus hechos de aquella noche. Fitzgerald había admitido que sí hubo una cita, y que fue con una mujer. El era hermoso, y probablemente su moral no era mejor que la de otros jóvenes, y así Colton pensaba que Brian había tenido alguna intriga con una mujer casada y había estado con ella la noche en cuestión; de aquí su resistencia á hablar. Si él hablara, el nombre de la mujer entraría á figurar en el asunto, el marido ultrajado, quien quiera que fuese, se presentaría, y todo vendría á terminar en la corte de divorcio.

—Es preferible para él perder su carácter que su vida, argüía Colton, y aquella mujer debe hablar, por duro que sea para ella; cuando el pescuezo de un hombre está en peligro, ella debe arriesgarlo todo antes que verlo ahorcar.

Lleno de estos confusos pensamientos, Colton se dirigió á St. Kilda á hablar con Madge sobre el asunto, y también por ver si ella podía ayudarle á obtener el informe que necesitaba.

Colton tenía un gran respeto por Madge, sabiendo cuán inteligente era, y pensaba que estando Brian tan profundamente enamorado, si ella le hablaba del asunto, podía inducirlo á confesar todo.

El abogado encontró á Madge esperándole, y cuando entró, se adelantó con exclamaciones de alegría:

—¡Oh! ¿dónde ha estado usted todo este tiempo? Yo he contado minuto por minuto después de que lo vi á usted la última vez. ¿Cómo está mi pobre Brian?

—Lo mismo, respondió Colton quitándose los guantes; pero obstinado en no querer salvar su vida. ¿Dónde está su padre? preguntó

—Está fuera de la ciudad, contestó con impaciencia, y no volverá antes de una semana; ¿pero porqué dice usted que Brian no quiere salvar su vida?

Colton se inclinó y le tomó la mano:

—¿Quiere usted salvar su vida? preguntó

—¿Salvar su vida? repitió; y saltando de la silla, exclamó: Dios sabe que moriría por salvarlo.

—¡Bah! se dijo Colton contemplando su animado rostro y sus manos extendidas; estas mujeres siempre son exageradas. El hecho es, dijo en alta voz, que Fitzgeral puede comprobar una coartada, y no quiere hacerlo.

Colton encogió los hombros.

—Eso sólo él lo sabe; alguna idea quijotesca acerca del honor, me imagino. Vea usted: él no quiere decirme dónde estuvo aquella noche; talvez á usted se lo diga. Así, venga usted conmigo á verlo; quizá recobre sus sentidos y confiese al fin.

—¿Pero mi padre? murmuró

—¿No me dice usted que está fuéra de la ciudad? preguntó Colton.

—Sí, vaciló Madge, pero él me ha ordenado que no vaya.

—En ese caso, dijo Colton levantándose y poniéndose los guantes y el sombrero, no le exijo á usted que venga.

Ella le puso la mano en el brazo.

—Aguarde usted; ¿producirá eso algún bién?

Colton vaciló un momento, pues pensó que si la razón del silencio de Brian era, como él sospechaba, alguna intriga con una mujer casada, no lo diría ciertamente á la muchacha; pero, por otra parte, podía ser otra la causa, y él confiaba que Madge podía descubrirla. Pensando esto se detuvo.

—Sí, contestó con altivez; puede salvarse.

—Entonces iré, dijo con resolución; para mí, él es más que mi padre, y si puedo salvarle, lo haré. Espéreme usted.

Y salió del cuarto.

—Es una joven excepcionalmente resuelta, murmuró el abogado mirando por la ventana. Si Fitzgerald no es un loco, ciertamente se lo dirá todo, si puede hacerlo. Curiosa cosa son estas mujeres; casi estoy de acuerdo con lo que dice Balsac, que no debe maravillarse el hombre de no poder descifrar á la mujer, pues Dios, quien la había creado, no podía hacerlo.

Madge volvió vestida para salir y con un espeso velo cubriéndole el rostro.

—¿Pido el carruaje? preguntó poniéndose los guantes con temblor en las manos.

—Nó, contestó Colton, á menos que quiera usted ver un suelto en los periódicos, diciendo que Miss Madge Frettlby visitó á Mr. Brian Fitzgerald en la prisión. Nó, nó, tomaremos un coche de alquiler. Venga usted.

Y ofreciéndole el brazo salieron.

Llegaron á la estación y tomaron del tren que salía en ese momento, y, á pesar de esto, Madge iba loca de impaciencia.

—¡Cuán despacio va! dijo ella con ansiedad.

—Cálmese usted, mi querida, dijo Colton poniéndole la mano sobre el brazo. Usted se traiciona así; pronto llegaremos y le salvaremos.

¡Oh! quiera Dios que podamos, dijo con un grito apenas perceptible, y oprimiéndose las manos, mientras Colton veía sus lágrimas que corrian y se escapaban fuera de su espeso velo.

—Eso no debe hacerse, dijo Colton casi con aspereza; puede sobrevenir á usted un accidente; cálmese usted por su propio bién.

—Por el bién de él, dijo.

Y haciendo un poderoso esfuerzo de voluntad, se calmó.

Pronto llegaron á Melbourne, tomaron un coche y siguieron á la prisión.

Después de las formalidades acostumbradas, entraron, y cuando el guardián los condujo á la celda que ocupaba Brian, lo encontraron sentado en la cama, con la cara apoyada en las manos. El alzó á mirar y vió á Madge, y arrojando un grito de placer, extendió sus manos.

Ella se adelantó y se precipitó sobre el pecho de Brian, ahogada por los sollozos. Por algún tiempo estuvieron silenciosos.

Colton estaba al otro extremo de la celda, viendo algunos apuntes que había sacado del bolsillo, y el carcelero se había retirado.

—Mi querido Brian, dijo Madge arreglándole sus suaves cabellos en la ardorosa frente: ¡qué aspecto tan enfermizo tiene usted!

—¿Sí? contestó Brian riéndose; la prisión no devuelve la salud.

—No hable en ese tono, Brian, dijo ella; sentémonos y hablemos con calma sobre el asunto.

—No sé qué bién resulte de hacerlo, dijo Brian con cansancio cuando se sentaron con las manos enlazadas. He conversado con Colton hasta dolerme la cabeza, y nada bueno ha resultado.

—Naturalmente nó, dijo el abogado tomando asiento á su vez. Nada bueno resultará hasta que usted no recobre sus sentidos y nos diga dónde estuvo aquella noche.

—Ya le he dicho á usted que no puedo decirlo.

—Brian, mi querido, dijo Madge cogiéndole la cabeza; usted debe decirlo todo por interés mío.

Fitzgerald suspiró. Era la mayor tentación á que había estado expuesto; se sintió inclinado á ceder y aventurar el resultado; pero una mirada al puro rostro de Madge le contuvo. Su confesión no podía traer más que tristeza y pesar para aquella á quien él amaba más que á su vida.

—Madge, respondió con gravedad tomándole la mano; ¡usted no sabe lo que pide!

—¡Sí, sí! replicó ella rápidamente; le pido á usted que se salve, que pruebe que no es responsable de ese terrible crimen, y que no sacrifique su vida por miramientos á...

Se detuvo y miró á Colton, pidiéndole ayuda; pues ella no tenía idea de la razón que tuviera Brian para obstinarse en no hablar.

—Por miramientos á una mujer, concluyó Colton.

—¡Una mujer! balbuceó ella aún teniendo la mano de su amante entre las suyas. Es.. ¿es esa la razón?

—Sí, dijo él con una voz áspera y baja.

Una aguda expresión de angustia se dibujó en la pálida cara de Madge, y hundiendo su cabeza entre las manos, lloró amargamente. Brian la miró con humildad, y Colton los contempló á ambos con temor.

—Diga usted, dijo Colton dirigiéndose á Brian con colérica voz; si usted quiere saber mi opinión de su conducta, le diré que usted es un bribón infernal. Aquí tiene usted á esta noble muchacha que ama á usted con todo su corazón, y está pronta á sacrificarlo todo por consideración á usted, que viene á implorar de usted que salve su propia vida, y usted con frialdad la rechaza y confirma que ama á otra mujer.

Brian levantó la cabeza con altivez, y su rostro se encendió.

—Usted está equivocado, dijo volviéndose rápidamente; esta es la mujer por quien guardo silencio.

Y levantándose de la cama donde estaba sentado, señaló á Madge, quien estaba sollozando amargamente.

Ella levantó con sorpresa su extraviado rostro.

—¡Por interés mío! dijo con voz entrecortada.

—¡Oh! Brian está loco, dijo Colton moviendo los hombros; estableceré mi defensa por insanidad.

—Nó, no estoy loco, gritó Fitzgerald fuera de sí.

Y estrechó á Madge entre sus brazos.

—¡Mi querida, mi amor! Es por interés suyo por lo que guardo silencio, y lo haré aunque pierda la vida. Yo podría decir dónde estuve aquella noche, y salvarme, pero al hacerlo, usted sabría un secreto que sería una maldición para su vida, y no me atrevo á hablar, no oso hacerlo.

Madge lo miró con una compasiva sonrisa y derramando abundantes lágrimas.

—¡Brian querido! dijo dulcemente; no piense en mí, sino en usted. Prefiero llevar una vida miserable, á que usted muera. No sé cuál pueda ser el secreto, pero si decirlo lo salva, no vacile usted. Vea (gritó cayendo de rodillas), estoy á sus pies, lo imploro por todo el amor que usted siempre ha tenido por mí. Sálvese, cualesquiera que puedan ser las consecuencias para mí.

—Madge, dijo Brian levantándola en sus brazos; antes pude haberlo hecho, pero ahora es demasiado tarde. Hay otra razón poderosa para que yo guarde silencio, la que no he descubierto sino después de estar en la prisión. Yo sé que estoy cerrándome la única salida que tengo para escapar del cargo de asesinato, del que estoy inocente; pero por Dios en el cielo, juro que nunca hablaré.

Hubo silencio en la celda, interrumpido sólo por los convulsivos sollozos de Madge, y hasta Colton, cínico y hombre de mundo como era, sintió humedecer sus ojos. Brian atrajo á Madge hacia sí y la estrechó en sus brazos.

—Llévesela usted, dijo con voz temblorosa; pues de otro modo, puedo olvidar que soy hombre.

Y volviéndose, se arrojó en la cama y se cubrió el rostro con las manos. Colton no contestó; llamó al guardián, y trató de sacar afuera á Madge, pero al llegar á la puerta, ésta se volvió y se arrojó sobre el pecho de su amante.

—¡Mi adorado! ¡mi adorado!

Suspiró besándole:

—Usted no morirá. Yo lo salvaré á despecho de usted mismo.

Y como asustada de que se agotara su entereza, corrió fuera de la celda, seguida del abogado.

CAPITULO XIII

Madge hace un descubrimiento

Madge entró al coche, y Colton dijo al cochero que los llevara á la estación del ferrocarril, pero Madge lo detuvo y le dijo:

—Dígale que nos lleve al apartamento de Brian en Poulett Street

—¿Para qué? preguntó el abogado alarmado.

—Y también que pase por el Melbourne Club, pues necesito detenerme allí·

—¿Qué intentará hacer? murmuró Colton transmitiendo las órdenes al cochero, y entró al coche.

—¿Y ahora? preguntó mirando á su compañera, quien ya se había quitado el velo.

Y mientras el coche trotaba rápidamenee calle abajo:

—¿Qué piensa usted hacer?

Ella hechó hacia atrás el velo, y él se sorprendió al ver el repentino cambio que había sobrevenido en su fisonomía. No había lágrimas ya; sus ojos estaban brillantes y su boca firmemente cerrada. Parecía que hubiera tomado una gran determinación y estuviera resuelta á llevarla á cabo, á cualquier costo.

—Voy á salvar á Brian, á despecho de él mismo, dijo distintamente.

—¿Y cómo?

—¡Ah! usted piensa ¿que siendo mujer no puedo hacer nada? bien, usted verá, dijo con amargura.

—Excúseme usted, replicó Colton sonriendo, mi opinión, como la de todos los abogados, acerca de su sexo, es excelente; y hay razón para que sea así, viendo que la mujer, de cada diez cosas acierta en nueve.

—El viejo refrán.

—Nada importa si es verdadero, respondió Colton. Desde el tiempo del padre Adán, se ha reconocido que la influencia de la mujer en el mundo, ya para el bien, ó para el mal, ha sido siempre mayor que la del hombre. Pero este no es el asunto, continuó con impaciencia; ¿qué se propone usted hacer?

—Sencillamente esto, contestó. En primer lugar, puedo decir á usted, que yo no comprendo la afirmación de Brian, al decir que sólo por mi interés es por lo que guarda silencio, pues no hay secretos en mi vida que puedan justificar su dicho; pues los hechos del caso son muy sencillos: Brian, la noche en cuestión, salió de nuestra casa en St. Kilda, á las once de la noche. El me dijo que tocaría en el club, para ver si tenía cartas y que luégo se iría directamente á su casa.

—Pero él pudo haber dicho eso sólo como una disculpa.

—Nó, no pienso así. Yo nunca le preguntaba á dónde iba, y esto me lo dijo espontáneamente. Conozco el carácter de Brian, y no lo creo capaz de decir una mentira deliberadamente, y mucho menos sin necesidad. Estoy cierta de que él tenía intención de hacer lo que me dijo, é irse directamente á su casa. Cuando llegó al club, encontró allí una carta que le sorprendió.

—¿Pero de quién recibió esa carta?

—¿No adivina usted? dijo ella con impaciencia. El individuo, hombre ó mujer, que necesitaba verlo para revelarle ese secreto concerniente á mí, cualquiera que sea. El recibió la carta en el club y bajó por Collins Street para encontrar al autor de ella. En la esquina de South Church encontró á Mr. Whyte y al reconocerlo le dijo con disgusto y siguió por Russell Street á su cita.

—¿Entonces usted piensa que él no volvió?

—Estoy cierta que nó, pues como Brian le dijo á usted, hay muchos jóvenes que llevan la misma clase de vestido y de sombrero que él llevaba. Yo no sé quién sea el otro hombre que entró en el coche, pero juro que no fue Brian.

—¿Y usted va á buscar esa carta?

—Sí, en el apartamento de Brian.

—El pudo haberla quemado.

—El pudo haber hecho mil cosas que no hizo, contestó ella. Brian es el hombre más descuidado del mundo; el pondría la carta en su bolsillo, ó la arrojaría á la cesta de papeles inútiles y no volvió á acordarse de ella.

—En este caso sí lo hizo, sin embargo.

—Sí, él se acordó de la conversación que tuvo con el de la carta, pero no de ésta. Confíe usted, nosotros la encontraremos en su escritorio ó en uno de los bolsillos del vestido que llevaba esa noche.

—Pero hay otra cosa, dijo Colton pensativamente. El pudo haber recibido la carta en el trayecto de la estación del ferrocarril y el club.

—Pronto descubriremos eso, contestó Madge; porque Mr. Rolleston estaba con él entonces.

Sí; contestó Colton y aquí viene Rolleston, bajando la calle. Le preguntaremos ahora.

El coche estaba pasando frente al monumento de Burke y Wills y el rápido ojo de Colton había cogido la silueta de Rolleston que venía calle abajo por el lado izquierdo. Lo que primero atrajo la atención de Colton fue la brillante apariencia de Félix. Su bien cepillado sombrero alto brillaba, sus botas barnizadas brillaban, y su anillo de diamante y prendedor de corbata brillaban; en verdad era tan resplandeciente su apariencia, que parecía un diamante animado, caminando bajo los rayos del brillante sol. El coche se dirigió á la curva y Rolleston se paró, pues Calton había saltado del coche y estaba enfrente de él. Madge permaneció en su puesto y se cubrió con el velo, no queriendo que Félix la reconociera por temor de que se supiera esto en toda la ciudad.

—Oh! mi viejo amigo, dijo Rolleston sorprendido, ¿de donde sale usted?

—Del coche naturalmente, respondió Colton riéndose.

—Una especie de *Deus ex machina*, replicó Rolleston intentando un mal juego de palabras.

—Exactamente, dijo Colton, diga usted Rolleston: usted recuerda si la noche del asesinato de Whyte, ¿usted encontró á Fitzgerald en la estación del ferrocarril?

—En el tren, corrigió Rolleston.

—Bien no importa, usted subió con él al club.

—Sí, y allí le dejé

—¿No vio usted si él recibió alguna carta mientras estaba con usted?

—¿Una carta? repitió Félix. Nó, no recibió; estuvimos conversando juntos todo el tiempo y no habló con nadie más.

—¿Estaba él contento?

—Sí, mucho, me hizo reír horriblemente. ¿Pero porqué toda esta averiguación?

—Oh! por nada, contestó Colton, volviendo al coche. Necesitaba los pequeños informes que usted me ha dado; la próxima vez que nos veamos le explicaré todo, Adiós.

—Oiga usted, comenzó Félix; pero el carruaje ya se marchaba y Mr. Rolleston siguió disgustado.

—Nunca he visto nada igual á estos abogados, se dijo. Colton es un perfecto remolino, por Júpiter!

Entre tanto Colton conversaba con Madge.

—Usted tiene razón dijo, debía haber una carta para Brian en el club, pues él no recibió ninguna después que salió de su casa.

—¿Y qué haremos ahora? preguntó Madge, quien habiendo oído la conversación, no molestó al abogado con preguntas acerca de ella.

—Averiguar en el club si hubo alguna carta para él aquella noche, dijo Colton cuando el carruaje se detuvo en la puerta de Melbourne Club. Hemos llegado, dijo precipitadamente á Madge, y entró al club.

Se dirigió á la oficina y preguntó si había habido algunas cartas para Fitzgerald, encontró allí un viviente á quien conocía de antemano.

—Oiga Brown, dijo el abogado, ¿usted recuerda si el jueves en la noche, que tuvo lugar el asesinato del coche, había aquí alguna carta para Mr. Fitzgerald?

—Bien, realmente señor, vaciló Brown, hace tánto tiempo eso, que no me acuerdo.

Colton le dio un soberano.

—Oh! no es por eso Mr. Colton, dijo el sirviente, echándose no obstante la moneda al bolsillo. Pero realmente no me acuerdo.

—Trate de recordar, dijo Colton.

Brown hizo un poderoso esfuerzo de memoria y al fin dio una respuesta satisfactoria.

—No señor, no había ninguna carta.

¿Está usted seguro? dijo Colton, sintiendo el estremecimiento de la contrariedad.

—Completamente seguro, señor, replicó el otro confidencialmente, yo fuí al estante de las cartas varias veces aquella noche y estoy seguro de que no había ninguna para Mr. Fitzgerald.

—Yo pienso lo mismo, dijo Colton suspirando.

—Aguarde usted! dijo Brown como herido por una repentina idea. Aunque no había ninguna carta venida por el correo, sí había una que le trajeron aquella noche.

—Oh! dijo Colton volviéndose rápidamente. ¿A qué hora?

—Antes de las doce, señor.

—¿Quién la trajo?

—Una joven, señor, dijo Brown en tono de disgusto. Una muchacha muy audaz, pidiendo perdón á usted por la palabra señor; y algo que no era mejor de lo que podía ser ella, pasó la puerta muy altiva y diciendo: ¿"Está aquí él?" Salga usted le dije, ó llamo la policía. Oh! nó, no la llame usted dijo, entréguele esto, y me mostró una carta. ¿Quién es él? le pregunté. No sé, contestó. El sobre lo dice y yo no se leer; entréguesela inmediatamente. Y salió antes de que yo pudiera detenerla.

—¿Y la carta era para Mr. Fitzgerald?

—Sí señor; y una carta bien sucia por cierto.

—¿Usted se la entregó, naturalmente?

—Sí señor; estaba jugando naipe, vió el sobre y luégo la puso en el bolsillo.

—¿No la abrió?

—No entonces, señor, pero sí lo hizo, poco más ó menos á la una menos cuarto. Yo estaba presente cuando la abrió y la leyó; hecho esto, dijo: maldita impertinencia, y la guardó.

—¿Estaba molesto?

—Sí señor, estaba colérico, se puso el sobretodo y el sombrero y salió cuando faltaban cinco minutos para la una.

—Ah! y encontró á Whyte á la una, murmuró Colton. No hay la menor duda. La carta era citándole, y él salió á cumplir con la cita. ¿Qué especie de carta era? preguntó.

—Muy sucia, señor, la cubierta era cuadrada, el papel era bueno, lo mismo que la letra.

—Es suficiente, dijo Colton; le agradezco mucho, y bajó precipitadamente á unirse con Madge, quien lo esperaba en coche.

—Tenía usted razón, le dijo, cuando el coche se movió. El recibió una carta aquella noche, é iba á una cita, cuando encontró á Whyte.

—Yo lo sabía, dijo Madge con alegría. Encontraremos la carta en su apartamento.

—Así lo espero, contestó Colton, pero no debemos confiar demasiado; él pudo haberla destruido.

—Nó, con seguridad, nó, replicó ella. Estoy convencida que está allí.

—Bien, respondió Colton mirándola; no contradigo á usted, pues su instinto femenino ha hecho más para descubrir la verdad, que todos mis razonamientos; en donde un hombre vacila, las mujeres proceden con intrepidez, y en nueve de diez veces salen bien.

—La décima debe ser la excepción para probar la regla, dijo Miss Frettlby.

Madge había recobrado su alegría y confiaba en salvar á su amante; pero Mr. Colton veía que sus nervios estaban demasiado tirantes, y que sólo su gran fuerza de voluntad no la dejaba caer en la desesperación.

—Es una muchacha de gran resolución, murmuró Colton con admiración, y Fitzgerald es muy feliz, teniendo quien lo ame tánto.

Pronto llegaron al apartamento de Brian; les abrió la puerta Mrs. Sampson, quien estaba muy desconsolada. El pobre grillo se censuraba severamente por los informes que había dado al falso agente de seguros, y los arroyos de lágrimas que había derramado, aparentemente habían obrado sobre su condición física, pues aunque su voz siempre era algo aflautada, había perdido mucho de su semejanza con los chillidos del grillo.

—Que me hubiera acontecido semejante cosa con él, decía con su delgada voz; con él de quien estaba yo tan orgullosa, no teniendo familia propia, excepto uno que murió y se fue tras de su padre al cielo, donde espero sean ambos ángeles,‖ y su natural no se había desarrollado en este valle de las sombras, para determinar sus sentimientos hacia su padre cuando murio, pues se lo llevó un resfrío causado por el cambio del calor al frío, siendo el tiempo lo último.

Habiendo llegado intertanto á la sala de Brian, Madge se sentó en una silla, mientras Colton ansioso por principiar la busca de la carta, suplicó á Mrs. Sampson que saliera.

—Me voy, señor,dijo el grillo moviendo tristemente la cabeza cuando abría la puerta; sabiendo que él es tan inocente como un niño recién nacido, y pensar que yo le dije á ese horrible personaje que no tuvo miramientos por la verdad, todo lo concerniente á él, que está ahora en esa celda fría, no tanto ahora que está el tiempo caluroso y no necesita fuego con tal que le dejen sus cobijas.

—¿Qué le dijo usted? preguntó Colton.

—¡Ah! usted puede decir, dijo lamentándose Mrs. Sampson.

Y haciendo una bola de su sucio pañuelo que pasaba por sus ojos ribeteados de rojo, que tenían un aspecto bacanálico producido en ella, la pobrecita, no por el licor sino por el pesar.

—Que habiendo sido engañada por ese serpiente de vestido claro, que quería saber si Mr. Brian venía á la casa antes de las doce, yo le dije que esa era su costumbre, aunque algunas veces, para ser verídica, venía después.

—La noche del asesinato, por ejemplo.

—¡Oh! no diga usted eso, dijo Mrs. Sampson con un chillido de terror: yo soy muy débil, á pesar de ser de una familia fuerte, que siempre alcanzó una larga vida, debido al uso de franelas, que el padre de mi madre pensaba era mejor que llenarse el estómago con química.

—Astuto hombre ese detective, dijo para sí Mr. Colton; él sacó de ella, con estrategia, lo que nunca hubiera conseguido por la fuerza. Es esta una fuerte prueba en contra de Fitzgerald, pero no importa si él puede comprobar la coartada. Probablemente usted será llamada como testigo, dijo en alta voz.

—¡Yo! ¡señor! exclamó Mrs. Sampson temblando con violencia, y produciendo, por lo tanto, un murmurio como el del viento en los árboles. Como yo nunca he estado en la Corte de justicia, excepto una vez que me llevó mi padre para que oyera un caso de asesinato que, no puedo negarlo, era tan bueno como una comedia, y que lo ahorcaron por haberle pegado á su mujer con el atizador en la cabeza, á traición, y haberla enterrado en el jardín, sin una loza que indicara el lugar, y sin una línea de los salmos, como remuneración de sus virtudes.

—Bien, bien, dijo Colton impaciente ya, abriendo la puerta para que saliera; déjenos por un momento; Miss Frettlby y yo necesitamos descansar; cuando nos vayamos, la llamaremos.

—Gracias, señor, dijo la lacrimosa señora; yo espero que no lo ahorquen, que es un modo tan chocante de morir; pero en la vida estamos en la muerte, prosiguió incoherentemente, como es muy bien sabido por los enfermos que pueden ser cadáveres cada minuto, y como....

Aquí, Colton incapaz de contener su impaciencia más largo tiempo, cerró la puerta, y oyeron la voz aguda de Mrs. Sampson, y sus continuos chillidos ahogarse en la distancia.

—Ahora, dijo Colton, que nos hemos desembarazado de esa mujer y su lengua, ¿por dónde comenzamos?

—Por el escritorio, dijo Madge; me parece el lugar más á propósito.

—No lo pienso así, dijo él, si como usted dice, Fitzgerald es poco cuidadoso, no se habrá tomado el trabajo de ponerla allí; sin embargo, busquemos.

El escritorio estaba muy desarreglado (lo mismo que Brian, como observaba Madge), lleno de cuentas cubiertas unas y otras no; cartas viejas, boletas de teatro, programas de bailes y algunas flores marchitas.

—Recuerdos de sus primeros coqueteos, dijo Colton señalándolas y riéndose.

—No lo extraño, dijo Madge con frialdad; Brian siempre estuvo enamorado de una y otra, pero usted sabe lo que dice Lytton. «Hay muchas ficciones, pero sólo un Eros;» así, yo puedo dar al olvido esas cosas.

La carta, sin embargo, no pareció ni en el escritorio ni en la sala, y buscaron en el dormitorio sin mejor resultado; Madge desesperada, estaba á punto de abandonar la tarea, cuando el ojo de Colton cayó sobre la cesta de papeles inútiles, la que, por alguna razón inexplicable, habían dejado olvidada en su minucioso registro.

La cesta estaba casi llena, y al verla el abogado, tuvo un repentino pensamiento. Tocó la campana, é inmediatamente se presentó Mrs. Sampson.

—¿Cuánto tiempo ha estado la cesta en este estado? preguntó Colton señalándola.

—Es la única falta que le he encontrado, dijo Mrs. Sampson, que es tan desordenado que nunca me deja *sacar*, sin mandármelo personalmente. El me dice que no la toque, pues echa papeles allí que necesita ver de nuevo. Yo no la he tocado por más de seis semanas. Espero que usted no me creerá mala ama, siendo esto por su propio deseo, siendo am... de leer, y....

—Seis semanas, repitió Colton mirando á Madge, y él recibió la carta hace apenas cuatro; confíe usted, aquí la hallaremos.

Madge dió un grito, se puso de rodillas y desocupó la cesta en el suelo, y ella y Colton pronto estuvieron ocupados revolviendo fragmentos de papel como si ellos fuesen traperos.

—Espero que no estén locos, dijo Mrs. Sampson dirigiéndose á la puerta, pero así parece, estando....

De pronto Madge lanzó una exclamación al sacar de la masa de papeles una carta medio quemada, escrita en grueso papel color de crema.

—Al fin, dijo levantándose y limpiándola: yo sabía que no la había destruído.

—Pero por poco lo hace, observó Colton pasando rápidamente la vista por la carta: es casi inútil como está, pues no hay ningún nombre en ella.

El la llevó á la ventana y la extendió. Estaba sucia y medio quemada, pero sin embargo era un hilo en el asunto.

—Temo que no adelantemos mucho con esto, dijo Madge con tristeza. Se comprende que tenía una cita, ¿pero dónde?

Colton no respondió; con la cabeza apoyada en la mano, miraba fijamente el papel. Al fin saltó dando un grito:

—La he encontrado, dijo con excitación. Mire usted el papel; es blanco-crema, y encima mire usted la marca, en un extremo. «Ot. Villa Toorak.»

—¿Entonces él bajó hasta Toorak?

—Y volver en una hora, ¡imposible!

—¿Entonces no fué escrita en Toorak?

—No; la escribieron en un arrabal de Melbourne.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Recuerde la mujer que la llevó al club, según dijo el sirviente, continuó Colton rápidamente; una miserable mujer que debía venir más bien de los arrabales que de Toorak. Con respecto al papel, hace tres meses hubo un robo en Toorak, y este es del que robaron los ladrones.

Madge nada dijo, pero el brillo de sus ojos y el temblor de sus manos descubrían su excitación.

—Veré un detective esta tarde, dijo Colton con entusiasmo, que descubra de dónde vino esta carta, y vaya y vea quién la escribió. Lo salvaremos, dijo colocando en su bolsillo cuidadosamente la preciosa carta.

—¿Y usted cree que se pueda encontrar la mujer que escribió la carta?

—¡Bah! dijo el abogado pensativamente, ella puede haberse muerto, pues en la carta dice que estaba moribunda; sin embargo, si puedo encontrar la mujer que llevó la carta al club, y que esperó á Fitzgerald en la esquina de Burke, y Russell Street, será suficiente. Todo lo que yo necesito probar es que Brian no estuvo en el coche con Whyte.

—¿Y usted cree que puede hacerlo?

—Todo depende de esta carta, dijo Colton enigmáticamente, golpeando su cartera con el dedo. Mañana le diré á usted.

Poco después salieron, y cuando Colton puso á Madge en el tren de St. Kilda, ésta sintió su corazón tan tranquilo como no había estado desde el arresto de Brian.

CAPITULO XIX

Otro Richmonden el campo

Frecuentemente se dice que las cosas semejantes se atreen y el antítesis de esto probablemente es que lo de semejante se mantiene tan apartado de lo desemejante hasta dónde es posible. Sin embargo, algunas veces el hado que parece tiene un malévolo placer en mortificar á la humanidad, junta lo desigual y entonces el resultado es un eterno conflicto entre elementos opuestos. Mr. Gorby era un detective muy inteligente y la iba bien con todo el mundo exceptuando á Kilsip. Este era igualmente inteligente en su modo de ser y era el favorito de todos, menos de Gorby. El uno era fuego y el otro agua, así es que cuando se juntaban era seguro el conflicto. Kilsip en su apariencia exterior era completamente diferente de Gorby

siendo alto y delgado mientras que el otro era pequeño y grueso; Kilsip era moreno y vivaracho; Gorby nó, su cara tenía una mirada de complacencia y satisfacción que nadie esperaba encontrar en la fisonomía de un hombre que se reputaba como un experto detective, pero esa sonrisa de Gorby era su mejor ayuda porque la gente está más pronta para decir á un hombre bondadoso, y aparentemente sencillo como él, todo lo que sepa más bien que á un astuto individuo como Kilsip, cuyos oídos y ojos parecían que siempre estaban alerta. El corazón de todos seguía la dulce sonrisa é insinuante modo de Gorby, pero cuando Kilsip aparecía, cada uno se encerraba como una ostra, ó se retiraba con prontitud en su concha como un caracol alarmado. El rostro no siempre es el reflejo de la mente, no obstante lo que se dice, y el discípulo de Lavater no acierta invariablemente en la lectura de los caracteres por medio de las facciones.

La única cosa notable en la apariencia de Mr. Gorby eran sus pequeños y perspicaces ojos gri es que él no sabía manejar bien, pues una mirada de ellos alarmaba á cualquier (persona confiada á quien hubiera engañado con su sonrisa complaciente y sus suaves maneras. Kilsip al contrario, tenía una de esas caras de gavilán que siempre parecen estar acechando la presa, con brillantes ojos negros, corva nariz, boca pequeña de labios delgados, pálido y su cabello negro como el azabache; de suerte que con su figura alta y delgada y sus movimientos de culebra no era una persona agradable á la vista. Poseía también en gran cantidad la astucia de la serpiente, y mientras él conducía sus operaciones en secreto, tenía éxito, pero cuando aparecía en la escena personalmente sus extrañas miradas parecían advertir á la gente que no fueran comunicativos.

Así, en fin, aunque Kilsip era el más inteligente de los dos, Gorby debido á sus ventajas físicas era (más afortunado. Cada uno tenía quienes lo siguieran y admiraran pero se detestaban cordialmente, y rara vez se, encontraban sin que hubiera querella. Por lo tanto cuando Gorby tuvo en sus manos el caso del asesinato en el coche, el alma de Kilsip se estremeció con envidia y cuando Fila-

gerald fue arrestado y toda la evidencia reunida por Gorby parecía señalar terminantemente su culpabilidad. Kilsip se retorcía en secreto por el triunfo de su enemigo y aunque él se hubiera alegrado mucho sólo con que se dijera que Gorby había cogido un falso asesino, la evidencia era tan conclusiva que tal pensamiento no había entrado en su mente, hasta que recibió una carta de Mr. Colton, suplicándole fuera á su ofina á las ocho de la noche para hablar algo relativo al asesinato del coche. Kilsip sabía que Colton era el defensor del prisionero é instantáneamente comprendió que se había descubierto un hilo con el cual se podía probar la inocencia del acusado y que á él se le necesitaba para seguirlo. Poseído de esta idea determinó consagrarse en cuerpo y alma á cualquier cosa que Colton quisiera que él hiciese, y si llegaba á probar que Gorby estaba errado, cuán grande sería su triunfo. Estaba tan agradado con tal posibilidad, que encontrando accidentalmente á su rival lo invitó á tomar un trago. Como tal cosa no había sucedido antes, Gorby sospechó de tan repentina afabilidad, pero como se consideraba tanto mental como físicamente superior á Kilsip, aceptó su invitación.

—Ah! dijo Kilsip en su dulce voz, frotándose sus flacas y blancas manos, cuando estuvieron sentados para tomar su trago; usted ha sido un hombre muy feliz por haber cogido tan pronto el asesino del coche.

—Sí; me jacto de haber manejado el asunto bien, dijo Gorby encendiendo su pipa; yo no tenía idea de que fuera tan sencillo, aunque entienda usted, me costó un grande esfuerzo mental antes de ponerme en la verdadera pista.

—Supongo que usted está casi seguro que él es el hombre que usted necesitaba, continuó Kilsip con suavidad y con un brillante destello de sus ojos negros.

—Casi seguro, en verdad, replicó Mr. Gorby con desdén. No hay casi seguro acerca de eso. Yo juraría por la Biblia que ese es el hombre. El y Whyte se aborrecían; en una ocasión, dijo á éste: "yo lo mataré á usted aun cuando tenga que hacerlo en plena calle." Encuentra á Whyte borracho, hecho que él reconoce, se aleja y el cochero jura que volvió, entra al coche con un hombre vivo y cuando sale deja un muerto; se dirije á East Melbourne y en-

tra á su casa á una hora que su casera puede probar que era justamente el tiempo que un coche necesita para ir desde Grammar School, en el camino de St. Kilda. Si usted no es un loco Kilsip, usted debe ver que no duda alguno.

—Todo está muy bien, dijo Kilsip, quien se sorprendía pensando qué evidencia podía haber encontrado Colton para contradecir hechos tan claros. ¿Cuál será su defensa?

—Mr. Colton es el único que lo sabe, respondió Gorby, concluyendo su trago; pero inteligente y todo como lo es, nada puede poner en contra de mis pruebas.

—No esté usted tan seguro, respondió con burla Kilsip, cuya alma estaba devorada por la envidia.

—Oh! sí estoy seguro, replicó Gorby poniéndose tan rojo como un pavo, por la burla. Usted está celoso porque no ha metido mano en el papel.

—Ah! pero puedo meterla todavía.

—¡Ah! ¿yendo á la caza usted mismo? dijo Gorby dando un resoplido de indignación. A la caza de qué, ¿de un hombre que ya está cogido?

—Yo no creo que usted tenga al verdadero criminal, dijo Kilsip con duda.

Mr. Gorby lo miró con una sonrisa de lástima.

—No, naturalmente usted no lo cree porque fui yo quien lo cogió; ¿quizá cuando le vea usted ahorcado, sí lo creerá?

—Usted es muy vivo, replicó Kilsip, pero no es usted el Papa, para ser infalible.

—¿Y en qué se funda usted para decir que no es el verdadero criminal? preguntó Gorby.

Kilsip se sonrió y anduvo por el cuarto, con la suavidad del gato.

Yo no voy á decir á usted todo lo que *sé*, pero sepa usted que no es tan preciso, ni tan inteligente como piensa, dijo, y con otra irritante sonrisa salió del cuarto.

Mr. Gorby se levantó sorprendido con indignación. Lo cierto es que Kilsip creía que Fitzgerald sí era el verdadero criminal, pero habiendo concebido una duda por

la carta de Colton, pensó que disgustaría á Gorby con sus insinuaciones, aunque él nada sabía que pudiera justificarlas.

—Es una culebra y un gato, se dijo Gorby cuando la puerta se cerró tras de su hermano detective; pero esto es apenas una jactancia; no hay un solo eslabón que falte en la cadena de pruebas contra Fitzgerald; así, le desafío á que haga lo que quiera.

A las ocho de aquella noche, el detective de suaves pisadas y dulce voz, se presentó en la oficina de Mr. Colton, quien le esperaba con impaciencia. Kilsip cerró la puerta, y sentándose en frente á Colton, esperó que hablara. El abogado, sin embargo, primero le ofreció un cigarro, y luego sacó de un misterioso escondite una botella de vino y dos vasos, llenó uno y lo pasó al detective. Kilsip aceptó estas pequeñas atenciones con la mayor gravedad, las que produjeron algún efecto en él, como pudo notarlo el perspicaz abogado.

Colton era un gran creyente en la diplomacia, y nunca perdía oportunidad de usarla con los jóvenes nuevos en la carrera de la vida.

La diplomacia, dijo Colton en cierta ocasión á un joven aspirante á los honores de la abogacía, «es el aceite que arrojamos á las turbulentas aguas de la vida social, política y profesional; y si usted puede con un ligero tacto manejar la humanidad, está usted seguro de avanzar en este mundo.»

Colton llevaba á la práctica lo que predicaba, y sabiendo que Kilsip tenía una naturaleza felina que estimaba en mucho, y gozaba con los agasajos que se le prodigaban, le hizo estas pequeñas atenciones que él bien sabía comprometían al detective á que hiciera todo lo que en su poder estuviera para ayudarle.

Colton también sabía la repulsión que Kilsip sentía por Gorby, y calculaba atraérsela con un hábil manejo, inteligente como era, y como lo demostraron los acontecimientos posteriores.

Estando, pues, en placentero estado mental, y decidido á utilizar la energía de Kilsip, en la obra de que quería hacerlo partícipe, Colton empezó la conversación.

—Supongo, dijo recostándose en su silla y observando las coronas de humo azul que se desprendían de su cigarro, supongo que sabrá usted todo lo relativo al asesinato del coche.

—Pienso que sí, dijo Kilsip con curiosidad en sus ojos. Gorby no hace más que charlar de eso, jactándose de su viveza para coger al supuesto asesino!

—¡Ah! dijo Colton inclinándose hacia adelante y poniendo los brazos sobre la mesa. El presente asesino ¿eh? ¿Quiere usted decir que no ha sido condenado por un jurado, que cree usted que Fitzgerald es inocente?

Kilsip miró al abogado un momento con algo de vaguedad en su mirada, y frotándose con lentitud las manos.

—Bien, dijo al fin con firmeza; antes de recibir su carta, yo estaba convencido que Gorby había cogido al verdadero criminal, pero cuando supe que usted me necesitaba y era el defensor del preso, comprendí que usted había encontrado algo favorable para él, y que usted quería que yo me hiciera cargo de averiguarlo.

—¡Exacto! dijo Colton.

—Y como Mr. Fitzgeral dijo que él había encontrado y Whyte en la esquina y había llamado el coche, siguió el detective.

—¿Cómo sabe usted eso? interrumpió Colton.

—Gorby me lo dijo.

—¿Cómo diablos lo descubriría? dijo el abogado con sorpresa.

—Porque Gorby está siempre acechando y espiando, dijo Kilsip, olvidando que espiar y acechar hacen parte de la ocupación de un detective. Pero de todos modos, continuó con viveza, si Mr. Fitzgerald dejó á Whyte, la única probabilidad que tiene de salvarse es comprobar que no volvió, desmintiendo lo aseverado por el cochero.

—Entonces usted piensa que Fitzgerald probará una coartada, dijo Colton.

—Bien, señor, dijo Kilsip con modestia; naturalmente usted sabe más del caso que yo, pero es la única defensa que veo que él puede hacer.

—Bien: él no intenta establecer esa defensa.

—Entonces debe de ser criminal, dijo Kilsip.

—Nó, necesariamente, replicó el abogado.

—Pero si él quiere salvar el pescuezo, tiene que comprobar la coartada, persistió Kilsip.

—Justamente, esa es la gran cuestión, dijo Colton. El no quiere salvar su cabeza.

—Kilsip, miró sorprendido, probó su vino, y esperó oír lo que Mr. Colton dijera con respecto á eso.

—El hecho es, dijo Colton encendiendo otro cigarro, que él tiene en su cabeza la peregrina idea de guardar el secreto de donde estuvo aquella noche.

—Comprendo, dijo Kilsip, moviendo gravemente la cabeza. ¿Mujeres?

—Nada de eso, dijo Colton con precipitación: al principio yo también pensé fuera ese el motivo, pero estaba equivocado; él fue esa noche á ver á una moribunda mujer, quien lo necesitaba para decirle alguna cosa.

—¿Acerca de qué?

—Eso es lo que no puedo decir á usted, contestó Colton con prontitud. Debe de haber sido algo importante, porque ella lo mandó buscar con urgencia, y él estuvo al lado de su cama, entre la una y las dos de la mañana del viernes.

—¿Entonces él no volvió al coche?

—Nó, no volvió, se fue á su cita; pero por cualquier razón se obstina en no querer decir donde fue esa cita. Yo estuve en su apartamento hoy, y allí encontré esta carta medio quemada, en la que se le llama.

Colton extendió la carta á Kilsip, quien la puso sobre la mesa y la examinó cuidadosamente.

—¿Fué escrita el jueves? dijo el detective.

—Naturalmen... usted puede ver la fecha; y Whyte fue asesinado el viernes 27.

—Fue escrita en Villa Toorak, continuó el detective examinando el papel. ¡Oh! ya comprendo; él fue hasta allí.

—Nó, replicó Colton en tono sarcástico. El no pudo haber ido allá, tener una entrevista y volver á Melbourne en una hora. El cochero Royston puede probar que estuvo Fitzgeral en Russell Street á la una de la mañana; y la señora de su casa, que entró á su apartamento en East

Melbourne á las dos de la mañana. No, él no estuvo en Toorak.

—¿Cuando le entregaron esta carta?

—Poco antes de las doce, en el Melbourne Club se la entregó una joven, quien á juzgar por lo que dice el sirviente, aparece ser de mala reputación. Vea usted la carta; dice que la portadora lo esperará en Bourke Steet, y como se menciona otra carta, y como Fitzgerald después de dejar á Whyte bajó por Russell Street para ir á su cita, la más lógica conclusión es que la portadora de la carta lo esperó en la esquina de Bourke y Russell Street. Ahora, prosiguió el abogado, necesito saber quién es la muchacha que llevó la carta.

—¿Pero cómo?

—¡Dios me bendiga, Kilsip! ¡Qué estúpido es usted! gritó Colton, venciendo su irritación á su diplomacia. No comprende usted; este papel vino de uno de los arrabales y por lo tanto debió haber sido robado.

Una luz repentina brilló en los ojos de Kilsip.

—Talbot. Villa Toorak, gritó cogiendo otra vez la carta, examinándola con gran atención. Allí fue donde tuvo lugar el robo.

—Exactamente, dijo Colton sonriéndose con complacencia. Ahora usted comprende lo que yo quiero, usted debe llevarme á la casita del arrabal en donde ocultaron los artículos robados de la casa de Toorak. Este papel, dijo señalándo la carta, es parte de lo robado, y debe haberlo usado alguien allí. Brian Fitzgerald siguió la dirección que le daban en la carta, y estaba allí á tiempo que se cometía el asesinato.

—Comprendo, dijo Kilsip satisfecho. Había cuatro hombres comprometidos en ese robo, y ocultaron los objetos en la casita de la Madre Guttersnipe, en un estrecho callejón en "Little Brourke Street" pero créame usted, un elegante como Mr. Fitzgerald en traje de visita, no podía haber ido allí á menos que....

—El tuviera alguien que lo acompañara, bien conocido en la localidad, concluyó Colton con rapidez. Exacta-

mente, la mujer que entregó la carta en el club, le guiaba. Juzgando por la descripción del sirviente pienso que ella era muy conocida en los arrabales.

—Bien, dijo Kilsip, levantándose y mirando el reloj, son las nueve, así si usted quiere iremos á la morada de la vieja moribunda ahora mismo, dijo como herido por un repentino pensamiento; allí murió hace cuatro semanas una mujer.

—¿Quién era ella? preguntó Colton, quien estaba poniéndose el sobretodo.

—Una parienta de la Madre Guttersnipe, yo creo, contestó Kilsip cuando salieron; yo no sé exactamente quien era, la llamaban la "Reina" y debió ser una preciosa mujer, llegó de Sydney hace tres meses, y por lo que supe no hacía mucho que había venido de Inglaterra; murió de consución el jueves por la noche antes del asesinato.

—Entonces ella debió ser la mujer que escribió la carta.

—Sin duda, replicó Kilsip; pero si Fitzgerald estuvo allí aquella noche, nosotros podíamos conseguir muchos testigos para probar una coartada. Estoy seguro de dos por lo menos, Madre Guttersnipe y su nieto Sald.

Pero Mr. Colton no escuchaba, cuando caminaba al lado de su compañero, pensaba:

¿Qué pudo una mujer que acababa de llegar de Inglaterra y que vivía en un arrabal de Melbourne, qué pudo decir á Fitzgerald, con respecto á Madge Frettlby?

CAPITULO XV

Una mujer del pueblo

Bourke Street siempre está más lleno de gente que Collins Street, especialmente por la noche. Los teatros están allí, y como es natural hay invariablemente una gran multitud reunida bajo las luces eléctricas. La gente de

la primera sociedad no sale después de que se obscurezca á pasear á pie por las calles, pues prefiere hacerlo en carruaje, por lo tanto Bourk Street por la noche es con poca diferencia lo mismo que Collins Street durante el día. La inquieta multitud que se oprime y empuja á lo largo de los pavimentos es desaseada en lo general, pero el desaseo se disminuye en muchos lugares por la presencia de señoras de *demi monde*, quienes se pavonean con sus vistosos trajes de brillantes colores; estos pájaros de hermoso plumaje y mal agüero se reúnen en las esquinas de las calles á conversar en alta voz con sus conocidos del otro sexo, hasta que algún policía les ordena que se muevan, lo que hacen después de un rato de charla innecesaria.

Al rededor de las puertas de los hoteles un gran número de individuos desarrapados y miserables se juntan, y recostados contra las paredes, critican á la multitud y esperan allí hasta que alguno de sus amigos los invita á tomar un trago, invitación que ellos aceptan con desenfadada alegría. Más lejos aun, una aglomeración de hombres con apariencia de caballeros, están parados debajo del corredor de la Opera, entre quienes no se oye más que conversación acerca de los tragos y apuestas ofrecidas y aceptadas sobre los escándalos del día. Aquí y allí unos cuantos árabes con vestidos desgarrados, venden fósforos y periódicos, y recostada sobre el poste del colgadizo, dándole de lleno la luz eléctrica, se ve una marchita y harapienta mujer, con un brazo comprimiendo un niño á su pecho, y en la otra mano un monton de periódicos que ella pregona con áspera voz: «¡*Herald*, tercera edición, un penique!» hasta que el oído se cansa de tan monótono grito. Los coches rodando incesantemente á lo largo de la calle; aquí un rápido Hanson con un veloz caballo conduciendo unos jóvenes elegantes; allí un vehículo negro tirado por un cuadrúpedo cojo que se mueve ciegamente calle abajo. Alternando con estos carruajes, otros se deslizan á lo largo con sus bien manejados caballos, y hasta donde alcanza la vista se divisan dentro blancos vestidos y el brillo de diamantes. Más lejos y hacia arriba, en la orilla del pavimento, una banda compuesta de tres violines y una arpa, está estacionada tocando un valse ale-

más á un numeroso auditorio que oye con atención. Si hay algo que la gente de Melbourne ame más que todo, es la música; su pasión por ella solamente la iguala su admiración por las carreras de caballos; cualquiera banda de calle que toque con algún gusto puede estar segura de tener numerosos oyentes y una buena remuneración.

Algún escritor ha comparado á Melbourne con Glasgow, si ésta tuviera el cielo de Alejandría; y ciertamente, el delicioso clima de Australia tan italiano en su esplendor, debe producir un gran efecto en la naturaleza de una raza tan adaptable como la anglo-sajona.

A despecho del infeliz pronóstico de Marcos Clach con respecto al futuro australiano á quien describe como un hombre alto, áspero, de boca grande, hambriento, emprendedor y de talento; notable sólo en natación y equitación; decimos más bien que es un individuo cultivado é indolente, con un intenso aprecio por las artes y las ciencias, y enemigo del trabajo fuerte y de los principios utilitaristas.

La influencia del clima debe tenerse en cuenta con respecto al futuro australiano, y nuestra posteridad no se diferenciará más de nosotros que lo que los voluptuosos venecianos se diferencian de sus audaces antepasados, que salieron los primeros para edificar en las lejanas y arenosas islas del Adriático.

A esta conclusión llegó Mr. Colton cuando él seguía á su guía al través de las calles colmadas de gente, y veía con qué profundo interés la multitud escuchaba los místicos acordes de Strauss y las chispeantes melodías de Offenbach. La calle brillantemente iluminada, recibiendo el inagotable arroyo de gente que por donde quiera afluía hacia ella; los agudos gritos de los árabes, el ruido de los vehículos, los acordes de la música, todo componía una escena que le deleitaba, y podía haber pasado allí toda la noche, errando y observando la miríada de faces de la humanidad que constantemente pasaba por delante de sus ojos.

Pero su guía á quien la familiaridad con la clase proletaria había llegado hasta la indiferencia, le impelía hacia Little Bourke Street, en donde la estrechez de la

calle, los altos edificios á cada lado, la escasa luz de las lámparas de gas diseminadas, y los pocos individuos harapientos que holgazaneaban en ella, formaban un violento contraste con la alegre y bulliciosa escena que acababan de dejar.

Saliendo de Little Bourke Street, siguieron bajando un estrecho pasaje que parecía un horno por el gran calor de la noche; pero Colton, mirando hacia arriba, divisó un espacio de cielo azul lleno de rutilantes estrellas, que le produjo una agradable sensación de frescura.

—Manténgase usted muy cerca de mí, dijo Kilsip apretando el brazo del abogado; podemos encontrar por aquí algunos malos parroquianos.

Mr. Colton, sin embargo, no necesitaba la advertencia, porque el barrio que atravesaban era muy semejante al de los Siete Relojes de Londres, y estaba tan estrechamente unido al costado de su guía, como Dante al de Virgilio, en las regiones infernales.

No estaba completamente obscuro, porque la atmósfera tenía ese luminoso límite que se observa en los crepúsculos de Australia, y esa escasa luz era suficiente para disipar algo la obscuridad.

Kilsip y el abogado caminaban por el medio de la calle para estar seguros de que nadie pudiera de improviso caer sobre ellos, y encontraban á menudo de uno y otro lado de la calle, ya un hombre oculto en la sombra, ya una mujer con los cabellos en desorden y el pecho desnudo, recostada en una ventana tratando de aspirar una ráfaga de aire fresco.

También había algunos muchachos jugando en las goteras secas, y sus agudas exclamaciones despertaban extraños ecos en la oscuridad, que se mezclaban con el canto licencioso de un hombre que perezosamente se movía sobre las ásperas piedras.

De cuando en cuando se presentaba un cordón de chinos de agradable aspecto, vestidos con blusas azules de apagado color, charlando confusamente como una bandada de loros, ó moviéndose en silencio avenida abajo, con estólida apatía oriental en sus rostros amarillos.

Aquí y allí salía un arroyo de cálida luz de una puerta abierta, y adentro se veía á los mongólicos, al rededor de las mesas de juego jugando fantan, ó dejando las seducciones de su favorito pasatiempo y deslizarse con suaves pisadas en alguna de las muchas tiendas de comestibles, en donde las provocativas gallinas y pavos ya cocidos esperaban compradores. Kilsip, volviendo á la izquierda, condujo al abogado á otro pasaje aún más estrecho en donde la oscuridad y aspecto sombrío hicieron temblar al abogado, maravillado de que seres humanos pudieran vivir allí.

—Esto es lo mismo que pasear en el valle de las sombras de la muerte, se dijo Colton cuando tropezaron con una mujer que estaba agachada en una esquina, y quien los miró con malévolo disgusto en su blanca cara.

En fin, todo era semejante á la descripción de Bunyan en su famosa alegoría; la semi-oscuridad, las errantes luces, las sombras y las vagas é indecisas formas de hombres y mujeres, moviéndose aquí y allí á la incierta luz del crepúsculo.

Por último, para alivio de Colton, quien se sentía extraviado por la estrechez y oscuridad de los pasajes por donde iban, el detective se detuvo en frente de una puerta que abrió, é insinuó al abogado que le siguiera.

Colton lo hizo, y se encontraron en otro bajo, oscuro y hediondo pasaje, al extremo del cual vieron una débil luz; Kilsip tomó á su compañero por el brazo y lo guió cuidadosamente al través del callejón; había necesidad de esta precaución, pues Colton sentía que las tablas sobre que andaban estaban llenas de agujeros, y sus pies podían deslizarse en cualquiera de ellos, y oía además las ratas saltando y escurriéndose por todos lados. Justamente cuando llegaban al fin de este túnel, pues no puede llamarse de otro modo, la luz se apagó repentinamente y quedaron en completa obscuridad.

—Encienda usted, gritó el detective en un tono perentorio; ¿qué intenta usted apagando la luz?

El *argot* de los ladrones era, evidentemente, muy bien comprendido allí, pues inmediatamente se oyó un

silbido en la oscuridad, una voz que murmuraba, y alguien encendió la vela con un fósforo.

A este tiempo Colton vió que la luz la tenía una muchachita con apariencia de duende, con una cara blanca ceñuda y abundantes cadejos de pelo negro que le caían sobre los ojos. Estaba sentada en el suelo, recostada contra el húmedo muro y mirando al detective con desconfianza aunque con cierto temor en los ojos como si fuera un animal salvaje acosado contra su voluntad.

¿Dónde está Mother Guttersnipe? preguntó el detective empujándola con el pie, indignidad de que ella se resintió, y dirigiéndole una malévola miradas, se puso de pie.

—Arriba, contestó moviendo la cabeza en dirección al muro de la derecha, en el cual Colton, cuyos ojos se habían acostumbrado un poco á la titilante luz de la vela, vió un agujero en una negra hendidura del muro, que él presumió era la escalera a que se aludía.

—Usted no conseguirá mucho de ella esta noche, pues ya va á comenzar su juego.

—Nada me importa lo que ella esté haciendo, dijo el detective con asperezo; llévenme usted inmediatamente á donde está.

La muchacha le dirigió una rápida mirada y con repugnancia indicó el camino hacia la hendidura y hacia la escalera, que era tan débil que Colton se aterró al pensar que pudiera descender á profundidades desconocidas.

El se agarró firmemente al brazo de su compañero, y lentamente subieron las destrozadas gradas, y al fin se detuvieron en una puerta, al través de cuyas hendiduras podía verse un débil rayo de luz. Aquí la muchacha dió un agudo silbido y la puerta se abrió como por arte de magia. Siempre precedidos por el duende guía, traspasaron el dintel, y una curiosa escena se presentó á su vista. Era un cuarto pequeño, cuadrado y de techo bajo, de donde el papel enmohecido y desgarrado, caía en girones; á la izquierda, en el extremo, había una especie de tarima baja, sobre la cual una mujer casi desnuda yacía, en medio de un montón de fétidos y grasientos trapos. Parecía que estaba enferma, pues movía constantemente la

cabeza á uno y otro lado, y de cuando en cuando cantaba trozos de viejas canciones, con una voz destemplada y chillona. En el centro del cuarto había una tosca mesa de pino, sobre la cual estaba una chorreadora vela de sebo, que escasamente iluminaba la escena, y una botella cuadrada y casi vacía, que contenía un poco de ginebra, y al lado de ésta una copa rota. En frente de estos signos de regocijo estaba sentada una mujer vieja, con un naipe extendido en frente de ella, y con el cual evidentemente había estado diciendo la buena ventura á un joven de plebeyo aspecto, quien había abierto la puerta y miraba al detective con una expresión nada amigable; estaba vestido con un grasiento saco de pana obscura, y tenía un sombrero de anchas alas, que le cubría casi los ojos. Parecía uno de esos italianos vendedores de helados en las calles, ó de los que llevan órganos y monos domesticados, y su expresión era ceñuda y de aspecto tan vengativo, que el abogado pensó, que no era muy difícil predecirle su último destino: la horca ó el presidio.

Apenas entraron, la adivina levantó la cabeza, y poniéndose su mano apergaminada en la frente para hacer sombra á sus ojos, miró con curiosidad á los recién venidos. Colton pensó, que nunca había visto tan repulsiva vieja; y en realidad era digna de que el lápiz de Doré la hubiera dibujado; tal era la grotesca fealdad que exhibía. Su rostro estaba surcado por innumerables arrugas, claramente definidas por la mugre que había en ellas; las cejas eran un montón de pelos grises enmarañados, extendidos sobre dos penetrantes ojos negros, en los que la edad no había disminuído el brillo; la nariz corva, como el pico de las aves de rapiña, y una voca de labios delgados, por en medio de los cuales salían dos colmillos largos y amarillos, como los de un jabalí. Sus cabellos eran abundantes y casi blancos, y los tenía atados con un pedazo de cinta negra mantecosa. Cuando Colton vió su mandíbula moviéndose involuntariamen á uno y otro lado, recordó las palabras de Macbeth con referencia á las brujas: "ustedes podrán ser mujeres, pero sus barbas me impiden creer que lo sean." En verdad no era ella un mal representante de las hermanas hechiceras.

Esta mujer los miró con insistencia desde que ellos entraron, y les preguntó con aspereza: ¿Qué diablos necesitan ustedes?

—Necesitan la buena ventura, gritó la muchacha con una risa de duende, y echó hacia atrás su desordenado cabello.

—¡Salga afuera cachorra, gruñó la vieja bruja sacudiendo su descarnado puño, ó te despedazo el corazón, maldita!

—Sí, usted puede irse, dijo Kilsip dirigiéndose á la muchacha, y usted también, dijo con aspereza al joven que aún estaba en la puerta entreabierta. Al principio pareció éste inclinado á desobedecer la orden del detective, pero al fin obedeció y salió murmurando algo como "la belleza de introducir á los grandes en las chozas." La muchacha le siguió, acelerando su salida la Mother Guttersnipe, quien con una agilidad adquirida por larga práctica, se quitó uno de sus zapatos y lo tiró á la cabeza de la muchacha.

—Aguarda que te coja, Lizer, dijo ella con una andanada de maldiciones; ¡yo te romperé la cabeza, condenada!

Lizer respondió con una risa de desdén y atravesó la débil puerta, que cerró tras ella.

Cuando ella hubo desaparecido, Mother Guttersnipe, tomó un trago en la copa rota, y extendiendo sus mugrosas cartas como para principiar su juego, dirigió á Colton una sugestiva mirada.

—¿Quiere usted que levante el velo del futuro, querido? gruñó ella barajando rápidamente las cartas; una anciana madre diría.

—Nó, no diría, dijo Kilsip con dureza. Yo he venido á otro asunto.

La vieja se sobresaltó, y le miró fijamente, por debajo de sus espesas cejas.

—¿A qué han venido los muchachos entonces? preguntó con brusquedad; ¡aquí no hay ahora nada oculto, maldito!

Entonces la mujer enferma que había estado moviendose sin descanso en su cama, comenzó á cantar un trozo de la bella antigua baláda de "Bárbara Allen."

¡Madre! ¡madre! yo quisiera
Suave y mullida mi cama;
Como hoy ha muerto mi amante
Yo quiero morir mañana.

—Silencio maldita, gritó Mother Guttersnipe, ó le rompo su hermosa cabeza, y agarró la botella cuadrada como para cumplir su amenaza, pero vario de pensamiento, y echó algo de su contenido en la copa y lo bebió con avidez.

—Aquella mujer parece enferma, dijo Colton, mirando la tarima.

—Sí está enferma, dijo Mother Guttersnipe, con cólera. Ella debía de estar en Jarrer Bard, en vez de estarse aquí cantando esas bestialidades que me hacen enfriar la sangre. Oiganla ustedes, y la mujer enferma comenzó de nuevo su canción.

Nunca pensaba mi madre,
Arrullándome en la cuna,
Que fuera la horca mi muerte,
Y tierra extraña mi tumba.

—Ya! dijo la vieja precipitadamente tomando más ginebra, siempre está hablando de muerte y de galeras, como si fueran cosas muy bonitas, para entretener con ellas.

—¿Quién era la mujer que murió aquí hace tres ó cuatro semanas? preguntó Kilsip con dureza.

—¿Cómo diablos puedo saberlo? replicó Mother Guttersnipe con mal humor. ¿Yo no la maté; la maté yo? La mató el brandy que bebía; siempre estaba ebria. Maldita!

—¿Usted recuerda qué noche murió?

—Nó, respondió con franqueza. Yo estaba borracha ciega, horriblemente borracha, así, Dios me favorezca.

—Usted siempre está borracha, dijo Kilsip.

—¿Y qué le importa si estoy? rugió la mujer cogiendo su botella, ¡usted no es quien paga! Sí, yo estoy borracha. Yo estoy siempre borracha. Anoche me emborraché, y la noche antes también, y ahora voy á emborracharme, y dirigió una expresiva mirada á la botella, y mañana en la noche también, y me mantendré así hasta que me pudra en la tumba, ¿oyen, malditos condenados!

Colton se estremeció; tan llena de odio y reprimida malignidad estaba la voz de la vieja; el detective apenas se encogió de hombros.

—Peor para usted, dijo con brevedad. Oiga usted: la noche que murió la "Reina" como ustedes la llamaban, ¿vino un caballero á verla?

—Sí, dijo ella, pero yo no sé nada, yo estaba borracha.

—¿Quién dijo eso, la reina?

—No, mi nieta Sal. La "Reina" la mandó á traer al individuo para que la viera decir la buena ventura, deseaba que él presenciara su trabajo, supongo, maldito él y Sal, gritó con indignación, me robó el papel de mi caja, sí me lo robó cuando yo estaba demasiado borracha para impedirlo.

El detective miró á Colton, quien movió la cabeza con una expresión de complacencia en la cara. Ellos no se habían equivocado al pensar que el papel había sido robado de Villa Toorak.

—¿Vió usted al caballero que vino? dijo Kilsip volviéndose hacia la vieja otra vez.

—Nó, dijo ella, maldito usted, replicó. El vino como á la una y media de la mañana, y no creo que usted piense que estamos levantados toda la noche, condenados!

—La una y media, repitió Colton con rapidez. La hora precisa, ¿será verdad?

—Que me muera yo si no es cierto, dijo Mother Guttersnipe. Mi nieta Sal puede decirlo á ustedes.

—¿Dónde está ella? preguntó Kilsip.

Al oir esto, la vieja echó su cabeza hacia atrás, y aulló de lastimosa manera.

—Se marchó, dijo sollozando y golpeando el suelo con los pies. Se fue dejando á su pobre abuela, para unirse al ejército. Malditos, sean esos que vinieron á estos lugares á dañar los negocios.

Aquí la mujer de la cama cantó de nuevo. "Desde que las flores en el prado están marchitas."

—Por amor de Dios, calle usted la boca, gritó la Mother Gutterssnipe dirigiéndose á la cama. Yo le arranco la vida, ¿quiere usted matarme con esas malditas canciones fúnebres?

Entre tanto el detective habló rápidamente con Mr. Colton.

—La única persona que puede comprobar que Mr. Fitzgerald estuvo aquí aquella noche, entre la una y las dos de la mañana, es Sal Rawlins, porque todos los demás estaban borrachos ó dormidos. Como ella se ha unido al ejército de salvación, yo iré á primera hora mañana á las barracas á buscarla.

—Yo espero que usted la encuentre, dijo Colton suspirando. La vida de un hombre depende de su declaración.

Colton le dio á Mother Guttersnipe algunos cuartos de plata que ella recibió con ansiedad, é intentaron retirarse.

—Usted se los beberá, supongo, dijo el abogado apartándose de ella.

—Probablemente, contestó la bruja con un repulsivo gesto, amarrando la plata en un girón de su vestido, que ella arrancó al efecto. Yo soy una fortuna para la taberna, y ese es el único placer que tengo en mi maldita vida.

La vista de la moneda hizo un buen efecto en su natural, pues mantuvo la luz en la mano, alumbrándoles la escalera para que no se rompieran las cabezas. Cuando descendieron se extinguió la luz y oyeron á la mujer enferma cantando "La última rosa del verano," y una andanada de maldiciones de la vieja.

La puerta se abrió y después de andar á tientas á lo largo del obscuro pasaje con sus peligrosos agujeros, se encontraron en plena calle.

—Gracias al cielo, dijo Colton quitándose el sombre-

ro y respirando con holgura, estamos salvos fuera de la caverna!

—De todos modos no hemos perdido nuestro viaje, dijo el detective cuando se alejaban; hemos descubierto dónde estaba Mr. Fitzgerald la noche del asesinato, y podemos salvarlo.

—Todo depende de Sal Rawlins, contestó Colton con gravedad; pero tomemos una copa de brandy, pues me siento enfermo después de lo que he visto esta noche.

CAPITULO XVI

Ausente

Al día siguiente llegó Kilsip á la oficina de Colton por la tarde, y encontró al abogado esperándole con ansiedad. La cara del detective expresaba disgusto, lo que inquietó á Colton.

—Bien, dijo con impaciencia, cuando Kilsip cerró la puerta y tomó asiento; ¿dónde está ella?

—Eso es lo que yo quiero saber, contestó el detective con frialdad; fuí al cuartel general del ejército de salvación y averigüé por ella. Parece que había estado allí como muchacha de coro, pero al cabo de una semana se cansó y se fué con un amigo á Sidney; allí siguió su antigua vida de disipación, el amigo la abandonó cansado de ella, y lo último que se sabe es que se fué con un chino á uno de los arrabales de Sidney. Inmediatamente telegrafié allí, y me contestan que no hay nadie que se llame Sal Rawlins, en los registros de la policía de Sidney; pero me dicen que harán averiguaciones y me darán á conocer el resultado.

—Ah! sin duda ella ha cambiado su nombre, dijo Colton pensativo, no comprendo porqué lo haya hecho.

—Para ocultarse al ejército de salvación, supongo respondió Kilsip con ceguedad. La oveja descarriada no quiere que la lleven de nuevo al rebaño

—¿Y cuándo se unió al ejército?

—Al día siguiente del asesinato.

—Rápida conversación, nó?

—Sí, pero ella dice que la muerte de la mujer ese jueves la conmovió tánto, que resolvió irse inmediatamente al ejército de salvación para afianzar sus creencias religiosas.

—Efectos del temor, sin duda, dijo Colton; yo he encontrado muchos ejemplos de estas conversiones repentinas, pero ellas no duran largo tiempo; por regla general son cosas del diablo, pero en este caso, el diablo sería algún fraile que, además de todo, era buen mozo.

—Eso creo, contestó Kilsip encogiendo los hombros; Sal era muy ignorante, no sabe leer ni escribir.

—Por esa razón fue por lo que no preguntó por Fitzgerald cuando fue al club; probablemente no sabía por quién la mandaban; esto vendrá á ser un asunto de identificación, según creo. Sin embargo, si la policía no puede encontrarla, pondremos avisos en los periódicos, ofreciendo una recompensa, y además escribiremos con el mismo objeto. Es necesario que la encontremos. La vida de Brian Fitzgerald depende de un hilo, y ese hilo es Sal Roulins.

—Sí, asintió Kilsip frotándose las manos. Aun si Mr. Fitzgerald confiesa que estuvo en la choza de la Mother Guttersnipe, la noche en cuestión, Sal tiene que comprobarlo, pues excepto ella nadie le vio.

—¿Está usted seguro de eso?

—Tan seguro como puede estarlo cualquiera en ese caso. Era tarde de la noche cuando él fue, y parece que todos estaban dormidos excepto la moribunda y Sal Roulins; y como la una murió, la otra es la única persona que puede comprobar que él estuvo allí á la hora en que se cometió el asesinato en el coche.

—¿Y Mother Guttersnipe?

—Estaba borracha, como lo confesó anoche. Ella piensa que si algún caballero estuvo allí, fue el otro.

—¡El otro! replicó Colton sorpendido. ¿Cuál otro?

—Oliver Whyte.

Colton se levantó de su asiento con espanto.

—¡Oliver Whyte! dijo apenas pudo hablar. ¿Tenía él la costumbre de ir allí?

Kilsip se enderezó en su asiento como un gato, y adelantando la cabeza hasta que su nariz parecía el pico de un ave de rapiña, miró á Colton con insistencia.

—Oiga usted, dijo con su susurrante voz: hay mucho en este caso que no aparece claro; en efecto, mientras más penetramos en él, más embrollado se vuelve. Yo fuí esta mañana a ver á la Mother Guttersnipe, y me dijo que Whyte había visitado á la «Reina» varias veces mientras estuvo enferma, y que parecía estuviera en muy buenas relaciones con ella.

—¿Pero quién es esa mujer que llaman la «Reina?» dijo Colton irritado. Parece que ella está en el fondo de este asunto; todo camino que seguimos nos conduce á ella.

—Yo sé muy poco acerca de la Reina, replicó Kilsip, excepto que era una hermosa mujer de cuarenta y nueve años; vino á Sidney hace unos pocos meses, y después aquí. No puedo descubrir cómo fué á dar á donde Mother Guttersnipe; aunque yo he tratado de sondear á la vieja, ha permanecido muda, y tengo la creencia de que ella sabe más acerca de esta mujer muerta, de lo que quiere decir.

—¿Pero qué pudo haberle dicho ella á Fitzgerald para hacerlo proceder de tan extraño modo? Una extranjera que viene de Inglaterra y muere en un arrabal de Melbourne no podía posiblemente saber nada acerca de Miss Frettlby.

—No; á menos que Miss Frettlby estuviera casada secretamente con Whyte y la «Reina» lo supiera, sugirió Kilsip.

—Tontería, replicó Colton; ella lo aborrecía y ama á Fitzgerald; además, porqué se iba á casar secretamente y hacer confidente á una mujer de la más baja clase de Melbourne? En un tiempo su padre quiso casarla con Whyte, pero ella hizo tan fuerte oposición, que él dió su consentimiento para su compromiso con Fitzgerald.

—¿Whyte?

—¡Oh! él tuvo un disgusto con Mr. Frettlby, y salió de la casa colérico. Fue asesinado esa misma noche por el interés de unos papeles que llevaba consigo.

—¡Oh! esa es idea de Gorby, dijo Kilsip con desdén, y soltó una carcajada.

—Y es mi idea también, replicó Colton con viveza. Whyte siempre llevaba unos valiosos papeles; la mujer que murió evidentemente se lo dijo á Fitzgerald, como yo supongo por algo que él dijo.

Kilsip miró abismado.

—Yo debo confesar que esto es un enigma, dijo al fin, pero si Mr. Fitzgerald quisiera hablar, sería resuelto en el acto.

—¡Qué! acerca de quién asesinó á Whyte.

—Bien; no iría tan lejos así, pero sí podía indicar la causa del crimen.

—Me atrevo á decir que usted tiene razón, respondió Colton pensativo, mientras el detective se levantó y se puso el sombrero.

—Pero no hay objeto; Fitzgerald, por cualquier razón, evidentemente ha resuelto no hablar; así, nuestra esperanza de salvarlo está en encontrar esa muchacha.

—Si ella está en Australia, esté usted seguro que la hallaremos, respondió Kilsip con confianza á tiempo de despedirse; Australia no está tan poblada para que pueda ocultarse.

Si Sal Rawlins estuviera en Australia, ciertamente debía estar en algún remoto lugar, porque á despecho de tántos esfuerzos no ha podido encontrarse. Si está viva ó muerta, no lo podemos decir, porque ella se ha desvanecido tan completamente como si la muerte se la hubiera tragado. Lo único que se sabe de ella es que estaba en un arrabal de Sidney con un chino, á quien abandonó después, y desde entonces ni se ha visto ni se ha oído hablar de ella.

Se pusieron avisos en los periódicos, tanto en Australia como en Nueva Zelanda, ofreciendo grandes recompensas por su hallazgo. Como no sabía leer ella, naturalmente debía estar ignorante de que se le necesitaba, y si,

como Colton lo sospechaba, había cambiado su nombre, nadie podía decirle lo referente al anuncio de los periódicos, á menos que lo oyera por casualidad.

De todos modos parecía que no hubiera otra esperanza que la improbable de que Sal volviera por su propio acuerdo.

Si ella regresaba á Melbourne, iría con certeza á la choza de su abuela, puesto que no tenía motivo par continuar alejada de allí; así Kilsip mantuvo una estrecha vigilancia en la casa, con mucho disgusto para Mother Guttersnipe, porque con verdadero orgullo inglés, ella se oponía á tal sistema de espionaje.

—Maldito sea él, rugía después de sus tragos de la tarde, á una amiga tan marchita y de tan mal parecer como ella; ¿porqué en nombre de Dios no se quedará él en su casa y deja la mía tranquila, sino que viene á rondar y espiar, y á impedir que la gente gane su vida y se emborrache cuando no se siente bien? ¡Maldito el diablo!

—¿Y qué necesita? preguntó su amiga frotándose las rodillas.

—¡Maldito sea! lo que necesita ese condenado es que le corten el pescuezo, dijo Mother Guttersnipe. Y que me ayude Dios, pues lo haré alguna noche cuando esté rondando por aquí como si fuera la sombra de un ahorcado. Él puede sacarle lo que quiera á la muchacha que se huyó. ¡Maldita ella! pero yo sé algo que él no sabe; el diablo se lo lleve.

Concluyó con una carcajada senil, y su compañera se aprovechó del largo discurso para beber algo de ginebra de la copa rota. Mother Guttersnipe cogió á la desgraciada vieja por los cabellos, y á pesar de sus débiles gritos, le golpeó la cabeza contra la pared.

—Yo traeré la policía, gritó la aporreada, mientras se retiraba tan rápidamente como se lo permitía su reumatismo; ya verá si lo hago.

—Vaya al infierno, replicó Mother Guttersnipe indiferentemente mientras llenaba de nuevo la copa; si usted

vuelve por aquí, adulándome para robarme mis tragos, le cortaré el pescuezo y le torceré la cabeza, vieja condenada.

La otra lanzó un aullido de desesperación oyendo este agradable anuncio del modo de salir de ella, y salió con la ligereza que sus piernas le permitían, dejando á Mother Guttersnipe en indisputable posesión del campo.

Entre tanto Colton había visto á Brian varias veces, y había usado los mejores argumentos que pudo para conseguir que le dijera todo, pero él se mantenía en su obstinado silencio, ó apenas respondía.

—Si hablara, se rompería el corazón de Madge, decía Brian.

Al fin confesó á Colton después de un prolongado interrogatorio, que sí había estado en la choza de Mother Gutersnipe, la noche del asesinato, y que después de que dejó á Whyte en la esquina de Scotch Church, como lo dijo el cochero Royston, él siguió por Russell Street y encontró á Sal Roulins cerca del hotel Unicornio; ella lo condujo á la habitación de la Mother Guttersnipe, en donde él vió á la mujer moribunda, quien le dijo algo que él no puede revelar.

—Bien, dijo Colton después de oír esta relación; usted pudo habernos evitado todo el trabajo que hemos tenido, diciendo esto antes, y sin embargo guarda su secreto, cualquiera que sea. Si usted hubiera obrado así, hubiéramos visto á Sal Roulins antes de que dejara á Melbourne; pero ahora sólo la casualidad puede traérnosla.

Brian no respondió, y parecía que ni aun pensaba en lo que el abogado le decía, pero cuando Colton se iba á retirar le dijo:

—¿Cómo está Madge?

—¿Cómo espera usted que esté? dijo Colton con cólera. Está muy enferma debido á la gran pena que le ha proporcionado este horrible asunto.

—¡Mi amor! ¡mi amor! dijo Brian con agonía, golpeando sus manos encima de la cabeza; todo lo he hecho solamente por salvarla á usted.

Colton se aproximó y le puso la mano en el hombro.

—Mi amigo, le dijo con gravedad; las confidencias entre el abogado y su cliente, son tan sagradas como las del confesor y el penitente. Usted debe decirme ese secreto que afecta á Miss Frettlby tan profundamente.

—Nó, dijo Brian con firmeza; nunca revelaré lo que me dijo esa maldita mujer. Cuando antes que podía salvar mi vida, no lo dije á usted, menos ahora que nada voy á ganar, y sí á perderlo todo.

—Nunca volveré á preguntárselo, dijo Colton bastante molesto, y con respecto á la acusación del asesinato, usted quedará salvo si encuentro á esa muchacha.

Cuando el abogado dejó la celda, se dirigió á la oficina de detectives para ver á Kilsip é informarse de si había alguna noticia de Sal, pero, como antes, no había ninguna.

—Esto es luchar contra el destino, se dijo con tristeza cuando salió; su vida depende de la casualidad.

En el mes de Septiembre debía tener lugar el juicio, y naturalmente había grande excitación en Melbourne; así fue grande la contrariedad cuando se supo que el defensor del prisionero había solicitado un aplazamiento hasta Octubre, manifestando que un importante testigo para la defensa no había podido hallarse, estando oculto por cualquier circunstancia.

CAPITULO XVII

El Juicio

A pesar de la gran vigilancia de la policía, y del ofrecimiento, tanto de Colton en beneficio del acusado, como de Mr. Frettlby, de una considerable recompensa, la tan deseada Sal Rawlins aún permanecía ignorada. El millonario había mantenido una amistosa actitud hacia Brian durante todo el curso del asunto. Cuando Colton le manifestó que la defensa se establecería probando una coarta-

da por medio de Sal Roulins, ofreció una gran suma de recompensa, suma que era halagadora para poner cualquiera que tuviera tiempo de hacerlo, en la cacería del testigo ausente.

El nombre extremadamente plebeyo de Sal Roulins había puesto en conmoción á toda Australia y Nueva Zelanda; los periódicos estaban llenos de avisos ofreciendo recompensas; en los ferrocarriles se veían grandes carteles en letras rojas, con anuncios semejantes, por supuesto, anunciando también fábricas de cervezas.

Sal se había hecho notable sin saberlo, á menos que se hubiera ocultado intencionalmente, lo que no era probable, pues no había motivo para ello.

Si ella vivía, había sin duda visto los carteles, si no los periódicos, y aunque no sabía leer, era imposible hubiera dejado de oír algo del asunto, que era el tópico de las conversaciones de toda Australia.

A pesar de todo Sal Roulins no parecía, y Colton desesperado, comenzaba á creer que se hubiera muerto. Pero Madge, aunque algunas veces la abandonaba el valor, siempre conservaba bastantes esperanzas.

—Dios no ha de permitir que se cometa un asesinato jurídico en hombre inocente, exclamaba ella.

Mr. Colton, á quien Madge decía lo anterior, inclinaba su cabeza dudoso.

—Dios ha permitido eso muchas veces, decía con calma, y no podemos juzgar del futuro sino por el pasado.

Al fin el día del juicio tan largo tiempo esperado, llegó, y como Colton estuviese en su oficina recorriendo sus apuntes, un dependiente entró y le dijo que Mr. Frettlby y su hija deseaban verlo.

Cuando entraron, el abogado vio que el millonario parecía enfermizo y que tenía en la cara una expresión de tristeza notable.

—Aquí está mi hija, Colton, dijo después de cambiar los usuales cumplimientos. Ella quiere estar presente en la corte durante el juicio de Fitzgerald, y nada he omitido para disuadirla

Colton se volvió y miró á la joven con sorpresa.

—¡Sí!

Su rostro estaba muy pálido, y sosteniendo con firmeza la mirada de Calton, dijo:

—Yo debo de estar allí. Me volvería loca de ansiedad si no pudiera seguir de cerca las peripecias del juicio.

—Pero piense usted en lo desagradable de la inmensa atención que usted atraerá, dijo el abogado.

—Pero nadie me reconocerá, dijo ella con calma. Estoy vestida con mucha sencillez y me pondré este velo.

Y sacándolo del bolsillo, se acercó á un pequeño espejo que colgaba del muro, y lo ató sobre su rostro.

Calton miró perplejo á Mr. Frettlby.

—Creo que usted debe consentir, dijo.

—Muy bien, replicó el otro casi con aspereza, y una expresión de disgusto se dibujó en su cara. Entonces la dejaré á cargo de usted.

—¿Y usted?

—Yo no voy, contestó Frettlby rápidamente, poniéndose el sombrero. No quiero ver á un hombre, que he tenido en mi mesa, sentado en el banco del acusado, con mayor razón cuanto que simpatizaba con él. Buen día, y con una ligera inclinación salió.

Cuando la puerta se cerró tras de su padre, Madge puso su mano en el brazo del abogado.

—¿Hay alguna esperanza? murmuró mirándole á través de su negro velo.

—Unicamente la casualidad, contestó Calton, poniendo sus apuntes en el portafolio. Hemos hecho todo lo que ha estado á nuestro alcance para encontrar esa muchacha, pero sin resultado alguno. Si ella no llega á última hora, temo mucho que Brian Fitzgerald sea hombre perdido.

Madge cayó de rodillas y lanzó un grito.

—¡Oh, Dios de bondad! dijo levantando las manos como para orar, ¡salvadle! ¡Salvad á mi amante y no permitáis que muera por el crimen de otro!

Ocultó la cara en sus manos y lloró convulsivamente. El abogado la tocó ligeramente en el hombro.

—Venga, le dijo con bondad. Sea usted tan valerosa como siempre, que aún podemos salvarle. La hora más obscura es la que precede á la aurora.

Madge secó sus lágrimas y siguió á Colton hasta el coche que esperaba á la puerta. Marcharon rápidamente á la corte, y Colton la acomodó en un tranquilo lugar desde donde podía ver el sitio del acusado sin ser vista de la gente que ocupaba el cuerpo principal de la corte. Cuando él la dejaba, ella le tocó el brazo.

—Dígale, murmuró con temblorosa voz, dígale á Brian que yo estoy aquí.

Colton se inclinó y salió á ponerse su toga y su peluca, mientras Madge miraba al rededor de la corte desde su sitio. Las tribunas estaban colmadas de elegantes de Melbourne, quienes hablaban entre ellos en voz baja. El carácter popular del preso, su bella apariencia y su compromiso con Madge Frettlby, todo junto con las extraordinarias circunstancias del caso, habían levantado la curiosidad pública al más alto grado, y en consecuencia, cada uno hizo lo posible para conseguir entrada. Félix Rolleston había conseguido un magnífico asiento al lado de la bella Miss Fratterwight, á quien admiraba mucho, y conversaba con ella con la mayor animación.

—Me recuerda esto el coliseo y todas esas cosas, dijo poniéndose los lentes y mirando al rededor. ¡Millares de asesinados para hacer un día de fiesta romano, por Júpiter!

—No diga usted cosas tan horribles, criatura frívola, dijo Miss Featherwight aspirando su frasquito de sales. Todos estamos aquí llenos de simpatía por ese querido Mr. Fitzgerald.

El mercurial Félix que tenía más inteligencia de la que el público le acreditaba, se rió francamente oyendo esta manera eminentemente femenina de ocultar una indomable curiosidad.

—¡Ah! sí, dijo con ligereza. Exactamente, yo me atrevo á decir que Eva no comió la manzana sino porque había muchas é iban á dañarse.

Miss Featherwight lo miró dudando si hablaba con seriedad ó sólo á chanza, pero cuando iba á replicarle que ella creía que era malo hacer chistes sobre la Biblia, el Juez entró y toda la corte se levantó para recibirlo. Cuan-

do el prisionero entró, hubo movimiento entre las damas, y algunas tuvieron el mal gusto de dirigirle sus anteojos. Brian notó esto y se sonrojó hasta la raíz de sus rubios cabellos, y entonces comprendió su actual degradación. El era un hombre eminentemente orgulloso, y verse en el banco de los criminales rodeado de una multitud de gente frívola, entre la que había muchos que se llamaban sus amigos, mirándolo todas como si fuese un nuevo actor ó un animal feroz, era para él humillante en extremo. Estaba vestido de negro, pálido y triste, pero todas las señoras declararon que estaba tan hermoso como siempre, y que estaban seguras de su inocencia. Los jurados fueron juramentados y el Fiscal de la Corona se levantó á dirigirles su discurso de apertura.

Como todos los presentes en el juicio sólo conocían los hechos del caso por los periódicos y los rumores que circulaban, cada uno de los cuales contradecía el anterior, no sabían la verdadera historia de los acontecimientos que condujeron al arresto de Fitzgerald y por lo tanto se prepararon para oír el discurso con profunda atención. Las señoras cesaron de hablar, los hombres de mirar al rededor, y no se veía más que fila tras de fila de ansiosos y atentos rostros pendientes de las palabras que salían de los labios del fiscal de la Corona.

El no era un grande orador, pero hablaba clara y distintamente; cada una de sus palabras podía oírse en medio del silencio general. Hizo una rápida reseña del crimen que apenas era una repetición de las que habían publicado los periódicos, luégo continuó enumerando los testigos que podían probar que el prisionero era criminal. Citó á la señora de la casa del difunto para mostrar que existía una sangrienta desavenencia entre él y el hombre asesinado, que el acusado había ido á la casa del último una semana antes de la ejecución del crimen y había amenazado su vida.

Hubo una grande exitación con esto, y muchas señoras decidieron con el calor del momento que el horrible hombre era criminal; pero la mayoría de las espectadoras, rehusó creer en el crimen del joven tan buen mozo.

Citó otro testigo que podía probar que Whyte estaba ebrio la noche del asesinato, y que siguió á lo largo de Russell Street en dirección á Collins Street, el cochero Royston podía jurar que el prisionero había llamado al coche y que después de alejarse por un corto espacio de tiempo había vuelto y entrado al coche con el difunto; él también podía afirmar que el acusado dejó el coche en Grammart School, en el camino de St. Kilda y que á la llegada del coche á La Unión descubrió que el hombre había sido asesinado. El cochero Rankin podía afirmar que él llevó al prisionero desde el camino de St. Kilda hasta Roulet Street al Este de Melbourne, donde él se desmontó. Citó además á la señora de la casa del pueso, la cual podía probar que él residía en Poulet Street, y que la noche del asesinato había llegado á la casa poco después de las dos de la mañana. Citó también el detective que estaba encargado del caso, quien podía comprobar el encuentro de un guante que pertenecía al muerto, en el bolsillo del sobretodo que llevaba el prisionero la noche del crimen. Terminó citando al médico que había examinado el cuerpo del difunto, quien podía probar que la muerte había sido causada por inhalación de cloroformo. Como él había mostrado completa la cadena de evidencias que se proponía probar, comenzaba por llamar al primer testigo Malcom Royston.

Royston después de ser juramentado dijo lo mismo que ya había dicho en la investigación, comenzando desde que detuvieron el coche hasta su llegada á la estación de policía de St. Kilda con el cuerpo muerto de Whyte. En la declaración Colton le preguntó si él podía jurar si el hombre que llamó el coche y el hombre que entró en él con el difunto Whyte era la misma persona.

Testigo: —Sí, estoy dispuesto á jurar.

Colton: —¿Está usted completamente seguro?

T.—Sí, completamente seguro.

C. —¿Usted reconoce al acusado como el hombre que llamó el coche?

T. (Vacilando): —No puedo jurar eso. El caballero que llamó el coche tenía su sombrero metido hasta enci-

ma de los ojos, de suerte que no pude ver su cara; pero la altura y apariencia general del prisionero son las mismas.

C. —¿Entonces, solamente porque el hombre que entró en el coche estaba vestido como el prisionero, aquella noche, es que usted piensa que era el mismo?

T. —Nunca me ocurrió por un momento que no fuera el mismo; además él habló como si hubiera estado allí antes. Yo dije: «¡Oh! usted vuelve» y él dijo:

—«Sí, voy á llevarlo á su casa,» y entró al coche.

C. —¿Notó usted alguna diferencia en su voz?

T. —Nó, excepto que la primera vez que lo vi habló en voz alta, y la segunda, cuando volvió, muy paso.

C. —Supongo que usted estaba sobrio.

T. (Con indignación) —Sí, completamente sobrio.

C. —¡Ah! ¿usted no se tomó un trago, digamos, en el hotel Oriental, el cual creo que está cerca de la línea que su coche recorre?

T. (Vacilando) —Bien, pude haberme tomado un vaso.

C. —Sí, usted pudo, y pudo también haberse tomado varios.

T. (Disgustado). —Bien, no hay ninguna ley que prohibe que un cochero tenga sed.

C. —Ciertamente nó, y usted se aprovechó de la ausencia de tal ley.

T. (En tono de desafío). —Sí, me aproveché.

C. —¿Y usted estaba elevado?

T. —Sí, en mi choche. (Risas).

C. (Con severidad). —Usted está aquí para suministrar pruebas, señor, no para hacer juegos de palabras, por finas que puedan ser. ¿Estaba usted ó no estaba ligeramente alterado por la bebida?

T. —Podía estar.

C. —Así, ¿usted estaba en condición de no poder observar minuciosamente al hombre que lo llamó?

T. —Sí, sí estaba; no había razón ninguna para que no estuviera. Yo no sabía que se iba á cometer un asesinato.

C. —¿Y nunca sospechó usted que pudiera ser otro hombre?

T. —Nó; pensé siempre que era el mismo.

Esto cerró la declaración de Royston, y Colton se sentó poco satisfecho por no haber podido sacarle algo más definitivo. Una cosa aparecía claramente: que alguien debía haberse vestido de modo de parecerse á Brian, y habló en voz baja por temor de traicionarse.

Clemente Rankin, testigo que siguió, depuso haber recogido al prisionero en el camino de St. Kilda, entre la una y las dos de la mañada del viernes, y haberlo llevado al Este de Melbourne.

En la declaración jurada, Colton dilucidó un punto en favor del prisionero.

C. —¿Es el prisionero el mismo caballero que usted llevó á Poulet Sreet?

T. (Con seguridad). —¡Oh! sí.

C. —¿Cómo lo sabe usted? ¿Le vio usted la cara?

T. —Nó; tenía el sombrero metido hasta encima de los ojos, y solamente le pude ver la punta de sus bigotes y la barba; pero su aspecto era el mismo del prisionero, y sus bigotes del mismo color rubio.

C. —Cuando usted lo recogió en el camino de St. Kilda, ¿dónde estaba él y qué estaba haciendo?

T. —Estaba cerca de Grammar School, caminando rápidamente en dirección de Melbourne, y estaba fumándose un cigarrillo.

C. —¿Tenía guantes?

T. —Sí, uno en la mano izquierda; la otra estaba desnuda.

C. —¿Llevaba anillos en la mano derecha?

T. —Sí, un gran diamante en el dedo índice,

C. —¿Está usted seguro?

T. —Sí, porque yo pensé que era curioso en un caballero llevar un anillo en ese dedo, y cuando él me pagó yo ví el diamante brillar con los rayos de la luna.

C. —Eso basta.

El defensor quedó satisfecho con esta pequeña prueba en favor de Fitzgerald, pues él detestaba los anillos y

nunca los usaba; así, hizo esta anotación en su memorandum.

Se llamó en seguida á Mrs. Habbleton, dueña de la casa que habitaba el difunto, y depuso: que Mr. Whyte había vivido con ella cerca de dos meses; que era un joven tranquilo, sólo que con frecuencia llegaba á la casa ebrio; que ella no sabía que tuviera más amigos que un tal Mr. Moreland, á quien con frecuencia veía con él, que el 14 de Julio el prisionero fue á visitar á Mr. Whyte y que tuvieron un disgusto; que ella oyó que Whyte decía: «Ella es mía, usted no puede hacer nada con ella,» y el prisionero contestó: «Yo lo puedo matar á usted y si usted se casa con ella, lo mataré hasta en plena calle.»

La exponente entonces no sabía el nombre de la señora de quien estuvieron hablando.

Hubo una gran sensación en la audiencia con estas palabras de Mrs. Habbleton, y la mitad de la gente allí presente veía esa prueba como suficiente para establecer la culpabilidad del acusado.

En la declaración, Colton no pudo atenuar la fuerza de la prueba presentada por la testigo, pues ella siempre se ratificaba en lo dicho.

Tocó el turno á Mrs. Sampson que crujía en el banco de los testigos inundada de lágrimas, y contestaba las preguntas con agudos chillidos en tono angustioso. Ella manifestó que el prisionero acostumbraba ir temprano á la casa pero que la noche del asesinato había llegado poco antes de las dos.

Fiscal de la Corona. (Observando sus notas). —¿Usted querrá decir después de las dos?

T. —Habiéndome equivocado una vez, por decir cinco minutos después de las dos, el policial que se hacía pasar por agente de seguros, pues el puso las palabras en mi boca, no voy á hacer lo mismo ahora; eran cinco minutos antes de las dos, como puedo jurarlo.

F. —¿Tiene usted seguridad de que su reloj estaba correcto?

T. —No había correcto, pero mi sobrino que es relojero, lo llevó sin saberlo yo, y lo compuso el jueves por la

noche, que es viernes por la mañana en que vino Fitzgerald á la casa.

Mrs. Sampson sostuvo con energía su afirmación, y por último dejó el banco de los testigos, en triunfo. El resto de su declaración no tenía importancia, comparada con la cuestión de la hora.

El testigo Rankin, que llevó al prisionero á Poulet Street (como lo juró), fue llamado de nuevo y dijo que eran las dos de la mañana cuando el acusado salió de su coche en Poulet Street.

F. —¿Cómo lo supo usted?

T. —Porque oí darlas en el reloj del correo.

F. —¿Pudo usted oírlos en el Este de Melbourne?

T. —La noche estaba muy tranquila y oí las horas con toda claridad.

Esta diferencia en las declarciones con respecto á la hora, constituía una prueba en favor de Brian.

Si como la señora lo decía, guiándose por el reloj de la cocina, que había sido compuesto el día anterior al asesinato, si Fitzgerald había entrado faltando cinco minutos para las dos de la mañana, él no podía posiblemente ser el hombre que se había desmontado del coche de Rankin á las dos de la mañana en Poulet Street.

El testigo que siguió fue el doctor Chinston, quien juró la muerte fue producida por el cloroformo, administrado en alta cantidad. A éste le sucedió Mr. Gorby, quien dijo que había encontrado el guante que pertenecía al muerto en un bolsillo del sobretodo del prisionero.

Rayor Moreland fue llamado en seguida. Era íntimo amigo del fallecido. El manifestó que había conocido al difunto en Londres, y que luégo le había encontrado en Melbourne. Que la noche del asesinato estaba en el hotel Oriental, en Bourque Street, cuando Whyte entró muy excitado; que estaba en traje de visita y llevaba sobretodo claro; que tomaron juntos varios tragos y que después se fueron á otro hotel, en Russell Street, en donde tomaron algunos más, y que ambos se embriagaron, que Whyte se quitó su sobretodo claro diciendo que tenía calor, y salió poco después dejando al testigo dormido en la cantina hasta que el cantinero lo despertó diciendo que salier

del hotel, que entonces vio que Whyte había dejado su sobretodo, y lo tomó con intención de salir y dárselo, que ya en la calle y teniendo el sobretodo en la mano, alguien se lo arrebató y corrió con él; que trató de seguir al ladrón pero no pudo hacerlo por estar demasiado embriagado; que luégo se fue á su casa á acostarse, pues tenía que salir para el campo, temprano, al día siguiente.

En la declaracion jurada:

C. —Cuando usted salió á la calle, despué de dejar el hotel, ¿vio usted al finado?

T. —Nó, no lo vi, pues yo estaba muy ebrio, y á menos que me hubiera hablado, no lo hubiera notado.

C. —¿Porqué estaba excitado el difunto cuando usted se encontró con él?

T. —Yo no sé, él no me dijo.

C. —¿De qué estuvieron hablando?

T. —De todo. De Londres principalmente.

C. —¿El fallecido hizo alguna mención de papeles?

T. (Sorprendido). —Nó, él no hizo ninguna.

C. —¿Está usted seguro?

T. —Estoy seguro.

C. —¿A qué hora llegó usted á su casa?

T. —Yo no sé; estaba demasiado ebrio para recordar.

Con esto terminó la parte del Fiscal de la Corona en el caso, y como ya era tarde, la corte fue emplazada para el día siguiente.

El salón se desocupó de la bulliciosa multitud, y Colton, obsegvando sus apuntamientos, vio que en el primer día del juicio había dos puntos en favor de Brian.

Primero: la discrepancia en la hora, en las declaraciones del cochero Rankin y Mrs. Sampson.

Segundo: la declaración del cochero Royston con respecto al anillo que llevaba el hombre que asesinó á Whyte, en el dedo índice de la mano derecha, pues el preso no usaba anillos.

Eran estas muy débiles pruebas de inocencia para contrarrestar la abrumadora cantidad que había á favor de la culpabilidad del acusado. La opinión estaba muy dividida: muchos en favor, muchos en contra, cuando re-

pentinamente algo aconteció que fue una sorpresa para todos.

Había en todo Melbourne avisos que decían: «¡Llegada del testigo que faltaba, Sal Roulins!» y la noticia se extendió por todas partes.

CAPITULO XVIII

Sal Roulins dice todo lo que sabe

Así era en efecto. Sal Roulins había aparecido á última hora, con gran contento de Colton, quien veía en ella un ángel del cielo, envido para salvar la vida de un hombre inocente..

Colton, al terminar ese primer día de la causa, se había retirado á su oficina en compañía de Madge, en donde su dependiente le entregó un telegrama que abrió inmediatamente, y con una silenciosa expresión de placer en su rostro lo pasó á Madge.

Ella, como todas las mujeres, por naturaleza más impulsivas, arrojó un grito cuando lo leyó, y arrodillándose dió gracias á Dios por haber oído sus oraciones y por haber salvado la vida de su amante.

—Lléveme usted inmediatamente á donde ella esté, imploró del abogado, estando ansiosa por oír de los propios labios de Sal Roulins, las gozosas palabras con las que se salvaría Brian de la muerte de un criminal.

—Nó, mi querida, contestó Colton firme pero bondadosamente. De ninguna manera puedo llevar una señora á donde Sal Roulins vive. Usted lo sabrá todo mañana; pero entre tanto, retírese á su casa y duerma un poco.

—¿Y se lo dirá á Brian? murmuró apoyando sus manos sobre el brazo de Colton.

—En el acto, respondió con prontitud. Y yo veré á Sal esta noche, y sabré lo que ella tenga que decir. Descanse usted contenta, añadió llevándola al carruaje; él ya está salvo.

Brian oyó la buena nueva con un profundo sentimiento de gratitud, sabiendo que había salvado su vida y podía conservar su secreto.

Había en él la natural reacción de sus sentimientos después de la anómala vida que había llevado desde su arresto.

Cuando hay juventud y salud, y se tiene el mundo al frente, es cosa terrible contemplar una muerte repentina. Y á pesar de su placer de verse libre de la cuerda del ahorcado, lo mortificaba con horror el recuerdo del secreto que la mujer moribunda le había confiado con tan maligno gozo.

—¿Porqué me dijo eso ella? ¿porqué me lo dijo? gritaba retorciéndose las manos mientras se paseaba arriba y abajo de su obscura celda. Habría sido mejor para ella haber muerto en silencio y no dejándome esta herencia de pesar!

Estaba tan atormentado con eso, que el carcelero, al ver su demudado rostro á la mañana siguiente, se dijo:

—Está desesperado de verse salvo.

Así, mientras Brian se paseaba en su celda durante las cansadas horas de la noche, y mientras Madge, arrodillada al borde de su cama, daba gracias á Dios por su gran bondad, Colton, la benéfica hada de los dos amantes, se dirigía con precipitación á la humilde morada de Mrs. Roulins, conocida con el nombre familiar de Mother Guttersnipe. Kilsip estaba á su lado y hablaban con entusiasmo de la providencial aparición del invaluable testigo.

—Lo que más me agrada, dijo Kilsip con su suave voz, es lo molesto que será esto para Gorby; él estaba cierto que Mr. Fitzgerald era el hombre, y cuando lo sepa todo mañana estará rabioso.

—¿Dónde estuvo Sal todo este tiempo? dijo distraído, no habiendo entendido la observación del detective.

—Enferma, respondió Kilsip. Después de que dejó al chino se fue al campo, en donde cayó en un río, se resfrió, y á esto siguió una fiebre cerebral. Algunas mujeres la encontraron, la recogieron y cuidaron, y estando mejor, regresó á la choza de su abuela.

—Pero ¿porqué las gentes que la cuidaban no le dijeron que se le necesitaba? Ellas debieron haber visto los periódicos.

—Nó, contestó Kilsip. Ellas nada sabian.

—¡Animales! dijo Colton con desprecio; ¿cómo puede haber gente tan ignorante? Toda Australia ardía con el suceso; talvez falta de dinero. Continúe.

—No hay nada más que decir, dijo Kilsip, excepto que llegó esta tarde á las cinco con el aspecto de un cadáver.

Cuando entraron al sucio pasaje que conducía á la choza de la Mother Guttersnipe, vieron una débil luz que descendía. Cuando subieron la insegura escalera, alcanzaron á oír la rencorosa voz de la vieja, derramando alternativamente bendiciones y maldiciones sobre su hija pródiga, y los acentos casi imperceptibles de la muchacha, replicándole.

Al entrar al cuarto, Colton notó que la mujer enferma que yacía en uno de los rincones cuando su última visita, se había ido. Mother Guttersnipe estaba sentada en frente de la mesa de pino, con la copa rota y su favorita botella en frente de ella. Evidentemente iba á aprovechar la vuelta de tal para celebrarla, poniéndose en última relación con su botella, la que ya había comenzado para no perder tiempo. Sal estaba setada en una silla rota y recostada contra el muro descansando.

Se levantó cuando Colton y el detective entraron, y ellos vieron que era una mujer alta, delgada, de veinticinco años más ó menos, no mal parecida, y que mostraba en su pálido y [illegible] ado rostro cuán enferma había estado; estaba vestida con un traje de color azul extravagante, muy manchado y desgarrado, y tenía un chal viejo, de tartán, sobre sus hombros, el cual extendió sobre su pecho cuando los visitantes entraron.

Su abuela, qu eparecía más envejecida y grotescamente horrible que nunca, saludó á Colton y al detective al entrar, con un áspero chillido y una andanada de su escogido lenguaje.

—Oh! ustedes han vuelto, ¡malditos! gritó levantando sus flacos brazos, á llevarse la muchacha del lado de su

pobre abuela, quien la crió y acarició cuando su propia madre se iba en galanteos con vagamundos. Me acogeré á la ley contra ambos; sí, lo haré, si Dios me ayuda.

Kilsip no prestó atención á esta salida de la vieja fiera, sino que se volvió hacia la muchacha.

—Este es el caballero que quiere hablar con usted, le dijo con suavidad haciendo sentar á la muchacha en su silla, pues ella aparentaba estar muy enferma para permanecer de pie. Dígale á él lo que usted me dijo á mí.

—¿Acerca de la «Reina»? señor, dijo Sal en baja y áspera voz, fijando sus extraviados ojos en Colton. Si yo hubiera sabido que usted me necesitaba hubiera venido antes.

—¿Dónde estaba usted? preguntó Colton con tono compasivo.

—En New South Wales, respondió la muchacha tiritando. El tipo con quien me fuí á Sidney me dejó; sí, me dejó para morir como un perro en el alero.

—¡Bendito él! dijo la vieja de un modo expresivo mientras se tomaba un trago de la copa rota.

—Luégo me fuí con un chino, siguió la nieta con cansancio, y viví con el poco tiempo, esto es horrible ¿no es cierto? dijo con una temerosa sonrisa cuando vió el disgusto en la cara del abogado. Pero el chino no era malo; ellos tratan á una pobre muchacha mucho mejor que cualquier tipo blanco; no les arrancan la vida con sus puños ni las arrastran por el suelo cogiéndolas del cabello.

—¡Malditos ellos! gruñó la vieja Guttersnipe soñolienta, yo les sacaré el corazón.

—Yo creí volverme loca, dijo Sal quitándose el pelo enmarañado de la frente, porque después que dejé al chino, seguí caminando y caminando en el bosque tratando de que se me refrescara la cabeza porque la sentía como fuego. Me humedecí al pasar un río, me quité el sombrero y las botas y me acosté sobre la yerba, y entonces, como llovió, seguí á una casa que estaba cerca, donde me recibieron. Oh! qué gente tan bondadosa, dijo suspirando. ¡Ellos no me molestaron acerca de mi conducta y me alimenta-

con bien. Les di un nombre que no era el mío, estaba temerosa que el ejército me encontrara; después me enfermé y no volví á saber nada por varias semanas. Allí decían que tenía perdida la cabeza y apenas pude vine á ver á mi abuela.

—Maldita! dijo la vieja, pero con tan tierno acento que parecía una bendicion; entonces avergonzada de su momentánea emocion, añadió precipitadamente: ¡Vaya al infierno!

—¿Y la gente que la cuidaba á usted nunca dijo nada acerca del asesinato? preguntó Colton.

Sal movió la cabeza.

—No; era muy lejos, en el campo, y allí nunca sabían nada.

—Ah! eso lo explica todo, murmuró Colton para sí. Venga ahora, dijo él con alegría y me dice todo lo que aconteció la noche que usted trajo á Mr. Fitzgerald á ver á la "Reina."

—¿Quién es él? preguntó Sal admirada.

—Mr. Fitzgerald es el caballero á quien llevó usted la carta á Melbourne Club.

—¡Oh! él? dijo Sal iluminando un resplandor su pálido rostro; no sabía su nombre hasta ahora.

Colton movió la cabeza con complacencia.

—Ya lo sabía, dijo. Esa fue la razón por que usted no preguntó por él en el Club.

—Ella nunca me dijo su nombre, y señaló con la cabeza la cama donde murió la "Reina."

—Entonces ¿á quién le dijo que trajera? preguntó Colton con ansiedad.

—A nadie, replicó la muchacha. Esto sucedió: aquella noche la "Reina" estaba horriblemente enferma y yo sentada á su lado mientras mi abuela dormía.

—¡Demonio! Yo estaba borracha, prorrumpió con furia la vieja; ninguna de tus condenadas mentiras; estaba borrachísima; ¡gloria! ¡aleluya!

—Y me dijo ella, continuó la muchacha sin dar importancia á las interrupciones de la vieja: "Consígame papel y un lápiz, quiero escribir una carta." Fui á conseguir lo que ella me pedía y lo saqué de una caja de la abuela.

—¡Lo robaste, bendita! gritó la Guttersnipe sacudiéndole el puño.

—Cállese usted, dijo Kilsip perentoriamente.

Mother estalló con una andanada de juramentos y habiendo dicho rápidamente todo lo que sabía, cayó en un silencio obstinado.

—Escribió en el papel, continuó Sal, y me dijo que le llevara al Melbourne Club y se lo entregara á él. Yo le pregunté: ¿quién es él? y ella me dijo: "Eso está en la carta, no haga usted preguntas y no oirá usted mentiras, sino entrégueselo á él en el club y espérelo en la esquina de Bourke y Russell Street." Yo fuí y le entregué la carta á un sirviente del club y luégo el salió y me dijo: "Llévame á donde está ella." Yo lo traje.

—¿Y cómo era el caballero?

—Oh! muy buen mozo, dijo Sal; muy alto, con el pelo y el bigote rubios; estaba vestido en traje de visita, sobretodo de paño y sombrero flojo.

—Era Fitzgerald, sin duda, murmuró Colton. ¿Y qué hizo él cuando vino?

—Siguió derecho á donde estaba ella, quien le dijo: "¿Es usted?" y él contestó: "Yo soy." Entonces dijo ella: "¿Sabe usted lo que yo voy á decir?" El contestó: "Nó." Después ella dijo: "Es acerca de ella," y lo vio que se puso muy pálido. "¿Cómo se atreve usted á tener su nombre en sus viles labios?" y ella se levantó gritando: "Haga salir esta muchacha y le diré á usted." Entonces él me tomó por el brazo y me dijo: "Salga usted." Yo salí y no sé *más*.

—¿Y cuánto tiempo estuvo él con ella? preguntó Colton, quien había estado escuchando atentamente relación tan mal expresada.

—Cerca de media hora, respondió Sal. Yo lo llevé hasta Russell Street cuando faltaban veinticinco minutos para las dos, pues yo miré el reloj del correo. El me dio un soberano y siguió calle arriba precipitadamente.

—Necesitaría poco más ó menos para ir á pie al Este de Melbourne veinte minutos, se dijo Colton. Así, él debió entrar á la casa á la hora que dice Mrs. Sampson. ¿Estuvo él con la "Reina" todo el tiempo? preguntó mirando á Sal con fijeza.

—Yo estaba en la puerta, dijo Sal señalándola, y él no podía salir sin que yo lo viera.

—¡Oh! todo está muy bien, dijo Colton dirigiéndose á Kilsip; no había ninguna dificultad para probar una coartada, pero, añadió volviéndose á Sal: ¿Acerca de qué hablaban ellos?

—No sé contestó Sal. Yo estaba en la puerta y hablaban tan paso, que no pude oírlos, pero de repente él exclamó en alta voz: "¡Dios mío, esto es horrible!" y oí una violenta carcajada; luégo vino donde yo estaba y me dijo como loco: "Sáqueme de este infierno," Y yo lo saqué.

—¿Y cuando usted volvió?

— Ella estaba muerta.

—¿Muerta?

—Completamente muerta, dijo Sal.

—Y yo nunca supe que estaba en el cuarto con un cadáver, aulló Mother Guttersnipe despertándose. ¡Maldita! Ella siempre hacía las cosas al revés.

—¿Cómo lo sabe usted? dijo Colton con aspereza á tiempo que se levantaba para irse.

—Yo la conocí mucho antes que usted, demonio, gruñó la vieja fijando su maligna vista en el abogado; y yo sé cuanto usted quiere saber, pero nunca lo sabrá, nunca!

Colton se apartó de ella moviendo los hombros.

—Usted irá á la corte mañana con Mr. Kilsip, dijo él á Sal, y allí repetirá lo que usted me ha dicho.

—Todo es verdad, dijo Sal. El permaneció aquí todo el tiempo.

Colton se dirigió hacia la puerta seguido del detective, cuando Mother Guttersnipe se levantó.

—¿Dónde está el dinero por haberla encontrado? gritó señalando con uno de sus flacos dedos á Sal.

—Bien: considerando que la muchacha se encontró ella misma, dijo Colton con sequedad, el dinero está en el Banco y allí quedará.

—¿Me van á robar mi dinero ganado con tánto trabajo? aulló la furia, ¡maldito! pero yo tengo la ley y usted será puesto en custodia.

—Usted será la que va á prisión si no se modera, dijo Kilsip con su suave modo.

—Bah! gritó Mother Guttersnipe sacudiendo los dedos. ¿Qué me importa á mí su maldita prisión? ¿No he estado en Peutrige, y qué me pasó? ¿No estoy tan vigorosa como una muchacha? Condenado y maldito usted!

Y la vieja bruja, para comprobar la verdad de sus palabras, bailó una especie de danza guerrera en frente de Mr. Colton, castañeteando los dedos y profiriendo maldiciones como acompañamiento de su baile. Con su abundante cabello blanco suelto, que se extendía durante sus rápidas vueltas y con sus grotescas miradas, parecía á la débil luz de la vela una fantástica aparición. Colton recordando las relaciones que había oído de las mujeres de París, durante la revolución, y la manera como bailaban «La Carmagnola,» pensó que Mother Gutternsipe habrá estado en su elemento en ese mar de sangre y turbulencia. El, sin embargo, apenas encogió los hombros y salió del cuarto con una final maldición proferida en ronca voz, Mother Gutternsipe cayó exhausta sobre el suelo aullando por ginebra.

CAPITULO XIX

El veredicto del jurado

Es inútil decir que la corte en la mañana siguiente estaba llena de gente y que hubo muchos que no consiguieron entrar. La noticia de que Sal Roulins, única persona que podía comprobar la inocencia del acusado, se había encontrado y que debía aparecer en la audiencia aquella mañana, se había extendido rápidamente, y esperaba con confianza la absolución del prisionero, gran número de entusiastas amigos que habían brotado de todos lados como los hongos en sólo una noche. Había, por supuesto, mucha gente prudente que aguardaba oír el veredicto del Jurado, para dar su opinión, creyéndole aún criminal. Pero la inesperada aparición de Sal Roulins había inclinado la gran masa de la opinión pública en favor del prisionero,

y muchos que habían sido exagerados en sus juicios contra Fitzgeral, estaban ahora casi convencidos de su inocencia. Clérigos piadosos hablaban con incoherencia del dedo de Dios, y de la inocencia nunca injustamente sacrificada, que era lo mismo que contar los pollos antes de estar los huevos empollados, pues el veredicto aún no se había dictado.

Félix Rolleston se despertó, y se encontró notable aunque en pequeña escala. Por su buen natural, su simpatía por Brian y por un ligero espíritu de contradicción, había hecho manifiesta su creencia en la inocencia de éste, y ahora con sorpresa veía que su juicio en el asunto venía á ser correcto. Había recibido tántas alabanzas de todos lados por su presunta sagacidad, que pronto llegó á pensar que su idea sobre la inocencia de Fitzgerald le había venido por una serie de raciocinios hechos en calma, y no por su deseo de diferir de todos en su opinión sobre el caso.

De todos modos, Félix Rolleston no es el único hombre que, sorprendido al principio por la grandeza que le han conferido, no venga despuès á creerse digno de ella. Era, sin embargo, hombre inteligente, y aprovechó el fugaz momento de su prosperidad para proponer matrimonio á Miss Frattleweight, quien despuès de alguna vacilación, convino en dotarle con su persona y sus millares. Ella decidió que su futuro esposo era un hombre de inteligencia poco común, viendo que él hacía tiempo había llegado á una conclusión que el resto de los jóvenes de Melbourne principiaba á descubrir hasta ahora y así determinó que tan pronto como tuviese autoridad matrimonial, Félix como Strenephon, en "Yolanda," iría al parlamento, y que con el cerebro de él y con el dinero de ella, podía algún día llamarse esposa del primer ministro. Mr. Rolleston no tenía idea de los honores políticos que pensaba conferirle su futura esposa, y ocupaba su mismo lugar en la audiencia y conversaba del asunto.

—Yo sabía que era inocente, ¿no lo sabe usted? dijo con una sonrisa de complacencia. Un hombre tan buen mozo, y todo lo demás, como Fitzgerald, no podía cometer un asesinato.

Aconteció que un clérigo oyera al gallardo Félix cuando hacía esta petulante observación, y no conviniendo con ella enteramente, predicó un sermón probando que la belleza y el crimen estaban estrechamente unidos; y que tanto Judas Iscariote, como Nerón habían sido hermosos.

—Ah! dijo Colton cuando oía el sermón. Si esta teoría es verdadera, cuan sinceramente piadoso debe de ser este clérigo! Esta alusión á la fisonomía, del reverendo, era malévola, pues no era del todo repulsiva. Pero Colton era de esos hombres de ingenio, que prefieren perder una amistad á callar un epigrama.

Cuando el prisionero entró, un murmullo de simpatía corrió á través de la apiñada audiencia; tan enfermo y abatido parecía, y Colton no podía comprender que la expresión de su rostro fuera tan diferente de la de un hombre cuya vida se había salvado ó más bien que iba á salvarse, pues aún no se sabía la conclusión.

—Usted sabe quién robó los papeles, pensó Colton, y el hombre que las robó es el asesino de Whyte.

Habiendo entrado el juez, la sesión se abrió y Colton se levantó para pronunciar su discurso, y en pocas palabras expuso la línea de defensa que intentaba seguir.

Primero citaría á Albert Dendy, relojero, para probar que el jueves por la noche, á las ocho, estuvo en la casa del prisionero mientras la casera estaba ausente, y arregló y reguló el reloj de la cocina. Después citaría á Félix Rolleston, amigo del acusado, para probar que éste no usaba anillos, y que frecuentemente le oyó hablar con desagrado de tal constumbre. Después citaría á S. Broun, sirviente del Melbourne Club, para probar que el jueves por la noche le entregó una tal Sal Roulins una carta para el preso, y que éste salió del club antes de la una de la mañana del viernes. También citaría á Sal Roulins para probar que ella entregó la carta al sirviente del club á un cuarto para las doce el jueves en la noche, y que pocos minutos después de la una de la mañana del viernes, ella condujo al acusado á un arrabal de Little Bourke Street, y que él estuvo allí entre la una y las dos de la mañana del viernes, que es la hora en que se dice tuvo lugar el

crimen; siendo esta su defensa del cargo presentado contra el acusado, comenzaba por llamar á Albert Dendy.

Albert Dendy, debidamente juramentado, expuso:

«Yo soy relojero y tengo mi oficina en Fitzroy. Recuerdo que el jueves, 26 de Julio último, fuí por la noche á Poulett Street, en East Melbourne á ver á mi tía, quien es la casera del prisionero; estaba ausente y la esperé en la cocina, pero creyendo que era tarde para aguardar más tiempo, miré el reloj de la cocina y luégo el mío, y viendo que aquél estaba diez minutos adelantado lo arreglé y lo regulé correctamente.»

Colton. —¿A qué hora lo reguló usted?

Testigo. —Como á las ocho de la noche.

C. —¿Entre esa hora y las dos de la mañana podía el reloj haberse adelantado diez minutos?

T. —Nó; no era probable.

C. —¿Se adelantaría algo?

T. —Nó; el tiempo no era suficiente.

C. —¿Vió usted á su tía aquella noche?

T. —Sí, me esperé hasta que entró.

C. —¿Y usted le dijo que había arreglado el reloj?

T. —Me olvidé de hacerlo.

C. —¿Entonces ella continuaba en la idea de que estaba diez minutos adelantado?

T. —Sí, así lo supongo.

En seguida Félix Rolleston fué llamado y depuso lo siguiente;

—Soy íntimo amigo del acusado; hace cinco ó seis años que le conozco, y en todo ese tiempo no le he visto usar anillos; frecuentemente me ha dicho que no le agradan ni usa anillos.

En la declaración jurada:

Fiscal de la Corona. —No ha visto usted usar un anillo de diamante al preso?

T. —Nó, nunca.

F. —¿Nó; ha visto usted alguna vez anillo de esa clase en su poder?

T. —No le he visto comprar anillos de señora, pero nunca le vi anillos de los que usan los caballeros.

F. —¿Ni un anillo de sello?

T. —Ni un anillo de sello.»

Después, Sal Rouling ocupó el banco de los testigos y expuso:

«Conozco al prisionero. Entregué en el Melbourne Club, una carta dirigida á él, á un cuarto para las doce de la noche del jueves 26 de Julio último. Yo no sabía su nombre. El me encontró poco después de la una en la esquina de Bourke y Russell Street, á donde se me había dicho que lo esperara, y le llevé á la morada de mi abuela, en un callejón de Little Bourke Street. Allí había una mujer moribunda, quien había mandado por él; entró y estuvo con ella como veinte minutos, después lo llevé de nuevo á la esquina de Bourke y Russell Street. Poco después de dejarlo oí sonar los tres cuartos.

F. —¿Está usted segura que el prisionero es el mismo hombre que encontró usted esa noche?

T. —Completamente cierta, con la ayuda de Dios.

F. —¿Y él la encontró á usted pocos minutos después de la una?

T. —Sí, poco más ó menos cinco minutos. Yo oí el reloj dar la una antes de que él llegara, y cuando le dejé otra vez, faltaban veinticinco minutos para las dos, pues yo me demoré diez minutos en llegar á casa y oí dar los tres cuartos justamente en la puerta de la casa.

F. —¿Cómo sabe usted que faltaban exactamente veinticinco minutos para las dos, cuando usted le dejó?

T. —Porque vi el reloj; como le dejé en la esquina de Russell Street y bajé por Bourke, pude ver el reloj del correo, tan claro como de día, y cuando entré á Swanton Street, vi el otro reloj de la ciudad y señalaba la misma hora.

F. —¿Y usted en todo ese tiempo vio siempre al acusado?

T. —Nó; había sólo una puerta en el cuarto, y yo estaba sentada en la puerta de afuera, y cuando él salió, me tropezó.

F. —¿Estaba usted dormida?

T. —Nó, apenas en una deliciosa pestañeada.»

Colton entonces hizo llamar á Sebastián Broun, quien depuso:

«Conozco al prisionero; es miembro del club de Melbourne, de donde soy sirviente. Recuerdo la noche del 26 de Julio. Aquella noche el testigo que acaba de declarar, trajo una carta para el acusado; era un cuarto para las doce; apenas me la entregó se fue; yo la entregué á Mr. Fitzgerald, quien salió del club, poco más ó menos faltando diez minutos para la una.»

Con esto se cerraron las pruebas de la defensa, y después de que el Fiscal de la Corona hizo su discurso, en el cual expuso la evidencia circunstancial que existía contra el prisionero, Colton se levantó para dirigirse al Jurado. Era un buen orador é hizo una magnífica defensa. No se le escapó un solo punto que no tocara, y aquella brillante pieza de oratoria forense, se recuerda y se habla de ella con admiración en Temple Court, y Chancery Lane.

El comenzó haciendo una animada descripción de las circunstancias del crimen, del encuentro del asesino y su víctima en Collins Street, del coche que corría hacia St. Kilda, de la salida del asesino después de cometido el asesinato y de la habilidad del criminal para ponerse en seguridad, despistando la policía.

Después de haber encadenado así la atención del Jurado por su precisión en el relato del crimen, hizo observar que la evidencia presentada por el Fiscal era toda circustancial, y que no habían podido identificar al hombre que entró al coche con el prisionero sentado en el banco de los acusados.

Que la suposición de que el hombre que llamó el coche fuera una misma persona, no descansaba sobre otra base que la declaración del cochero Royston, quien aunque no estaba embriagado del todo, sí estaba de acuerdo con su mismo dicho, en situación de no poder distinguir al hombre que llamó el coche del que entró en él.

El hecho se había ejecutado por medio del cloroformo; por lo tanto si el preso era responsable, él debía haberlo comprado en alguna tienda ó haberlo obtenido de alguno de sus amigos, y la acusación no había exhibido

la menor pieza que mostrara cómo y cuándo se había obtenido el cloroformo.

Con respecto al guante que pertenecía al hombre asesinado y que se encontró en el bolsillo del defendido, él lo recogió del suelo cuando encontró á Whyte borracho tendido en el suelo cerca de Scotch Church.

Ciertamente no había ninguna prueba de que lo hubiera alzado antes de entrar al coche; pero tampoco había de que lo hubiera cogido dentro de éste.

Era más natural que el guante, y especialmente un guante blanco, lo hubiera visto á la luz de la lámpara cerca de Scotch Church que en la oscuridad del coche, en donde había poco espacio y la oscuridad era completa, estando las cortinas corridas.

El cochero Royston juró positivamente que el hombre que había salido del coche en el camino de St. Kilda, llevaba un anillo de diamante en el dedo índice de la mano derecha, y el cochero Rankin juró la misma cosa acerca del hombre que se desmontó en Poulet Street.

Contra esto puede presentarse la declaración de uno de los más íntimos amigos del defendido, quien por espacio de cinco años lo veía diariamente y había jurado que el primero no tenía la costumbre de usar anillos.

El cochero Rankin también juró que el hombre que entró en su coche, en el camino de St. Kilda, se desmontó en Poulet Street, East Melbourne, á las dos de la mañana del viernes, porque él oyó dar esa hora en el reloj del correo; mientras que la declaración de la casera del prisionero muestra claramente que él entró á la casa cinco minutos antes, y su declaración fue apoyada por la del relojero Dendy.

Mrs. Sampson vio el puntero de su reloj de la cocina señalar cinco minutos para las dos, y pensando que estaba cinco minutos atrasado, dijo al detective que el prisionero no había entrado hasta las dos y cinco, hora en que debía llegar el hombre que se desmontó del coche á su apartamento, dando por sentado que hubiera sido el acusado. La declaración del relojero Dendy muestra palpablemente que él había arreglado el reloj á las ocho de la noche del jueves, que era imposible que se adelantara diez minutos

antes de las dos de la mañana, y que por lo tanto la hora cinco minutos para las dos, que vió Mrs. Sampson, era la correcta, y el prisionero llegó á la casa cinco minutos antes de que el otro se desmontara del coche en Paulet Street; que estas pruebas bastarían para demostrar que su defendido era inocente, pero que la declaración de la mujer Roulins debe probar conclusivamente al Jurado que él no fue el hombre que cometió el crimen; que el testigo Brown ha probado que la mujer Roulins le entregó una carta, la cual él dió á Mr. Fitzgerald, y que éste salió del club para asistir á la cita de que se hablaba en la carta, carta que, ó más bien sus restos, han sido exhibidos. La mujer Roulins juró que el preso la encontró en la esquina de Bourke y Russell Street y fue con ella á uno de los arrabales para ver allí la persona que había escrito la carta.

Ella también ha probado que al tiempo de la ejecución del crimen el prisionero estaba en el arrabal al lado de la cama de la mujer moribunda, y que como no había sino una puerta en el cuarto, él no podía salir sin que la testigo lo viese.

La mujer Roulins más adelante prueba que ella dejó al prisionero en la esquina de Bourque y Russell Street, faltando veinticinco minutos para las dos, cinco minutos antes de que Royston llevara su coche á la estación de policía de St. Kilda, con el cadáver adentro.

Finalmente, la mujer Roulins ha probado sus palabras declarando que vió el reloj del correo y otro reloj; y que suponiendo que su defendido saliera de la esquina de Bourke y Russell Street, como ella dice que lo hizo, él debió llegar á East Melbourne en veinte minutos, lo que hace cinco minutos para las dos de la mañana, hora en la cual, de acuerdo con la declaración de la casera, entró en su apartamento; que todas las pruebas dadas por los diferentes testigos están de acuerdo completamente y forman una cadena que muestra todos los movimientos del prisionero á la hora en que se cometía el asesinato; y que por lo tanto era absolutamente imposible que el asesinato lo hubiera cometido el hombre que estaba en el banco de los acusados; que la prueba más fuerte presentada por la

acusación, fue la de la testigo Hableton, que juró que el prisionero había amenazado la vida de Whyte, pero el lenguaje era solamente el brote de un apasionado irlandés, y no era suficiente para probar que el crimen hubiera sido cometido por el prisionero, y que la defensa que ha intentado el prisionero es probar una coartada, y las declaraciones de los testigos presentados prueban conclusivamente que no cometió el asesinato ni pudo hacerlo.

Finalmente, Colton terminó su bien elaborado discurso, que duró más de dos horas, con una brillante peroración, haciendo presente á los jurados que basaron su veredicto sobre los sencillos hechos del caso, y que si así lo hacían no podían resolver de otra manera que fallando así: No es responsable.

Cuando Colton se sentó, un murmullo de aplausos se oyó, el cual se extinguió en el acto en que el juez, comenzaba su resumen del juicio, que fue en todo favorable á Fitzgerald.

El Jurado se retiró, é inmediatamente, hubo silencio profundo en el numeroso auditorio, silencio poco natural, semejante al del populacho romano, apasionado por el derramamiento de sangre cuando veía los mártires cristianos arrodillados en la caliente y amarillenta arena del anfiteatro, y observaba las flexibles formas de los leones y de las panteras deslizándose con firmeza hacia sus presas.

Como era tarde, se había encendido el gas, y una débil luz se extendía por todo el ámbito del espacioso salón, aumentando así la singularidad de la escena.

A Fitzgeral le habían sacado del recinto cuando se retiró el Jurado, pero los espectadores continuaban mirando con fijeza el vacío banco que parecía atraerlos con una indescriptible fascinación.

Las conversaciones eran apenas en voz baja, y hasta éstas hubo un momento en que cesaron del todo, no oyéndose más que el acompasado ruido del reloj, y uno que otro suspiro de algunos tímidos espectadores.

De repente, una mujer cuyos nervios estaban sobreexcitados, lanzó un grito que llevó su mágica influencia al través de la colmada sala; la mujer fue retirada y de

nuevo reinó el silencio; todos los ojos estaban fijos en la puerta por donde debía presentarse el Jurado con su veredicto de vida ó muerte.

Las manecillas del reloj se movían con lentitud, un cuarto, media hora, tres cuartos, hasta que sonaba la hora con agudos golpes que á todos sobresaltaban.

Madge, sentada, con sus manos estrechamente comprimidas, comenzaba á temer que sus ya debilitados nervios cediesen.

—¡Dios mío! murmuró débilmente para sí; ¿nunca terminará esta ansiedad?

En ese momento la puerta se habrió y entró el Jurado. El prisionero ocupó su banco, el juez reasumió su silla; más esta vez con el gorro negro en el bolsillo, como todos lo esperaban.

Después de las formalidades de costumbre, y cuando el Presidente del Jurado se puso de pie, todas las cabezas se extendieron hacia adelante, y todos los oídos se pusieron alerta para coger las palabras que salieran de sus labios.

Un ligero rubor apareció en el rostro del prisionero, pero inmediatamente después volvió á quedar pálido como la muerte, dirigiendo una nerviosa mirada á la negra é impasible figura que apenas divisaba.

Entonces se oyó el veredicto claro y desicivo: «NO ES RESPONSABLE.»

Un aplauso general repercutió en la sala; tal era la simpatía por Brian.

En vano el ujier llamó al orden hasta que se enrojeció su rostro como hierro ardiente; en vano el juez amenazó con castigar á todos por irrespetos á la corte; su voz no se oía en medio del entusiasta alboroto que se prolongó por más de cinco minutos. El juez recobró su aplomo y dictó la sentencia poniendo en libertad al prisionero de acuerdo con el veredicto del Jurado. Colton había triunfado en muchas causas, pero es incuestionable que ninguna le había producido mas satisfacción que esta que proclamó la inocencia de Fitzgerald.

Brian se levantó libre del banco del acusado y entró, rodeado de innumerables amigos que lo congratulaban, á

un pequeño cuarto fuera de la audiencia, en donde una mujer lo esperaba, quien se colgó á su cuello y con suspiros de alegría y gratitud, dijo:

—¡Mi amor! ¡mi querido! Yo sabía que Dios lo salvaría.

CAPITULO XX

"El Argos" da su opinión

La mañana siguiente á la conclusión del juicio apareció en *El Argos* el artículo siguiente con referencia al asunto:

«Durante los tres meses pasados con frecuencia hemos comentado en nuestras columnas el extraordinario caso conocido generalmente con el nombre de «El misterio de un coche.»

«Podemos decir con certeza que es el caso más notable que se ha presentado en nuestra corte de justicia criminal, y que el veredicto dictado por el Jurado ayer ha hecho más profundo el anterior misterio.

«Por una serie de extrañas coincidencias se sospechó que un joven colono, Mr. Brian Fitzgerald, fuera el asesino de Whyte, y si no hubiera sido por la oportuna aparición de la mujer Roulins, quien, perdida ya toda esperanza de encontrarla, se presentó á última hora, estamos seguros de que se hubiera dictado el veredicto de criminalidad y un hombre inocente se hubiera castigado por el crimen de otro.

«Afortunadamente, para los intereses de la justicia y para el del acusado, su defensor, Mr. Colton, con incansable diligencia descubrió el último testigo y comprobó una coartada.

«No hubiera sido por esto, á despecho de los argumentos hechos por el ilustrado defensor en su brillante discurso pronunciado ayer, que trajo como consecuencia la absolución del prisionero, dudamos mucho que el resto de las pruebas levantadas en favor del sindicado hubieran sido suficientes para declararle inocente.

«Las únicas pruebas en favor de Mr. Fitzgerald, eran: la incapacidad del cochero Royston para identificarlo, bajo juramento, con el hombre que entró al coche con Whyte; el anillo de diamante que llevaba el hombre, no usando anillos Mr. Fitzgerald, y la diferencia en la hora, afianzada con juramento por el cochero Rankin y la casera Mrs. Sampson.

«Contra estos testimonios la acusación levantó una masa de pruebas que parecía conclusiva para declarar la criminalidad del prisionero; pero la presencia de Sal Rowlins en el banco de los testigos disipó toda duda.

«En lenguaje sencillo por demás, pero en el cual se ve clara la verdad, atestiguó bajo juramento que Mr. Fitzgerald estuvo en uno de los arrabales de Bourke Street entre la una y las dos de la mañana del viernes, que fue la hora en que se cometió el asesinato.

«En vista de estas circunstancias, el Jurado unánimemente dictó el veredicto de «No es responsable,» y el acusado fue puesto en libertad. Nosotros tenemos que congratular á Mr. Colton por su hábil defensa y á Mr. Fitzgeral por su providencial escapatoria de un deshonroso é inmerecido castigo.

«El dejó la audiencia sin una mancha en su carácter y con el respeto y simpatía de todos los australianos, por el valor y dignidad con que se comportó en todo, cuando estaba cubierto por la sombra de tan serio cargo.

«Pero ahora cuando ya está probada conclusivamente la inocencia de Mr. Fitzgerald, se presentan á la mente de todos estas preguntas: "¿Quién es el asesino de Oliver Whyte?" El hombre que cometió este atroz crimen está en libertad, y probablemente en medio de nosotros. Envalentonado con la impunidad con que ha escapado de las manos de la justicia, puede estar paseando en nuestras calles, y hablando del mismo crimen de que es el perpetrador. Seguro con el pensamiento de que sus huellas se han perdido para siempre, desde la hora en que se desmontó del coche de Rankin, en Powlett Street, se ha aventurado á permanecer en la ciudad y quizá había estado en la audiencia durante el juicio.

«Más aún: este mismo artículo que su crimen nos ha puesto en la necesidad de escribir, puede caer bajo su vista y hacerlo regocijar al ver la fútil de los esfuerzos que se han hecho para descubrirlo. Pero que sepa que la justicia no es ciega, sino que está vendada, y que cuando menos lo espere él, ella desgarrará la venda que cubre sus perspicaces ojos, y le traerá á la luz del día para que reciba el castigo de su crimen. Debido á los fuertes indicios que había contra Fitzgerald, los detectives siguieron sólo en esa dirección, pero chasqueados de un lado, volverán al otro, y ahora sí esperamos con completo éxito.

«Que un hombre como el asesino de Whyte está libre es una amenaza no sólo para el individuo en particular, sino para toda la comunidad; pues es bien sabido que el tigre que ha probado una vez sangre humana, nunca puede vencer su sed por tal bebida; y que sin duda el hombre que á sangre fría, y tan villanamente asesinó á un ebrio indefenso, no vacilará en cometer un segundo crimen.

«El sentimiento actual en todas las clases sociales de Melborne, debe de ser de terror por estar ese hombre en libertad, semejante al que se apoderó de todos los corazones en Londres, cuando los asesinatos de "Marr" se cometieron y se supo que el asesino se había escapado. Quienquiera que haya leído la gráfica descripción de "De Quincey" de los crímenes perpetrados por Williams, debe temblar al pensar que podemos tener un demonio semejante en el seno de nuestra ciudad. Es una necesidad imperiosa que tal sentimiento de intranquilidad se calme, ¿pero cómo puede lograrse esto? Es muy diferente hablar de obrar, y parece que hasta ahora no hay un solo hilo que pueda conducir al descubrimiento del verdadero asesino.

«El hombre del sobretodo claro que salió del coche de Rankin en Poulett Street, East Melbourne, con manifiesto designio, como ahora aparece de hacer recaer las sospechas sobre Fitzgerald, se ha desvanecido completamente, como los hechiceros de Macbeth, sin dejar huella detrás. Eran las dos de la mañana cuando salió del coche, y en un barrio tranquilo como East Melbourne, era probable no hu-

había nadie en la calle, y pudo fácilmente escaparse sin ser visto. Lo único que pudiera conducir á su descubrimiento, son los papeles que fueron sacados del bolsillo del hombre muerto. Qué eran esos papeles sólo dos personas lo sabían: Whyte y la mujer llamada la "Reina," y ambas están muertas; el que lo sabe ahora, fué el que cometió el crimen. No puede haber duda en la mente de nuestros lectores de que esos papeles fueron el motivo del crimen. La idea de robo queda destruida con el dinero que se le encontró al cadáver; y el hecho de traer guardados esos papeles el finado en un bolsillo interior del chaleco, demuestra que eran de gran valor.

«La razón que tenemos para creer que la mujer muerta conocía la existencia de esos papeles, es esta: Parece que ella vino de Inglaterra con Whyte, como su querida, y que después de estar algún tiempo en Sidney vino á Melbourne. Como vino á caer en tan inmundo y detestable antro como en el que murió, no podemos saberlo, á menos que viendo que estaba entregada á la bebida, algún judío la llevara borracha á la humilde choza de Mrs. Rawlins. Whyte la visitaba allí con frecuencia, pero parece que no intentó nunca llevarla á un alojamiento mejor, donde conocerían que el doctor decía que podía morir si la exponían al aire libre. Nuestro reporter supo por uno de los detectives que la mujer muerta hablaba frecuentemente con Whyte acerca de ciertos papeles y que en una ocasión la oyó decirle: "Ellos harán su fortuna si usted hace buen juego." Esto lo dijo al detective la mujer Rawlins, á quien con su providencial aparición debe su salvación Fitzgerald. De esto puede deducirse que los papeles, cualesquiera que fuesen, eran de valor suficiente para tentar á otro á cometer el asesinato por obtenerlos. Por lo tanto, habiendo muerto Whyte, y su asesino escapado, el único camino de resolver el secreto que está en la raíz de ese árbol del crimen, es descubrir la historia de la mujer que murió en el arrabal.

«Pudiendo trazarla algunos años atrás, pueden aparecer circunstancias que revelen qué contenían esos papeles, y una vez sabido esto, podemos decir que el asesino será pronto descubierto. Esta es la única probabilidad de

averiguar el motivo y el autor del misterioso crimen, y si fracasa esta probabilidad, podemos agregar la tragedia del coche á la lista de crímenes ocultos, y el asesino de Whyte no tendrá más castigo que el remordimiento de su conciencia."

CAPITULO XXI

Tres meses después

Era un caluroso día de Diciembre, con un cielo azul sin nubes y un sol ardiendo sobre la tierra, vestida con todo el esplendor de su traje de verano; tal descripción del nevoso Diciembre debe de sonar mal en oídos ingleses, y una Nochebuena cálida debe sorprenderlos por lo fantástica, como la representación en el "Sueño de una noche de verano," sorprendió á Demetrio cuando dijo: "Este es hielo ardiente y un maravilloso fuego frío." Pero aquí en Australia está el reino de las inversiones, y muchas cosas resultan al contrario, como los sueños. Aquí los cisnes negros son un hecho establecido, y el proverbio concerniente á ellos cuando se consideraban como aves emblemáticas, como el fénix, ha quedado sin valor alguno después de los descubrimientos del Capitán Cook. Fuera de aquí la madera de anclas se sumerge y la piedra pómez flota, lo que debe sorprender al curioso observador, como un capricho de la madre naturaleza. En Inglaterra el tren de Edimburgo lleva al intrépido viajero á un clima frío con montañas cubiertas de nieve y vientos invernales; pero aquí, mientras más al Norte se marche más calor se encuentra hasta llegar á Queensland, en donde el calor es tan grande, que un viajero profano de dotes epigramáticas, una vez con acierto la llamó "Un infierno amateur." Pero á pesar de contrarias las manifestaciones de la naturaleza, la raza inglesa es lo mismo en este gran continente que en el viejo país. John Bull, Paddy y Sandy, todos son de espíritu conservador y con opiniones fijas con respecto al mantenimiento de las viejas costum-

bres. Por lo tanto en un cálido día de Nochebuena á más de cien grados (Fh) en la sombra, los australianos divertidos se sientan á comer el *roast-beef* y *plum puding* de la vieja Inglaterra, el que comen con delicia y como si fuera un mandato hortodoxo, y la víspera de Añonuevo el festivo celta va á las puertas de sus amigos con una botella de whiskyy cantando un alegre verso de "Auld lang Syne." Sin embargo son estas peculiares costumbres las que dan la individualidad á una nación, y John Bull afuera no pierde nada de su obstinación insular, celebra su Nochebuena de acuerdo con la moda antigua y usa sus vestidos á la moderna sin importarle el calor y el frío.

Una nación que nunca se rinde al fuego de los enemigos, no puede esperarse que sucumba al calor del sol, pero si algún mortal ingenioso inventara algún ligero y vaporoso traje, tomando por modelo los vestidos griegos y consintieran los australianos en adoptarlo, la vida en Melbourne y sus hermanas ciudades sería mucho más fresca de lo que es actualmente.

Madge pensaba algo acerca de esta moda, sentada en el ancho corredor en un estado de postración producida por el calor y mirando á las extensas llanuras secas y áridas bajo el ardiente sol. Había una especie de ligero vapor que se levantaba y quedaba suspendido entre el cielo y la tierra, y al través de su velo las distantes colinas parecían aereas y fantásticas.

Madge tenía delante el jardín que con mirarlo no más aumentaba el calor que ella sentía, tan vívidos eran los colores de las flores. Grandes matorrales de adelfas con sus brillantes botones rosados, exuberantes rosales con sus flores amarillas, blancas y rojas, y todo esto imitando una especie de arco iris de muchas flores de variados colores con tan resplandecientes tintes que dolían los ojos al verlo con el ardiente sol, y buscaban descanso en el verde de los árboles que rodeaban la pradera.

En el centro había un estanque redondo rodeado por un anillo de mármol blanco y contenía dentro una inmóvil sábana de agua que reflejaba como un espejo con los rayos de la luz; la casa principal del establecimiento llamado Jallock era larga y baja, sin escaleras y con un ancho

corredor que casi la rodeaba, celocías verdes colgaban entre los pilares para impedir que los rayos del sol penetraran; en todas partes había sillas mecedoras de paja, novelas, tapetes, botellas desocupadas de soda y muchas otras pruebas de que los huéspedes de Mr. Frettlby, habían sido prudentes y habían permanecido adentro durante el calor del medio día.

Madge estaba sentada en una de esas cómodas sillas y dividía su atención entre la belleza del mundo exterior que podía contemplar al través de un estrecho claro que dejaba la cortina, y una nueva novela de Mullen que tenía abierta sobre sus rodillas. Esta última no le interesaba mucho; y no hay porqué maravillarse, pues era una de esas producciones políglotas del presente que contienen citas del idioma de todas las naciones bajo el sol y en donde todos los personajes hablaban una bárbara jerga de inglés y francés con ocasionales entromisiones de alemán. La poderosa y flexible lengua inglesa, que fue suficiente para los profundos pensamientos de Macaulay y Addison, es despreciada por muchos de nuestros modernos novelistas que escriben en una estúpida mezcla de francés é inglés, lo cual es tan irritante como pedantesco.

Con una de estas curiosidades literarias en sus rodillas no es sorprendente que dejara caer descuidada al suelo la novela que leía y se entregara á sus tristes pensamientos. Ella no tenía buena apariencia de salud, pues la prueba al través de la cual ella había pasado, fue muy grande y dejó una impresión de pesar en su bello rostro; en sus ojos, también, usualmente tan serenos, había una mirada indecisa cuando, recargada su cabeza en las manos recordaba las amarguras del año anterior.

Después de estar libre Brian del cargo de asesinato, de Oliver Whyte, su padre la había llevado al establecimiento de Jabiba, con la esperanza de que restableciera su salud. La tirantez mental que había tenido durante el juicio, había casi traído un ataque de fiebre cerebral; pero aquí, lejos de la vida excitante de la ciudad, en el tranquilo retiro del campo, había recobrado su salud pero no su espíritu. Las mujeres son más impresionables

que los hombres, y esta es talvez la razón de envejecer más pronto.

Las penas que apenas afectan al hombre, dejan una indeleble marca en la mujer, tanto en la parte física como en la mental.

El terrible episodio del asesinato de Whyte había transformado á Madge de alegre y espiritual muchacha en grave y bella mujer. ¡Ah! El pesar es una hada poderosa que si toca alguna vez el corazón, cambia nuestro modo de apreciar la vida, sus placeres ya no nos dominan por completo; deseados con ardor, son frutos del Mar Muerto satisfechos. El pesar es la Isis del mundo, cubierta con su velo; roto éste, vemos su arrugado rostro y sus lúgubres ojos, y una vez penetrados sus misterios, la mágica luz de la ilusión se aleja, y sólo vemos los duros y amargos hechos de la vida en su franca desnudez.

Tales eran los sentimientos de Madge; ahora veía el mundo no como el fantástico jardín de sus ensueños juveniles, sino como el valle de lágrimas que todos debemos recorrer para llegar á la tierra prometida.

Y Brian también había cambiado; algunos cabellos blancos se mezclaban en sus castaños rizos, y su carácter alegre y animado se había convertido en irritable y exagerado.

Después del juicio había dejado la ciudad inmediatamente á fin de evitar el encuentro con sus amigos, y se había retirado á su establecimiento que estaba contiguo al de los Frettlby. Allí trabajaba todo el día y fumaba toda la noche, pensando en el maldito secreto que le había confiado la mujer moribunda, y que amenazaba ser la fatídica sombra de su vida.

De cuando en cuando iba á visitar á Madge, pero solamente cuando su padre estaba en Melbourne, pues un sentimiento de desagrado hacia el millonario se había apoderado de él, sin poder Madge dejar de censurárselo como injusto, recordándole que su padre siempre estuvo en su favor en la época de su desgracia. Pero había otra razón para que Brian se mantuviera alejado de Jabba Jallock, y era la de evitar encontrarse con la alegre sociedad que allí se reunía, sabiendo que desde el juicio había sido

objeto de curiosidad y simpatía para sus amigos, lo que incomodaba su natural orgullo.

Para la Nochebuena Mr. Frettlby había convidado bastante gente de Melbourne, y aunque Madge hubiera preferido estar sola, no pudo oponerse á los deseos de su padre; tuvo que hacer los honores de la casa con rostro sonriente y [illegible] corazón.

Félix Rolleston, que había entrado hacía un mes al noble ejército de los benedictos, estaba allí con Mrs. Rolleston, antes Miss Featherweight, quien le manejaba con vara de hierro.

Habiendo compensado á Félix con dinero, quería sacar buen provecho, y como tenía la ambición de brillar en la sociedad de Melbourne, había insistido en que Félix estudiara ciencias políticas, para que cuando llegara la próxima eleccion general, entrara al parlamento.

Félix se había resistido al principio, pero luégo cedió y descubrió que el mejor modo de pasar su tiempo agradablemente era tener una buena novela entre sus papeles parlamentarios, y así adquirió reputación de consagrado estudiante á poca costa.

También habían traído á Julia con ellos, y esta muchacha resolvió llegar á ser la segunda Mrs. Frettlby.

No recibió mucho aliento en su empresa, pero, como los ingleses en Waterlóo, no supo que estuviera derrotada y continuó el asedio del corazón de Mr. Frettlby con constancia.

El doctor Chinston había venido por unos días, de descanso, y no volvió á consagrar ni un pensamiento á su numerosa clientela ni á las salas de hospital que tenía que visitar.

Completaban la partida algunos jóvenes, y entre ellos un inglés de apellido Paterson, quien se divertía viajando y era un antiguo colono lleno de reminiscencias de los pasados días, cuando no había ni una lámpara de gas en todo Melbourne.

Todos habían salido para el billar dejando á Madge sola en su cómoda silla, medio dormida.

De repente se despertó al oír detrás de ella unos pasos, y al volverse vió á Sal Roulins vestida con una

aseadísima bata negra, sombrero y delantal blancos y con un libro abierto en la mano. Madge agradecida, con ella por haberle salvado la vida á Brian, la había recibido de sirvienta.

Mr. Frettlby al principio se opuso á que una mujer caída, como Sal, estuviera al lado de su hija; pero Madge dijo que ella de ese modo sacaría á la infeliz muchacha de la vida de perdición que llevaba, y al fin Mr. Frettlby consintió, aunque con repugnancia.

Brian también se opuso pero cedió viendo que Madge estaba decidida á hacerlo.

Mother Guttersnipe, quien caracterizaba el asunto como un maldito «humbug,» también consintió, y Miss Frettlby se puso inmediatamente á la obra de remediar la defectuosa educación de Sal, enseñándola á leer. El libro que tenía en la mano era una cartilla, y lo pasó á Madge.

—Yo creo que ya lo sé, Miss, dijo respetuosamente cuando Madge la miraba sonriendo.

—¿Lo sabe usted, verdad? dijo Madge con alegría. Muy pronto podrá usted leer de corrido, Sal.

—Lea usted esto, dijo Sal tocando á *Tristan*, novela por Zoe, libro que tenía Madge cerca de sí.

—Nó, dijo Madge cogiendo el libro con una mirada de desprecio; yo quiero que usted lea inglés, y no una confusión de lenguas, como esto. Hoy hace demasiado calor para dar lección, prosiguió recostándose en su silla. Acérca un asiento y conversemos.

Sal lo hizo, y Madge miró los hermosos tiestos de flores, y la sombra del alto olmo que se levantaba á un lado del prado. Deseaba hacerle una pregunta á Sal, y no sabía cómo hacerlo. Las extravagancias é irritabilidad de Brian últimamente la tenían incómoda, y con el rápido instinto de su sexo, las relacionó indirectamente con la mujer que había muerto en el arrabal. Ansiosa de compartir las penas de Brian y aliviar su carga, determinó averiguar á Sal lo concerniente á aquella misteriosa mujer, y descubrir si era posible el secreto que le había dicho á Brian y que tan profundamente había afectado á este.

—Sal, dijo después de una corta pausa volviendo sus claros y hermosos ojos á la muchacha: necesito preguntarle á usted alguna cosa.

Sal tembló y se puso pálida.

—¿Acerca.... acerca de aquello?

Madge inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Sal vaciló un momento y después se arrojó á los pies de su señora.

—Yo le diré á usted, gritó. Usted ha sido muy bondadosa conmigo y tiene derecho para saberlo. Yo le diré á usted todo lo que sé.

—Entonces, preguntó Madge con firmeza, comprimiendo sus manos, ¿quién era esa mujer á quien Mr. Fitz gerald fue á ver, y de dónde vino?

—Mi abuela y yo la encontrámos una tarde en Little Bourke Street, contestó Sal, cerca del teatro; estaba completamente borracha, y la llevámos á casa.

—¡Cuán bondadosa es usted! dijo Madge.

—¡Oh! no fue por eso, replicó la otra con sequedad. Mi abuela quería sus vestidos, estaba elegantemente vestida.

—¿Y le quitó el traje? ¡qué malvada!

—Cualquiera otro lo hubiera hecho en lugar nuestro, contestó Sal con indiferencia, pero mi abuela cambió de pensamiento cuando la llevábamos á casa; yo salí á traer ginebra para mi abuela, y cuando volví estaba acariciando y besando á la mujer.

—¿La reconoció ella?

—Sí, así lo supongo, replicó Sal, y la mañana siguiente cuando la señora estuvo en su acuerdo hizo una seña á mi madre y exclamó: Yo venía á verla á usted.

—¿Y entonces?

—Mi abuela me mandó salir del cuarto, y ellas tuvieron una larga conversación; cuando entré de nuevo, mi abuela me dijo que la señora iba á permanecer con nosotras porque estaba enferma, y me mandó á que trajera á Mr. Whyte.

—¿Y él fue?

—¡Oh! sí, con frecuencia, dijo Sal. Tuvieron un altercado la primera vez que fue; pero cuando vio que estaba enferma[,] mandó por un médico pero nada se adelantó. Estuvo dos semanas con nosotras y murió la mañana que vio á Mr. Fitzgerald.

—Supongo que Mr. Whyte acostumbraba conversar con ella.

—Sí, contestó Sal, pero siempre nos hacían salir del cuarto antes de comenzar.

—Y, preguntó Madge vacilando, ¿no oyó usted alguna de esas conversaciones?

—Sí, una, contestó la otra. Yo estaba molesta por el modo como nos hacían salir de nuestro propio cuarto; y una vez cuando cerraron la puerta, y mi abuela salió por ginebra, me acerqué allí y escuché. El quería que ella le diera unos papeles, y ella rehusaba hacerlo diciendo que primero moriría, pero al fin él los obtuvo y se marchó con ellos.

—¿Usted los vio? preguntó Madge; y la afirmación de Gorby, de que Whyte había sido asesinado por unos papeles, iluminó su mente.

—No del todo, dijo Sal. Yo estuve mirando por el ojo de la cerradura, cuando ella los sacó de debajo de la almohada, él los tomó y los llevó á la mesa donde estaba la vela y los examinó: estaban en una ancha cubierta azul, con la escritura en ella, en tinta roja; entonces él los metió al bolsillo y dijo: «Usted los perderá,» y contestó ella: «Nó; yo siempre los he tenido conmigo», y si él los quiere, tendrá que matarme antes de conseguirlos.

—¿Y usted no supo quién era el hombre para quien esos papeles eran de tánta importancia?

—Nó, no supe; ellos nunca nombraban personas.

—¿Y cuándo consiguió Whyte los papeles?

—Una semana antes de que lo asesinaran, dijo Sal después de pensar un momento; y no volvió nunca. Ella se estaba esperándole día y noche, y se enfurecía viendo que no llegaba. Yo le oí decir: «Usted piensa que me ha vencido y me deja morir aquí, pero yo estorbaré su juego,» y entonces escribió aquella carta á Mr. Fitzgerald, y yo le llevé á donde ella, como usted sabe.

—Sí, sí, dijo Madge con algo de impaciencia. Todo eso lo oí en el juicio, pero ¿qué conversación tuvieron Mr. Fitzgerald y esa mujer? ¿La oyó usted?

—Una que otra frase, replicó la otra. Yo no lo dije en el juicio por temor de que el abogado me reprendiera por ponerme á escuchar. La primera cosa que oí á Mr. Fitzgerald, fue: «Usted está loca,» eso no es cierto, y ella dijo: «Que Dios me ampare si es cierto, y Whyte tiene la prueba,» y entonces él gritó: «Mi pobre muchacha» y ella dijo: «¿Se casará usted con ella ahora?» y él contestó: «Sí, la amo ahora más que nunca;» y entonces haciéndole ella una seña dijo: «Dañele su juego si usted puede,» y él respondió: «¿Cuál es el nombre de usted?» y ella dijo......

—¿Cuál? preguntó Madge casi sin aliento.

—¡Rosana Moore!

Hubo una aguda exclamación cuando Sal dijo el nombre, y Madge, volviéndose rápidamente, vio que Brian estaba de pie á su lado, pálido como la muerte, con los ojos fijos en Sal, que también se había levantado.

—Continúe usted, dijo él con dureza.

—Eso es todo lo que sé, replicó ella disgustado.

Brian dio un suspiro de alivio.

—Usted se puede ir, dijo lentamente; yo deseo hablar con Miss Frettlby sola.

Sal le miró por un momento y dirigió una ojeada á su señora, quien inclinó su cabeza en señal de que podía salir, cogió su libro y con otra aguda é interrogadora mirada dirigida á Brian, se volvió y marchó con lentitud hacia la casa.

CAPITULO XXII

Una hija de Eva

Después de que Sal entró á la casa, Brian se hundió en una silla al lado de Madge, suspirando con cansancio. Traía traje de montar que sentaba muy bien á su arrogante figura, y estaba notablemente hermoso, pero con apariencia enfermiza y sumamente triste.

—¿Qué estaba usted preguntando á esa muchacha? dijo Brian con brusquedad quitándose el sombrero y arrojándolo al suelo junto con sus guantes.

Madge se encendió por un momento, y después, tomando las fuertes manos de Brian en las suyas, le miró con firmeza su severo rostro.

—¿Porqué no tiene usted confianza en mí? le preguntó ella con tranquilo tono.

—No es necesario que yo la tenga, respondió él disgustado. El secreto que Rosana Moore me dijo en su lecho de muerte no es nada benéfico para que usted lo sepa.

—¿Es acerca de mí? persistió Madge.

—Es y no es, contestó Brian epigramáticamente.

—Supongo que eso significa que es acerca de una tercera persona, pero concerniente á mí, dijo ella con calma soltándole las manos.

—Bien, sí, dijo golpeándose las botas con su fuete; no es nada que pueda mortificarla á usted mientras lo ignore, pero que Dios le ayude si alguien se lo dice, porque con eso se amargaría su vida.

—Es tan dulce mi vida ahora, contestó Madge con ligera ironía; usted está tratando de apagar el fuego derramando aceite en él, y lo que usted dice me hace insistir más para saberlo.

—¡Madge! imploro de usted que no persista en esta loca curiosidad, dijo él casi colérico; esto la hará á usted desgraciada.

—Si me concierne tengo derecho para saberlo, contestó ella; cuando yo me case con usted ¿cómo podremos ser felices con la sombra de un secreto entre los dos?

Brian se levantó y se recostó en la baranda del corredor, con un duro entrecejo.

—¿Se acuerda usted de este verso de Browning? dijo él con frialdad:

Manzanas maduras
No hay que coger,
Porque así nuestro Edén
Podemos perder.

Singularmente aplicable á nuestra presente conversación, me parece.

—Ah! dijo ella enrojeciéndose de cólera. Usted lo que pretende es vivir en un paraíso de locos, que en cualquier momento puede desaparecer.

—Eso depende de usted, contestó Brian con frialdad; yo nunca excité su curiosidad diciéndole que había un secreto; pero lo dije inadvertidamente á Colton en la declaración jurada. Yo le dije á usted con candidez que yo sabía algo por Rosana Moore concerniente á usted, indirectamente, por intermedio de tercera persona. Pero que no produciría ningún bien revelarlo y sí amargaría nuestras vidas.

Ella no contestó y miró en frente los rayos del sol.

Brian cayó de rodillas á su lado y le comprimió las manos en actitud de súplica.

—Oh! mi adorada, gritó con tristeza, ¿no puede usted tener confianza en mí? Su amor, que ha sido tan bien probado, no puede perecer por esto. Déjeme usted la miseria de saberlo solo, sin manchar su tierna vida con el conocimiento de tal secreto.

Yo se lo diría si pudiera, pero ¡Diosme ayude! no puedo, no puedo; y sepultó su rostro entrelas manos.

Madge apretó los labios y tocó la hermosa cabeza de Brian con sus blancos dedos. Sostenía un combate en su pecho entre su curiosidad femenina y su amor por el hombre que estaba á sus pies: el último venció y ella reclinó su cabeza sobre la de él.

—Brian, murmuró Madge con suavidad, que sea como usted quiere; nunca trataré de saber ese secreto, pues usted así lo desea.

El se puso de pie, la estrechó entre sus robustos brazos y con una alegre sonrisa.

—Mi muy querida, dijo besándola con pasión, y por unos momentos quedaron ambos en silencio. Comenzaremos una nueva vida, dijo él al fin; alejaremos el triste pasado de nosotros y sólo pensaremos de él como de un sueño.

—Pero el secreto siempre lo molestará á usted, murmuró ella.

—El se desvanecerá con el tiempo y con el cambio de escena, respondió Brian tristemente.

—¡Cambio de escena! repitió Madge sobresaltada. ¿Se ausenta usted?

—Sí; he vendido mi posesión y dejaré para siempre á Australia en el curso de tres meses.

—¿Y á dónde va usted? preguntó la muchacha con asombro.

—A cualquier parte, dijo él con amargura. Voy á seguir el ejemplo de Caín y estaré errante sobre el haz de la tierra.

—¿Solo?

—A eso he venido donde usted, dijo Brian mirándola con fijeza. He venido á preguntar á usted si quiere casarse conmigo inmediatamente y dejaremos á Australia juntos.

Ella vaciló.

Yo sé que es pedir demasiado, dijo él con precipitación, que deje sus amigos, su posición y....(vacilando) su padre; piense en mi vida sin usted, piense cuán solo estaré vagando al rededor del mundo; pero usted no me abandonará ahora que tánto la necesito; ¿vendrá usted conmigo y será mi buen ángel en el futuro como lo ha sido en el pasado?

Ella le pasó su mano sobre el brazo y mirándole con sus claros y hermosos ojos dijo: Sí.

—Gracias á Dios, por tal bondad, dijo Brian reverentemente, y reinó de nuevo el silencio entre ellos.

Luégo se sentaron y conversaron haciendo planes, edificando castillos en el aire, según la moda de los enamorados.

—No sé que pueda decir papá, observó Madge, dándole vueltas á su anillo de compromiso.

Brian frunció el ceño y una sombra pasó por su cara.

—Supongo que debo hablarle á él, ¿no? dijo al fin con repugnancia.

—Sí, naturalmente, replicó ella con ligereza. Es solamente una formalidad pero debemos observarla.

—¿Y dónde está Mr. Frettlby? preguntó Fitzgeral levantándose.

—En el billar, contestó Madge. Nó, continuó, cuando vio á su padre entrar al corredor; aquí está.

Brian no había visto á Mark Frettlby hacía algún tiempo y se sorprendió del cambio que había tenido lugar en su apariencia. Antes era derecho como una flecha, tenía una cara severa pero fresca y rosada; ahora estaba ligeramente encorvado y su rostro envejecido y marchito; sus espesos cabellos negros estaban matizados con blanco; lo único que no había cambiado en él eran sus ojos que conservaban su perspicacia y brillantez.

Viendo Brian cuán envejecido estaba su propio rostro, cuán alterado el de Madge, se sorprendió al ver el de Mr. Frettlby y pensó que si este repentino cambio podía llevarse á la misma fuente, es decir, al asesinato de Oliver Whyte. Mr. Frettlby parecía triste y pensativo cuando llegó, pero al ver á su hija, una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Mi Fitzgeral, dijo tendiendo su mano; esta es en verdad una sorpresa. ¿Cuándo vino usted?

—Hace media hora, replicó Brian tomando con repugnancia la mano que le tendía el millonario. Vine á ver á Madge y á tratar un asunto con usted.

—Ah! perfectamente, dijo el otro rodeando con su brazo el talle de su hija. ¿Es por eso por lo que han subido las rosas á su rostro, señorita? prosiguió acariciándole las mejillas con jovialidad. ¿Usted se quedará á comer naturalmente, no? Fitzgeral.

—No, gracias, contestó Brian precipitadamente. Mi vestido....

—Tontería, interrumpió Frettlby; no estamos en Melbourne, y estoy seguro de que Madge excusará su traje. Usted debe quedarse.

—Si, quédese, dijo Madge en tono comprometedor tocando ligeramente su mano. Le veo tan poco, que no puedo conformarme con media hora de conversación.

Parecía que Brian hacía un violento esfuerzo.

—Muy bien, dijo en voz baja, me quedaré.

—Y ahora, dijo Frettlby en tono festivo, sentándose; estando arreglada la cuestión de la comida, ¿qué es lo que usted quiere decirme? ¿Su posesión?

—No, respondió Brian recostándose en la baranda del corredor mientras Madge deslizaba su mano sobre su brazo; he vendido mi posesión.

—¡La ha vendido! dijo Frettlby aturdido. ¿Por qué?

—Estoy cansado y necesito un cambio.

—Ah! dijo el millonario moviendo la cabeza, "piedra que rueda no cría musgo." Sabe?

—Las piedras no ruedan por su propio acuerdo, dijo Brian con tristeza, están impelidas por una fuerza sobre la cual no tienen dominio.

—Ah! en verdad, dijo Mr. Fettlby en tono de chanza, y puedo preguntar ¿cuál es la fuerza que lo impulsa á usted?

Brian miró al viejo con tánta fijeza, que éste tuvo que bajar la vista.

—Bien, dijo con impaciencia mirando á los dos jóvenes que estaban de pie á su lado. ¿Qué quieren ustedes de mí?

—Madge ha convenido en casarse conmigo inmediatamente, y yo necesi o su consentimiento.

—¡Imposible! dijo Fettlby.

—La palabra *imposible* no existe, replicó Brian con frialdad recordando la observación de Richelieu. ¿Por qué rehusa usted? Yo soy rico ahora.

—Bah! dijo Fettlby levantándose con impaciencia: no es en dinero en lo que estoy pensando; tengo suficiente para ustedes dos; pero yo no puedo vivir sin Madge.

—Entonces véngase con nosotros, dijo su hija besándole.

Su amante, sin embargo, no secundó la invitación, estuvo retorciéndose el bigote caprichosamente, y mirando al jardín con aire distraído.

—¿Qué dice usted, Fitzgeral? dijo Fettlby mirándole con fijeza.

—Oh! de...so naturalmente, contestó Brian con confusión.

—En ese caso, replicó el otro con frialdad, yo le diré cómo haremos; he comprado un yate de vapor que estará listo para salir al mar á fines de Enero; usted se casará con mi hija inmediatamente, é irán al rededor de la Nue-

va Zelanda, durante su luna de miel. ¡Cuando regresen, si me siento inclinado á hacerlo, y ustedes no tienen inconveniente, yo me les uniré y daremos la vuelta al mundo.

—Oh! ¡qué delicia! dijo Madge palmoteando, me agrada tánto el mar, con un compañero, porsupuesto, agregó con una atrevida mirada á su amante.

El rostro de Brian se había animado considerablemente, pues él había nacido marino, y un paseo en yate, en las azules aguas del Pacífico, con Madge de compañera, era para él llegar tan cerca del paraíso como ningún mortal había llegado.

—¿Y cuál es el nombre del yate? preguntó con profundo interés.

—¿Su nombre? repitió Mr. Frettlby, precipitadamente. Oh! un nombre muy feo, que intento cambiar. Ahora se llama el "Rosana"

—¡Rosana!

Brian y su prometida, ambos se sobresaltaron, y el primero miró con curiosidad al viejo, sorprendido de la coincidencia del nombre del yate, con el de la mujer que murió en el arrabal de Melbourne.

Mr. Frettlby se ruborizó algo cuando vio los ojos de Brian fijos en él con tan inquisitiva mirada, que se levantó riéndose con embarazo.

—Ustedes son un par de amantes tocados de la luna, dijo con jovialidad tomando el braso de cada uno de ellos y llevándoles hacia la casa; ustedes olvidan que la comida está pronta.

CAPITULO XXIII

En medio de las nueces y del vino

Moore, el más dulce de los bardos, dice: "No hay nada más bello en la vida que los sueños de amor de la juventud."

Pero evidentemente hizo esta aserción en sus días de escasez, antes de saber el valor de una buena digestión.

Para un joven apasionado, los sueños de amor de la juventud son, sin duda, muy encantadores; los amantes, por regla general, tienen poco apetito; pero para un hombre que ha visto el mundo y bebido hasta las heces el vino de la vida, no hay nada tan dulce como una buena comida.

"Duro corazón y buen estómago hacen á cualquier hombre feliz." Esta observación la hizo Talleyrand, un cínico si se quiere, pero hombre que conocía el carácter de su generación y de sus días.

Ovidio escribió sobre el arte de amar; Brillant Savarin escribió sobre el arte de comer, y damos diez á uno á que el tratado gastronómico del brillante francés es más extensamente leído que los cantos apasionados del poeta romano.

¿Quién no estima como la más valiosa y más dulce de las veinticuatro horas del día, aquella en que, sentados al rededor de una mesa artísticamente arreglada, con viandas preparadas con delicadeza, buenos vinos y agradable compañía, nos abandonamos á una deliciosa sensación de absoluto gozo, olvidados de todos los cuidados y pesares del día? La comida con ingleses es un asunto generalmente fastidioso, y hay una tirantez en todo que se comunica á los invitados, quienes comen y beben con solemnidad, como si estuviesen ocupados en la ejecución de algun rito sagrado. Pero hay algunos entre ellos—pocos por cierto—que poseen el raro arte de dar buenas comidas, tanto en el sentido de la sociabilidad, como en el de la cocina. Mark Frettlby era uno de esos pocos individuos, que tenía genio innato para reunir sujetos agradables, que se entendían como si estuviesen incrustados uno entre otro.

El tenía un buen cocinero y los vinos eran magníficos, de suerte que Brian, á despecho de su tormento estaba alegre por haber aceptado la invitación. Los brillantes reflejos de la vajilla de plata, el lustre del cristal y la belleza de las flores, todo cubierto por el resplandor carmesí de una lámpara con globo rosado que pendía del cielo raso, producía una sensación placentera.

De un lado del comedor había ventanas francesas que se abrían sobre el corredor, y adelante se veían los árboles con su vivaz follaje verde y las flores con sus deslumbrantes colores, mitigados por el suave resplandor del crepúsculo.

Brian que se había hecho tan respetable como era posible, vista la extravagante circunstancia de asistir á la comida en traje de montar, estaba sentado al lado de Madge, tomando su vino con placer, y oyendo la agradable charla que había á su rededor.

Félix Rolleston estaba muy alegre, tanto más cuanto Mrs. Rolleston estaba al otro extremo de la mesa, oculta á su vista por un centro de flores y frutas. Julia Featherweight estaba al lado de Frettlby y le conversaba con tanta persistencia, que él deseaba llegara á poseerla el demonio de la mudez. El doctor Chinston y Paterson estaban sentados al otro lado de la mesa y el viejo colono Valpy tenía el puesto de honor, á la derecha de Mr. Frettlby.

La conversación había rodado sobre el asunto siempre fresco y fascinador de la política, y Mr. Rolleston pensó que esta era una buena oportunidad para avanzar sus miras al gobierno de la colonia y mostrar á su mujer que él realmente quería obedecer su deseo de que llegara á ser una notabilidad en el mundo político.

—Por Júpiter! ustedes saben, dijo accionando, como si se dirigiera á la Cámara, el país está en ruina y todo lo demás. Nosotros necesitamos un hombre como Beaconsfield.

—Ah! pero usted no puede encontrar todos los días un hombre como ese, dijo Frettlby, quien escuchaba con divertida sonrisa las divagaciones de Rolleston.

—Muy bueno sería, dijo el doctor Chinston con sequedad. El genio se haría demasiado común.

—Bien, cuando yo sea elegido, dijo Félix, quien tenía sus miras ocultas—que por modestia no hacía públicas—acerca de ser el próximo Disraeli en la colonia, yo probablemente formaré un partido.

—¿Para sostener qué? preguntó Paterson con curiosidad.

—Oh! bien usted ve, dijo Félix vacilando: yo no he trabajado un programa todavía. Así, nada puedo decir ahora.

—Sí, con dificultad puede darse una representación sin programa, dijo el doctor Chinston probando su vino. Todos se rieron.

—¿Y en qué funda usted sus opiniones políticas? preguntó Frettlby distraído sin mirar á Félix.

—Oh! vea usted; yo he leído los anales parlamentarios, la historia constitucional y á Vivian Grey, dijo Félix, quien empezaba á sentirse como en la mar.

—La última de las cuales es la que el autor llama un *lusus natura*, observó Chinston. No funde usted sus proyectos políticos sobre tan espumosas bases como en aquella novela, pues usted no encontrará aquí un Marqués de Carabas.

—Desgraciadamente no, dijo Félix con tristeza, pero podemos encontrar un Vivian Grey.

Todos se sonrieron, la alusión era patente.

—Bien, dijo Paterson, él no tuvo éxito al fin.

—Naturalmente, él no tuvo éxito, dijo Félix con desdén. Hizo á una mujer enemiga suya; y un hombre que es tan loco para obrar así, merece caer.

—Usted tiene una exelente opinión de nuestro sexo, Mr. Rolleston, dijo Madge con una maligna sonrisa dirigida á la esposa de éste, quien escuchaba con complacencia la charla sin objeto de su marido.

—No más de lo merecido, replicó Rolleston con galantería.

—¿Usted nunca ha estado en la política, Mr. Frettlby?

—¿Quién, yo? no, dijo éste saliendo de la distracción en que estaba sumido. Yo temo no ser suficientemente patriota, y mis negocios no me lo permitían.

—¿Y ahora?

—Ahora, dijo Mr. Frettlby mirando á su hija, yo voy á viajar.

—¡Qué cosa tan bella! dijo Paterson. Uno nunca se cansa de ver cosas curiosas en el mundo.

—He visto muchas cosas curiosas en Melbourne ca

los últimos días, dijo el viejo colono con una maliciosa mirada.

—Oh! dijo Julia poniéndose las manos en los oídos, no me las diga porque estoy segura que serán muy malos.

—No somos santos, dijo el viejo Balpy con una carcajada senil.

—Ah! entonces poco hemos cambiado á ese respecto, replicó Frettlby con sequedad.

—Vean ustedes los teatros ahora, dijo Balpy con la locuacidad de la vejéz: no tenemos una bailarina como Rosana.

Brian saltó al oír este nombre otra vez, y sintió que la mano fría de Madge tocaba la suya.

—¿Y quien era Rosana? preguntó Félix con curiosidad.

—Una actriz y bailarina, replicó Balpy moviendo la cabeza. ¡Qué belleza! todos estábamos locos por ella; qué pelo, qué ojos. ¿Usted se acuerda de ella? Frettlby.

—Sí, respondió éste en un tono singular.

Como la conversación parecía tener el estilo de sobremesa, Madge se levantó y todas las otras señoras siguieron su ejemplo. Félix, siempre político, mantuvo la puerta abierta para ellas, y recibió una sonrisa de su mujer como premio por su ilustrada conversación en la comida.

Brian se sentó tranquilo y maravillado de por qué había cambiado Frettlby de color al oír el nombre; él suponía que el millonario había tenido relaciones con la actriz, y no quería que se le recordaran sus tempranas indiscreciones, pero después de todo, ¿quién no hace lo mismo?

—Ella era tan ágil como una hada, dijo Bolpy con una maligna carcajada.

—¿Qué ha sido de ella? preguntó Brian.

Mark Frettlby miró hacia arriba con rapidez cuando Fitzgerald hizo esta pregunta.

—Se fue para Inglaterra en 1858, dijo Bolpy. No estoy completamente seguro si fue en Julio ó Agosto, pero sí fue en 1858.

—Usted me excusará Balpy, pero yo no pienso que estas reminiscencias de una bailarina sean divertidas, dijo Frettlby cortesmente sirviéndose un vaso de vino. Así, dejem os el asunto.

Cuando un hombre expresa un deseo en su propia mesa, es lo propio que nadie le contradiga; pero Brian se sentía fuertemente inclinado á continuar la conversación. La educación, sin embargo, le prohibía hacer otra observación, y él se consolaba con el pensamiento que después de la comida averiguaría al viejo Balby todo lo concerniente á la bailarina, cuyo nombre había sido causa de que Mark Frettlby exhibiera tan extraña emoción. Para su mortificación, cuando los caballeros entraron á la sala Frettlby llevó al viejo colono á su estudio, en donde se sentó con él toda la noche, conversando de los viejos tiempos.

Madge estaba tocando en el piano una sonata de Mendelssohn, "Cantos sin palabras," cuando entró Fitzgerald.

—¿Qué cosa tan triste está usted tocando, Madge? dijo él sentándose en una silla á su lado. Más parece música de funeral que otra cosa.

—Es verdad, dijo Félix que llegaba en ese momento, nada me agrada eso de "Opera 84," y todo ese *humbug* clásico. Toquemos algo alegre, como la "Bella Helena" y todo lo demas.

—¡Félix! dijo su mujer con severidad.

—Mi que querida, respondió él con audacia adquirida por el champaña que había tomado, usted observaba...

—Nada particular, contestó Mrs. Rolleston mirándolo con dureza; excepto que yo considero inferior á Offenbach.

—Yo nó, dijo Félix sentándose al piano, del cual Madge se había levantado, y para probarlo oigan ustedes.

Registro con rapidez el piano y se lanzó luégo en una brillante galopa de Offenbach, que produjo el efecto de despertar la concurrencia soñolienta después de la comida, y hacer correr con animación la sangre en sus venas. Cuando todos se levantaron, Félix viendo que tenía una audacia que lo admiraba, pues él no era persona de gastar sus dulzuras en el vacío, se preparó á divertirlos.

—¿Han oido ustedes el último canto de Frosti? preguntó cuando hubo concluido la galopa.

—Es el autor de "Por lo tanto" y "¿Cómo así?" Me agrada muchísimo su música, y la letra es tan dulce y tan linda.

—Infernalmente estúpidos, querrá decir, dijo Paterson á Brian; no tienen más que signifique algo que los títulos.

—Cántenos su nueva canción, le ordenó su esposa, y su obediente marido obedeció. Se titulaba la canción "En alguna parte," palabras de Vashty y música de Frosti, y era una de esas composiciones extraordinarias, que pueden significar cualquier cosa, es decir, siempre que se pudiera descubrir el significado. Félix tenía una bella voz aunque no fuerte, y la música era bastante buena, mientras que los versos eran misteriosos, incomprensibles. El primer verso era así:

Una efímera nube, una ola que se estrella,
Una luz solitaria en un cielo sin luna;
Una voz que parece como un amargo grito
Lleno de tristeza que saliera de la tumba;
Ah! yo no sé, mi dulce y solo amor, tus brillantes
Ojos y tus dorados cabellos dónde ocultas,
Mas yo sí espero que algún lugar ignorado,
Estrechando tus manos contemple tu hermosura
Y oprima feliz tus labios con mis ardientes labios,
Y cuando el ardoroso sol del verano luzca
Tú me esperes en mar ó tierra, en "Alguna parte."

El segundo verso era casi lo mismo que el primero, y cuando Félix terminó un murmullo de aplausos se oyó entre todas las señoras.

—Cuán dulcemente bello, dijo Julia, hay un mundo en esa canción.

—¿Pero qué sentido tiene? ¿qué significa? preguntó Brian extraviado.

—Nada quiere decir, dijo Félix asintiendo, pero no creo que usted pretenda que toda canción tenga una moraleja, como un libro de fábulas de Esopo.

—Palabras arregladas en largos renglones, dijo Brian encogiendo los hombros, y salió con Madge.

—Yo debo confesar que estoy de acuerdo con Brian, dijo el doctor. Me agradan las canciones que tienen sentido. La poesía de lo que usted cantó es tan incomprensible y misteriosa como la de Brouning, pero sin su genio para redimirla.

—¡Filisteo! murmuró Félix en voz apenas perceptible, y cedió su puesto á Julia, quien iba á cantar una balada llamada «Descendiendo la colina,» que había hecho furor en los círculos musicales de Melbourne durante los dos últimos *meses*.

Entretanto Brian y Madge paseaban á la luz de la luna. Era una noche deliciosa con un cielo azul sin nubes, tachonado de estrellas, y la amarillenta luna caminando al Occidente. Madge estaba sentada á un lado del bajo muro de mármol que rodeaba el estanque que había frente de la casa, y metiendo las manos en el agua fría. Brian estaba recostado en el tronco de una magnolia que con sus lustrosas hojas verdes y grandes flores de color de crema apareció fantástica á la luz de la luna. De la casa que les quedaba al frente salían arroyos de luz por las anchas ventanas, y al través de ellas se veían los danzantes bailando exitados por la música que tocaba Rolleston; y sus negras siluetas pasar y repasar por dentro de las ventanas; y se oían sus alegres risas, mezcladas á los acordes de la encantadora música del valse «Dígame adiós y váyase.»

—Parece una casa visitada por duendes, dijo Brian pensando en los fantásticos poemas de Poe, pero aquí es imposible que suceda eso.

—Yo poco sé acerca de eso, dijo Madge cogiendo en la palma de su mano un poco de agua que al dejarla caer de nuevo en el estanque, parecía un chorro de diamantes á la luz de la luna. Yo conocí una casa en St. Kilda que estaba hechizada.

—¿Cómo así? preguntó Brian con ecepticismo.

—¡Se sentían ruidos! contestó ella con solemnidad.

Brian soltó una carcajada y asustó á un murciélago que se vio revolotear rápidamente hasta que se alejó zumbando y se ocultó en un olmo.

Se levantó después de unos pocos momentos, se sirvió una copa de brandy y lo bebió con ansiedad. Entonces encendió mecánicamente un cigarro y salió del cuarto á la fresca belleza de la aurora.

Había un rosado resplandor al Oriente que anunciaba la proximidad del sol, y oyó el gorjeo de los pájaros despertándose en los árboles; pero Brian no veía el maravilloso crepúsculo, sino que inconscientemente miraba la roja luz que aparecía hacia el Este, pensando en la carta de Colton.

No puedo hacer más, dijo con amargura, reclinando su cabeza contra el muro de la casa; no hay sino un solo camino para detener á Colton, y es decírselo todo. ¡Mi pobre Madge, mi pobre Madge!

Un suave viento se levantó y murmuró entre los árboles y aparecieron en el Oriente grandes rayos de luz carmesí. Entonces, con un repentino resplandor, el sol se extendió sobre la neblina de la ancha llanura; sus calurosos rayos tocaban ligeramente la hermosa cabeza del hombre fatigado, y volviéndose levantó sus brazos hacia el gran luminar como si fuera un adorador del fuego.

Acepto el presagio de la aurora, gritó, por la vida de Madge y por la mía.

CAPITULO XXV

El doctor Chinston habla

Una vez tomada su resolución, Brian no dejó crecer la yerba bajo sus pies, y cabalgó con la tarde hacia Jallok para avisar su partida.

El sirviente le dijo que estaba en el jardín, y guiado por el sonido de alegres voces y ruidosas risas de bellas mujeres, pronto la encontró en el terreno del *lawn-tennis*. Madge y sus huéspedes estaban allí sentados bajo la som-

bra de un olmo, siguiendo con gran interés la partida que jugaban Rolleston y Peterson, quienes eran ambos buenos jugadores. Mr. Frettlby no estaba presente, pues se había quedado dentro escribiendo cartas y conversando con el viejo Mr. Valpy; Brian sintió un gran alivio cuando notó su ausencia. Madge lo divisó cuando descendía por la senda del jardín, y se precipitó á su encuentro, y extendiendo las manos cuando él se descubrió:

—¡Cuan bondadoso es usted en haber venido con tan ardiente día! dijo con placer tomándole del brazo.

—Sí, es algo molesto hasta en la sombra, dijo Mr. Rolleston riéndose y cubriéndose con la sombrilla.

—Perdóneme usted si pienso lo contrario, replicó Fitzgerald inclinándose y dirigiendo una expresiva mirada al encantador grupo de señoras que estaban bajo el árbol.

Mrs. Rolleston se ruborizó y movió la cabeza.

—Es muy fácil ver que usted viene de Irlanda, Mr. Fitzgerald, observó ella sentándose; usted está poniendo celosa á Madge.

—Así es, respondió Madge con una alegre sonrisa. Ciertamente Brian, yo informaré á Mr. Rolleston si usted sigue con tan galantes observaciones.

—Aquí vienen, dijo Brian, viendo que Félix y Peterson dejaban el terreno del *tennis*, y se acercaban al grupo debajo del árbol. Aunque vestidos con el ligero traje del juego, ambos parecían acalorados en exceso, y dejando sus raquetas se sentaron.

—Gracias á Dios que hemos concluído y que yo gané, dijo Rolleston limpiándose el sudor de la frente; ni los esclavos en las galeras pueden trabajar más fuertemente que nosotros hoy, mientras que ustedes, holgazanes compañeros, están sentados *sub tegmine fagi*.

—¿Qué significa eso? preguntó su mujer con indolencia.

—Que los que miran jugar, ven más del juego que los jugadores, contestó su marido con impudencia.

—Yo supongo que esa es una traducción libre y cómoda como dicen, dijo Peterson riéndose. Mr. Rolleston

debe dar algo á usted por su nueva y original aplicación de Virgilio.

—Que nos den hielo entonces, replicó Rolleston tendiéndose cuan largo era en el suelo, y contemplando el cielo azul al través de las tupidas hojas del árbol; siempre me agrada algo helado.

—Es costumbre que usted ha tenido, dijo Madge riéndose y dándole un vaso lleno de un dorado y espumoso licor con un pedazo de hielo dentro, que al golpear las paredes del vaso producía un sonido musical.

—No es el único que ha tenido esa costumbre, dijo Paterson con alegría al pasarle una bebida igual. "Es costumbre adquirida en el Ejército."

—Y todos decimos lo mismo, concluyó Rolleston alargando su vaso para tenerlo lleno de nuevo; yo tomaré otro si usted tiene la bondad. Oh! qué calientel

—¿Qué? ¿La bebida? dijo Julia burlándose.

—No, el día, respondió Félix haciéndole un gesto. Este es uno de aquellos días en que se siente uno inclinado á seguir el consejo de Smith; quitarse la piel para que el viento silbe por entre los huesos.

—Con viento tan ardiente dijo Paterson, pronto quedarían los huesos cocidos.

—Vaya usted, necio, replicó Félix arrojándole el sombrero; voy á llevarlo á jugar otro juego á los rayos del sol.

—Nó, replicó Paterson; como no soy salamandra, todavía no estoy acostumbrado á su clima, y creo que debe haber un límite hasta para el *lawn-tennis* y volviendo la espalda á Rolleston, se puso á conversar con Julia Featherweight.

Entre tanto Madge y su amante dejando esta frívola charla, se dirigieron lentamente hacia la casa, anunciándole Brian su próxima partida pero sin darle las razones de ella.

—Recibí una carta anoche, dijo mirando á otro lado, y como trata de un negocio importante, tendré que partir en el acto.

—No será mucho antes que nosotros, contestó Mad-

ge pensativa. Nos vamos al fin de la semana, según me dijo papá.

—¿Porqué?

—No se, dijo Madge, está tan intranquilo que en ninguna parte se acomoda. Dice que el resto de su vida lo va á pasar vagando por el mundo.

Repentinamente cruzó por la frente de Fitzgerald una línea del Génesis, que parecía singularmente aplicable á Mr. Frettlby: "Estarás fugitivo y errante sobre la tierra."

—Cada cual tiene esos accesos de malestar, tarde ó temprano, dijo. Yo creo que actualmente estoy en uno de ellos.

—Esto me recuerda lo que oí decir al doctor Chinston ayer, dijo ella. "Esta es la época de la inquietud; el vapor y la electricidad nos han convertido á todos en bohemios"

—Ah! Bohemia es un placentero lugar, dijo Brian distraído, citando inconscientemente á Thackeray, pero todos perdemos su camino tarde de la vida.

—A este paso, nosotros no perdemos nuestro camino hacia allí por algún tiempo, dijo Madge riéndose cuando entraban á la sala, obscura y fría, comparada con el calor y luz del exterior.

Cuando entraron, Mr. Frettlby se levantó de una silla cerca de la ventana, y parecía hubiera estado leyendo, pues tenía un libro en la mano.

—Bien, Fitzgerald, exclamó cordialmente alargándole la mano; estoy muy contento, de ver á usted.

—¿Así, puede usted ver que estoy vivo, no? replicó Brian sonrojándose al darle la mano con repugnancia. He venido á despedirme de ustedes por unos pocos días.

—Ah! regresa usted á la ciudad supongo, dijo Frettlby recostándose en su silla y jugando con la cadena del reloj. Yo no creo haga usted bien en cambiar el aire puro del campo por la polvorienta atmósfera de Melbourne.

—Madge me dice que ustedes también se irán, dijo Brian cogiendo un florero que estaba sobre la mesa.

—Depende de circunstancias, replicó Frettlby con indiferencia. Usted va á negocio, presumo.

—Bien, el hecho es que Colton.... Aquí se detuvo de repente y se mordió los labios con disgusto, pues no era su intención pronunciar el nombre del abogado.

—¿Sí? dijo Mr. Frettlby interrogándole con una mirada penetrante.

—Me necesita para algunos asuntos, contestó Brian con torpeza.

—Relacionados con la venta de su hacienda, supongo, dijo Frettlby sin quitar la vista de la cara del joven. No puede haber mejor hombre de negocios que Colton.

—Demasiado bueno, replicó Brian con tristeza, es hombre que no puede dejarse que obre solo.

—A propósito de qué?

—Oh! de nada, respondió con precipitación Brian, y en ese momento se encontraron sus ojos con los de Frettlby. Los dos hombres se miraron con fijeza por un instante, pero en tan corto espacio de tiempo sólo un nombre cruzó por sus cerebros: Rosana More era el nombre. Mr. Frettlby fue el primero que bajó la vista, y rompió así el hilo magnético.

—Ah! bien, dijo con ligereza extendiéndole la mano: si usted permanece dos semanas en la ciudad, vaya á St. Kilda con la seguridad de encontrarnos allí.

Brian apretó su mano en silencio y le vio tomar su sombrero y salir al corredor y de éste al jardín.

—El sabe, murmuró involuntariamente.

—¿Sabe qué, señor? dijo Madge que llegó en silencio y deslizó suavemente su brazo en el de Brian. ¿Qué quiere usted? Algo de comer antes de dejarnos, no?

—No apetezco nada, dijo Brian cuando se dirigían á la puerta.

—Tontería, replicó Madge; yo no voy á dejarle ir á Melbourne con rostro pálido, mi amor, como si usted hubiera sido mal atendido. Venga señor, continuó levantando la mano que él quiso besarle; primero los negocios y después los placeres, y entraron riéndose al comedor.

Mark Frettlby se dirigió al terreno del *lawn-tennis* pensando en la mirada que había visto en los ojos de Brian. Se estremeció un momento á pesar del sol ardiente, como si sintiera calofrío.

—Alguien que camina sobre mi tumba, se dijo con una cínica sonrisa. Bah! cuán supersticioso soy, y sin embargo, ¡él lo sabe! ¡él lo sabe!

—Venga usted acá, gritó Félix, quien ya lo había visto: la raqueta le espera.

Frettlby despertó sobresaltado y se halló en el *lan tennis* con Félix á su lado, fumando un cigarrillo.

Avanzó con grande esfuerzo, y dió una ligera palmada al jóven en el hombro.

—Cómo! ¿Usted verdaderamente espera que yo juegue *lawn-tennis* con este dia? ¿Está usted loco?

—¿Que estoy caluroso, quiere usted decir? replicó el imperturbable Rolleston, arrojando una corona de humo.

—Esa es una conclusión premeditada, dijo el doctor Chinston, que llegaba en el momento.

—Tan encantadora novela, gritó Julia al oir la última observación.

—¿Cuál es? preguntó Paterson sorprendido.

—La de *Houel. Una premeditada conclusión*, respondió Julia sorprendida á su vez. ¿No estaban hablando de ella?

—Temo, dijo Félix que esta conversación se esté haciendo algo incoherente. Todos parecemos más locos hoy que de ordinario.

—Hable por usted mismo, dijo Chinston con indignación, yo estoy tan cuerdo como ningún otro hombre en el mundo.

—Exacto, replicó el otro con frialdad, esa es mi idea, y siendo usted médico debe saber que todo hombre ó mujer en el mundo, es más ó menos loco.

—¿Dónde estan sus pruebas? preguntó Chinston sonriendo.

—Mis pruebas son muy visibles, dijo Félix con gravedad señalando el grupo. Todos están torcidos en una ú otra cosa.

Hubo un coro de indignación negando el hecho, pero luégo, todos se rieron al ver el modo singular como Félix argumentaba.

—Si usted arguye lo mismo en la Cámara, dijo Frettl-

ly alegre, de todos modos tendrá un entretenido parlamento.

—Pero nunca será bien divertido el parlamento, como cuando las señoras tomen asiento en él, dijo Paterson mirando con burla á Julia.

—Será un parlamento de amor entónces, repuso el doctor, y no de la Edad Media tampoco.

Mientras todos se reían con esta observación, Frettlby tomó el brazo del doctor y se alejó con él. Quiero que usted venga á mi estudio doctor, le dijo cuando se dirigían á la casa, y me examine.

—Por qué, ¿no se siente usted bien? dijo Chinston cuando entraron.

—Ultimamente no, dijo Frettlby. Temo estar enfermo del corazón.

El doctor le miró fijamente y movió la cabeza.

—Aprensiones, dijo el doctor. Todo el mundo cree estar enfermo del corazon, y en nueve, de diez casos, reside la enfermedad en la imaginacion; á menos, agregó con vaguedad, que el paciente sea jóven.

—Ah! entonces usted me cree libre por esa razón, dijo Frettlby cuando entraron al estudio; ¿y qué piensa usted con respecto al argumento de Rolleston, acerca de la locura general?

—Oh! muy divertido, replicó el doctor sentándose cuando Frettlby hizo lo mismo; eso es todo lo que puedo decir, aunque yo sí creo que hay más locos que los que el mundo reconoce.

—Verdad!

—Sí; ¿se acuerda usted de aquel hombre en la novela de Dickens, "Peckwick Papers," que estaba loco, y él lo sabía, y sin embargo lo ocultó con éxito por muchos años?

—Bien, yo creo que hay en el mundo muchos como ese hombre, cuyas vidas son un continuado esfuerzo contra la insanidad, y quienes no obstante, comen, beben, hablan y pasean, tan alegres y con corazón tan ligero como todos los demás prójimos.

—¡Qué extraordinario!

—La mitad de los asesinatos y suicidios se cometen en accesos temporales de locura, continuó Chinston, y si una persona alimenta una idea fija, su incipiente insanidad estallará más ó menos tarde; pero hay casos en que un individuo perfectamente cuerdo, puede cometer un asesinato en un impulso momentáneo, pero yo, hasta en esos casos, creo que el individuo está loco en el tiempo de hacerlo; sin dejar de creer que sí pueden pensarse y ejecutarse asesinatos con la mayor sangre fría.

—Y en este último caso, dijo Frettlby sin mirar al doctor y jugando con el cortapapel, ¿usted considera al asesino como loco?

—Sí, contestó el doctor con aspereza. Lo creo tan loco como la persona que matara á otra porque supusiera que Dios se lo había ordenado; hay método en la locura, y nada más.

Por ejemplo, el asesinato del coche, en el cual estuvo usted mezclado.

—¡Diablo, señor! yo no estuve mezclado en él, interrumpió Frettlby pálido de cólera.

—Perdóneme usted, dijo Chinston con frialdad; fue una ligereza de la lengua; estaba pensando en Fitzgerald. Bien: yo creo que ese crimen fue premeditado y que el hombre que lo ejecutó estaba loco. El está ahora libre y paseándose y conduciéndose con tanta cordura como usted ó yo; sin embargo el germen de insanidad está allí, y tarde ó temprano él cometerá otro crimen.

—¿Cómo sabe usted que fue premeditado? preguntó Frettlby rudamente.

—Cualquiera puede verlo, contestó Chinston. Whyte estaba vigilado aquella noche, y cuando Fitzgeral se alejó, el otro estuvo pronto para ocupar su lugar, vestido lo mismo que él.

—Eso nada quiere decir, replicó Frettlby mirando con fijeza á su compañero. Hay docenas de hombres en Melbourne que llevan traje de visita, sombrero flojo y sobretodo claro; generalmente así me visto yo.

—Bien: pudo haber sido una coincidencia, dijo Chinston algo desconcertado; pero el cloroformo pone la cues-

Penetraron en Little Bourke Street, y después de pasar los estrechos y obscuros callejones, con los cuales ya estaba Colton familiarizado, llegaron á la caverna de la Mother Guttersnipe, pues no de otro modo podía llamarse. Después de subir la débil escalera que crujía bajo su peso, entraron al cuarto, y encontraron á Mother Guttersnipe tendida en la cama, en un rincón del cuarto y á la semi-duende muchacha del cabello negro jugando naipe con otra desaliñada joven en la mesa de pino, á la luz de una vela de sebo.

Ambas se levantaron cuando los visitantes entraron, y la brujita empujó con disgusto una silla rota hacia Mr. Colton, mientras que la otra se retiró á un lejano rincón, y se agazapó allí como un perro.

El ruido de la entrada de los señores despertó á la vieja de un intranquilo sueño en que había caído, y sentándose en la cama recogió los cobertores á su rededor, y presentó tan espantoso espectáculo, que Colton involuntariamente retrocedió. Sus blancos cabellos estaban sueltos, y caían sobre sus hombros con profusión, su cara arrugada, con su nariz corva, y sus redondos y negros ojos, como cuentas de rosario, semejantes á los de las ratas; estaba inclinada hacia adelante, y sus flacos brazos, desnudos hasta el hombro, buscaban con estúpida indecisión, las ropas de la cama, las que cogía con sus manos como garras. Una botella de ginebra y una copa rota estaban al lado de la cama, cerca de ella; la alcanzó y se sirvió un trago que apuró con avidez. Un poco del licor se le fue por mal camino, y se vió presa de un acceso de tos que duró hasta que la muchacha la sacudió y le quitó la copa.

—Hambrienta, vieja bestia, murmuró esta amable niña, mirando dentro de la copa; sería capaz de beberse el Gauer hasta secarlo.

—Vayas! al infierno, dijo la vieja débilmente. ¿Quiénes son, Lizer? exclamó haciendo sombra á los ojos con su mano temblorosa, mientras trataba de mirar á Colton y al detective.

—Es el tipo de la policía y el *cachaco*, dijo Lizer

con prontitud, que vienen á verle amarrar los dedos de los piés.

—Todavía no estoy muerta, chicuela, gruñó la vieja con rara energía; si llego á levantarme yo seré la que te amarra los dedos, demonio.

Lizer soltó una aguda carcajada de desdén, y Kilsip entonces se adelantó.

—Nada de esto, dijo con seriedad, cogiendo á Lizer por su delgado brazo y empujándola hacia donde estaba la otra muchacha; estése ahí hasta que yo le permita moverse.

Lizer hechó hacia atrás su enmarañado pelo negro y estuvo á punto de dar una imprudente respuesta cuando la otra muchacha, que era mayor y más educada, sacó la mano y la obligó á sentarse á su lado.

Entretanto Colton estaba en el rincón dirigiéndose á la vieja bruja.

—¿Usted quería verme? le dijo con suavidad, porque no obstante la repugnancia que sentía hacia ella, con todo, era mujer y estaba moribunda.

—Bendito usted, aulló Mother Gutternipe, acostándose y tirando sus grasientos cobertores hasta el cuello. Usted no es clérigo, dijo con una repentina sospecha.

—Nó, soy abogado.

—Yo no voy á dejar que los malditos frailes vengan á rondar por aquí, dijo la vieja. No me voy á morir todavía, voy á ponerme buena y fuerte, y á pasarla bien.

—Temo mucho que usted no se reponga, dijo Colton con amabilidad; usted haría bien en permitirme mandar por un médico.

—Nó, de ninguna manera, replicó la bruja tratando de darle un puño con sus débiles fuerzas. Voy á limpiarme por dentro con un purgante de sal y sur; yo no necesito ni de frailes ni de médicos; ni de abogados tampoco si no fuera por que estoy pensando en hacer mi testamento. Bendito!

—Acuérdese que el reloj es para mí, gritó la muchacha desde el rincón. Si usted se lo da á Sal, yo le saco los ojos á ella.

—¡Silencio! dijo Kilsip.

Murmurando una maldición Lizer se sentó en su rincón.

—Ella es más aguda que el diente de una serpiente, dijo la vieja cuando el silencio se restableció. Ese demonio se ha alimentado en mi casa y ahora se me pone en contra; ¡maldita ella!

—Bien, bien dijo Colton con impaciencia, ¿para qué necesitaba usted verme?

—No esté con tánta urgencia dijo la vieja con un gruñido, ó que me condene si le digo á usted algo. Así Dios me ayude.

Evidentemente estaba debilitándose mucho. Colton se acercó á Kilsip y le dijo muy paso que mandara por un médico. El detective escribió en un papel y dándoselo á Lizer le ordenó que lo llevara. En esto la otra muchacha se levantó y poniendo su brazo en el de la brujita, salieron juntas.

—¿Las dos muchachas se van? preguntó Mother Guttersnipe. Tiene usted razón porque yo no quiero que lo que yo tengo que decirle vaya á salir en el periódico.

—¿Y qué es eso? preguntó Colton inclinándose hacia adelante.

La vieja tomó otro trago de ginebra que pareció darle nueva vida, pues se sentó en la cama y comenzó á hablar con rapidez como si estuviera temerosa de morir antes de decir su secreto.

—Usted ha estado aquí antes, dijo señalando con uno de sus flacos dedos á Colton, y usted quería descubrir todo lo concerniente á ella, pero usted no lo consiguió. ¡Bendito usted! Ella no me permitió decir, porque siempre fue muy orgullosa y amiga de la buena vida, mientras su pobre madre estaba muriéndose de hambre.

—¡Su madre! ¡Es usted la madre de Rosana Moore! exclamó Colton sorprendido en alto grado.

—Que me muera si no soy, murmuró la vieja. Su pobre padre murió de beber. Maldito él! y yo lo estoy siguiendo en el mismo lugar y por el mismo camino. Usted no vagaba por la ciudad en los viejos días si no hubiera corrido tras ella.

—¿Detrás de Rosana?

—La misma muchacha, respondió Mother Guttersnipe. Estuvo en el teatro y qué elegante era; todos los jóvenes muriéndose por ella y ella bailando sobre sus negros corazones. ¡Malditos ellos! ¡pero siempre fue buena conmigo hasta que él vino!

—¿Quién vino?

—¡Ah! gritó la vieja levantándose sobre su brazo y chispeando sus ojos con furor de venganza; él vino con oro y diamantes y arregló á mi pobre muchacha; y cómo ha tenido de levantada la cabeza en todos estos años como si fuera un santo. ¡Maldito él!

—¿Quién querrá decir? dijo paso Colton á Kilsip.

—Querrá decir, gritó Mother Guttersnipe, cuyos agudos oídos habían cogido la apenas murmurada pregunta. Vaya, Marck Frettlby.

—¡Buen Dios! Colton se levantó abismado y hasta la inescrutable fisonomía de Kilsip dejó ver una sorpresa.

—¡Ah! él era un vagamundo en esos días, siguió Mother Guttersnipe, vino revoloteando al derredor de mi muchacha, la sedujo y se la llevó con la niña á matarlas de hambre, comó un villano de negro corazón que era él.

—¿La niña? ¿El nombre de ella?

—¡Bah! replicó la vieja con desdén, como si ustedes no conocieran á mi nieta Sal.

—¡Sal! ¿hija de Marck Frettlby?

—Sí, y tan bonita muchacha como la otra, aunque ella nació de mala procedencia. ¡Oh! yo la he visto barriendo con sus sedas y satines cuando nosotros éramos pobres y Sal su hermana media. ¡Maldita ella!

Exhausta por el esfuerzo que había hecho, la vieja cayó de espaldas en la cama, mientras Colton, sentado, estaba perplejo pensando en el terrible descubrimiento que acababa de hacerse. Que Rosana Moore viniera á ser la querida de Marck Frettlby, no tenía nada de qué sorprenderse; después de todo, él era hombre y en su juventud no había sido ni mejor ni peor que el resto de sus amigos.

Rosana Moore era hermosa y evidentemente era una de esas mujeres quienes prefieren la engañosa libertad de ser queridas á la tranquila sumisión de esposas.

En cuestiones de moralidad tánta gente vive en casas de vidrio, que son pocos ahora los que pueden darse el placer de tirar piedras sobre ellas; asi Colton no censuraba las locuras juveniles de Frettlby; pero lo que sí le maravillaba era que Frettlby fuera tan desnaturalizado que dejara á su hija entregada á las tiernas bondades de una vieja bruja como Mother Guttersnipe. Era tan enteramente diferente del modo de proceder del hombre que el conocía, que estaba inclinado á pensar que todo era una intriga de la vieja.

—¿Mr. Frettlby sabía que Sal era hija suya? preguntó Colton.

—Nó, aulló Mother Guttersnipe con exaltación. El pensaba que había muerto y no lo supo hasta después que Rosana lo abandonó.

—¿Y por qué no se lo dijo usted?

—Porque ! yo quería romperle el corazón si lo hubiera tenido, dijo la vieja con tono de venganza.

—Sal estaba marchando hacia el infierno tan rápidamente como podía, hasta que la separaron de mí. Si hubiera llegado hasta ir á prisión, yo hubiera ido á donde él y le hubiera dicho: ¡Mire á su hija! yo la he arruinado como usted arruinó á la mía.

—¡Vieja del demonio! dijo Colton indignado con la malignidad de la intriga. Usted ha sacrificado una muchacha inocente.

—Dejémonos de prédicas; yo no he sido educada para santa y quería pagarle el mal que me había hecho, bendito hombre. El me pagó bien para que me callara con respecto á mi hija, y aquí lo tengo, dijo poniendo su mano en la almohada, todo oro, buen oro, y todo mío, ¡maldita mi alma!

Colton se levantó; se sentía indignado con esta exhibición de la depravación humana, y quería alejarse. Cuando estaba poniéndose el sombrero, entraron las dos muchachas con un médico, quien saludó á Kilsip, dirigió una aguda y escudriñadora mirada á Colton y se acercó á la cama.

Las dos muchachas se acomodaron en su rincón á esperar el fin. Mother Guttersnipe había caído de espaldas

en la cama, cogiendo con su mano, que semejaba una garra, la almohada, como para proteger su oro, y sobre su rostro se extendía una palidez de muerte, que decía al ojo práctico del médico que el fin estaba cercano. Este se arrodilló al lado de la cama por un momento, alumbrando el rostro de la moribunda con la vela. Ella abrió los ojos y con voz soñolienta dijo:

—¿Quien es usted? ¡Vaya al infierno! pero pronto se dió cuenta de la situación, y se incorporó con un agudo chillido, que hizo estremecer á los presentes: tan medroso y salvaje era.

—Mi dinero, aulló cogiendo la almohada entre sus enflaquecidos brazos; todo es mío, nada es de ustedes, ¡malditos!

El médico se levantó y encogiendo los hombros dijo: No vale la pena hacer nada, morirá muy pronto.

La mujer, gruñendo sobre la almohada, alcanzó á coger las palabras del médico y lloró.

—¡Muerta, muerta! mi pobre Rosana, con su cabello dorado y siempre amando á su pobre madre, hasta que él se la llevó y no volvió sino á morir. ¡Oh!

Su voz se apagó, con un largo y melancólico lamento que hizo temblar á las dos muchachas, quienes se taparon los oídos con los dedos.

—Mi buena mujer, dijo el médico inclinándose sobre la cama, ¿no quiere usted ver un sacerdote?

Ella le miró con sus vivos ojos negros, ya medio apagados por las sombras de la muerte, y dijo con un áspero suspiro: ¿Porqué?

—Porque le queda á usted muy poco tiempo de vida, dijo el médico con suavidad; usted está moribunda.

Mother Guttersnipe saltó y le cogió el brazo con un gesto de terror.

—¡Moribunda! ¡Nó! nó! dijo con lamento y clavando sus uñas en las mangas del saco del médico; no estoy preparada para morir, maldita estoy, ¡sálveme, sálveme! Yo no sé á dónde iré; ¡ayúdeme, sálveme!

El médico trató de retirarle las manos pero se agarraba con sorprendente tenacidad.

—Esto es imposible, dijo brevemente.

La vieja cayó de espaldas en la cama.

—Yo le daré dinero para que me salve, dijo; ¡buen dinero, todo mío! Vea, vea, aquí hay soberanos; y desgarrando la almohada sacó una bolsa de lienzo y de ella derramó un arroyo de luciente oro. Y corrió oro, y oro sobre la cama, sobre el suelo, y hasta por los más obscuros rincones, sin que nadie pensara en cogerlo; tan absortos estaban con el espectáculo de la moribunda, asiéndose á la vida. Ella tomó algunas de las brillantes monedas y las alargó á los tres hombres, que estaban de pie, silenciosos al lado de la cama, pero sus manos temblaban de tal manera que los soberanos cayeron al suelo con metálico sonido.

—¡Todo, todo mío! gritó con fuerza. ¡Denme mi vida, oro, dinero, malditos ustedes, yo vendí mi alma por él, sálvenme, denme mi vida! Y con sus temblorosas manos trataba de darles el dinero. Ellos no decían nada, estaban silenciosos mirándola mientras las dos muchachas se apretaban una contra otra, temblando de miedo.

—¡No me miren! ¡Nó! gritó la bruja cayendo otra vez sobre el oro. ¡Ustedes quieren que muera! ¡Malditos, yo no quiero morir; denme mi oro! y trataba de recoger las esparcidas monedas. ¡Yo me lo llevaré conmigo, yo no moriré! ¡Dios, Dios! (gimiendo.) ¡Nada estoy haciendo, déjenme vivir, denme una biblia, sálveme Dios, sálveme Dios! y cayó cadáver, de espalda en la cama.

La moribunda luz de vela relampagueaba sobre el brillante oro y sobre la cara de la muerta enmarcada en sus blancos cabellos; mientras los tres hombres con el corazón enfermo, salieron en silencio, huyendo todavía aquel último grito: ¡Dios!....

—¡Sálveme Dios!

CAPITULO XXVIII

Marck Frettlby recibe una visita

De acuerdo con los libros de nuestra juventud, "La demora es el ladrón del tiempo," y ciertamente, Brian pudo comprobar esta verdad. Hacía casi una semana que es-

taba en la ciudad, y no podía resolverse á ir á ver á Colton, aunque todas las mañanas salía resuelto á ir directamente á Chancey. Lane nunca llegaba allí. Había vuelto á su antiguo apartamento en East Melbourne, y pasaba su tiempo ya en la casa, ya dando grandes paseos en los jardines, ó á lo largo de las cenagosas orillas del Yarrer.

Cuando iba á la ciudad á asuntos relacionados con la renta de su hacienda, siempre lo hacía en coche, pues sentía una gran repugnancia de ver alguno de sus amigos. El casi convenía con la observación de Byron "Dios nos libre de los amigos compasivos;" y estaba determinado á no ver á nadie que pudiera recordarle con sus hechos ó palabras que estuvo sentado en el banco de los criminales. Hasta cuando paseaba por las orillas del Farrer tenía el incómodo sentimiento de creer que se le miraba con curiosidad; y como era muy buen mozo, la gente le miraba con atención, y él atribuía su admiración á un mal sano deseo de ver al hombre que escapó en un hilo de la horca, por asesinato.

El había resuelto que al terminar el asunto de la venta de su hacienda y casarse con Madge, se iría de Australia para nunca volver; pero mientras podía efectuarlo, no veía ni se mezclaba con sus antiguos amigos por temor de que le miraran con demasiada insistencia. Mrs. Sampson, quien le había congratulado por su regreso con ruidosas exclamaciones de alegría, desaprobaba con fuerza su insistencia en permanecer encerrado.

—Sus ojos están hundidos, le decía el simpático grillo, es natural, por la falta de aire, lo cual un tío de mi marido, que era droguista y bien establecido en Collinrw, decía que la falta de *origeton*, que como era nombre francés, así llamaba la atmósfera, era temible para que la gente se enfermara y aborreciera los alimentos, y como usted apenas c... no es mariposa para no comer nada, debe esperarse que ... apetito le aumente.

—Yo estoy perfectamente, dijo Brian distraído, encendiendo un cigarrillo y atendiendo apenas la confusa charla de su casera; pero si alguien viene, dígale usted que no estoy. No quiero molestarme con importunas visitas.

—Siendo una cosa tan sabia como Salomón, dijo, contestó Mrs. Sampson con energía, por lo cual sin duda él estaba en muy buena salud cuando recibió á la reina de Saba, y que es necesario, cuando alguno llame, y no se sienta dispuesto de hablar, lo que me sucede con frecuencia á mí, cuando estoy en ocasiones triste, y como he oido decir que la soda es buena, tómela usted con un poquito de brandy, para ver si por eso es su falta de vida. Y en esto sonó la campana y se precipitó fuera del cuarto, diciendo: Estas piernas ya no me sostienen, con tánto como tengo que trabajar.

Entretanto Brian, sentado, fumaba con placer su cigarrillo, aliviado con la salida de Mrs. Sampson, y su constante charla; pero pronto la oyó subir de nuevo las escaleras, y entró al cuarto con un telegrama en la mano, que le entregó.

—Abralo, no vaya á tener malas noticias, dijo ella encaminándose á la puerta; á mí no me gustan; habiendo tenido un choque en mi juventud por uno que llegó como inesperado cuando el abuelo de mi tío murió de consunción, estando nuestra familia predispuesta á esa enfermedad; y ahora si usted me lo permite voy á tomar mi comida, teniendo el hábito de tomar mis alimentos regularmente, y observar mi interior con cuidado, pues se me trastorna el estómago con mucha facilidad, por lo cual no puedo ser marino.

Mrs. Sampson, habiendo al fin agotado su charla, salió del cuarto murmurando todavía al bajar las escaleras, y dejó á Brian libertad para leer su telegrama. Rompió la cubierta y resultó ser de Madge, avisándole su regreso á la ciudad é invitándole á comer esa tarde. Fitzgerald dobló el telegrama y lo guardó, y levantándose de su asiento se paseó incómodo por el cuarto, con sus manos en los bolsillos.

—Ya está él aquí, dijo él joven en voz alta; y tendré que encontrarlo y darle la mano sabiendo todo lo que es él. Si no fuera por Madge, yo dejaría este maldito lugar inmediatamente, pero despues del modo como ella se manejó conmigo en mi desgracia, sería un cobarde si lo hiciera.

Sucedió como Madge lo había predicho: su padre no podía estar largo tiempo en ninguna parte y había regresado á Melbourne una semana después de la llegada de Brian. La agradable compañía que tenían en la hacienda se había disuelto, y los huéspedes se habían diseminado. Paterson había partido para Nueva Zelanda en busca de las maravillas de los Hot-lakes, y el viejo colono iba á partir para Inglaterra á fin de refrescar sus memorias juveniles. Mr. y Mrs. Rolleston habían regresado á Melbourne en donde el desgraciado Félix fué compelido una vez más á meterse en la política, y el doctor Chinston había reasumido su acostumbrada rutina de honorarios y clientes.

Madge estaba contenta por haber regresado á Melbourne, pues ahora que su salud se había restablecido comenzaba á desear la vida bulliciosa de la ciudad.

Ya hacía más de tres meses que había sucedido el asesinato, y esta maravilla de nueve días se había relegado al olvido. La posibilidad de una guerra con Rusia era el absorbente tópico de la hora, y las colonias estaban ocupadas en prepararse para el ataque de un enemigo posible.

Así como los reyes españoles habían sacado sus tesoros de Méjico y del Perú, así el poderoso Zar podía poner sus violentas manos en los yacimientos de oro de Australia, pero aquí no había salvajes sin cultura á quienes combatir, sino los hijos y nietos de los hombres que habían obscurecido las glorias de los ejércitos rusos en Alma y Valaklaba. Así, en medio de estos tempestuosos rumores de guerra el trágico fin de Oliver Whyte estaba casi olvidado. Después del juicio, todos, inclusive los detectives habían abandonado el asunto, y mentalmente lo habían colocado en la lista de los crímenes ocultos.

A despecho de la mayor vigilancia, nada nuevo se había descubierto y parecía seguro que el asesino de Oliver Whyte permaneciese libre. Había sólo dos individuos en Melbourne que mantenían la opinión contraria y eran Colton y Kilsip; ambos habían jurado descubrir al asesino desconocido que dió su cobarde golpe en la obscuridad, y aunque no había probabilidad de éxito, trabajaban sin

descanso. Kilsip sospechaba de Royer Moreland el compañero de diversión del hombre muerto, pero sus sospechas eran vagas é inciertas y había poca esperanza de verificarlas. El abogado hasta ahora no sospechaba de ninguna persona en particular aunque la confesión de Mother Guttersnipe en su lecho de muerte había arrojado una nueva luz en el asunto; pero él pensaba que cuando Fitzgerald le dijera el secreto que Rosanna Moore le había confiado, el verdadero asesino sería pronto descubierto, ó á lo menos se encontraría algún hilo que condujera á su detención.

Como así estaba el negocio á tiempo de la vuelta de Marck Frettlby á Melbourne, Mr. Colton esperaba la confesión de Fitzgerald para hacer un nuevo movimiento, mientras que Kilsip trabajaba sin descanso en la obscuridad tratando de conseguir pruebas contra Moreland.

Al recibir Brian el telegrama de Madge determinó ir por la tarde á su casa, pero no á comer, y así le dio una contestación al efecto. El no quería encontrarse con Marck Frettlby pero no le dijo naturalmente esto á Madge; por tanto tuvo que comer sola, porque su padre se había ido á su club y podía regresar á cualquier momento. Después de la comida ella se envolvió un ligero abrigo y salió al corredor á esperar á su amante.

El jardín presentaba un aspecto encantador á la luz de la luna, con los negros y densos cipreses que se alzaban hacia el cielo y con la gran fuente que derramaba una plateada frescura. Había un olmo de gran follaje cerca de la puerta, y ella descendiendo al sendero llegó bajo su sombra, en donde oía el murmullo y roce de sus innumerables hojas.

Es curioso y sobrenatural el encanto que la luz de la luna parece arrojar sobre todas las cosas, y aunque Madge conocía cada flor, cada árbol y cada arbusto del jardín, todo le parecía fantástico á la fría y blanca luz. Ella subió hasta la fuente, y sentada en el bajo muro se divertía metiendo la mano en el agua helada y dejándola caer como lluvia de plata en el depósito. Mientras estaba así divertida oyó abrir y cerrar la puerta de hierro, y levantán-

dose vio un caballero que subía la senda con sobretodo claro y con un sombrero flojo de anchas alas.

—¡Oh! Al fin llega usted, Brian, gritó cuando corrió á encontrarlo. ¿Por qué no vino usted antes?

—Como no soy Brian, no puedo decirlo, respondió la voz de su padre.

Madge se rio cordialmente.

—Qué absurda equivocación, dijo. Pensé que usted era Brian.

—Verdad.

—Sí; con ese sombrero y ese sobretodo no pude diferenciarlos á la luz de la luna.

—¡Oh! dijo su padre riéndose y echando su sombrero hacia atrás; la luz de la luna es necesaria para completar el hechizo, supongo.

—Naturalmente, contestó su hija. Si no hubiera luna ¡pobres amantes!

—¡Pobres en verdad! dijo su padre. Se extinguieran como el moan; pero ¿dónde tiene sus ojos, muchacha, cuando pudo equivocar un viejo como yo con su alegre y joven amante?

—Bien, ciertamente papá, contestó Madge excusándose. Usted se parecía tanto á el con ese sombrero y ese sobretodo, que no pude distinguirlo hasta que habló.

—Tontería niña, dijo Frettlby con aspereza, usted es muy fantástica; y volviendo sobre sus talones marchó rápidamente hacia la casa dejando á Madge mirándolo con sorpresa cuando se alejaba, pues su padre nunca le había hablado tan ásperamente. Maravillada por la causa de tan repentina carrera, se quedó en silencio hasta que sintió pasos detrás y oyó un suave y apenas perceptible silbido. Se volvió dando un grito y vio á Brian sonriéndole.

—¡Oh! ¿Es usted? dijo ella con un ligero mohín cuando él la cogió en sus brazos y la besó.

—Sí, yo soy, dijo Brian. ¿No me esperaba, no?

—Oh sí, llena de miedo, contestó la muchacha con una alegre risa cuando recostada en su brazo se dirigieron á la casa. ¿No sabe usted que acabo de tener una curiosa equivocación? Pensé que papá era usted

—¡Qué extraño! dijo Brian distraído, pues le estaba admirando su encantador rostro tan dulce y puro á la luz de la luna.

—Sí, muy extraño, replicó ella. Mi padre tenía un sobretodo claro y un sombrero flojo iguales á los que usted usa algunas veces, y como son de la misma estatura tomé al uno por el otro.

Brian no contestó, pero sintió frío en el corazón al ver que su sospecha, tan terrible como era, podía confirmarse, pues en ese momento se presentó en su mente la idea de la coincidencia de estar el hombre que entró al coche vestido lo mismo que él. Y qué tal si....¡Absurdo! dijo en voz alta saliendo del tren de pensamientos que la semejanza le había sugerido.

—Estoy segura que no es, dijo Madge quien había estado hablando de cualquier cosa por más de cinco minutos. Usted es un joven muy desatento.

—Le pido perdón, dijo Brian saliendo de su distracción; usted decía que....

—El caballo es el más noble de los animales.

—No comprendo....contestó Brian amostazado.

—Naturalmente usted no comprende, interrumpió Madge con petulancia; he gastado mi elocuencia hablando por diez minutos á un hombre sordo, y probablemente tan cojo como sordo. Y para probar la verdad de la observación ella echó á correr sendero arriba y Brian persiguiéndola detrás. Fue una larga cacería, pues Madge era ágil y conocía mejor el jardín que Brian, pero al fin él la alcanzó cuando subía las gradas para entrar á la casa, y entonces la vieja historia: la abrazó y la besó.

Entraron á la sala y vieron que Mr. Frettlby se había retirado á su cuarto y que no quería ser interrumpido.

Madge se sentó al piano, pero antes de que empezara á tocar Brian le tomó las manos.

—Madge, le dijo con gravedad, ¿qué dijo su padre cuando usted nos equivocó?

—Se disgustó mucho, respondió ella; se encolerizó sin que yo sepa por qué.

Brian suspiró al soltarle las manos é iba á replicar cuando sonó la campana de la puerta y oyeron que el sirviente contestó y que alguien subia las escaleras hacia el cuarto de Mr. Frettlby.

Cuando el criado entró á encender el gas, Madge le preguntó quién habia tocado.

—No sé señorita, no le conocí; me dijo que necesitaba hablar particularmente con Mr. Frettlby, y le conduje á su estudio.

Yo pensé que papá habia dicho que no quería se le interrumpiera.

—Sí, señorita, pero el caballero tenía una cita con él.

—Pobre papá, dijo Madge suspirando, y ocupando de nuevo el piano. Él siempre tiene mucho que hacer.

Madge comenzó á tocar el último valse de Waldteuffel, una melodía fantástica con un tinte de tristeza en ella, y Brian la escuchaba recostado con pereza en el sofá. Después ella cantó un alegre aire francés sobre el amor y la mariposa, canción que tenía un estribillo burlesco que hacia reír á Brian.

—Algo de Offenbach, dijo él acercándose al piano; Con seguridad nosotros no podemos llegar á la altura de los franceses para escribir canciones burlescas.

—No me satisfacen, dijo Madge registrando el piano; no les encuentro sentido.

—Naturalmente nó, replicó él. ¿No recuerda usted que De Quincey dice que en la Iliada no hay ninguna moral, y estas canciones ligeras le son semejantes?

—Bien, yo creo que hay más música en *Bárbara Allen* que en todas estas simplezas, dijo Madge con desdén. Venga y cante algo.

—El quinto acto de un funeral, dijo Brian levantándose á complacerla; cantaré más bien *Garry Owen*.

Nada estaba más de acuerdo con el caprichoso Brian. Así, cantó con agradable voz la antigua composición de la cruel *Bárbara Allen*, quien trataba su moribundo amor con tal desdén.

—Sir John Graham era un burro, dijo Brian cuando concluyó, porque en vez de morir de tan imbécil modo

debía haberse casado inmediatamente con ella, hasta sin pedir su consentimiento.

—Yo no creo que ella merecía su mano, respondió Madge abriendo un libro de los dúos de Mendelssohn; porque de lo contrario no hubiera hecho tánto alboroto acerca de su salud no estando ebria.

—Créalo usted, ella era una sencilla mujer, observó Brian con gravedad, y estaba encolerizada porque no se le ponderaba como al resto de las muchachas del país.

—Parece que usted ha analizado su natural bastante bién, dijo Madge con alguna sequedad; dejemos á un lado á *Barbara Allen*, y cantemos esto.

Era un encantador dúo de Mendelssohn, deque Brian era muy apasionado.

Estaban en la mitad del dúo cuando Madge se detuvo de repente, pues había oído un fuerte grito que procedía del estudio de su padre, y recordando el pronóstico del doctor Chinston, corrio fuéra y escaleras arriba, dejando á Brian sorprendido por la partida con tan poca ceremonia, pues aunque él también había oído el grito, no le dio mayor importancia.

Madge golpeó á la puerta del estudio y trató de abrirla, pero estaba cerrada.

—¿Quién está ahí? preguntó desde adentro su padre.

—Soy yo, papá, respondió ella. Pensé que usted estuviera....

—No, no, estoy perfectamente, replicó su padre con prontitud. Váyase para abajo, que yo la seguiré inmediatamente.

Madge volvió á la sala satisfecha á medias con la explicación; Brian estaba esperándola en la puerta con ansiedad.

—¿Qué ha sucedido? le preguntó cuando ella se detuvo un momento al pié de la escalera.

—Papá no dijo nada, replicó ella; pero creo que algo le ha sorprendido, pues de otra manera no hubiera gritado así.

Ella le refirió lo que el doctor Chinston le había dicho de la enfermedad del corazón de su padre, relación que impresionó á Brian.

No volvieron á la sala, sino salieron al corredor, en donde después de cubrir á Madge con un abrigo, Brian encendió un cigarrillo. Se sentaron en el último extremo, en la sombra, de donde podían ver la ancha puerta del vestíbulo abierta, y por donde salía un arroyo de suave luz que se mezclaba con los fríos y blancos rayos de la luna.

Después de un cuarto de hora de conversación sobre asuntos insignificantes, y cuando ya el alarma de Madge por la salud de su padre se había calmado un tánto, un hombre salió por la puerta del vestíbulo y se detuvo unos momentos en las gradas del corredor. Estaba vestido á la moda, pero á pesar del calor de la noche, llevaba un ancho pañuelo de seda blanco al rededor del cuello.

—Es un individuo bastante friolento, dijo Brian quitándose el cigarrillo de la boca. Me sorprende que.... ¡Santo Dios! gritó á tiempo que el hombre se volvía para mirar la casa, y se quitaba el sombrero. ¿Royer Moreland?

El hombre se sobresaltó y miró rápidamente á las obscuras sombras del corredor en donde estaban sentados Madge y Brian; se puso el sombrero y corrió rápidamente sendero abajo y se oyó el ruido de la puerta al cerrarse tras él.

Un rayo de luz de la luna alumbraba el rostro de Brian, y Madge sintió miedo al contemplarlo.

—¿Quién es Royer Moreland? preguntó ella. ¡Ah! ya recuerdo, dijo con horror; es el que era amigo de Oliver Whyte.

Sí, dijo Brian con un hondo suspiro, y fue también uno de los testigos en el juicio.

CAPITULO XXIX

La curiosidad de Mr. Colton queda satisfecha

Brian no durmió aquella noche. Dejó á Madge casi en el momento, y se retiró á su casa pero no se acostó. Se sentía muy incómodo y con demasiada ansiedad para poder dormir, y pasó gran parte de la noche paseándose en su cuarto, absorto en sus tristes pensamientos. No acert... á cuál pudiera ser el objeto de la visita de Royer Moreland á Mr Frettlby.

La declar.ción que había dado en el juicio era que él había encontrado á Whyte y que habían bebido juntos aquella noche. Whyte salió y él no volvió á verlo. ¿Para qué había ido á ver á Mr. Frettlby? Ellos no tenían relaciones, y sin embargo había ido á una cita. Podría suceder que estuviera pobre y habría ido por dinero, sabiendo que Frettlby era sumamente caritativo. Pero el grito que Frettlby había dado después de haber durado algún tiempo la entrevista probaba que había sido sorprendido. Madge había subido y encontró la puerta cerrada, rehusando su padre recibirla. ¿Por qué su empeño en que Moreland entrara sin ser visto? Que él le había hecho alguna extraña revelación era probable, y Fitzgerald estaba seguro de que fue algo relacionado con el asesinato del coche. Se cansó de hacer conjeturas sobre el asunto, y casi al amanecer se arrojó vestido en la cama y durmió hasta las doce del siguiente día. Cuando se levantó y se miró al espejo se sorprendió de lo marchito y extraviado de su rostro. En el momento de despertarse su pensamiento volvió á Marck Frettlby y la visita de Royer Moreland.

La red se está estrechando á su rededor, se dijo Brian; no sé cómo pueda escapar. ¡Oh Madge! ¡Si yo pudiera aho-

trar á usted la amargura al saber lo que tarde ó temprano tiene que llegar á sus oídos! ¡Y aquella otra infeliz muchacha! Los pecados de los padres caen sobre los hijos. ¡Dios las ampare! Se bañó, y después de vestirse pasó á su sala, en donde tomó una taza de té, que lo refrescó considerablemente. Mrs. Sampson subió alegremente las escaleras, trayéndole una carta y se sorprendió al ver su alterada apariencia.

—¡Dios mío! Señor, ¿qué ha estado usted haciendo? Conociendo sus hábitos, yo creí que se habría acostado, aunque no es muy tentadora la cama, con este tiempo tan caliente. Pero excúseme señor, parece que usted no hubiera dado una sola pestañeada.

—Eso es lo que tengo, dijo Brian descuidado alargando la mano para recibir la carta; me estuve paseando arriba y abajo en mi cuarto, toda la noche; debo haber caminado muchas millas.

—Ah! Cómo me recuerda eso mi pobre marido, chilló el grillo, que siendo impresor estaba acostumbrado como los buhos á la obscuridad, y cuando estaba en la casa, por la noche se paseaba arriba y abajo, hasta que gastó la alfombra que era muy costosa, como que yo la recibí en mi matrimonio, y el único modo de alejarlo fue dándole algo muy calmante, que usted debe ensayar: whisky caliente con limón y azúcar, pero también he oído decir que cloroformo.

—Nó, ¡maldita sea! dijo Brian saliendo de su habitual urbanidad; he tomado mucho de eso.

—Dolor de muelas, sin duda, dijo la señora dirigiéndose á la puerta; mal que yo padecía. Los dientes dañados siendo muy comunes en mi familia, aunque con seguridad los míos son muy fuertes, pues me los hizo uno de mis inquilinos, bastante bonitos en lugar de pagarme alquiler, pues no tenía dinero en caja, y cuando se fue dejó sus cajas que estaban llenas de ladrillos.

Como Brian no parecía particularmente interesado en estas reminiscencias domésticas, y dejando conocer que quería quedarse solo, Mrs. Sampson con un chillido final bajó y se marchó á la cocina á conferenciar con un veci-

no acerca del deseo que tenía de sacar su dinero de la caja de ahorros, en previsión de que los rusos sorprendieran y capturaran á Melbourne.

Cuando Brian quedó solo miró por la ventana el polvoso camino y las negras sombras que arrojaban los altos álamos enfrente de la casa.

—Yo debo dejar este lugar, se dijo él; cada observación casual parece intencionada acerca del asesinato, y no quiero tenerlo constantemente á mi lado como el esqueleto del festín.

—Repentinamente recordó la carta que tenía en la mano, y abriéndola resultó ser de Madge, y la leyó.

"No puedo comprender qué tiene papá desde que ese hombre Moreland lo dejó anoche; se ha encerrado en su estudio y ha estado escribiendo allí hora tras hora. Yo subí esta mañana pero no quiso recibirme. No bajo á almorzar y estoy seriamente alarmada. Venga mañana á verme porque estoy llena de ansiedad por el estado de la salud de mi papá, y estoy segura que Moreland le dijo algo que lo ha intranquilizado de tal manera."

Escribiendo, dijo Brian cuando guardó la carta en el bolsillo. Talvez está pensando en suicidarse; si fuera así yo no se lo impediría; es horrible cosa que lo haga, pero talvez lo mejor en estas circunstancias.

A pesar de su determinación de ver á Colton y decírselo todo, Fitzgerald no se le acercó aquel día; se sentía enfermo y cansado; la falta de sueño y el malestar mental lo impresionaban espantosamente y parecía diez años más viejo que antes del asesinato de Whyte. Los pesares producen las líneas de la frente y marcan las arrugas al rededor de la boca. Si el hombre tiene una pena mental, su vida se convierte en una positiva agonía.

La tortura moral es más terrible que la física, si no es peor; el último pensamiento antes de dormir es el de la pena que se tiene, y con el primer rayo de luz de la aurora vuelve y amartilla todo el día el fatigado cerebro. Mientras un hombre pueda dormir, la vida es soportable, pues de todos los beneficios que la Providencia nos ha concedido, no hay ninguno tan precioso como el sueño, el cual, como el sabio Sancho-Panza dice, "Envuelve al hom-

bre como una *manta*." Brian sentía la necesidad de descansar. Así, enviando un telegrama á Colton anunciándole que iría en la mañana, y otro á Madge diciéndole que lo esperara al lunch al día siguiente, no salió en todo el día y se entretuvo fumando y leyendo. Se acostó temprano y durmió profundamente, y cuando á la mañana siguiente se despertó, se sintió fresco y con nuevo vigor.

Estaba almorzando á las ocho y media, cuando oyó ruido de ruedas é inmediatamente después el sonido de la campana; se asomó á la ventana y vio el carruaje de Colton en la puerta, y después á éste en el cuarto.

—Bien; usted es un buen sujeto, dijo Colton después de los cumplimientos de costumbre. He estado aguardándolo aquí con la paciencia de Job, y pensaba que estuviera todavía en el campo.

—¿Quiere usted almorzar? le preguntó Brian riéndose de su indignación.

—Veamos qué tiene usted para almorzar, dijo Colton mirando la mesa. Jamón y huevos. ¡Bah! Los conocimientos culinarios de su casera son muy limitados.

—Los de la mayor parte de las caseras son lo mismo, replicó Fitzgerald continuando su almuerzo. A menos que el Cielo invente algún animal nuevo, los inquilinos tenemos que seguir con la carne de buey y de cordero hasta el fin del mundo.

—"Cuando uno está en Roma no debe hablar mal del Papa," respondió Colton con un gesto. ¿Cree usted que la señora pueda darme un poco de brandy con soda?

—Sí creo, contestó Fitzgerald levantándose y tocando la campana, ¿pero no cree usted que es muy temprano para eso?

—Hay un proverbio acerca de las casas de vidrio, que se puede aplicar á usted en este caso.

Fitzgerald se rió y Colton habiendo obtenido lo que quería, se preparó para hablar del negocio.

—No necesito decirle cuán ansioso estoy de oír lo que usted tiene que decirme, le dijo recostándose en su silla, pero también debo decir á usted que estoy satisfecho porque ya sé la mitad de su secreto.

—En verdad, (Fitzgerald pareció admirado), en ese caso yo no necesito....

—Sí; usted necesita, replicó Colton. Ya le dije que sólo sabía la mitad.

—¿Cuál es la mitad?

—¡Es difícil responderlo; sin embargo yo le diré á usted lo que sé, y usted suplirá todo lo que falte. Estoy listo y sigo, pero aguarde. El se levantó y cerró la puerta cuidadosamente. Bien, dijo sentándose, Mother Guttersnipe murió la otra noche.

—¿Murió?

—Sí, contestó Colton con calma. Una horrible muerte por cierto, sus gritos aún suenan en mis oídos, pero antes de morir me mandó llamar y dijo:

—¿Qué?

—Que ella era la madre de Rosana Moore.

—¡Sí!

—Y que Sal Raulins era hija de Rosana.

—¿Y el padre? dijo Brian en baja voz.

—Marck Frettlby.

—¡Ah!

—Y ahora ¿qué tiene usted que decirme?

—¡Nada!

—¿Nada? gritó Colton sorprendido. ¿Entonces eso fue lo que Rosana Moore dijo á usted cuando murió?

—¡Sí!

—¿Entonces porqué ha hecho usted tal misterio acerca de eso?

—¿Usted pregunta eso? dijo Fitzgerald mirando con sorpresa. Si yo lo hubiera dicho, ¿no ve usted cuánto mal le hubiera resultado á Madge?

—Nó; no comprendo, replicó el abogado completamente mixtificado. Supongo que habla usted de las relaciones de Frettlby con Rosana Moore, que naturalmente no era muy honroso para ella, haber sido la querida de Frettlby, pero aún....

—¿Su querida? dijo Fitzgerald con viveza; entonces usted no lo sabe todo.

—Qué quiere decir usted, ¿no era su querida?

—¡Nó; su mujer!

Colton saltó y dio un grito de admiración.

—¡Su mujer! Fitzgerald inclinó la cabeza.

—Entonces Mother Guttersnipe no sabía esto, pues ella pensaba que era su querida.

—Frettlby mantuvo su matrimonio en secreto, contestó Brian, y como Rosana se fue poco después con algun otro, él nunca reveló su matrimonio.

—Comprendo ahora, dijo el abogado con lentitud. Pues si Marck Frettlby estaba legalmente casado con Rosana Moore, Madge es hija natural.

—Sí; ella ocupa ahora el lugar de Sal Roulins, ó más bien Sal Frettlby.

—Pobre muchacha, dijo Colton con tristeza. Pero todo esto no explica el misterio del asesinato de Whyte.

—Yo le diré á usted, dijo Fitzgerald con prontitud. Cuando Rosana dejó á su marido, se marchó á Inglaterra con un joven, y cuando éste la dejó, ella volvió al teatro y vino á ser famosa como actriz cómica, con el nombre de *Musette*. Allí encontró á Whyte, como el amigo de usted le informó, y vinieron aquí con el objeto de sacar dinero á Frettlby. Cuando llegaron á Melbourne, Rosana dejó que Whyte se encargara solo del asunto, y ella permaneció tranquila. Rosana le dio el certificado de su matrimonio á Whyte, y él lo tenía consigo la noche que fue asesinado.

—Entonces Gorby tenía razón, dijo Colton. El hombre para quien esos papeles eran valiosos, asesinó á Whyte.

—¿Puede usted dudarlo? Y ese hombre era....

—¡Nó! ¿Marck Frettlby? exclamó Colton. ¡En el nombre de Dios! ¡No es Marck Frettlby!

Brian inclinó la cabeza y dijo: ¡Sí, Mark Frettlby!

Hubo silencio por unos pocos momentos, estando Colton demasiado abismado por la revelación, para poder hablar una sola palabra.

—¿Cuándo descubrió usted esto? preguntó á Fitzgerald.

—Cuando usted fue por primera vez á verme á la prisión; yo hasta entonces no sospechaba nada, pero cuando usted dijo que Whyte había sido asesinado por interés de ciertos papeles, sabiendo yo cuáles eran esos pape-

les y para quién eran importantes, inmediatamente comprendí que Marck Frettlby había matado á Whyte para obtenerlos y conservar así su secreto.

—No hay duda en esto, dijo el abogado suspirando. Esa era la razón por que Frettlby quería que Madge se casara con Whyte. Su mano era el precio de su silencio. Cuando él retiró su consentimiento, Whyte le amenazó con descubrirlo todo.

Yo recuerdo que él salió de la casa muy molesto la noche que fue asesinado. Frettlby debió seguirlo á la ciudad; entró en el coche con él y después de matarlo con el cloroformo, le arrancó el certificado de matrimonio de su bolsillo secreto y se escapó.

Brian se levantó á pasearse rápidamente por el cuarto.

—Ahora usted puede comprender qué infierno ha sido la vida para mí durante los últimos meses: sabiendo que él había cometido el crimen, y teniendo que sentarme con él, comer con él y beber con él, con el conocimiento de que era un asesino.... ¿Y Madge?....¡Dios mío! Madge, su hija!

Entonces sonó un golpe en la puerta y Mrs. Sampson entró con un telegrama que entregó á Brian. El lo rompió tan pronto como la señora salió, y leyéndolo lanzó un grito de horror y lo dejó caer á sus pies.

Colton se volvió rápidamente al oir el grito y vio que Brian había caído en una silla con una palidez cadavérica; le arrebató el telegrama y lo leyó. Cuando lo hubo leído, se puso tan pálido y se conmovió tánto como Fitzgerald, y levantando su mano dijo con solemnidad:

¡Esto es el juicio de Dios!

CAPITULO XXX

Némesis

Los hombres, de acuerdo con los antiguos griegos "eran el juguete de los dioses," quienes, en su trono, en el elevado Olimpo, enviaban los malos deseos al corazón de los hombres, y cuando las malas acciones eran el resultado de los malos pensamientos, se divertían contemplando los ineficaces esfuerzos de sus víctimas para escapar de una inexorable divinidad llamada *Némesis*, quien exigía que se castigara á los hombres por sus malos hechos. Este proceder era, sin duda, muy divertido para los dioses, pero es muy problemático; fuera lo mismo para los hombres, mas los hombres sin embargo tuvieron su venganza, pues cansada la inexorable *Némesis*, cansada de atormentar á los míseros mortales, quienes gritaban y se lamentaban viendo cuán imposible era escapar á sus castigos, desvió su atención de los actores hacia los espectadores, é hizo una barrida general de toda la jerarquía olímpica. Ella destruyó sus altares, arrojó al suelo sus estatuas, pero después que hubo completado su maligna obra, vió que, hablando vulgarmente, se había dado con una piedra en los dientes, por que ella también vino á ser objeto de burla y descrédito y tuvo que retirarse á la misma obscuridad á donde había relegado las otras divinidades.

Los hombres, sin embargo, descubrieron que ella no había sido del todo inútil, como el cordero expiatorio para cargar sobre él todas sus faltas y debilidades, y en consecuencia crearon una divinidad llamada el *Hado*, á quien hacer responsable de todas sus desgracias. El culto de esta divinidad, el *Hado*, es todavía muy popular, especialmente entre los holgazanes y perezosos, que no queriendo utilizar sus propios esfuerzos piensan que todos los actos de su vida están arreglados de antemano por ella.

Después de todo, sin embargo, la verdadera religión del *Hado* ha sido establecida por George Eliot, cuando di-

ce que nuestras vidas son el resultado de nuestras acciones.

A despecho de cualquier ídolo que levantemos para hacerlo responsable de la infelicidad de nuestras vidas ó del fracaso de nuestras ambiciones, siempre su verdadera causa se encuentra en nosotros mismos. Toda acción buena ó mala que ejecutemos tiene su correspondiente recompensa, y Marck Frettlby pudo comprobarlo viendo castigadas en su vejez las faltas de su juventud. Sin duda que él había pensado con placer en ese lejano tiempo en que rebosa la copa de la vida, cuando no se encuentran espinas en las rosas; pero *Némesis* había sido invisible espectador de todas sus irreflexivas acciones, y ahora se presentaba á exigir su justa recompensa.

El debía sentirse como *Fausto* se sintió cuando Mefistófeles le sugirió la visita á las *Hadas* en pago de aquellos años de fantástica juventud y de mágico poder. Le parecía que hacía tánto tiempo que se había casado con Rosana Moore que casi estaba persuadido que había sido sólo un sueño, un sueño placentero con un terrible despertar.

Cuando Rosana le dejó, él trató de olvidarla reconociendo cuán indigna era del amor de un hombre honrado. El oyó decir que ella había muerto en Londres en un hospital, y con un apasionado suspiro por su amor muerto, la había alejado para siempre de su mente.

Su segundo matrimonio había sido muy feliz, y él sintió profundamente la muerte de su esposa. Después todo su amor se concentró en su hija, y pensaba pasar sus últimos años en completa calma. Esto, sin embargo, no debía suceder; la llegada de Whyte de Inglaterra con la noticia de que su primera mujer estaba aún viva le cayó como un rayo, pues con esto su hija era ilegítima. Frettlby convino con Whyte en todo al principio pero las exigencias de éste se hicieron exorbitantes y Frettlby dejó de satisfacerlas.

Con la muerte de Whyte respiró de nuevo con libertad, pero inesperadamente se presentó un segundo poseedor del secreto de su matrimonio en la persona de Roger Moreland.

Y como al asesinato de Duncan, tenía que seguir el de Banquo, en Macbeth, á fin de quedar este libre, así Frettlby previó que mientras Royer Moreland viviese, su vida sería una completa desgracia; Frettlby sabía que el amigo del hombre asesinado sería su amo, que lo seguiría como una sombra, y cuando él (Frettlby) muriera, probablemente Moreland haría pública su espantosa historia y difamaría la memoria del tan generalmente respetado Marck Frettlby; y que como Shakespeare dice, "El buen nombre en el hombre y en la mujer es la más preciada joya de sus almas," él veía el suyo llevado á lo más profundo de la infamia y de la degradación por Moreland, y todo después de una vida como la suya, sin mancha y habiendo hecho en el curso de ella un uso generoso de sus riquezas.

Ya le parecía que oía los gritos burlescos de la gente, y que veía levantado y señalándole el dedo del desprecio á él, el gran Marck Frettlby, quien era famoso en toda Australia por su integridad, honradez y generosidad. No, esto no podía ser, y sin embargo sucedería si él no tomaba medidas para impedirlo.

Al día siguiente de haber visto á Moreland, y sabiendo que su secreto estaba en poder de un hombre que podía revelarlo en cualquier momento, ya en un acceso de embriaguez, ya sólo por maldad, se sentó á escribir. Después de un rato dejó su pluma y tomó un retrato de su esposa muerta, que estaba al frente en su escritorio, y lo miró largo rato con vehemencia; y su mente se trasportó al tiempo en que la había visto por primera vez y la había amado.

Como Fausto entró en la pura y serena habitación de Margarita dejando la grosera y perversa taberna de Auerbach, así Frettlby dejando atrás su borrascosa vida de la juventud, entró en el tranquilo y apacible hogar doméstico.

Su antigua vida febril con Rosana Moore debió parecerle tan insustancial y quimérica como á Adán su unión con Lillith después que encontró á Eva, según la rabínica leyenda.

Le parecía pue no había *más* que un camino por el cual pudiera escapar del inexorable hado que *seguía* sus pasos. El escribiría su confesión desde el tiempo en que encontró á Rosana Moore, y después.....la muerte. Cortaría el nudo gordiano de todas sus infelicidades y entonces su secreto quedaría oculto. Oculto nó, no podía estarlo mientras viviera Moreland. Muerto él, Moreland vería á Madge y amargaría su vida con el relato de los pecados de su padre. Sí, el debía vivir para protegerla, aunque tuviera que cargar la pesada cadena de sus amargos recuerdos toda la vida, con aquella terrible espada de Damocles suspendida encima de él. Sin embargo, él escribiría su confesión, que cuando quiera que sucediese su muerte serviría, si no para perdonarle sí para compadeger á un hombre tan perseguido por el hado. Una vez formada su resolución, la llevó á efecto en el acto, sentándose á escribir y llenando hoja tras hoja con la historia de su vida pasada, que tan amargos recuerdos le traía. Al principio lo hacía como un desagradable pero imperioso deber, pero luégo fue interesándose hasta escribir con placer los más insignificantes detalles, amontonándolos en contra suya. El trabajaba no como un criminal sino como un juez, y pintaba su conducta con colores más negros de los que realmente tenía.

Durante el trabajo del primer *día*, cuando hubo leído las páginas escritas, comprendió que se *había* acriminado demasiado, y exaltados sus sentimientos por su severidad consigo mismo, escribió la defensa de su conducta achacando sus faltas á la fatalidad. Era un débil argumento pero no tenía otro mejor de que echar mano.

Estaba casi oscuro cuando terminó, y mientras que sentado á la luz del crepúsculo contemplaba soñoliento las esparcidas hojas sobre su escritorio, oyó un golpe en la puerta y la voz de su hija preguntándole si bajaba á comer.

Todo el día había permanecido con su puerta cerrada para todos, pero habiendo ya concluido su tarea, recogió todo lo escrito, lo guardó en un cajón con llave del escritorio y abrió la puerta.

—Querido papá, dijo Madge entrando con rapidez y

abrazándole, ¿qué ha estado usted haciendo todo el día aquí encerrado?

—Escribiendo, respondió él lacónicamente y desprendiéndose de sus brazos con suavidad.

—Yo pensé que usted estaba enfermo, dijo ella mirándole con aprensión.

—Nó, mi querida, replicó él con calma. No estoy enfermo pero sí abatido.

—Yo sé que aquel terrible hombre que vino anoche le dijo á usted algo que le ha mortificado. ¿Quién era?

—¡Oh! un amigo mío, contesto Frettlby vacilando.

—¿Cómo! ¿Royer Moreland?

Su padre se estremeció.

—¿Cómo sabe usted que fue Royer Moreland?

—¡Oh! Brian lo reconoció al salir.

Marck Frettlby vaciló por algunos momentos, haciendo que buscaba algo en su escritorio, y replicó en voz baja:

—Tiene usted razón, era Royer Moreland que está muy necesitado, y como era amigo del pobre Whyte venía á suplicarme que le diera alguna cosa, y lo hice.

Frettlby sentía odio por sí mismo al decir una mentira tan pensada, pero no había mas recurso. Madge debía ignorar la verdad mientras él pudiera ocultársela.

—Así es usted, dijo Madge besándole con filial orgullo: el mejor y más generoso de los hombres.

El se estremeció ligeramente al sentir sus caricias y pensó que ella evitaría hacércelas si supiera todo. Después de todo, pensó como cierto cínico escritor: "Las ilusiones de la juventud en su mayor parte dependen de la ignorancia"

Madge, ajena completamente al mundo, acariciaba sus placenteras ilusiones, y su padre quería conservárselas, á pesar de las terribles pruebas á que estuvo sometida el año anterior.

—Ahora, vamos á comer, mi querida, dijo él conduciéndola á la puerta. En el acto la seguiré.

—No se demore, replicó su hija, pues en tal caso volveré á subir; y bajó rápidamente la escalera sintiendo gran alivio en su corazón.

Su padre la siguió con la vista mientras se alejaba, y suspirando con tristeza volvió al escritorio, sacó los papeles, los arregló, y poniéndolos en una cubierta escribió encima: "Mi confesión;" después los selló y los puso de nuevo en el cajón y dijo en alta voz al salir del cuarto: ¿Que diría el mundo si supiera todo lo que hay en ese paquete?

Aquella noche Frettlby estuvo muy animado en la comida. El, que generalmente era un hombre grave, callado, aquella noche se rió y conversó tan alegremente que los mismos criados notaron el cambio.

El hecho es que él sentía un grande alivio habiendo descargado su mente y creía que por haber escrito aquella confesión había escapado del espectro que por tanto tiempo lo había perseguido. Su hija estaba encantada con este cambio, pero la vieja nodriza escocesa que había estado en la casa desde el nacimiento de Madge, movía su cabeza:

—El está sentenciado, dijo con gravedad. No estará largo tiempo en el mundo. Naturalmente se rieron de ella como de toda la gente que cree en presentimientos, pero á pesar de esto, se mantuvo firme en su opinión.

Mr. Frettlby se retiró temprano aquella noche, pues la excitación de los últimos días y la febril alegría de que últimamente estuvo animado eran demasiado fuertes para él. Tan pronto como puso la cabeza en la almohada se durmió y olvidó en un tranquilo sueño los pesares y angustias de la hora de vigilia.

Como eran apenas las nueve, Madge se quedó en la sala leyendo una novela nueva que estaba entonces en boga, llamada *Dulces ojos color de violeta*. Madge no confirmó su reputación, pues pronto la arrojó sobre la mesa con una mirada de disgusto, y levantándose de su asiento se paseó por el cuarto deseando que una benéfica hada dijera á Brian que ella lo necesitaba.

Si el hombre es un animal gregario con mayor razón debe de serlo la mujer. Esto no es una adivinanza sino una sencilla verdad.

Dice un escritor que se alababa de ser un perspicaz observador de la naturaleza humana: "un Robinson Cru-

zón femenino se hubiera vuelto loco por falta de alguien con quien conversar."

Esta observación, aunque severa, contiene no obstante mucho de verdad, porque las mujeres, por regla general, hablan más que los hombres. Son más sociables y una Miss misántropo es desconocida en los países civilizados. Mis Frettlby no siendo ni muda ni misántropo, comenzó á desear la presencia de alguien con quien conversar; tocó la campana y ordenó que llamaran á Sal. Las dos muchachas habían venido á ser buenas amigas, y aunque Madge era dos años más joven que la otra, hacía de mentor, y bajo su guía Sal adelantaba rápidamente. Era una extraña ironía del hado haber juntado estas dos hijas del mismo padre, teniendo cada una tan diferente historia: la una criada en la opulencia y el lujo, sin haber conocido nunca la necesidad; la otra criada en un alero, ambas con su vida amoldada al medio en que habían crecido. "El tiempo con sus remolinos trae sus venganzas," porque el más remoto pensamiento que hubiera podido tener Marck Frettlby hubiera sido ver á la hija de Rosana Moore á quien él creia muerta, bajo el mismo techo que su hija Madge.

Al recibir Sal la orden de Madge, vino á la sala, y pronto estuvieron las dos conversando amigablemente. La sala estaba casi en obscuridad, pues no había sino una lámpara para alumbrarla; á Mr. Frettlby le disgustaba la viva luz del gas, y por eso había lámparas en la sala. En el extremo del cuarto en donde estaban Madge y Sal sentadas había una pequeña mesa en donde estaba una lámpara con un globo opaco, y como además tenía una pantalla, se formaba un círculo de suave luz al rededor de la mesa, y el resto del cuarto quedaba casi en obscuridad. Allí conversaban alegremente Madge y Sal, y á su izquierda podían ver la puerta de comunicación con el vestíbulo, de donde venía un arroyo de luz.

Habían estado las dos muchachas conversando algún tiempo, cuando Sal con su pronto oído sintió unas pisadas en la alfombra, y volviéndose vio una alta figura que avanzaba por el cuarto. Madge también la vio y saltó de

sorpresa cuando reconoció á su padre. Estaba éste con bata y tenía unos papeles en la mano.

—Ah! papá, dijo Madge sorprendida. Yo....

—¡Silencio! murmuró Sal tomándola por el brazo; está dormido.

Y así era en efecto. Por mandato de su excitado cerebro, el cansado cuerpo se había levantado de la cama y erraba por toda la casa. Las dos muchachas, retrocediendo en la sombra, le observaban con la respiración contenida, cuando él avanzaba lentamente por el cuarto. En unos pocos momentos estuvo dentro del círculo de la luz, y moviéndose sin ruido colocó los papeles que llevaba, sobre la mesa. Estaban éstos en una ancha cubierta azul muy arrugada y con una escritura roja sobre ella.

Sal reconoció al instante la cubierta, por ser la misma que le había visto á la mujer moribunda, y con un sentimiento instintivo de que algo malo se encerraba allí, trató de llevarse á Madge cuando ésta observaba los movimientos de su padre, y con tánta insistencia lo hacía, que la dejó muda de sorpresa. Frettlby abrió la cubierta y sacó de ella un papel *rayado*, amarillento, que extendió sobre la mesa.

Madge se inclinó para verlo, pero Sal con repentino terror la empujó hacia atrás.

—¡Por Dios no lea, gritó!

Pero era demasiado tarde: Madge había alcanzado á leer los nombres que había en el papel. Matrimonio, Rosana Moore, Marck Frettlby, y la terrible verdad la iluminó. Estos eran los papeles que Rosana Moore le había dado á Whyte, y Whyte había sido asesinado por el hombre á quien esos papeles interesaban.

—¡Dios mío! ¡mi padre!

Ella bambaleó hacia adelante, y con un penetrante grito se desplomó sobre el suelo; al caer tropezó con su padre que estaba de pie al lado de la mesa. Despertado súbitamente con aquel salvaje grito casi en sus oídos, abrió desmesuradamente los ojos, extendió sus débiles manos como para detener algo, y dando un grito sofocado, cayó muerto en el suelo al lado de su hija. Sal, horrorizada, no perdió su presencia de espíritu, cogió los papeles que es-

taban sobre la mesa y los guardó en el bolsillo, y luego llamó á los criados con gritos resonantes, pero éstos, ya atraídos por el terrible grito de Madge, se precipitaron dentro del cuarto y hallaron muerto al millonario Marck Frettlby y á su hija desmayada yaciendo al lado del cadáver de su padre.

CAPITULO XXXI

El precio del silencio

Tan pronto como Brian recibió el telegrama anunciándole la muerte de Marck Frettlby, se puso el sombrero, entró con Colton en su carruje y se dirigieron á la estación de St. Kilda. Allí Colton despidió el carruaje, envió una nota á su dependiente y siguió con Brian á St. Kilda. Al llegar encontraron la casa perfectamente tranquila y ordenada debido á las buenas disposiciones de Sal Roulina.

Ella había asumido el mando, y aunque los criados, que conocían sus antecedentes, estaban resueltos á oponérsele, cedieron en vista de sus dotes de gobierno, dominados por la fuerza de su voluntad.

El cuerpo de Marck Frettlby había sido conducido á su dormitorio y Madge había sido colocada en su cama. El doctor Chinston y Brian fueron llamados. Cuando llegaron se admiraron del acierto con que Sal Roulina había procedido.

—Es una muchacha muy inteligente, dijo Colton á Brian; y es muy curioso que haya venido á la casa de su padre, á colocarse en su propia posición. El hado es algo más previsor de lo que imaginan los mortales.

Brian estaba á punto de responder cuando entró el doctor Chinston. Su rostro estaba muy grave, y Fitzgerald le miró alarmado.

—¿Madge, Miss Frettlby? él balbuceó.

—Está muy enferma, replicó el doctor; tiene un ataque de fiebre cerebral, y no puedo responder del resultado todavía.

Brian se sentó en el sofá y miró al doctor como aturdido. Madge peligrosamente enferma, talvez moribunda. ¿Qué sucedería si muriese y perdiera él la mujer de verdadero corazón que tan noblemente estuvo á su lado, durante su desgracia?

—Anímese usted, le dijo el doctor Chinston golpeándole en el hombro; mientras haya vida hay esperanza, y todo lo que en lo humano pueda hacerse se hará.

Brian estrechó la mano del doctor en silencio; estaba con el corazón demasiado oprimido para poder hablar.

—¿Cómo murió Frettlby? preguntó Colton.

—Enfermedad del corazón, dijo Chinston. Yo descubrí que tenía el corazón muy afectado, hace poco más ó menos una semana. Parece que se levantó dormido, entró á su sala, alarmó á Miss Frettlby, quien gritó y debió tocarlo; despertado súbitamente, la consecuencia natural vino y cayó muerto instantáneamente.

—¿Qué alarmó á Miss Frettlby? preguntó Brian en voz baja cubriéndose el rostro con la mano.

—Ver á su padre caminando dormido supongo, dijo Chinston abotonándose un guante; y el espanto de su muerte, que fue ocasionado indirectamente por ella, ha producido la fiebre cerebral.

—Madge Frettlby no es persona de gritar y despertar á un sonámbulo, dijo Colton con decisión, conociendo el peligro como lo conocía. Debe de haber otra razón.

—Esta muchacha les dirá á ustedes todo, dijo el doctor Chinston señalando á Sal, quien entraba al cuarto en ese momento. Ella estaba presente, y desde entonces todo lo ha manejado muy bien. Yo tengo que irme, dijo estrechando la mano á Colton y á Fitzgerald: levante usted su corazón Brian, yo sacaré á Madge bien, como espero.

Después de que salió el doctor, Colton se volvió rápidamente hacia Sal, quien estaba esperando que le introdujera.

—Bien, dijo con brusquedad, ¿puede usted decirnos qué ocasionó el alarma de Miss Frettlby?

—Sí señor, respondió con calma. Yo estaba en la sala cuando Mr. Frettlby murió, pero es mejor que subamos al estudio.

—¿Porqué? preguntó Colton sorprendido, siguiéndola con Fitzgerald por la escalera.

—Porque, dijo ella cuando entraron al cuarto y cerró la puerta, yo no quiero que nadie, excepto usted, sepa lo que voy á decirles.

—Más misterio, dijo Colton mirando á Brian y sentándose en el escritorio.

—Mr. Frettlby se acostó anoche temprano, dijo Sal con tranquilidad, y Miss Madge y yo estábamos en la sala cuando él entró caminando dormido y con unos papeles en la mano.

Tanto Colton como Fitzgerald se alarmaron, y el último se puso pálido.

—Atravesó la sala y extendió un papel sobre la mesa en donde estaba la lámpara. Miss Madge se inclinó para ver que era; yo traté de detenerla pero ya era tarde; lanzó un grito y cayó al suelo. Al caer tocó á su padre, éste se despertó y cayó muerto.

—¿Y los papeles? preguntó Colton intranquilo.

Sal no contestó, mas los sacó del bolsillo y se los entregó.

Brian se inclinó hacia adelante cuando Colton abría la cubierta en silencio, mas ambos lanzaron una exclamación de horror cuando vieron que era el certificado de matrimonio que ellos sabían que Rosana Moore le había dado á Whyte.

Todas sus sospechas se confirmaron y Brian volvió la cabeza temeroso de encontrar la vista del abogado. El último dobló los papeles pensativo y los guardó.

—¿Usted sabe qué contienen? preguntó á Sal mirándola con fijeza.

—No puedo evitar saberlo, contestó; ellos prueban que Rosana Moore era la esposa de Mr. Frettlby, y.... yo.... ¡Bien!

—Sigo, dijo Brian con tono áspero mirando hacia arriba.

—Y que esos son los papeles que Rosana dió á Mr. Whyte.

—¡Bien!

Sal guardó silencio un momento y después miró hacia arriba sonrojándose.

—No crean ustedes que yo vaya á despepitar, dijo con indignación, recurriendo á su modo vulgar de hablar, en Bourke Street, con la excitación del momento. Yo sé cuanto ustedes saben, pero yo seré tan muda como la tumba ¡Que Dios me ampare!

—Gracias, le dijo Brian con fervor estrechándole la mano. Yo sé que usted la ama demasiado, para traicionar este terrible secreto.

—Yo seré buena con ella, dijo Sal, recordando que me recogió de la calle y me colocó á su lado, á mí, pobre muchacha sin amigos ni parientes, y muerta mi abuela.

Colton la miró con rapidez. Era claro que Sal ignoraba que Rosana Moore era su madre. Tanto mejor la mantendrían en su ignorancia, talvez no del todo, pero sería una locura desengañarla por ahora.

—Ahora voy donde Miss Madge, dijo dirigiéndose á la puerta; ella tiene la cabeza débil y quizá se le escape algo; pero yo no dejaré entrar á nadie, yo sola la atenderé. Y diciendo esto dejó el cuarto.

—La bondad de Miss Frettlby, dijo Colton, con esta pobre muchacha, ya está dando frutos. La gratitud es una de las más raras cualidades, más aún que la modestia.

Fitzgerald no respondió, pues pensaba en su querida Madge, enferma, quizá de muerte, y él sin poder hacer nada para salvarla.

—Bien, dijo Colton.

—¡Oh! excúseme usted, dijo Brian volviéndose con confusión. Yo creo que debe leerse el testamento y demás.

—Sí, contestó el abogado, yo soy uno de los albaceas.

—¿Y los otros?

—Usted y Chinston respondió Colton. Yo supongo, dijo volviéndose al escritorio, que debemos leer sus papeles y ver si todo está en orden.

—Sí, yo lo creo, dijo Brian mecánicamente, pues sus pensamientos estaban muy lejos, y volvió á la ventana. De repente Colton lanzó una exclamación de sorpresa y volviéndose Brian precipitadamente lo vio con un grueso

rollo de papeles que acababa de sacar de un cajon del escritorio.

—Mire, Fitzgerald, dijo con grande excitación, aquí está la confesión de Frettlby; mire, y se la pasó.

Brian saltó hacia adelante aturdido.

—Al fin el misterio del coche vá á aclararse; estas hojas contienen toda la narración del crimen y cómo se cometió.

La leeremos naturalmente, dijo él vacilando, pues temía que Colton propusiera que se destruyera de una vez.

—Sí, contestó Colton; los tres albaceas debemos leerla y después la quemaremos.

—Eso será lo mejor, contestó Brian con tristeza. Frettlby ha muerto, y la ley nada puede hacer en el asunto; así, es mejor evitar el escándalo de la publicidad. Pero ¿por qué imponemos á Chinston?

—Debemos hacerlo, dijo Colton con decisión; es seguro que él diga la verdad de los labios de Madge en su delirio y así también puede saberlo todo. Se puede confiar en él, pues guardará silencio como una tumba. Pero me molestá más tener que decírselo á Kilsip.

—¿Al detective? ¡Dios mío! Colton, con seguridad usted no hará eso.

—Yo debo hacerlo, replicó el abogado con calma. Kilsip está firmemente persuadido de que Moreland cometió el crimen y yo tengo tanto temor de la pertinacia de Kilsip como usted tiene de la mía. El puede descubrirlo todo.

—Lo que debe ser que sea, dijo Fitzgerald apretándose las manos; pues yo espero que nadie más descubrirá esta miserable historia. Pero ahí está Moreland, por ejemplo.

—¡Ah! en verdad, dijo Colton pensativo. ¿El vino á ver á Frettlby la otra noche, ha dicho usted ¿nó?

—Sí, y no puedo adivinar para qué.

—No hay [illegible] conjetura, dijo el abogado lentamente. El debió de haber visto á Frettlby siguiendo á Whyte cuando éste salía del hotel y vino á que le diera dinero por callarse.

—Yo no sé si lo obtendría, observó Fitzgerald.

—¡Oh! pronto lo sabré, dijo Colton abriendo de nuevo el cajón y sacando el libro de cheques de Frettlby. Veamos cuantos cheques ha girado últimamente.

Muchos de los talones estaban con pequeñas sumas y uno ó dos por ciento y pico. Colton no pudo encontrar una gran suma, tal como Moreland hubiera pedido; cuando al propio fin del libro encontró un cheque desgarrado y con el talón casi en blanco.

—Aquí está, dijo triunfante, y le pasó el libro á Fitzgerald.

El no era tan tonto para escribir la suma en el talón, sino que arrancó el cheque y escribió en él la cantidad requerida.

—¿Y qué debemos hacer en ese caso?

—Dejar que guarde el dinero, naturalmente, dijo Colton encogiendo los hombros. Este es el único camino de asegurar su silencio.

—Yo creo que él lo cobró ayer tarde y que á la fecha se haya ido, dijo Brian después de una pausa de un momento.

—Tanto mejor para nosotros, dijo Colton; pero yo no creo que se haya ido, pues al ser así, Kilsip me lo hubiera dicho. Debemos decírselo á éste, ó de lo contrario él le sacará á Moreland todo, y la consecuensia será que en toda la ciudad se sepa la historia, mientras que mostrándole á Kilsip la confesión, conseguiremos que no moleste á Moreland y así queda el silencio asegurado en ambos casos.

—Supongo que debemos ver á Chinston.

—Sí, naturalmente. Yo telegrafiaré á él y á Kilsip para que vayan á mi oficina esta tarde á las tres, y allí arreglaremos el asunto.

—¿Y Sal Roulins?

—¡Oh! casi me había olvidado de ella, dijo Colton perplejo. Ella no sabe nada acerca de sus padres, y Marck Frettlby murió en la creencia de que ella había muerto.

—Debemos decírselo á Madge, dijo Brian con tristeza. No hay cómo evitarlo. Sal es legalmente la heredera de su difunto padre.

—Todo depende del testamento, dijo Colton con sequedad. Si en él se especifica que los bienes son "para mi hija Madge Frettlby," Sal Raulins no tiene por qué reclamar; y si ese es el caso, no hay para qué decirle á ella quién es.

—¿Y qué se debe hacer?

—Sal Roulins, continuó el abogado sin notar la interrupción, nunca ha pensado en sus padres porque la vieja bruja le juró que estaban muertos. Así, yo creo que lo mejor es guardar silencio, es decir, si no le deja nada; y como su padre la creía muerta, yo no creo que en el testamento haya nada relativo á ella. En ese caso, lo mejor sería señalarle una renta, siendo muy fácil encontrar un pretexto y dejar el asunto así.

— Pero suponga que de acuerdo con la letra del testamento resulte ella con derecho á toda la herencia.

—En ese caso, dijo Colton con gravedad, le debemos decir todo á Sal, y dejar á su generosidad la división del dinero; pero yo estoy casi seguro de que Madge es la dera.

—No es dinero lo que me importa, dijo Brian con precipitación; yo recibiría á Madge sin un centavo.

—Mi querido, dijo el abogado poniendo bondadosamente su mano sobre el hombro de Brian: cuando usted se case con Madge Frettlby, tendrá aquello que es mejor que el dinero: un corozón de oro.

CAPITULO XXXII

De mortuis nil nisi bonum

"Nada es más cierto que lo imprevisto;" esto dice un proverbio francés, y juzgando por las inesperadas cosas que diariamente nos acontecen, es muy verdadero.

Si alguien hubiera dicho á Madge Frettlby un día que al siguiente estaría tendida en una cama con mortal enfermedad y que nada le importaría el mundo y sus ho-

chos, se hubiera reído del profeta hasta con desprecio. Y sin embargo así era, pues estaba en la cama del dolor, que comparada con el lecho de Procusto, éste era de rosas. Sal estaba sentada á la orilla de su cama atendiendo á las necesidades de Madge, y oyendo durante las lucientos horas del día y las tranquilas de la noche las extrañas é incoherentes palabras que salían de sus labios. Se mantenía incesantemente llamando á su padre para salvarlo, ó bien, hablaba de Brian; ya cantaba trozos de arias ó repetía sentencias incompletas acerca de su difunta madre, y todo esto hasta que de oirla le dolía el corazón á Sal.

Nadie más que ésta entraba al cuarto, y cuando el doctor Chinston oía las cosas que Madge decía, á pesar de estar habituado á cosas semejantes, retrocedía espantado.

—Hay sangre en sus manos, decía Madge sentándose en la cama, con todo su cabello enredado y cayéndole sobre los hombros; sangre roja, y usted no puede lavarla. ¡Oh Caín! ¡Que Dios lo salve! Brian, usted no es criminal; mi padre lo mató. ¡Dios! ¡Dios! y caía sobre sus desordenadas almohadas llorando amargamente.

—¿Qué quiere decir ella? preguntaba el doctor admirado por sus últimas palabras.

—Nada, contestaba Sal.

El doctor Chinston nada decía, pero poco después se despidió advirtiendo á Sal que de ninguna manera dejara entrar á nadie á ver á la enferma.

—Vaya si permitiré, replicaba Sal con disgusto; yo no soy una víbora para morder el seno que me ha alimentado; por esto puede juzgarse cuánto avanzaba en su educación.

Entre tanto, el doctor Chinston ya había recibido el telegrama de Colton, que le sorprendió considerablemente; pero se sorprendió aún más cuando al llegar á la oficina en el tiempo señalado encontró allí no solo á Colton y á Fitzgerald, sino á otro individuo á quien nunca había visto. Colton se lo presentó, como Mr. Kilsip, de la oficina de detectives, hecho que comenzó á poner intranquilo al digno doctor, pues no podía adivinar qué signifi-

caba la presencia allí de un detective. Sin embargo, no hizo observación alguna, aceptó el asiento que Colton le ofreció y se preparó á oír.

Colton cerró la puerta de la oficina y regresó al escritorio, en frente del cual estaban los otros tres caballeros sentados en semicírculo.

—En primer lugar, dijo Colton dirigiéndose al doctor, tengo que informar á usted, que usted es uno de los albaceas en el testamento del finado Mr. Frettlby, y por esto lo he citado aquí hoy. Los otros albaceas son Mr. Fitzgerald y yo.

—¡Oh! en verdad, dijo el doctor.

—Y ahora, dijo Colton mirándole, ¿usted recuerda el asesinato del coche, que causó tánta sensación hace algunos meses?

—Sí lo recuerdo, contestó el doctor admirado, ¿pero qué tiene eso que hacer con el testamento?

—Nada con el testamento, dijo Colton con gravedad, pero el hecho es que Mr. Frettlby estaba complicado en el asunto.

El doctor Chinston dirigió una mirada inquisidora á Brian, pero éste sacudió la cabeza.

—Nada tiene que hacer con mi arresto, dijo Brian con pesar.

Las palabras de Madge en su delirio iluminaron la memoria del doctor.

—¿Qué quiere usted decir? preguntó el doctor retirando su silla hacia atrás. ¿Cómo estaba él complicado?

—No puedo decírselo, respondió Colton, hasta que lea su confesión.

—¡Ah! dijo Kilsip, poniendo mucha atención.

—Sí, dijo Colton dirigiéndose á Kilsip, su cacería tras de Moreland ha sido infructuosa, pues el asesino de Oliver Whyte se ha descubierto.

—¡Descubierto! gritaron á la vez Kilsip y el doctor.

—Sí, y su nombre es Marck Frettlby.

Los brillantes ojos negros de Kilsip despidieron una chispa de desdén, y éste se rió con incredulidad; el doctor echó su silla atrás con furia y se levantó.

—¡Esto es mostruoso! dijo con cólera. Yo no puedo

permanecer sentado con tranquilidad oyendo tal acusación contra mi querido amigo!

—Desgraciadamente es muy cierto, dijo Brian con tristeza.

—¡Cómo se atreve usted á decir eso! dijo Chinston con furia dirigiéndose á Brian. ¡Y se va á casar usted con su hija!

—No hay más que un medio de arreglar la cuestión, dijo Colton con frialdad. Debemos leer su confesión.

—¿Pero porqué la presencia del detective aquí? dijo el doctor con descortesía y sentándose con repugnancia.

—Porque yo quiero que él oiga que Mr. Frettlby cometió el crimen; y que así ya pueda permanecer tranquilo.

—Nó, hasta que le arreste, dijo Kilsip con firmeza.

—Pero si ha muerto, dijo Brian.

—Yo hablo de Royer Moreland, replicó Kilsip, porque él, y no otro, asesinó á Whyte.

—Esa historia es más probable, dijo Chinston.

—Le digo á usted que nó, dijo Colton con vehemencia. Dios sabe con cuánto placer yo preservaría el buen nombre de Marck Frettlby, y con este objeto es como los he reunido á ustedes. Yo leeré la confesión, y cuando ustedes conozcan la verdad, yo quiero que todos ustedes guarden el secreto, pues estando Frettlby muerto, á nadie aprovecharía la publicidad del crimen. Yo sé, resumió Colton dirigiéndose al detective, que usted tiene convicción de estar en lo cierto, y de que yo estoy errado, pero ¿qué diría usted si yo le dijera que Marck Frettlby murió teniendo en la mano estos mismos papeles, por obtener los cuales se cometió el crimen?

La cara de Kilsip se alargó considerablemente.

—¿Y qué contenían los papeles?

—El certificado del matrimonio de Marck Frettlby y Rosana Moore, la mujer que murió en el arrabal.

Kilsip, quien rara vez se sorprendía, se aturdió ahora á la vez que el doctor Chinston cayó en su silla mirando al abogado, con una expresión de estupor.

—Y aún hay más, dijo Colton triunfante. ¿No saben ustedes que Moreland estuvo en casa de Frettlby hace dos

noches con el objeto de sacarle dinero en cambio de su silencio?

—¡Qué! gritó Kilsip.

—Moreland indudablemente vió á Frettlby al salir del hotel, y le amenazó con denunciarle si no le pagaba por callarse.

—Muy extraño, murmuró Kilsip. ¿pero porque Moreland ha guardado silencio tanto tiempo?

—No puedo saberlo, dijo Colton, pero la confesion lo explicará todo.

—Entonces, en nombre del cielo léala, dijo el doctor Chinston; estoy en completa obscuridad y todo cuanto hablan ustedes es griego para mi.

—Un momento, dijo Kilsip sacando un paquete de debajo de su silla, y desatándolo. Si usted está en lo cierto, ¿qué significa esto? Y mostró un sobretodo claro muy manchado y deteriorado por la intemperie.

—¿De quién es ese? preguntó Colton admirado. No será el de Whyte.

—Sí, el de Whyte, repitió Kilsip con gran satisfacción. Lo encontré en los jardines de Fitzroy, cerca de la puerta que da sobre George Street, East Melbourne. Estaba sobre una higuera.

—Entonces Mr. Frettlby debió bajarse en Powlett Street, caminar hacia abajo de George Street, después atravesar los jardines de Fitzroy para entrar en la ciudad, dijo Colton.

Kilsip no hizo caso de la observacion, y sacó una botella pequeña del bolsillo del sobretodo y la presentó.

—También encontré esto, dijo.

—¡Cloroformo! gritaron todos adivinando que era la botella que no se había encontrado antes.

—Exacto, dijo Kilsip guardándola. Esta es la botella que contenía el veneno usado por el asesino, llamémosle así. Como el nombre del químico está en el rótulo, fui donde él y supe quién lo había comprado. Ahora ¿quién piensan ustedes que fue? dijo con una mirada de triunfo.

—¡Frettlby! dijo Colton con decisión.

—Nó; ¡Moreland! dijo Chinston con gran excitación

—Tampoco, replicó, el detective con calma. El individuo que lo compró fue el mismo Oliver Whyte.

—¿El? dijo Brian tan completamente sorprendido como los demás.

—Sí, y yo no tuve ningún trabajo en descubrirlo, gracias á la ley sobre venenos. Como yo sé que nadie es tan loco de cargar cloroformo en el bolsillo por largo tiempo, indiqué el día del asesinato como el más probable en que se hubiera comprado. El boticario buscó en su libro y vió que Whyte era el comprador.

—¿Y para qué lo compró? preguntó Chinston.

—Eso es más de lo que yo puedo decir, dijo Kilsip encogiéndose de hombros. En el libro dice que fue comprado para usos medicinales, y esto algo significa.

—La ley exige un testigo, dijo Colton con prudencia. ¿Quién fue el testigo?

Otra vez Kilsip se sonrió triunfante.

—Yo creo que puedo decirlo, dijo Brian. ¿Moreland?

Kilsip asintió con un movimiento de cabeza.

—Y yo supongo, observó Colton con algo de ironía en su tono, que esta es otra de sus pruebas contra Moreland. El sabía que Whyte llevaba cloroformo, por lo tanto le siguió aquella noche y le asesinó.

—Bien, yo....

—Esta es una serie de absurdos, dijo Colton con impaciencia. No existe nada que pueda implicar á Moreland. Si él mató á Whyte ¿qué lo hizo ir á ver á Frettlby?

—Pero, dijo Kilsip moviendo la cabeza, si como Moreland dice, él tenía en su poder el sobretodo de Whyte antes del asesinato, ¿cómo vengo á descubrirlo yo en una higuera en los jardines de Fitzroy, y con una botella de cloroformo vacía en el bolsillo?

—El pudo haber sido un cómplice, sugirió Colton.

—¿Y qué adelantamos con todas estas conjeturas? dijo Chinston impaciente, completamente cansado con la discusión. Lea usted la confesión, y pronto sabremos toda la verdad, sin tanta charla.

Colton asintió, y habiéndose acomodado todos para oir, comenzó la lectura de aquello que Mr. Frettlby había escrito.

CAPITULO XXXIII

La confesión

Esto que voy á escribir tiene por objeto que las verdaderas circunstancias relacionadas con la misteriosa tragedia del coche, que tuvo lugar en Melbourne en 18.... puedan ser conocidas. Yo debo una confesión especialmente á Brian Fitzgerald, quien fue acusado del crimen. Aunque yo sé que él fue legalmente absuelto del cargo, yo deseo que él sepa todo lo concerniente al caso, pues estoy convencido por la variación de su conducta conmigo, de que él sabe más sobre el asunto de lo que ha querido confesar.

A fin de explicar el asesinato de Oliver Whyte, debo comenzar por el principio de mi vida, en esta colonia, y mostrar cómo comenzó la serie de acontecimientos que terminaron con la ejecución del crimen.

Si fuera necesario que esta confesión se hiciera pública en interés de la justicia, no me opongo á tal procedimiento; pero quedaría muy agradecido si así no se hiciera, tanto en interés de mi buen nombre, como en el de mi hija Madge, quien con su afecto y amor ha embellecido y suavizado mi vida.

Sin embargo, si ella llegase á imponerse del contenido de éstas páginas, yo le pido que trate con lenidad la memoria de quien fue tan duramente probado y tentado.

Yo vine á la colonia de Virginia, ó más bien como se le llamaba entonces, New South Wales, en el año de 18... Había estado en Londres en una oficina de comercio, pero no viendo allí mucha oportunidad para avanzar, busqué donde mejorar mi suerte. Oí hablar de esta nueva tierra más allá del Océano, y aunque no era entonces el "Dorado" que con el tiempo vino á ser, y tenía, para decir verdad, un nombre sombrío, por trasportarse allí las criminales convictas, deseaba ir á ella para comenzar una nueva vida.

Desgraciadamente no tenía los medios para ir, y no veía delante de mí sino la cansada vida de dependiente en Londres, con tan escaso salario que no podía contar con ahorros para poder hacer el viaje. Justamente en ese tiempo una vieja tía mía murió y me dejó unos pocos cientos de libras, y con esto salí para Australia resuelto á hacerme un hombre rico. Estuve algún tiempo en Sidney y después vine á Port Phillip, hoy tan generalmente conocido con el nombre del maravilloso Melbourne, y donde resolví fijar mi tienda. Vi que era una colonia nueva y próspera, aunque viniendo como lo hice antes del descubrimiento de los yacimientos de oro, nunca soñé que pudiera avanzar con tal rapidez para venir á ser, como ha sucedido, una gran nación. Yo era cuidadoso y económico en esos días, que reputo como los más felices de mi vida.

Yo compré tierras donde quiera que pude pagarlas de contado, y al tiempo del ímpetu del oro, ya era considerado como acomodado. Sin embargo, cuando la noticia del descubrimiento de las minas se extendió y los ojos de todas las naciones se volvieron hacia Australia con sus deslumbrantes tesoros, la gente llegaba de todas partes del mundo, y comenzó la edad de oro, y yo principié á hacerme rico con rapidez, y era considerado como el más acaudalado hombre de las colonias.

Compré una hacienda dejando la tumultuosa y febril vida de Melbourne, y me fuí á vivir á ella; gocé allí porque la vida solitaria al aire libre tenía grandes encantos para mí, y había un ambiente de libertad que después he echado de menos.

Pero el hombre es un animal gregario, y cansado de la soledad y de mis comunicaciones con Madre Naturaleza, viene á Melbourne por poco tiempo, en donde con compañeros tan alegres como yo gasté el dinero ampliamente, y como dice la frase vulgar, vi la vida. Después de confesar que yo amaba la tranquilidad del campo, parecerá extraño que diga que gocé del bullicio de la ciudad, pero así sucedió. Yo no era ni José ni San Antonio, y me deleitaba con la Bohemia, con sus buenos camaradas y deliciosas cenas que tenían lugar cerca de la aurora, cuando el ingenio y el buen humor reinan.

Fue en una de estas cenas en donde por primera vez encontré á Rosana Moore, la mujer destinada para hacer maldita mi existencia. Era ella actriz cómica y todos los jóvenes del día estaban locamente enamorados de ella; no puede decirse que fuera lo que se llama bonita, pero había un brillo y á tracción en todo su porte, que pocos podían resistirlo. Cuando la ví por primera vez no la admiré mucho; al contrario, me reí de mis entusiastas compañeros.

Cuando vine á relacionarme personalmente con ella comprendí que su poder de atracción no había sido exagerado, y concluí por enamorarme apasionadamente. Investigué su vida privada y supe que era irreprochable, pues estaba guardada por una madre que era una verdadera fiera, y no dejaba que nadie se aproximara á su hija. No necesito decir nada de mis amores, pues esta faz de la vida del hombre es generalmente una misma, pero para probar lo profundo de mi pasión baste decir que al fin resolví hacerla mi esposa; sin embargo lo hice con la condición de que el matrimonio se mantuviera secreto hasta que yo resolviera revelarlo.

La razón de esto era que mi padre aún vivía, y siendo un rígido presbiteriano, nunca me hubiera perdonado el haberme casado con una mujer de teatro; y siendo como era anciano y débil, yo no quería que supiera lo que había hecho temiendo que el choque pudiera ser demasiado violento para él, en ese su estado de salud. Le dije á Rosana que me casaría con ella siempre que dejará su madre, quien era una perfecta furia y nada agradable para hacer vida común. Como yo era rico, joven y no mal parecido, Rosana consintió, y durante una temporada que estuvo en Sydney, fui allí y me casé.

Ella nunca dijo á su madre que se había casado conmigo, ignoro porqué pues yo nunca le prohibí que lo hiciera. La madre hizo un gran alboroto por el asunto, pero yo le di á Rosana una fuerte suma de dinero para ella; la vieja bruja la aceptó y se marchó para New Zeland. Rosana fue conmigo á mi hacienda, en donde vivímos como marido y mujer, aunque en Melbourne se suponía era mi querida.

Al fin creyéndome degradado á mis propios ojos por el modo como vivía aparentemente para el mundo, quise revelar nuestro secreto pero Rosana no consintió. Me sorprendí de esto y nunca pude descubrir la razón, pues Rosana en muchos puntos era un enigma para mí. Ella entonces se cansó de la vida tranquila del campo y deseó volver al brillo y resplandor de las luces de la ciudad. No quise consentir en eso, y desde ese momento se desagradó conmigo. Nació una criatura y por algun tiempo estuvo entretenida con él, pero pronto se cansó y me urgió para que le permitiera volver al teatro; rehusé de nuevo y desde entonces fuimos extraños el uno para el otro.

Mi carácter se puso irritable y sombrío, y tomé la costumbre de hacer largas excursiones á caballo estando con frecuencia ausente por varios dias. Había un gran amigo mío, dueño de la hacienda contigua, un joven fino y buen mozo llamado Frank Kelly, siempre alegre y de ardoroso temperamento.

Cuando él descubrió que yo estaba mucho tiempo ausente, pensando que Rosana era sólo mi querida, comenzó á consolarla, y tuvo tan buen éxito, que un día á mi vuelta de una excursión encontré que ella se había marchado con él, llevándose la criatura. Me dejó una carta diciéndome que ella nunca me había querido, que se había casado conmigo por mi dinero, que mantendría el secreto de nuestro matrimonio y que iba á volver al teatro.

Yo seguí á mi falso amigo é infiel mujer hasta Melbourne, pero llegué demasiado tarde porque acababan de salir para Inglaterra.

Disgustado del modo como había sido tratado, me sumergí en un torbellino de disipación, tratando de ahogar la memoria de mi vida de matrimonio.

Mis amigos naturalmente pensaron que yo no había perdido sino una querida, y pronto comencé yo mismo á dudar que hubiera estado casado, tan lejos y fantástica me parecía mi vida del año anterior.

Continué mi vida de disipación durante seis meses, cuando de repente fui detenido al borde del abismo por un angel, y digo esto porque si alguna vez hubo un ángel so-

bre la tierra, fue la que vino después á ser mi esposa. Era hija de un médico, y ella fue quien me sacó de la terrible senda de disipación y libertinaje que iba siguiendo; le hice la corte y se nos consideraba como comprometidos, pero yo sabía que aún estaba encadenado á aquella maldita mujer é imposibilitado para proponerle que fuera mi esposa.

En esta segunda crisis de mi vida, el hado intervino de nuevo y recibí una carta de Inglaterra en la que se me informaba que Rosana Moore había sido atropellada en las calles de Londres y había muerto en un hospital.

Quien me escribió fue un joven médico que la había asistido; yo le contesté suplicándole me enviara un certificado para estar seguro de que no existía.

El me envió el certificado y también una relación del accidente, que había salido publicada en un periódico. Entonces en verdad comprendí que era libre, y cerrando como yo pensaba, para siempre la más negra página de la historia de mi vida, comencé á mirar hacia el futuro.

Me casé otra vez y mi vida doméstica fue excepcionalmente feliz.

Como la colonia se engrandecía, cada año me hacía más rico, y más me consideraban y respetaban mis compatriotas.

Cuando mi hija Madge nació, sentí que la copa de mi felicidad estaba llena, pero de repente recibí un desagradable recuerdo del pasado.

La madre de Rosana se presentó un día con una cristura de repulsiva apariencia, oliendo á ginebra, y en quien no pude reconocer la respetable mujer que acostumbraba acompañar á Rosana al teatro. Hacía tiempo que había gastado el dinero que yo le había dado, y descendiendo más y más había venido al fin á vivir en un arrabal en Little Bou... Street; le averigué por la niña y me dijo que había muerto. Rosana no la había llevado á Inglaterra con ella, la había dejado al cuidado de su madre, y sin duda el descuido y la falta de alimento conveniente fue la causa de su muerte.

Ya parecía que no había nada que me atara al pasado, con excepción de la vieja bruja, quien nada sabía del

matrimonio. Yo no intenté desengañarla, y convine en darle lo suficiente para vivir si se comprometía á no molestarme nunca, y á mantenerse en silencio con respecto á todo lo que se relacionara con mi union con su hija.

Ella prometió todo fácilmente y se retiró á su miserable habitación en el arrabal, en donde creo que aún vive, pues se le suministra el dinero convenido todos los meses.

No volví á oir hablar del asunto, y me sentía completamente satisfecho de haber oído la última palabra relacionada con Rosana.

Los años pasaron, la prosperidad me rodeaba, y fuí tan afortunado en todas mis especulaciones, que mi dicha vino á ser proverbial.

Entónces, ¡ah! cuando todo parecía sonreírme, mi esposa murió y el mundo desde entónces fue otra cosa para mí. Tenía sin embargo á mi querida hija, y su afecto y su amor llegaron á consolarme de la pérdida de mi esposa.

Un jóven caballero irlandés llamado Brian Fitzgerald vino á Australia, y pronto ví que estaba enamorado de mi hija y que ella correspondía su amor, lo cual me fue satisfactorio, pues tenía por él una alta estimación.

Pensaba yo en su matrimonio cuando inesperadamente una serie de acontecimientos ocurrieron, los cuales deben estar frescos en la memoria de todos aquellos que lean estas páginas.

Mr. Oliver Whyte, un caballero de Londres, vino á visitarme y me sorprendió inmensamente con la noticia de que mi primera mujer, Rosana Moore, vivía y que la historia de su muerte había sido una intriga fraguada para engañarme.

Ella había sido atropellada en la calle, como decía el periódico, y conducida á un hospital en donde recuperó su salud. El médico que me envió el certificado de muerte era su amante y quería casarse, y me escribió que había muerto, sólo con el objeto de que la vida pasada de Rosana Moore cayera en el olvido. El médico murió antes de efectuarse el matrimonio, y á Rosana poco le im-

pensaba desengañarme haciéndome saber que estaba viva. Estaba entonces representando en la comedia con el nombre de *Musette*, y parece que había adquirido una nada envidiable notoriedad por sus extravagancias é infamia. Whyte la encontró en Londres y la hizo su querida; parece que la dominara completamente, pues ella le refirió toda su vida pasada y su matrimonio conmigo.

Como iba haciéndose vieja, su popularidad estaba en decadencia en Londres, y tenía que ceder su puesto á nuevas actrices. Whyte le propuso que vinieran á las colonias, en donde podrían además sacarme algún dinero; el villano me dijo todo esto con la mayor sangre fría, y yo, sabiendo que era poseedor de mi secreto, no pude resistir; rehusé ver á Rosana pero le manifesté á él que convenía con sus proposiciones que eran: primero, una fuerte suma de dinero que debía entregar á Rosana, y segundo, aceptarle á él como marido de mi hija; al principio decliné absolutamente la aprobación de la segunda parte de su protesta, pero como él me amenazó con publicar la historia, que equivalía á proclamar al mundo la ilegitimidad de mi hija, al fin acepté, y desde entonces comenzó á hacer la corte á Madge. Ella, sin embargo, no le aceptó, y me confesó que estaba comprometida con Fitzgerald, y así, después de una severa lucha conmigo mismo, le dije á Whyte que no le daría a mi hija, pero que en cambio nombrara la suma que quisiera. La noche que fue asesinado vino á mi casa y me mostró el certificado de mi matrimonio con Rosana Moore. No quiso recibir dinero en cambio de él, y me dijo que á menos que consintiera en su matrimonio con Madge, él publicaría todo el asunto. Le supliqué que me concediera un término para pensarlo; no convino en darme ni dos días, y salió de mi casa llevando el certificado.

Yo quedé en un estado de desesperación inconcebible, y comprendí que el único medio de salvarme era obtener ese certificado á cualquier costa, y después negarlo todo.

Con esta idea en mi mente le seguí á la ciudad, le vi juntarse á Moreland y beber con él. Entraron á un hotel en Russell Street, y cuando Whyte salió á las doce y media estaba completamente ebrio; le vi seguir en direc-

ción á la Scotch Church, cerca del monumento de Burke y Wills, y agarrarse al poste de la lámpara en la esquina, y pensé que entonces sí podía quitarle el certificado, estando tan borracho como estaba, cuando vi á un caballero con sobretodo claro,—no supe que fuera Fitzgerald— acercársele y llamar un coche para él. Viendo que nada más podía ya hacer entonces, desesperado volví á casa á esperar el día siguiente, lleno de temor de que cumpliera su amenaza. Nada, sin embargo, resultó, y ya comenzaba á pensar que Whyte había desistido de su determinación, cuándo oí decir que había sido asesinado en un coche. Temí que el certificado de matrimonio se hubiera encontrado sobre su cadáver, pero como nada se decía de eso, me calmé por esa parte. Como yo sabía que lo tenía, por fin llegué á la conclusión de que el asesino, cualquiera que fuese, se lo había arrebatado, y que tarde ó temprano vendría donde mí á sacarme dinero, sabiendo que yo no me atrevería á denunciarle. Fitzgerald fue arrestado y absuelto, y así comencé á pensar que el certificado se había perdido y que todas mis inquietudes y zozobras tocaban á su fin; sin embargo, siempre me perseguía el temor de que la espada suspendida cayera sobre mi cabeza. Y tenía razón, pues hace dos noches, Royer Moreland, quien era íntimo amigo de Whyte, se me presentó exhibiendo el certificado de matrimonio y exigiéndome por él cinco mil libras. Horrorizado le acusé del asesinato de Whyte; él al principio lo negó, pero luego me lo confesó todo, diciéndome que en mi interés estaba no denunciarle.

Yo estaba casi loco de espanto, colocado en el terrible dilema de proclamar á mi hija como ilegítima, ó permitir que un asesino escapara del castigo de su crimen. Al fin convine en guardar silencio, le extendí un cheque por cinco mil libras, en cambio del certificado de matrimonio que me entregó. Entonces hice jurar á Moreland que dejaría la colonia, con lo cual convino diciéndome que Melbourne era muy peligroso. Cuando él salió, reflexioné en lo extraño de mi situación y casi resolví suicidarme, pero gracias á Dios me salvé de semejante crimen.

Y he escrito esta confesión para que después de mi muerte pueda conocerse la verdadera historia del asesina-

to de Whyte, y que cualquiera que en adelante pueda ser acusado del crimen no vaya á ser castigado erróneamente.

No creo que Moreland pueda alguna vez ser castigado, pues cuando esta confesión se lea, su huella estará perdida para siempre.

No destruyo el certificado, sino que lo agrego á estos papeles para que se pueda comprobar la verdad de mi historia.

En conclusión: pido perdón á mi hija Madge por mis pecados, que han recaído sobre ella, pero puede considerar que las circunstancias fueron demasiado terribles para mí.

Que me perdone como espero lo haga Dios en su infinita misericordia, y que cuando vaya á orar sobre mi tumba, no sea demasiado severa con su difunto padre.

CAPITULO XXXIV

La mano de la justicia

La voz de Colton casi le faltaba cuando leyó estas últimas tristes palabras, y puso el manuscrito sobre la mesa en medio de un profundo silencio que Brian rompió el primero.

—Gracias á Dios, dijo con reverencia; gracias á Dios que él resultó inocente del crimen.

Así, dijo Colton con cinismo, el enigma que nos ha tenido perplejos por tánto tiempo, está resuelto, y la esfinge en silencio para siempre.

—Yo sabía que él era incapaz de tal cosa, dijo Chinston, á quien la emoción había enmudecido hasta entonces.

Entre tanto Kilsip escuchaba estos elogios del difunto, satisfecho como un gato que ha cogido un ratón.

—Usted ve, señor, dijo dirigiéndose al abogado, que después de todo, yo tenía razón.

—Sí, contestó Colton con franqueza, yo reconozco mi derrota, pero ahora....

—Yo voy á arrestar á Moreland en el acto, dijo Kilsip.

Hubo silencio por algunos momentos y entonces Colton habló de nuevo.

—Supongo que así debe ser, pobre muchacha, pobre muchacha.

—Yo estoy muy apenado por la señorita, dijo el detective con su suave y tenue voz, pero usted ve que yo no puedo dejar que un criminal peligroso escape sólo por asunto de sensibilidad.

—Naturalmente no, dijo Fitzgerald; Moreland debe ser arrestado en el acto.

—Pero él confesará todo, dijo Colton con cólera, y entonces todos sabrán ese primer matrimonio.

—Que lo sepan, replicó Brian con amargura. Tan pronto como Madge esté bien nos casaremos y dejaremos á Australia para siempre.

—Pero....

—Yo la conozco mejor que ustedes, dijo Brian, y sé que á ella le agradará poner un punto final á este miserable asunto. Que se arreste al asesino y que sufra por su crimen.

—Yo supongo debe de ser así, dijo Chinston suspirando, pero me parece muy duro arrojar esta mancha sobre Mrs. Frettlby.

Brian se puso pálido.

—Los pecados del padre caen sobre los hijos según el mundo, dijo con amargura. Pero después de que el primer dolor haya pasado, en nuevas tierras y entre nuevas caras, Madge olvidará la amargura del pasado.

—Ahora que está resuelto que se arreste á Moreland, dijo Colton, (¿cómo debe hacerse?) (¿Está aún en Melbourne)?

—Sí, dijo Kilsip satisfecho; lo he vigilado estos dos últimos meses y ahora alguien está reemplazándome. Confíen en mí, él no puede dar dos pasos sin que yo lo sepa.

—¡Ah! en verdad, dijo Colton con prontitud. (¿Entonces sabe usted si él ha ido al Banco y ha cobrado el cheque de cinco mil libras que Frettlby le dió?)

—Bien, observó Kilsip después de una pausa, sabe usted que me sorprendió cuando me dijo que él había recibido un cheque por esa suma?

—¿Porqué?

—Porque es una suma demasiado fuerte, replicó el detective, y si yo hubiera sabido qué cantidad hubiera puesto él en su cuenta, me hubiera puesto más sospechoso.

—¿Entonces ha ido él al Banco?

—Sí; á su Banco. El estuvo ayer á las dos de la tarde; de allí mandarían el cheque al Banco de Mr. Frettlby y no lo devolverían hasta el siguiente día, y como Mr. Frettlby ha muerto, yo creo que no lo hayan aceptado y que Moreland no ha recibido el dinero todavía.

—Yo no sé qué hará él, dijo Chi iston.

—Irá donde el gerente y armará un alboroto, dijo Kilsip y éste le dirá que es mejor que vea los albaceas.

—Pero mi amigo, el gerente no sabe quiénes son los albaceas, dijo Colton con impaciencia. Usted olvida que el testamento no se ha leído todavía.

—Entonces él le dirá que vaya donde los agentes de Mr. Frettlby; que supongo él sabe, quiénes son, replicó Kilsip.

—Thinton & Tarbet, dijo Colton, pero es dudoso que Moreland vaya á donde ellos.

—¿Porqué no, señor? dijo Kilsip. El no sabe nada de esto, dijo poniendo la mano sobre la confesión, y como el cheque es legítimo, el no dejará escapar cinco mil libras sin hacer un esfuerzo.

—Yo le diré á usted, observó Colton después de unos pocos momentos de reflección, llamaré por el teléfono á Thinton & Tarbet para que si llega á donde ellos, lo envíen aquí.

—Una buena idea, dijo Kilsip frotándose las manos, y entonces yo lo arresto.

—¿Pero la orden de prisión? preguntó Brian cuando Colton se levantaba y ponía el sombrero.

—Aquí está, dijo el detective mostrándola.

—¡Por Júpiter! Usted debía estar muy seguro de su crimen, observó Chinston.

Naturalmente, yo estaba seguro, dijo Kilsip satisfecho. Cuando yo dije al juez dónde encontré el sobretodo y le recordé la declaración de Moreland en el juicio, que él lo había tenido en su poder antes del asesinato, le hice ver la necesidad que había de arrestar á Moreland.

—Las cuatro y media, dijo Colton deteniéndose un momento en la puerta y mirando el reloj. Temo que sea muy tarde para coger á Moreland hoy; sin embargo veré lo que sepan Thinton & Tarbet, y salió.

Los demás esperaron su vuelta conversando del curioso fin que había tenido el misterio del coche, cuando diez minutos después Colton se precipitó adentro del cuarto y cerró la puerta.

—La suerte está con nosotros, dijo apenas pudo respirar. Moreland fue á la oficina de Thinton y Tarbet, como Kilsip había previsto, y no encontrándolos dijo que volvería antes de las cinco. Yo le dije al dependiente que lo trajera aquí en el acto, así es que debe llegar de un momento á otro.

—Eso sucederá si él es bastante tonto para venir, dijo Chiston.

—¡Oh! el vendrá, dijo el detective frotando un par de esposas, una contra otra. Está tan satisfecho de que todo lo ha hecho bien, que caerá recto en la trampa.

Estaba obscureciéndose y los cuatro hombres estaban muy excitados disimulándolo con una aparente indiferencia.

—¡Qué escena para un drama! dijo Brian.

—Sólo que, dijo Chinston, es tan realista como en los antiguos días del Coliseo, en donde el actor que hacía de Orfeo, fue despedazado por los osos al final del drama.

—Supongo que fue su última representación, dijo Colton con un poco de crueldad; hay que confesarlo.

Entre tanto Kilsip permanecía sentado en su silla, silbando un aire de ópera y golpeando las esposas por vía de acompañamiento. El se sentía intensamente complacido consigo mismo, tanto más cuando veía que esta captura lo pondría muy por encima de Gorby. ¿Y qué diría Gorby?

Gorby que se había reído de todas sus ideas tan tontamente y que había estado errado desde el principio. Si solamente.....

—¡Silencio! dijo Colton levantado un dedo, pues se oía el eco de pasos, del lado afuera de la oficina. Creo que aquí viene.

Kilsip se levantó de su silla y escurriéndose suavemente hacia la ventana miró con precaución; luego, volviéndose á los que estaban dentro, movió la cabeza y guardó las esposas en el bolsillo. Justamente cuando hacía esto, sonó un golpe en la puerta, y á la respuesta de Colton mandando seguir adelante, el dependiente de Thinton & Tarbet entró con Royer Moreland. El último vaciló al ver que Colton no estaba solo, y pareció inclinado á retirarse; pero evidentemente pensó que no había peligro de que su secreto se descubriera; siguió avanzando dentro del cuarto con tranquilidad y confianza.

—Este es el caballero que quiere saber algo sobre el cheque, dijo el dependiente de Thinton y Tarbet.

—Verdad, dijo Colton, me alegro verlo. Usted puede irse.

El dependiente saludó y salió cerrando la puerta tras sí. Moreland se detuvo al frente de Mr. Colton dando la espalda á la puerta. Kilsip notando esto, atravesó el cuarto con precaución, y mientras Colton entretenía á Moreland conversando, cerró la puerta sin hacer ruido.

—¿Usted quería verme? señor, dijo Colton sentándose.

—Sí; pero sólo á usted, replicó Moreland intranquilo.

—Estos señores son todos amigos míos, dijo Colton, cualquier cosa que usted diga será reservada.

—Que sean sus amigos, y que haya reserva, nada me importa, dijo Moreland con insolencia; yo quiero hablar con usted en privado.

—¿No quisiera usted conocer á mis amigos? dijo Colton con frialdad, no atendiendo la observación.

—¡Malditos sus amigos, señor! gritó Moreland furioso poniéndose de pie.

Colton se rió y presentó á Moreland á las damas, Doctor Chinston, Mr. Kilsip, Mr. Fitzgerald.

—¡Fitzgerald! murmuró Moreland poniéndose pálido. Yo.... Yo.... ¿Pero qué es eso? gritó cuando vio el sobretodo de White todo manchado encima de una silla, reconociéndole en el acto.

—Esa es la cuerda con la cual va usted á ser ahorcado por el asesinato de Oliver Whyte, dijo Kilsip colocándosele detrás.

—¡Cogido! ¡por Dios! gritó el desgraciado dando media vuelta para enfrentar á Kilsip. Saltó á la garganta del detective y ambos cayeron al suelo, pero el último era más fuerte y después de un violento esfuerzo, logró poner las esposas en las muñecas de Moreland.

Los otros permanecieron quietos sabiendo que Kilsip no necesitaba ayuda. Viendo Moreland que no había modo de escapar, se resignó y se levantó del suelo.

—Usted me responderá por esto, dijo entre dientes y con el rostro pálido de desesperación. Usted no puede probar nada.

—¿No podremos? dijo Colton tocando la confesión. Usted está equivocado. Esta es la confesión de Marck Frettlby, hecha antes de morir.

—¡Esa es una maldita mentira!

—El Jurado lo decidirá, dijo el abogado con dureza. Mientras tanto usted pasará la noche en la prisión de Melbourne.

—¡Ah! talvez van á darme la misma celda que usted ocupó, dijo Moreland riéndose, dirigiéndose á Fitzgerald. Me agradaría por sus antiguos recuerdos.

Brian no contestó, y tomando su sombrero y guantes, se preparaba para salir.

—¡Deténgase! gritó Moreland con altivez. Yo creo que todo ha terminado para mí, y así no voy á mentir como un cobarde. He jugado por el todo y he perdido; si no hubiera sido tan tonto, habría cobrado el cheque y ahora estaría lejos de aquí.

—Habría sido mucho mejor, dijo Colton.

—Después de todo, dijo Moreland con abandono, no notando la anterior observación: Yo no sé si esto me aflige. He vivido en el infierno desde que maté á Whyte.

—¿Entonces usted confiesa su crimen? dijo Brian con calma.

Moreland se encogió de hombros.

—Ya dije á ustedes que yo no era un cobarde, contestó con frialdad. Sí, yo le maté y fue culpa del mismo Whyte. Cuando le encontré aquella noche, me dijo que Frettlby no consentía en su matrimonio con su hija, pero agregó que él le obligaría, y me mostró el certificado de matrimonio. Yo pensé que si lo obtuviera sacaría á Frettlby una gran cantidad por él; así, cuando Whyte se puso á beber muchísimo, yo no tomé nada. Después que él salió del hotel, me puse su sobretodo que él había dejado. Le ví de pie cerca del poste de la lámpara, y vi también que Fitzgerald se le acercó y luégo se retiró.

Cuando usted bajó por la calle, continuó volviéndose á Fitzgerald, me retiré á la sombra, y cuando usted hubo pasado, corrí á donde Whyte, á quien el cochero estaba metiendo dentro del coche. El cochero creyó que yo era usted; yo no le desengañé, pero juro que yo no tenía idea de matar á Whyte cuando entré al coche. Traté de quitarle los papeles pero él se resistió y comenzó á hablar alto. Entonces pensé en el cloroformo que estaba en el bolsillo del sobretodo que yo tenía puesto; saqué la botella y vi que el corcho estaba flojo; entonces tomé el pañuelo de Whyte que estaba también en el bolsillo del sobretodo, vacié la botella en él y la guardé. Traté de nuevo de conseguir los papeles sin usar del cloroformo, pero no pude; entonces le puse el pañuelo sobre la boca, y pocos momentos después sus miembros se entorpecieron y le arrebaté los papeles. Yo pensé que sólo estaba insensible por el cloroformo, y hasta que leí los periódicos supe que había muerto. Detuve el coche en el camino de St. Kilda, y tomé otro que salía de la ciudad; me desmonté en Poulett Street; me quité el sobretodo y lo coloqué en el brazo; bajé por George St. hacia los jardines de Fitzroy, oculté el sobretodo sobre un árbol, donde supongo usted lo encontró, dijo dirigiéndose á Kilsip, y seguí á pie para casa.

Todo lo había ejecutado muy bien, pero....

—Al fin lo cogimos, dijo Kilsip con calma.

Moreland cayó en una silla con aire de gran cansancio, y muy fatigado.

—Nadie puede luchar contra el destino, dijo pensativo. Yo he perdido y ustedes han ganado; la vida es un tablero de ajedrez, y nosotros las piezas con que juega el hado.

Rehuso decir una palabra más. Dejando á Colton y al detective con él, Brian y el doctor salieron y llamaron un coche. Este llegó hasta la entrada de la oficina de Colton, y Moreland, como soñando, salió del cuarto y entró al coche seguido de Kilsip.

—Saben ustedes, dijo el doctor Chinston, viendo alejarse el coche, ¿cuál será el fin de ese hombre?

—No se necesita ser profeta para predecirlo, dijo Colton: será ahorcado.

—Nó, dijo el doctor. Se suicidará.

CAPITULO XXXV

El amor que vive

Hay ciertos períodos en la vida del hombre, en los cuales el hado parece haber hecho todo lo peor, y cualesquiera desgracias posteriores que sobrevengan se aceptan con una resignación filosófica nacida de la severidad de los sufrimientos anteriores.

Fitzgerald estaba en ese estado de conciencia; estaba calmado, pero era la calma de la desesperación. Las desgracias del año anterior habían llegado hasta el colmo; así era que pensaba en que se hiciera pública toda aquella amarga historia con una indiferencia que á él mismo le sorprendía.

Nada le importaba que su propio nombre, el de Madge y el de su difunto padre, anduvieran de boca en boca y que se hicieran las más extrañas apreciaciones. Restableciéndose la salud de Madge, y pudiendo irse juntos á otra parte del mundo dejando á Australia con todos sus amar

gos recuerdos, nada le importaba lo demás. Moreland sufriría el más terrible castigo por su crimen, y nada más se oiría sobre el asunto.

Era preferible que toda la historia se conociera de una vez, y sufrir así una momentánea pena, que esforzarse eternamente en ocultarla cuando cualquier día podía descubrirse con toda su vergüenza é infamia. Ya la noticia de la captura del asesino de Whyte corría por todo Melbourne, y se esperaba que su confesión traería á la luz ciertos hechos escandalosos, concernientes al difunto Marck Frettlby. Brian sabía que el mundo se hace ciego con respecto á los vicios secretos, mientras haya la apariencia de ocultarlos, pero que es cruelmente severo con aquellos que se descubren; y muchos que, en sus vidas secretas eran más culpables sin duda que Marck Frettlby, el desgraciado, eran los primeros en calumniar al hombre muerto.

La curiosidad pública, sin embargo, no pudo quedar satisfecha, pues se supo que Roger Moreland se había ahorcado la noche anterior en su celda, sin haber confesado nada.

Cuando Brian supo lo acontecido, elevó en su corazón una sentida acción de gracias por quedar ya libre del todo, y fue á ver á Colton, á quien encontró en su cuarto, en íntima conversación con Chinston y Kilsip. Todos ellos resolvieron que como Moreland había muerto, nada se adelantaría con publicar la confesión de Marck Frettlby, y resolvieron quemarla; y cuando Fitzgerald vio en el hogar de la chimenea un montón de negras cenizas, que era lo último que quedaba de tan amarga historia, sintió que se quitaba un gran peso de su corazón. El abogado Chinston y Kilsip prometieron guardar secreto, y lo cumplieron tan estrictamente que nunca se conocieron las circunstancias que motivaron la muerte de Whyte, y generalmente se creyó que había sido el resultado de una querella entre él y Moreland.

Fitzgerald no olvidó los buenos servicios de Kilsip, ...e dio una cantidad de dinero suficiente para conservar ...dependencia durante su vida; no obstante, siguió en ...sión de detective por amor al arte, y siempre se

le vio con admiración como el hombre inteligente que había resuelto el misterio del asesinato del coche.

Brian, después de muchas consultas con Colton, resolvió que no había objeto en revelar á Sal Roulins que ella era hija de Mr. Frettlby, y como por el testamento la herencia correspondía á Madge, y ningún beneficio pecuniario podía resultar para Sal con tal revelación, y sí un perjuicio, teniendo en cuenta cómo había sido su infancia y primera juventud para entrar en una nueva posición, resolvió Brian, decimos, asignarle una renta anual suficiente para sus necesidades, y dejarla que ignorara su parentela.

La vida pasada de Sal Roulins la impresionaba mucho, y resolvió dedicarse á la tarea de salvar á sus hermanas, caídas en el vicio; conociendo como ella conocía todos los vericuetos de los arrabales, se hallaba en capacidad de hacer mucho bien, y salvó á muchas infelices mujeres de la inmunda y penosa vida de los aleros.

Félix Rolleston vino a ser miembro del Parlamento, en donde sus discursos, si no muy profundos sí eran muy divertidos, y se manejaba allí como un caballero, cosa que no puede decirse de todos sus colegas.

Madge se repuso lentamente de su enfermedad. Como en el testamento era reconocida implícitamente como heredera universal de la gran riqueza de Mr. Frettlby, ella dió el manejo de sus propiedades á Mr. Colton, quien con Thinton & Tarbet, era su agente en Australia. Ya recuperada su salud, se le impuso del primer matrimonio de su padre, pero tanto Colton como Fitzgerald le ocultaron que era media hermana de Sal Roulins, pues tal parentesco no podía producir ningún bien, y sí crear un escándalo, pues no se podía dar más explicación de él que la verdadera.

Poco después se casaron Brian y Madge, y ambos estaban muy contentos con dejar á Australia con todos sus pesares y amargos recuerdos.

Estando sobre cubierta de uno de los vapores de la línea O. y P. cuando surcaba en medio de la neblina las azules aguas de la bahía de Habson, ambos observaban á Melbourne desvaneciéndose por grados á la luz del sol

poniente. Veían las cúpulas del edificio de la Exhibición, las del Palacio de Justicia y de la casa de Gobierno, con sus altas torres descollando sobre los bosques de elevados árboles.

Más lejos se veía un brillante cielo carmesí, limitado por masas de negras nubes, que formaban una especie de palio.

El resplandor rojizo del sol que se hundía, se reflejaba en las pesadas aguas, y parecía que el vapor surcase por un mar de sangre. Madge, asida al brazo de su esposo, sentía que sus ojos se le llenaban de lágrimas, al ver desaparecer lentamente la tierra de su nacimiento.

—¡Adiós! dijo murmurando suavemente. ¡Adiós para siempre!

—¿Siente usted dejar Australia? preguntó Brian inclinando la cabeza.

—No lo siento, respondió ella mirándole con amantes ojos. Con usted á mi lado, nada me importa todo lo demás. Nuestro amor ha sido probado en el crisol del infortunio, y ha salido limpio y purificado.

—De nada estamos seguros en el mundo, dijo Brian suspirando, pero después de tántos dolores y amarguras, sí debemos esperar un porvenir tranquilo.

—¡Tranquilo!

Una gaviota de blancas alas se levantó de repente de las aguas rojas y revoloteó en el aire, encima de ellos.

—Un feliz augurio, dijo ella mirando el grave rostro de su marido. ¡Sí, feliz augurio para nuestras vidas!

El se inclinó y la besó.

El gran vapor siguió su curso, y ellos, con las manos comprimidas y sus rostros suavemente azotados por la salada brisa, vieron llegar la apacible noche, y siguieron hacia el viejo mundo, donde esperaban una nueva vida.

FIN